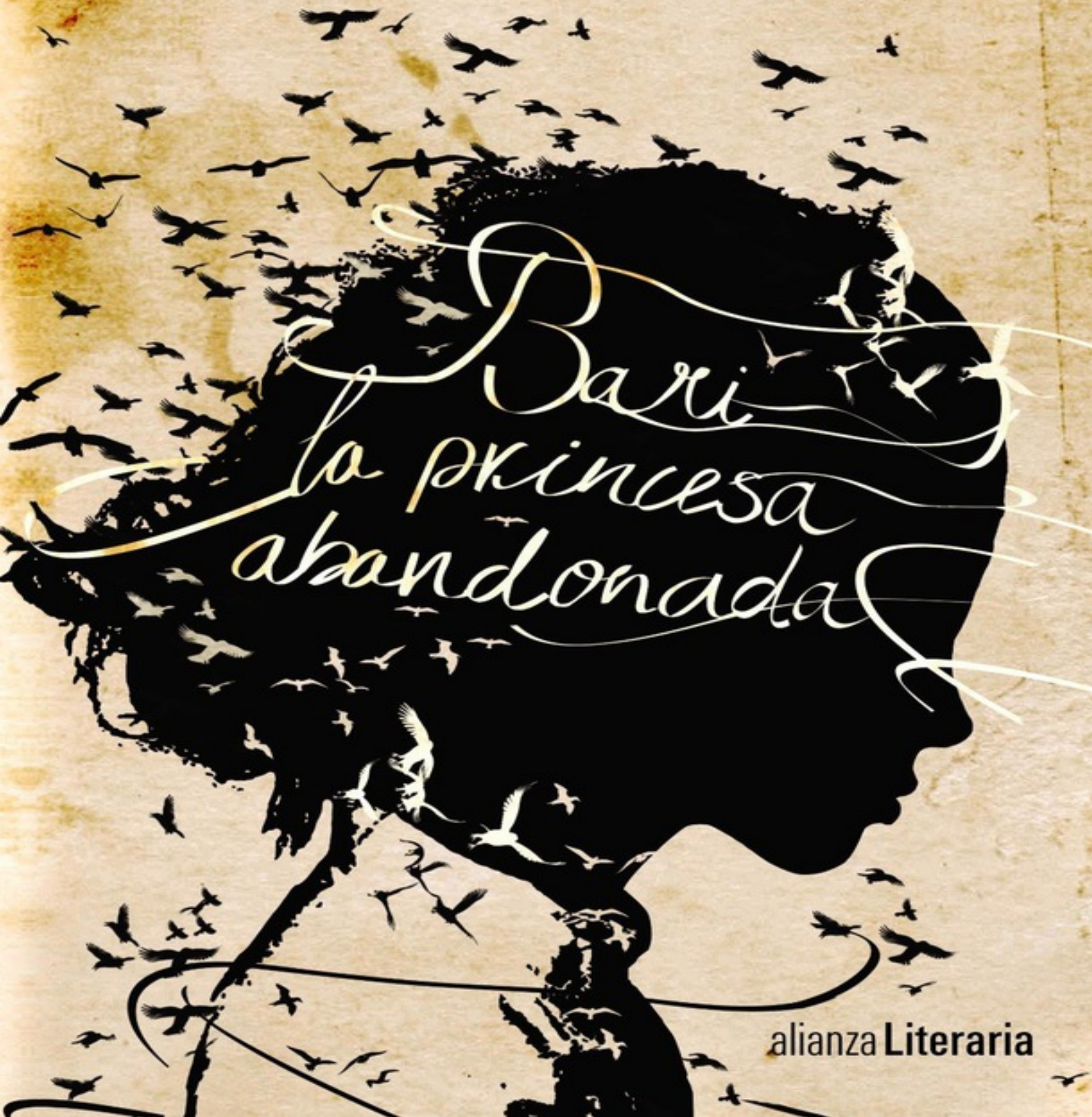
"El mundo es como una bandada de pájaros que levanta el vuelo y revolotea en el aire. Espero que mis novelas les permitan posarse de nuevo en tierra."

Hwang Sok-yong

Bari, la princesa abandonada



alianza Literaria

Hwang Sok-yong

Bari, la princesa abandonada

Traducido del coreano por Luis Alfredo Frailes Álvaro

Alianza Editorial

Índice

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Créditos

Tantas como las estrellitas
que, sobre el verde arrozal
salpican el cielo,
tantas son las desazones
que aquejan a mi casa.
Fragmento del *Arirang de Jindo,*
canción tradicional coreana

Capítulo I

Cuando mi familia, como los fragmentos de un jarrón roto, se desperdigó, yo contaría apenas once años.

Pasé mi infancia en Cheong Jin[1]. Vivíamos en una casa unifamiliar, situada en lo alto de un cerro desde donde se dominaba el puerto. Cuando llegaba la primavera, y pugnando por abrirse paso entre la maleza que cubría los parches de terreno baldío, brotaban matas de azaleas. Sus tonos carmesí se intensificaban al amanecer y con el ocaso, acentuados por los reflejos rojizos de aquel alto cielo de levante, donde se recortaba la silueta del monte Kwan-mo, aún coronado de blanco en su cumbre y faldas arropadas por la niebla. Desde lo alto de la colina se divisaban aquellas moles metálicas de aspecto lánguido ancladas en el puerto y, a su alrededor, los barquitos de pesca, avanzando con aquel movimiento tan parsimonioso y acompañado del leve martilleo que siempre emitían al iniciar su travesía. Los rayos del sol sacaban destellos plateados a las olas, convirtiéndolas en escamas de pez. Las gaviotas dispersaban la luz en todas direcciones y, batiendo vigorosamente sus alas, se perdían rumbo al foco. Yo tenía la costumbre de salirme del sendero y, por el lado más abrupto, encaramarme a lo alto del montículo, donde, en cuclillas, esperaba hasta ver a mi padre regresar del puerto, donde estaba su oficina, hasta ver a mi madre volver del mercado o, simplemente, disfrutaba de la contemplación del mar.

En casa, junto a mis padres y a mi abuela, vivíamos mis hermanas y yo, en total nada menos que siete chicas. Traer al mundo semejante prole le había supuesto a mi madre quince años de gestación prácticamente ininterrumpida; apenas había nacido una, ya venía en camino la siguiente, pues nacimos casi todas en intervalos de uno o dos años. Mis dos hermanas mayores, que fueron testigos de varios alumbramientos, recordarían siempre el desasosiego que reinaba en el hogar cada vez que una de nosotras anunciaba su llegada.

Con todo, para mi madre fue una suerte contar con la ayuda de mi abuela, quien le hizo de comadrona en todos los partos. Las tres primeras veces mi padre esperó por allí cerca, ora en la puerta de la habitación, ora dando vueltas por el patio de la casa, siempre encendiéndose un cigarrillo tras otro. A partir del cuarto nacimiento, adoptó la costumbre de esfumarse. Cuando mi madre se ponía de parto, él se quedaba en la oficina, donde hacía voluntariamente el turno de noche. Hasta la cuarta niña mi padre sobrellevó la circunstancia de que toda su descendencia fuese femenina, mas, con el nacimiento de la quinta, de nombre Suc, se abrió en casa la caja de las tempestades.

Aquel día, mi padre, de vuelta a casa tras haber cubierto el correspondiente turno de noche en el trabajo, abrió la puerta de la habitación donde mi madre y mi abuela estaban calentando agua en un balde para bañar a la recién nacida. Nada más ver al bebé, mi padre comenzó a vociferar y a lamentarse de la mala suerte de la familia. Acto seguido, tomó a mi hermana por un pie y le sumergió la cabeza en el balde de agua. Mi abuela se apresuró a sacarla de allí pero, al haber tragado agua, la pequeña Suc tardó en recuperar la respiración y, antes de romper finalmente a llorar, pasó unos instantes tosiendo. Cuando nació la sexta, Hion, mi padre descargó su furia lanzando por la ventana una mesa de escasa altura que usábamos para el desayuno, y un cuenco de *kimchi*[2] fue a impactar en el rostro de Chin, la mayor de mis hermanas, quien, en aquel preciso momento, volvía del aseo a través del patio.

En cuanto a mi nacimiento, se produjo al final de todas aquellas vicisitudes, y fue de la siguiente manera. Según me contó Chin, el momento de mi llegada al mundo lo esperaron las seis hermanas apiñadas en el cuarto de las niñas, todas expectantes y conteniendo la respiración. En cuanto me oyeron llorar, la segunda mayor, Sôn, a fin de sondear la situación, se acercó al cuarto donde yo acababa de nacer. A su regreso, y entre sollozos, decía:

—¡Otra niña! ¡Qué va a ser de nosotras!

Al parecer, la mayor les advirtió entonces a las otras cinco:

—Ni se os ocurra salir de aquí. Y que no se oiga ni una mosca hasta que papá esté de vuelta.

Mi abuela estaba confusa y preocupada por lo que se nos venía encima.

Más allá de arropar con unas mantas a aquel pegote recién nacido que tenía entre sus brazos, no hallaba qué hacer. Sin que cruzase siquiera su mente la idea de calentar una sopa de algas para la madre, como era costumbre tras los partos, se sentó en el espacio de tierra que había entre la cocina y el cuarto y, con aire pensativo, permaneció allí sin más. Mi madre, tras pasar un rato llorando en silencio, me tomó de pronto en sus brazos. Me llevó a un frondoso e inhóspito bosque de pinos y, según cuentan, me depositó en unos matorrales que allí había. Antes de irse, me cubrió la cara con mi propia cobija; su intención era que, si sobrevivía al viento gélido del alba, pereciera ahogada.

Al llegar a casa, y sin decir palbra, mi padre abrió la puerta de la habitación. Allí encontró a mi madre tendida, en silencio y con el rostro bajo las colchas. Mi abuela estaba en la cocina y tampoco daba señal de vida más allá de alguna tos seca y esporádica. Ante aquel panorama, mi padre comenzó a despotricar y salió zumbando de casa; se acababan de esfumar las pocas esperanzas de tener un hijo varón que le pudieran quedar. Mi madre y mi abuela, cada una en una estancia de la casa, permanecieron abatidas e inertes hasta que el sol hubo alcanzado un punto considerablemente alto de su trayectoria. Al fin, mi abuela entró en la habitación donde estaba mi madre y le preguntó por mi paradero:

—¿Y la chiquilla?

—No lo sé —respondió mi madre—. Se habrá ido sola.

—¡Insensata! —exclamó mi abuela, comprendiendo lo ocurrido—. ¡Has dejado por ahí a la criatura! ¡¿Quieres que te fulmine un rayo o qué?!

Con estas palabras, mi abuela se dio a una desesperada búsqueda del bebé abandonado. Tras peinar toda la casa y alrededores, comprendió que su afán era en vano. Llevada por el temor al castigo que el Cielo haría caer sobre la familia, lamentando la desgracia de la madre y de las hijas, colocó una mesa en el patio trasero. Sobre ella dispuso un cuenco de porcelana con agua fría, se sentó junto al improvisado altar y, frotándose las manos, elevó la siguiente plegaria:

«Oh, Dioses Protectores de Cielo y Tierra, librad a esta desdichada casa del infortunio que pesa sobre ella, permitid que encuentre a la criatura sana y salva, ablandad el corazón de la pobre madre, aplacad la ira del padre y

cuidad de nosotros para que vivamos en paz...».

Terminada la oración, emprendió por todos los aledaños un nuevo y febril rastreo. Al no encontrarme en parte alguna, regresó a casa y, abatida, quedó sentada en el entarimado de madera que rodeaba el patio. De pronto, reparó en que nuestra perra, *Hindung*, la miraba fijamente con el hocico asomado por la puerta de su caseta. Al mirar detenidamente, mi abuela creyó atisbar en sus patas algo que parecía la mantilla con que me habían envuelto a mí al nacer. Fue corriendo a la caseta de *Hindung*, donde, en efecto, estaba yo, respirando con aspereza y dormida en el regazo del can. Al parecer, cuando mi madre salió de la casa conmigo en brazos, *Hindung*, a hurtadillas, la siguió. Una vez consumado mi abandono en el bosque, la perra, a fuerza de olisquear por la zona, acabó dando conmigo y, sujetando mi mantilla entre sus dientes, me llevó a su caseta.

—*Cachorrillo* mío —dijo mi abuela, ensalzando a *Hindung*—, eres un regalo de los Cielos.

En aquel episodio tiene su origen, probablemente, la relación de complicidad que siempre me unió a mi abuela y a *Hindung*[3], aquella perra de raza *pungsan* cuyo nombre, por cierto, obedecía a su blanco pelaje. Yo, por el contrario, no tuve nombre —pues nadie me lo ponía— hasta bien pasados mis cien primeros días con uso de razón. El que acabó siendo mi nombre, Bari, se deriva de una historia que mi abuela me contaría varias veces años más tarde, durante aquellas noches que pasamos en el cobertizo que nos tocó construir en las montañas del lado chino, tras cruzar el río Duman[4] a raíz de la dispersión de la familia. Una historia, la de la princesa Bari, que mi abuela había conocido en su niñez por boca de su madre y que ella siempre culminaba tarareando la siguiente cantinela: [5]«A ti te repudiaron, niña repudiada / A ti te abandonaron, niña abandonada». «Y de ahí tu nombre, Bari», concluía. El tema de mi nombre se resolvió un día, cuando, estando toda la familia congregada para cenar —mi madre y todas las niñas sentadas en torno a una mesa redonda, que poníamos aparte; mi padre, con mi abuela, en una cuadrada y dispuesta especialmente para ellos dos—, mi abuela, de pronto, interpeló a mi padre:

—Por cierto, ¿no le vas a poner nombre a la chiquilla o qué?

Mi padre dirigió a la mesa redonda una mirada lenta y minuciosa, como si

estuviera haciendo recuento de mis hermanas, allí apelotonadas. Después de un instante, y con cierta brusquedad, le respondió a mi abuela:

—Pues no sé, madre. Hasta ahora le hemos ido poniendo nombres siguiendo una serie de caracteres. Nos han *llegao* para las mellizas y todo... pero, para una séptima, yo creo que ya ni caracteres quedan.

—¿Cómo? —protestó mi abuela—. Y tú, que has ido a la universidad y que has estudiado chino y ruso y no sé cuántas cosas más, ¿me estás diciendo que no se te ocurre un nombre para tu hija?

Aprovecho para contar ahora lo de mis hermanas las mellizas. Para cuando nacieron, la República todavía se mostraba generosa con la gente, y la llegada al mundo de mellizas, ya fuese en el medio urbano o en el rural, suponía todo un acontecimiento. Acudía la prensa; la familia agraciada aparecía en el informativo de la cena. El sistema de prestaciones sociales funcionaba bien, y tanto los servicios de guardería como la provisión de leche en polvo y, en general, todo lo relacionado con la crianza corrían por cuenta del Estado. La benevolencia del Gran Líder Kim Il Sung se materializaba en las montañas de ropa de bebé, juguetes y todo tipo de regalos que se acumulaban en las casas.

Volviendo al asunto de los nombres, hasta la cuarta hija no le supuso a mis padres dificultad alguna, pues se podían elegir series lógicas de caracteres, por ejemplo la de las Cuatro Plantas Nobles —ciruelo, orquídea, crisantemo y bambú— e incluso, estirando un poco el repertorio, encontrar para dos hijas más sin romper por ello la armonía del conjunto. Parece, de hecho, que mi padre había pensado de antemano una ristra de seis caracteres para los nombres de sus hijas: Chin (verdad), Sôn (bondad), Mi (belleza), Chong (paz), Suc (poder) e Hion (sapiencia). El problema vino conmigo, pues, de algún modo, mi irrupción en la familia hacía inútil el tesón puesto en la combinación de los seis nombres anteriores.

El caso es que aquel día, y dado que mi padre se levantó y se fue a trabajar sin más, dejando en el aire la pregunta de mi abuela, ésta y mi madre recogieron el testigo:

—Nuera, qué nombre le pondremos a esta chiquilla...

—Ay, pues ya ve usted... —comentó mi madre—, con el pesar y la angustia que hemos *pasao* con ella, tendríamos que llamarla algo así como

Mi-an (pesar) o Sob-sob (lamento).

—Pues no sería la primera vez que alguien pone nombres así a criaturas —comentó mi abuela—. Pero digo yo que, como a la cría la abandonaste en el bosque...

En alusión a un antiguo relato, del que yo tuve conocimiento bastante después, mi abuela decidió ponerme Bari, nombre de la princesa que, según la leyenda, «anduvo errante hasta el confín de la Tierra y pasó mil calamidades», y cuyo destino quedaría vinculado al mío.

Mi padre fue hijo de viuda. Mi abuelo había muerto en la guerra, mucho antes de mi llegada al mundo, y mi abuela siempre decía que fue un héroe, que hasta hablaron de él en la radio nacional. Al parecer, la heroica muerte de mi abuelo se produjo en una ciudad de las lejanas costas del Sur, donde sobrevivió al ataque de los tanques enemigos y consiguió repeler, él solo, toda una ofensiva frontal lanzada por el ejército de los narizotas[6]. Era una historia que mi abuela siempre contaba después de cenar, al quitar la mesa o en las noches de verano, cuando tendíamos unas esterillas en el patio y nos sentábamos allí a contemplar las estrellas. Mi padre, cansado de oír una y otra vez el mismo relato, interrumpía siempre a mi abuela, haciendo que aquella heroica historia de mi abuelo languideciera y perdiera todo su encanto.

—Madre, no adornemos la historia. Eso que cuenta usted está sacado de una película rusa...

—¿Que está sacado de qué?

—De aquella película que vio usted conmigo en el centro. ¿No se acuerda? Fuimos a verla con los de la Asociación de Vecinos. Está mezclando usted la película con la historia de padre.

La película en cuestión versa sobre un soldado raso que monta guardia en los escombros de una ciudad devastada. Hacia el crepúsculo, su unidad emprende la retirada sin que el recluta se percate de ello, pues se ha quedado profundamente dormido. Creyendo completa la retirada, el ejército enemigo avanza confiado sobre las ruinas. El ruido de los carros de combate enemigos al avanzar despierta al recluta, quien, de la forma más inesperada, se encuentra de frente con todos los tanques y camiones enemigos con las luces encendidas. Demasiado asustado para sopesar sus actos, el soldado coge su fusil automático y descarga una prolongada ráfaga sobre las posiciones

enemigas. Al cesar el sonido de sus disparos, se produce un momentáneo silencio. Las fuerzas hostiles vacilan unos instantes en sus posiciones; después, creyéndose rodeados en la oscuridad, y para evitar caer emboscados, se baten en retirada. El soldado, que estaba agazapado bajo una pila de bloques de cemento, sale gateando y, adentrándose en la oscuridad, echa a correr hacia su cuartel, que alcanza apenas cuando despunta el día. Una vez allí, requieren su presencia tanto el cabo como el capitán, y aun el general. Todos lo colman de honores y, más adelante, hasta le imponen una medalla al mérito, concediéndole también un permiso especial. Así es como aquel soldado raso se convierte en el laureado héroe que ha repelido, él solo, el avance de una división enemiga.

Lo que sí era cierto, según mi padre, es que mi abuelo murió durante un combate en el frente oriental. Para comunicarle la baja a mi abuela, la convocaron a las dependencias del Comité Popular Revolucionario, donde le hicieron entrega de una serie de bienes como compensación por el deceso. En la escuela, le rindieron a mi padre los honores propios de un huérfano de militar caído en acto de servicio. El tutor le hizo subir al estrado y sus compañeros de estudios le dedicaron un tributo silencioso. Por otra parte, mi abuela se encargó de marcar la fecha en que, cada año, la familia erigiría el altar para rendir homenaje al alma de su difunto marido, cuya muerte, por cierto, ya se le había revelado en sueños, al igual que sucedía con otros muchos aconteceres.

Fue de la siguiente manera. Una noche, estando mi abuela en su estancia, creyó oír una tos familiar y procedente del exterior. Abrió la puerta y allí, destacándose de la blanca luz de luna que inundaba el patio, estaba mi abuelo, ataviado con un uniforme militar hecho jirones. Al preguntarle de qué rumbos venía, él le contó que había pasado por Mukho, por Gangneung y por Sokcho y que, en su camino, había remontado veinte cimas. Mi abuela le dijo que dejara en el patio un hatillo que llevaba al costado y pasase a comer algo, pues era la hora del desayuno. Él no se movió de donde estaba; ni siquiera se quitó las botas. Sólo dijo que tenía que reemprender su viaje, pues iba lejos. Cuando mi abuela le quitó el hatillo y lo apoyó en el suelo, él se comenzó a difuminar, como un éter, y el patio pronto quedó vacío. Mi abuela despertó sobresaltada y, al palpar el cabecero de su estera, notó el tacto de algo. Al

encender la lámpara de aceite, reparó en que la puerta del arcón de mimbre estaba abierta y de él se habían salido un par de prendas de ropa. Eran los pantalones guateados y el chaleco de pelo de liebre que mi abuelo había dejado allí cuando se fue a la guerra. Mi abuela se apresuró a comprar frutas, una botella de licor y un abadejo seco y, erigiendo un sencillo altar de muertos a modo de ofrenda funeraria, quemó en él aquellas ropas.

Para mi abuela, ver espectros no era inhabitual. Los veía pasar, era testigo de sus encontronazos y hasta de las conversaciones que mantenían. Desde que mi padre era niño, mi abuela venía rindiendo culto a los Dioses Protectores del hogar a través de rezos que oficiaba en el patio trasero, y en los que empleaba agua recién sacada del pozo. Cuando el Gobierno prohibió aquellas prácticas, mi abuela pasó a celebrar sus rituales agazapada en un rincón de la cocina donde el suelo era de tierra, empleando una clandestinidad que le exigía gran celo. Aquellos rituales de mi abuela fueron motivo de disputa entre mis padres durante un tiempo, el que tardaron en desistir de su afán por disuadirla.

—Oye, ¿no tendríamos que decirle a mi madre que no hiciera esas cosas? —exhortaba mi padre.

—Ay, ¿acaso crees que lo va a dejar de hacer porque se lo digamos nosotros? —replicaba mi madre—. Además, de eso yo ni me atrevo a hablarle; ella está convencida de que ve ánimas y cosas de ésas que a mí me ponen la piel de gallina. Y ya sabes, en tu familia eso viene de atrás.

—¿Qué es lo que viene de muy atrás? ¿De qué hablas?

—Pues de tu tatarabuela, que era chamana allá en Ham-hiong. Ahora resulta que no lo sabes...

—¡Válgame! ¡Como te oiga la gente decir esos disparates nos va a caer una gorda!

—¡A buenas horas! ¡Como si no supiera todo el vecindario que tu tatarabuela y tu bisabuela eran chamanas, y bien famosas que eran antes de la Liberación...!

—¡Mira con qué sale ésta ahora! —zanjó mi padre—. ¡Déjate de historias, anda! ¡Mi familia viene de campesinos pobres, y no hay más que decir! ¡Si no, ¿por qué el Gobierno nos clasificó en la Categoría Básica, a ver?!

Según mi abuela, a su hijo se le dieron bien los estudios desde niño, cuando iba a la escuela popular. En la posguerra, estando la ciudad bajo control del Ejército Voluntario de China, mi padre acompañaba a los mayores al cuartel, donde acudían a plantear los litigios civiles, y aprovechó la experiencia para aprender mandarín. Posteriormente, al acabar primero de su promoción en la escuela preparatoria, le recomendaron directamente para acceder a la Universidad de Pyongyang.

Mis padres nunca habrían acabado juntos de no ser por la obstinación de mi abuela, en cuya casa, precisamente, se produjo el primer encuentro entre los dos jóvenes. Mi padre cursaba el primer año de carrera, y regresó a casa durante unos días, aprovechando el permiso que le habían dado por participar en las Brigadas de Trabajo durante las vacaciones de verano. Le pidió a su madre un poco de agua fría y, para su sorpresa, quien salió de la cocina con un cuenco en las manos no fue mi abuela, sino una joven menuda y de pelo corto a quien él no había visto nunca antes, y que decía estar allí esperando por él.

—¿Quién eres, camarada? —le preguntó mi padre a la muchacha, tan estupefacto que ni se acordó de tomarse el agua.

—¿Quién va a ser? —terció mi abuela—. Es tu mujer.

Presa del desconcierto, mi padre echó a correr por donde había venido y se metió en el primer tren con destino a Pyongyang. Al cabo de unos quince días, lo convocaron en la jefatura de estudios. Allí estaba el profesor tutor de su curso, encargado también de impartir una asignatura llamada Orientación para la Vida. El profesor lo recibió con gesto de contrariedad, le indicó que se sentase con un gesto de la cabeza y le dijo:

—Vaya, camarada, no me imaginaba que fuese usted a casarse sin haber terminado sus estudios. Por una parte, entiendo que quiera usted conducirse con la diligencia que merece su señora madre... Pero, dígame: ¿por qué no se va usted con su mujer?

—No... no se trata de eso... verá usted —balbuceó mi padre, lleno de estupor—, resulta que, cuando fui a mi casa, mi madre me dijo que aquella chica era mi prometida y yo no me lo esperaba y de ahí que haya vuelto antes de lo previsto a la universidad...

En esto, se abrió ligeramente la puerta del despacho y apareció la cabeza

de mi abuela.

—Ya estamos aquí —dijo—. Pasa.

Mi abuela accedió al despacho y, tras ella, con la cabeza agachada, iba la chica de pelo corto. La joven saludó al profesor con una respetuosa inclinación. A mi padre se le puso el rostro rojo como un tomate y fue incapaz de abrir la boca.

—Pues no se hable más —dijo el profesor—. Les voy a extender un salvoconducto para que vuelvan al pueblo su señora madre y ustedes dos. Si se han comprometido, digo yo que tendrá que estar usted con su mujer.

—No; verá usted... —objetó mi padre—, yo antes de terminar mis estudios no puedo...

—Y entonces —arguyó el profesor—, ¿por qué se anda comprometiendo? Ande, váyase ya y no siga enredando si no quiere que se lo cuente a los camaradas. Si el asunto llega al Comité Popular Juvenil, le pueden acusar de no ser trigo limpio y eso supondría su expulsión de la universidad.

Así, por obligación, fue como mi padre regresó a casa. Todo el trayecto, desde que subieron al tren, lo pasó mi abuela lanzándole amenazas:

—A partir de ahora, no te voy a consentir que andes por ahí zascandileando. Todo esto lo hago por voluntad de nuestros Dioses Protectores. Como me lleves la contraria, te vas tú por tu lado y yo por el mío; ¿queda claro?

Parece ser que mi abuela consiguió un portabebés de los que se usan para llevar a los niños a la espalda, fue con él hasta el asiento que ocupaba mi padre y le ató un extremo de la cinta a una pierna, haciendo un buen nudo. El otro cabo se lo acercó a mi madre y le dijo que se lo amarrara bien a un tobillo. Mi madre se quitó una de las botas de goma que llevaba y, subiéndose bien el calcetín, que traía caído, le pidió a mi abuela que se lo atase con firmeza. Cuando mi padre, para ver qué trajinaban mi madre y mi abuela, se giró, las miradas de los dos jóvenes se cruzaron y ella le sacó la lengua. Aquel episodio siempre lo sacaba mi padre a colación cuando discutían. «Más me habría valido partirme la pierna —decía, en sus momentos de furia— y salir corriendo de allí con la otra; ay, qué distinta habría sido mi vida...».

Lo cierto es que, tras enlazar a mis padres de aquella guisa, mi abuela se arrolló el trozo de tela en torno a la muñeca, dándole varias vueltas, y, sólo entonces, exhaló un hondo suspiro de alivio.

Cuando mis hermanas y yo le preguntábamos por qué tenía tanto interés en casar a mis padres, mi abuela nos contaba el sueño que, al parecer, estaba en el origen aquel afán, y que tenía su continuación en el relato de cuando se presentó en la casa de mis abuelos maternos a buscar a aquella joven que sería mi madre.

> —Se me apareció una ninfa del Cielo —comenzaba el sueño— que se posó en el tejado de la casa y, desde ahí, bajo al patio. Claro, yo me asomé y empecé a preguntar: «Quién anda ahí?». Y le dije: «¡Si eres espectro, fuera! ¡Si eres persona, acércate!...». Y ella me respondió: «Vengo del País de los Cielos. Allí cuido del jardín del Emperador de Jade. He descendido a la Tierra como castigo por haber transgredido la Ley Celestial, pues regué mal las flores y han caído a este mundo». Entonces vi que, efectivamente, había siete flores tiradas en el patio. La ninfa me las acercó, pero, cuando fui a cogerlas, ella abrió el portón y empezó a dar pasos hacia atrás, con mucho garbo y como si fuese patinando. Yo eché a andar tras ella. Al llegar a una empalizada de sorgo, desperté. Intrigada por aquel sueño tan raro, salí de la casa. Fui siguiendo el sendero que había visto en el sueño y resulta que llevaba a una casa del vecindario que tenía una cerca de sorgo. Cuando estaba allí delante... Ay, madre, qué cosa más rara..., era la casa del sueño. Entré y allí había una chica que yo no conocía y que estaba cantando, al mismo tiempo que limpiaba las tinajas de la soja, que bien lustrosas las estaba dejando. Me fijé en que tenía las nalgas bien prietas y, aunque yo no sea hombre, me pareció tan bella como una flor de peonía y era hermosa como las magnolias. Le dije que me presentara a sus padres y le hablé un poco de mi hijo.

En la familia, todo el mundo estaba al tanto de las extrañas facultades que poseía mi abuela. Hasta mi padre, único que se resistía a reconocerlas, acudió una vez en busca de consulta y asesoría. Fue un año nuevo. Al despertar sobresaltado de un sueño, mi padre se levantó a hurtadillas y, a toda prisa, fue a ver a mi abuela.

«Madre —le dijo—, he soñado con una tinaja de agua que se partía por la

mitad, y de dentro de ella salía un pez gato así de grande, —le contó, señalándose el antebrazo—, y se iba retorciendo por el suelo».

«Un pez gato, ¿eh? —comentó, haciéndose la despistada, mi abuela, para quien el relato de mi padre había resultado tan atropellado y confuso que le resultó difícil no ya interpretar el sueño, sino siquiera entenderlo—. Pues habrá que hacerlo a la cazuela con guindilla y comérnoslo entre todos».

A diferencia de otras mujeres del vecindario, mi madre apenas trabajó fuera de casa. Para ella, la posibilidad de desempeñarse laboralmente fuera del hogar terminó con la llegada de aquella numerosa descendencia, pues apenas se había repuesto de un parto, apenas había terminado de cuidar a una de mis hermanas, cuando ya venía la siguiente en camino. Sólo cuando nació Mi, la tercera, comenzaron a tomar precauciones; de ahí que Mi y la cuarta, Chong, se llevasen tres años. Fue la única ocasión en que mi madre pudo trabajar fuera de la casa. Primero se dedicó a tareas de producción y transformación de alimentos en una planta comunitaria de las que el Gobierno estableció durante la posguerra en las granjas colectivas de todo el país. Más adelante, la destinaron a un centro de rehabilitación, donde pudo aprender tecnologías de explotación de recursos. A los seis meses de aquello, se puso de peluquera voluntaria en unos baños públicos. A causa del vehemente anhelo de mi padre por tener un hijo varón, compartido además por mi abuela, mi madre tuvo que juntar todos los periodos formativos en el mismo lapso de tiempo y, al cabo de apenas año y medio de estar trabajando, se vio obligada a volver a casa. A raíz de lo que pasó con la quinta niña, Suc, cuando mi padre la sumergió en el balde de agua, mi madre renunció definitivamente a toda aspiración de ver cambio alguno en su vida. A los tres años, Suc seguía sin hablar; resultó ser sordomuda. Aunque, oficialmente, su trastorno se achacó al sarampión que pasó después, mi abuela y mi madre siempre rumoreaban entre ellas que fue consecuencia de lo ocurrido cuando nació. En cuanto al episodio de mi abandono, también fue mi abuela quien me lo contó.

Tendría yo unos seis años —recuerdo que por entonces iba a la guardería del barrio— cuando sucedió algo singular. Debió de ser al comienzo de la primavera, pues las recién florecidas azaleas vestían de escarlata las cimas de los montes y mis hermanas volvían a casa con cestas llenas de esa hierba

conocida como pan y quesillo. Yo estaba sentada en el entarimado del patio, disfrutando de los cálidos rayos de sol, cuando vi que *Hindung*, con las orejas replegadas y mostrando los dientes con ferocidad, le ladraba a alguien. Me dirigí al portón de madera que daba a la calle, y que estaba cerrado, y, al empujarlo, vi ante mí a una niña poco mayor que yo, ataviada con una chaqueta tradicional de mangas amplias y una falda de algodón, todo blanco. Yo pensé que se trataba de alguna camarada de mi hermana Hion, que habría venido a jugar con ella. «Hion-i no está», le dije. Ella se quedó allí unos instantes, con la mirada fija en mí. Su rostro no reflejaba ni un atisbo de temor, a pesar de que, a mi espalda, *Hindung* seguía ladrando con fiereza. «Aquí no es», me pareció que decía, como para sí, un instante antes de darse la vuelta y alejarse de allí no sé exactamente cómo. Se esfumó tan de repente que ni me dio tiempo a verla alejarse. Llevada por el deseo de saber dónde se había metido la desconocida, crucé la puerta y empecé a andar por la calle. La vi a cierta distancia, cerca de una hilera de casas similares a la nuestra en forma y tamaño, donde no supe cómo había llegado tan rápido. Estaba de espaldas y me fijé en su coleta, que le oscilaba sobre la espalda mientras avanzaba hacia la casa del albaricoque. Se detuvo frente a ésta, echó una rápida mirada hacia donde estaba yo y, sin más, atravesó el umbral de la casa. Si recuerdo su coleta, es por el detalle de que llevaba colgando un lazo rojo, que se agitaba suavemente sobre su espalda al caminar. Aquella tarde, cuando me senté a cenar con mi familia, mi madre dijo:

—Habrá que darle algo en condolencia al delegado de barrio del Comité Popular. Se ha muerto su nieta.

—¿Qué dices? —exclamó mi padre—. Pero ¿cómo?

—Eso ha sido por el karma de la vida anterior —masculló mi abuela, antes de que mi madre tuviera tiempo de contestar—. Todos venimos al mundo con un destino y con nuestro día escrito.

—¿No habrá sido el tifus ese que se anda propagando últimamente? —replicó mi padre.

—Abuela —dije yo, tirando de su falda para avisarle de lo que había visto durante el día.

—Sí, sí —dijo ella—. Venga, a cenar...

—Esta tarde —insistí— he visto a una niña que no conocía. Vino a casa y

enseguida se fue, y se metió de repente en la casa del albaricoque.

Nadie prestó la menor atención a mi comentario excepto mi abuela, quien, tan pronto hubo acabado de cenar, me llevó al patio, donde se sentó conmigo, y, en tono cauteloso, me interrogó:

—Oye, ¿a quién dices que has visto?

—Era una niña vestida de blanco —le expliqué—. *Hindung* se puso a ladrar y le quería morder. Ella me miró, dijo «vale, no es aquí» y se fue. Salí para ver adónde iba y de pronto la vi entrar en la casa del albaricoque.

—Y, ella, ¿te miró a los ojos? —me preguntó mi abuela.

—Sí —respondí—, antes de meterse en esa casa.

Moviendo la cabeza de arriba abajo, y acariciándome el cabello, mi abuela me consoló:

—Tranquila, hija, no te va a pasar nada malo. Creo que lo tuyo es una herencia. Tú sólo haz lo que te diga la abuelita —y añadió—: Escupe tres veces al suelo y da tres golpes con el pie.

Aquel día caí enferma y estuve un tiempo guardando cama. Una noche empecé a delirar y a arder de fiebre. Mi padre me cargó en su espalda y me llevó al ambulatorio que había cerca del puerto. Allí, tumbados y formando hileras en distintas salas, había niños y ancianos procedentes de todo el distrito. No sé cuántos días estuve allí; sólo recuerdo que, junto al lugar donde estuve yo tumbada junto a varias personas, había una ventana enrejada y, que, sentada tranquilamente en el marco de la ventana, estaba aquella niña del lazo. Yo la miraba fijamente y sin sentir temor alguno. Cuando salí del hospital y me llevaron de vuelta a casa, dejaron libre la estancia de la parte de atrás, donde dormían mis hermanas, y pasé a dormir allí yo junto con mi abuela, única persona de la familia que se me acercaba. Durante el día me bajaba la fiebre, pero me volvía a subir por las noches. Me salió una urticaria que por su aspecto recordaba los granos del mijo y que, con el tiempo, me fue remitiendo. De cuando en cuando, y con todo secretismo, mi abuela me preguntaba:

—Bari, ¿sigues viendo esa aparición?

—No, abuelita —le explicaba—. La veía en el hospital, pero aquí ya no. Oye, abuelita, ¿quién es esa aparecida?

—Ay, hija mía... Es el espectro de una niña que contrajo la epidemia y se

murió. Pero a ti no te va a pasar nada porque te cuidan los espíritus protectores del hogar.

No sé cuántos días, con sus noches, pasé envuelta en una constante y agitada alternancia de sueño y vigilia. Recuerdo con toda claridad los sueños que tuve. En uno de ellos, yo estaba a la entrada de un edificio en ruinas que, por su hechura, podría ser un templo budista o algo similar. Parte de la empalizada estaba reducida a cascotes, y las numerosas tejas desprendidas del tejado, también medio derruido, estaban diseminadas entre las matas de ajenjo y otras hierbas silvestres, que cubrían todo el patio. Yo estaba apoyada en una columna medio vencida, oteando el interior del recinto. No sabía si adentrarme o no en las sombras de aquel lugar. En esto me pareció notar que algo se movía. Era un lacito rojo, como los que llevaban las mujeres en el pelo, que surgía de entre las sombras del viejo templo y, meciéndose rítmicamente en el aire, se dirigía hacia mí. Sin más, yo me daba la media vuelta y echaba a correr. El lazo rojo, dando brincos en vertical, me perseguía. Yo corría entre los árboles, cruzaba un arroyo, rebasaba la linde de unos arrozales y, finalmente, llegaba al pueblo sin que el lazo dejara de perseguirme ni de hacer ese bailecito en el aire.

Entonces, en medio de la calle, aparecía mi abuela, quien en el sueño, al contrario que en la realidad, iba en *hanbok*[7] y llevaba el pelo recogido en un moño, sujeto con un alfiler. Salía al paso del lazo y, agarrándolo en el aire, gritaba: «¡Atrás, maldita!».

Aquel ingrávido lazo rojo, entonces, caía al suelo y desaparecía sin dejar rastro.

Llena de espanto, abrí los ojos. Tenía todo el cuerpo y la cara tan empapada en sudor como si me hubiese dado un paseo bajo la lluvia.

—Ya casi estás bien del todo, hija —me dijo mi abuela, que estaba tumbada a mi lado—; aguanta un poco más —añadió, secándome la cara y el cuello con un paño de algodón.

A causa de la fiebre, y aun teniendo los ojos abiertos, sentí que mi cuerpo se distorsionaba ilimitadamente, ora agrandándose, ora menguando. Tan pronto se me alargaban los brazos y las piernas, hasta el punto de abarcar todo el suelo y las paredes de la estancia, como me encogía hasta adquirir el aspecto de una mucosidad para, al instante, reventar. Sentía el suelo hundirse

cada vez más, desaparecer en lo hondo de la tierra. En el papel que cubría las paredes de la estancia aparecieron varios rostros que, en un momento dado, abrieron la boca y rieron a carcajadas, se pusieron a chacharear y hasta a vociferar.

Al final sobreviví a aquella epidemia de tifus pero, como consecuencia de la enfermedad, pasé muy escasa de fuerzas un periodo de varios años, concretamente hasta la edad de acceso a la escuela. Y algo había cambiado en mí, pues, a raíz de aquella dolencia, empecé a oír sonidos que antes no oía y a ver cosas que antes no veía. Fue también por entonces cuando comencé a comunicarme con mi hermana Suc, la muda. Chong, la cuarta en edad, tenía un año más que Suc, y entre ellas andaban siempre a la gresca. De las siete hermanas, las tres primeras, Chin, Sôn y Mi, eran bastante altas, y, además, había cierta brecha de edad, tres años, entre ellas y la siguiente. A la sexta y a la séptima, que éramos Hion y yo, nos trataban como a chiquillas. Entre Hion y yo no había buena relación; yo no quería cuentas con ella y la cosa parecía mutua. Las del medio, Chong y Suc, quedaban en una posición imprecisa al no encajar ni en el grupo de las tres mayores ni en el de las dos pequeñas. No era de extrañar, pues, que, cuando había algún recado que hacer, mis padres tuviesen la tendencia de recurrir a ellas dos, y, toda vez que algunas cosas no se le podían encargar a Suc, por ser muda, acababan recayendo en Chong. Si, por ejemplo, había que bajar la cuesta para comprar una bandeja de tofu y un manojo de cebolletas, Chong se ponía de morros y le dirigía a Suc miradas de disgusto.

«Por culpa de ésta —decía— siempre me toca hacerlo todo a mí».

Por su parte, la muda tenía muy mal carácter. Aunque la mayor parte del tiempo diese la sensación de ser obediente y tranquila, cuando le salía el genio no era infrecuente que se abalanzara sobre cualquiera de nosotras, sin hacer distinción entre las pequeñas y las grandes, llegando, a veces, a arrancarnos mechones de pelo o darnos patadas en el bajo vientre. El problema nos lo tomábamos todos muy en serio; se preocupaban por tratar a Chong y a Suc de manera que ésta nunca se sintiese agraviada. Les compraban a las dos la misma ropa, del mismo color y forma, hasta los lápices se los compraban iguales, tres a cada una.

Por las mañanas, antes de irnos a la escuela, reinaba en la casa cierto

caos. Para entrar al baño, lavarnos la cara y peinarnos, seguíamos turnos. Una mañana, Suc comenzó a chillar. Llegó corriendo y con los carrillos encendidos, mas, como no podía hablar, no sabíamos qué le pasaba. En una mano, y en actitud furibunda, blandía una zapatilla de deporte chamuscada. Todo parecía indicar que las habían puesto a secar durante la noche sobre la estufa de leña y una se había caído junto a la chimenea. Como sucedía con todo, las zapatillas verdes de Suc eran iguales a las de Chong. Ésta, con astucia, se apresuró a ponerse las que se habían salvado de la chamusquina y dejó allí las quemadas... Suc, entonces, lanzó las zapatillas chamuscadas y, sin miramiento alguno, se abalanzó sobre Chong, la agarró por la cintura, derribándola, y le quitó de los pies las zapatillas sanas, dando a entender que eran las suyas. Chong, sin quedarse atrás, le mordió un brazo a Suc, cuyos berrinches y alaridos atrajeron a todo el vecindario. Mi padre, que en ese momento iba saliendo de casa para irse al trabajo, se dio media vuelta y, todo furioso, se llevó a mis dos hermanas a la entrada de la casa, donde les empezó a dar de varazos en las pantorrillas.

«¡Hay que joderse! —se quejaba—, ¡ni un día tranquilo tenemos en esta casa con las crías estas!».

Llenas de desazón, las demás contemplábamos la somanta de palos que mi padre les estaba dando a Chong y a Suc. El incidente arruinó el día a toda la familia. Fue entonces cuando, en mi interior, oí una voz, la de Suc. «Las zapatillas quemadas son las de Chong —decía—, porque son las que estaban secándose sobre la chimenea. Las mías las dejé a secar bajo el portillo. Y anoche vi al gato de los vecinos trajinando en la chimenea. Se coló en casa a ver si pillaba algo de pescado». Al oír aquellas palabras de Suc, yo, espontáneamente y en un murmullo, las pronuncié. En ese instante, mi padre dejó de darles con la vara y mi abuela, poniendo la mano sobre la alacena, que quedaba al lado de la chimenea, dijo:

—Un momento; ¿dónde está el pescado que íbamos a hacer en sopa?

—¿Ves? Ha sido el gato —dijo mi madre, respirando aliviada y arrebatando la vara a mi padre.

Ordenadamente, mi padre fue cogiendo sus sobres de documentos y se marchó, ahora sí, al trabajo. «Demonio de crías... Me van a quitar la vida entre todas...», mascullaba. Mi abuela consolaba a Chong y a Suc:

—Ya le digo yo a vuestro papá que os traiga unas zapatillas nuevas del economato de su oficina. Venga, a la escuela.

Cuando se hubieron ido todas mis hermanas, y quedé yo sola en casa con mi abuela y mi madre, ésta dijo:

—Oye, ¿cómo es eso de que oyes a tu hermana la mudita?

—Ya te lo había dicho yo; es un don que ha heredado la niña —terció mi abuela, causando gran disgusto y contrariedad en mi madre, que exclamó:

—Esas cosas que dice usted mejor que no se las oiga el padre de las crías...

---

1 Ciudad de Corea del Norte. *[N. del T.]*

2 Elemento esencial de la mesa coreana, se elabora tradicionalmente a partir de coles, rábanos y otras verduras que se dejan fermentar en tinajas durante meses. *[N. del T.]*

3 Albina. *[N. del T.]*

4 Río que en chino se conoce como Tumen. *[N. del T.]*

5 *Donyiorá, Donyi Degui / Bariorá, Bari Degui.*

6 Los estadounidenses. *[N. del T.]*

7 Vestido tradicional coreano. *[N. del T.]*

Capítulo II

Aproximadamente para cuando yo accedí a la escuela primaria, y por obra de algún perro del barrio, *Hindung* quedó preñada. Entre chasquidos de lengua y expresiones de lamento, los adultos comentaban que el embarazo de la perra era una desgracia en un animal tan viejo. Y es que, según mi abuela, *Hindung* tenía una edad que, a escala humana, superaba con creces los sesenta años. Completamente ajena a este revuelo, la perrita se paseaba tranquilamente por el patio con su barriga hinchada y sus distendidas ubres. Dio a luz una noche de invierno y en un lugar resguardado de todas las miradas. Mis hermanas y yo, acostadas todas juntas y bajo las colchas, afinábamos el oído para no perder detalle del bisbiseo que se traían mi madre y mi abuela:

—¿Cuántos van ya? —preguntó mi abuela.

—A ver... —dijo mi madre, contando los cachorros—. Uno, dos, tres, cuatro... ¡No puede ser! ¡Son siete!

—¡Ay, mi madre! ¡Con razón dicen que árbol muerto reflorece! ¡Siete cachorros nada menos nos ha traído esta vieja!

Lo más habitual, cuando nos preparábamos para ir cada día a la escuela, era que mi madre tuviera que tirar de nuestra colcha, reprimirnos y hasta darnos sonoras nalgadas para que nos pusiéramos en marcha. Aquella mañana, sin embargo, nos levantamos todas antes de tiempo y tan ordenadamente como si de una promesa se tratara. Unas bien arregladas, otras aún en pijama, corrimos todas hacia el patio como en una estampida. En una piña, como formando un banco de peces, pugnamos por asomar las narices por la estrecha puerta de la caseta de *Hindung*. La perra, habitualmente tan dócil, sacó la cabeza, enseñó los dientes y se puso a gruñirnos.

—¡Que os va a morder! —nos advirtió mi madre—. ¿No veis que quiere

proteger a los perrillos?

Asustadas, mis hermanas retrocedieron y yo tuve la primera ocasión de atisbar el interior de la caseta. Allí, agazapada en la puerta, entablé con *Hindung* una comunicación especial. Le hablé desde mi interior, sin despegar los labios:

«Hola, *Hinduguito;* soy Bari, la séptima niña. Vengo a ver a mis hermanitos. No te asustes».

Manteniendo un equilibrio precario pero con rápidos movimientos, *Hindung* se incorporó y salió del habitáculo. Allí, sobre un saco vacío que cubría el suelo de la caseta, estaban los perritos. Allí se hallaban, enredados unos con otros, con los ojos cerrados a cal y canto, tan menudos que podrían caber en uno de mis puños. Metí mi atrofiada mano en aquel barullo vivo que formaban entre todos, cogí uno de ellos sin miedo pero con cuidado y lo acosté en mi pecho, sintiendo en los dedos de las manos el sutil latido de su corazón. «Así que tú eres el séptimo... Igual que yo», dije, hablando nuevamente con mi voz interior. Enfrascada como estaba en el perrito que tenía abrazado, creí que no había nadie en la casa. Al darme la vuelta, vi que allí, observándome inmóviles y formando un silencioso corro, estaban mi madre, mi abuela y mis hermanas. Desde el entarimado del patio, mi padre se dirigió a nosotras en un tono que denotaba desinterés y, al mismo tiempo, disgusto.

—No me digáis que han sido todas hembras —exclamó.

—Mira éste —le replicó mi abuela, zarandeando una escoba en dirección a él—. Mira con lo que nos sale, ya de buena mañana, como si no tuviera otra cosa mejor en que pensar.

En aquel instante, y montando gran alboroto, todas mis hermanas volvieron a agolparse a la entrada de la caseta de *Hidung,* que se puso a gruñir y se plantó delante a fin de bloquearles el camino. Mi hermana Chong, haciendo un aspaviento que simulaba querer golpear a *Hindung,* se acercó diciendo:

—Maldito chucho... Por qué no nos tratará igual a todos.

Aquello enfureció aún más a *Hindung,* que, esta vez, prorrumpió en atronadores ladridos. Yo devolví a la caseta al cachorro que tenía en las manos y le hablé nuevamente desde mis adentros.

«Tú no te preocupes; yo te cuidaré como es debido».

Hindung volvió a entrar en la caseta, se acercó sus retoños a la ingle y se tendió, con el cuerpo enrollado en torno a ellos. Entonces oí que mi hermana la mayor, Chin, decía refiriéndose a mí:

—Esta niña tiene algo raro. ¡También se comunica con los perros!

Aquella observación de mi hermana no suscitó en el resto de la familia mayor reacción que el episodio en sí. Sin embargo, y por algún motivo que desconozco, noté que todos se habían percatado ya de mis extrañas facultades. Si mis padres no hicieron comentario alguno fue porque se habían fijado en mi abuela, cuya elocuente mirada delató que, internamente, estaba de mi lado. Aquel día quedó grabado en mi recuerdo de un modo especial, y ello se debe, en parte, a que fue la primera vez que vi a *Chilsong*, el séptimo de los cachorros, pero también, y sobre todo, a que fue aquella noche cuando entró en escena mi tío.

Estaba yo en el patio de la casa, jugando a las piedras con mi hermana Hion, la que me precedía en edad, cuando se abrió ligeramente el portón de madera y asomó una cabeza, que se puso a escudriñar el lugar mirando a un lado y a otro. Era un hombre adulto, larguirucho y de pelo muy corto. Al verlo aparecer, Hion y yo dejamos caer las piedras que teníamos en las manos y echamos a correr hacia el patio trasero. Cómo sería el espanto de Hion, que vi unas gotas resbalar por su pantorrilla, algo que ella, por supuesto, siempre negaría.

—Chiquillas, ¿dónde está vuestra madre? —nos interpeló el desconocido.

—¿Quién es usted? —repliqué yo, acercándome a aquel hombre, que a mí no me daba miedo, y que seguía examinando el patio con miradas inquietas a un lado y a otro, ya con toda la mitad inferior de su cuerpo dentro de nuestro patio.

—Pues, si no me he *equivocao* de casa, soy vuestro tío.

Al verlo, mi madre, que acababa de preparar la cena y en ese momento salía al patio, corrió hacia él con los brazos extendidos.

—¡Ahí va, pero quién está aquí! —exclamó—. ¿Estás de permiso, o qué?

—¡Ya he *jurao* bandera, hermanita! —dijo, tomando las manos de mi madre en las suyas, aquel hombre, que hasta ese momento seguía sin cruzar del todo el umbral—. ¿Dónde anda tu marido?

—Estará al caer. Anda, pasa *pa* dentro.

Enfundado en un mono de trabajo desteñido y viejo, mi tío llevaba al hombro un petate de trapo y un acordeón. Antes de subir al entarimado que daba acceso a la casa, a instancias de mi madre, mi tío se dirigió a nosotras para enredarnos el pelo con brusquedad, algo que él, acaso, consideraba una carantoña, pero que a mí me causó no poco fastidio. A continuación, se metió la mano en un bolsillo y empezó a reír, como con picardía. Tenía otra sorpresa aún mejor.

—Lo he cogido por el camino; os lo regalo —dijo, extendiendo la palma de su mano, donde apareció algo negro como un tizón que, como un resorte y sin darnos tiempo ni de ver qué era, pegó un brinco en dirección a mi hermana y a mí. Yo, espontáneamente, retrocedí unos pasos; Hion, incapaz de reaccionar, cayó a plomo del susto y se dio una buena costalada.

—¡Madre mía! —exclamé. Aquello que acababa de tomar tierra ante nosotras era un sapo de caña del tamaño del puño de un adulto.

Expandiendo el buche, el sapo, de ojos saltones como una campana de latón, comenzó a croar. Yo tomé a Hion de la axila y tiré de ella hacia mí, pero ella ya se había puesto blanca y tenía los ojos más saltones que los del sapo. Mi madre corrió hacia ella y la abrazó.

—¿Cómo te las ingenias tú para liarla nada más llegar? —le dijo a mi tío —. Tú no maduras, ¿eh?

Mi tío respondió con una sonrisa nasal y enredándome de nuevo el pelo con la mano. Mi hermana Hion se había enfurruñado tanto con nuestro tío que no mostró el menor interés por los bizcochos y las bolas de caramelo que éste nos había traído del cuartel, y que nos repartió más tarde para reparar lo del sapo. Se mantuvo lo más alejada que pudo de él y ni siquiera rompieron su coraza las canciones que, en un intento por ganarse nuestra simpatía, interpretó mi tío al acordeón. Hion disfrutó del concierto desde el otro lado del umbral.

Mi tío se quedó a vivir con nosotros hasta que le salió trabajo, unos meses después de su llegada. Hicimos buenas migas. Se daba buenas artes con el acordeón, instrumento que, por lo visto, había tocado en las bandas escolares desde la secundaria y continuó practicando durante el servicio militar. En el Ejército, le canjearon tareas propias del soldado por la actividad musical, que

desempeñaba de forma itinerante, recorriendo todos aquellos cuarteles donde demandaban su talento. Al tocar, se recostaba en el muro de la casa, con una pierna extendida hacia un lado y llevando el ritmo con el otro pie. Al sacar y meter aire del acordeón, entornaba los ojos y movía los hombros en vaivén. Siempre que había concierto, se congregaban en nuestro patio todos los niños del vecindario.

—¿A qué aspira este holgazán? —protestaba mi padre al verlo tocar—. Voy a tener que preguntar por ahí, a ver si lo podemos meter a trabajar en algún sitio.

—A la gente le cae bien —replicaba mi madre—. Es alegre y anima el ambiente. Todo el mundo lo quiere llevar a su casa.

Mi padre movió varios hilos en el Comité y mi tío acabó colocándose en una oficina comercial. A partir del año siguiente, cuando yo empecé la escuela, las condiciones de vida iniciaron un progresivo deterioro, circunstancia que no sólo afectó a mi familia sino que fue algo común, al menos, a toda la ciudad de Cheong Jin. Según algunos, ni Pyongyang se libraba de la situación. No sólo dejaron de llegar —como era lógico— las golosinas y bizcochos que, hasta entonces, el Estado había venido distribuyendo a las familias con motivo de todas las festividades y fechas señaladas, sino que también escaseó el arroz y hubo que comenzar a mezclarlo con maíz, que durante muchos meses era el único cereal disponible.

A estas alturas de la historia, me parece adecuado hablarles de *Hindung* y de sus cachorros, entre ellos de *Chilsong*. Tras el aludido alumbramiento de los siete perritos, y a pesar de la fuerte oposición de todas las hermanas, mi madre metió a los siete cachorros en una cesta y se los llevó al mercado del barrio. Argumentaba que no quería ver más por allí aquellos bultos peludos y contorsionistas. En el preciso instante en mi madre se disponía a salir de casa rumbo al mercado, yo regresaba de la escuela. Al ver la cesta, la agarré con fuerza y, entre berrinches, supliqué a mi madre que no se los llevara.

—¡Pero niña! —me respondió—. ¿Cómo crees tú que vamos a cuidar siete perros, si nos las vemos y nos las deseamos *pa* comer nosotros!

—¡Dile que no se los lleve! —le pedí entonces a mi abuela, quien llegó a la carrera para terciar entre mi madre y yo:

—Vamos a hacer una cosa —medió—. Nos quedamos con uno y los demás te los llevas.

La familiaridad que yo tenía ya con *Chilsong* determinó mi impulso de tomarlo a él en mis brazos y alzarlo. Mi madre trató de arrebatármelo, pero mi abuela, cogiéndome del hombro y echándome hacia sí en señal de protección, salvó a *Chilsong* de correr la suerte de los demás. A pesar de haber perdido a seis de sus cachorros, *Hindung* se quedó en la caseta, sin mover ni un músculo, languidenciendo en silencio. Esto, en realidad, se debía a que era justo el momento del destete, detalle que mi madre tampoco había dejado de tener en cuenta.

Estando yo ya en la escuela, para cuando el cuerpo de *Chilsong* iba adquiriendo proporciones de perro adulto y las orejas se le iban poniendo de punta, su madre, *Hindung*, desapareció, pero no por su propio pie, sino porque mi madre y mi abuela se la entregaron a alguien. Los años le pesaban y sus movimientos eran ya parsimoniosos. A causa de una enfermedad cutánea que tenía, se le había caído el pelo por toda la zona comprendida entre el trasero y el lomo, y algunas partes hasta se le habían quedado en carne viva. Decían que eso se le curaba bañándola con agua de hervir judías, pero, tal como estaban las cosas, sin un cuenco de arroz que llevarse a la boca, era imposible conseguir una sola habichuela. Aunque ya no le guardo rencor a mi tío, por aquel entonces pasé una buena temporada sin contestarle de modo agradable, concretamente desde que supe que fue él quien se llevó a *Hindung*. Y, aunque esto ocurriría bastante tiempo después, también fue mi tío, de alguna forma, el causante de la dispersión de mi familia. Así fue como mi abuela nos describió a mis hermanas y a mí los últimos momentos de *Hindung* en casa:

—Pues tu tío dijo que se la iba a dar a alguien de su oficina. Y, total, ya estaba muy vieja la *Hindung*, hijas... Ha *estao* con nosotros diez años y aún otros cinco. No la íbamos a ver morir aquí en la casa... Así que le dijimos que se la llevara. La ató con un cordel; ella al principio no quería irse y estiró el cuello hacia arriba como *pa* resistirse y todo. Yo la acaricié *pa* darle consuelo. Le dije que se la llevaban *pa* curarla una enfermedad *mu* mala que tenía, que luego la traerían de vuelta, y ella echó a andar delante de tu tío, y a *ca* dos pasos que daba echaba la vista *p'atrás*...

Al parecer, las palabras que mi abuela le dijo a *Hindung* sirvieron para que ésta echase a andar con mi tío, pero, como no terminaba de creerse eso de que sólo la iban a curar y que después la traerían de vuelta a casa, la perra miraba constantemente hacia atrás, por lo que mi tío tuvo que tirar de ella. Al oír esta historia, mis hermanas y yo, sentadas en corro y horrorizadas, lloramos. Todo el mundo, sin que unas niñas como nosotras fuesen una excepción, sabía sobradamente qué destino le esperaría a un perro viejo en manos de los compañeros de trabajo de mi tío. Nos imaginamos la escena. Un grupo de hombres sentados en corro, a la orilla del río o similar, unas botellas de *soju*[8] peleón, una chasca, un caldero para hervir agua, y risas, risas continuas y maliciosas.

Con todo, era una suerte conservar a *Chilsong*, el perrito en el que, desde un principio, yo me había fijado por ser el benjamín de la camada de siete, y al que mi abuela había puesto su nombre por el mismo motivo. En sustitución de su desaparecida madre, *Chilsong* tomó posesión de la vieja caseta, entrando y acomodándose en ella. Aquel momento marcó el comienzo de una racha de venturas y buenos sucesos para mi familia. No fue, en realidad, un periodo exento de infortunios, como la llegada de mi tío procedente del cuartel, pero sobrevino en mi familia algo que superó todos los inconvenientes, y fue el ascenso de mi padre en el trabajo, que supuso, a su vez, el traslado de la familia a la región de Musan. A ello se vino a sumar que Chin, la mayor de mis hermanas, se casó y se fue a Wonsan, donde vivía la familia de su marido, y la segunda, Son, dejó también la casa para alistarse en el Ejército. Mi madre y mi abuela debían de estar muy contentas, puesto que no se enfadaron ni una sola vez en toda la mudanza, se mostraron en todo momento complacientes con mi padre y tampoco a nosotras nos alzaron la voz.

Cheong Jin siempre había sido una ciudad privilegiada para vivir. A ello contribuía, en primer lugar, su emplazamiento, rodeada de altas montañas que, como un gigantesco biombo, la resguardaban de los vientos del norte. Había leña en abundancia y los montes daban gran variedad de frutas y hortalizas, a lo que había que añadir el sabroso arroz del valle del Susong, curso de agua que no dejaba de correr ni con las más severas sequías. Por otra parte, la costa daba abundante pescado y marisco. Todo ello hacía de Cheong

Jin un lugar tan privilegiado que hasta en Pyongyang la gente tenía nuestra ciudad por una especie de paraíso. Pero lo mejor de todo era su condición de ciudad fronteriza, pues la gente de a pie tenía al alcance de su mano toda suerte de mercancías procedentes de China. La posición geográfica de la ciudad permitía que, cuando los hijos se emancipaban y se iban a vivir a otros lugares, pudieran comunicarse con sus padres de forma habitual, y también era habitual el intercambio de todo tipo de productos a través de la frontera. Así fueron las cosas hasta la caída de la Unión Soviética, circunstancia que, según los mayores, fue el comienzo de toda una serie de estrecheces para nuestro país. Con todo, y aunque ya no se viviera mejor que en Pyongyang, Cheong Jin mantuvo durante un tiempo unas condiciones de vida mejores de las que había en otras zonas del país. Pero comenzaron los periodos de desabastecimiento, que llegaban a durar dos y hasta tres meses, y, en la distancia, se empezaron a ver grupos de personas de aspecto andrajoso que, procedentes de los pueblos, llegaban a la ciudad en busca de alimento. En Musan, mi padre ocupó el puesto de subcomisionado del Comité Popular. La región era rica en menas de hierro y capas de carbón, que se explotaban en varias minas. Mi madre se jactó repetidamente de la posición que ocupaba mi padre dentro del sistema, al cargo del comercio transfronterizo de los aludidos minerales de Musan y también de los mariscos y otras mercancías procedentes de Cheong Jin, y de las ventajas que ello acarreaba de cara a conseguir productos alimenticios. A la hora de conseguir aquel puesto, pesó la carrera profesional que, desde joven, había desarrollado en el sector del comercio, así como su conocimiento del idioma chino y del «soviético», lenguas que, para mayor orgullo de mi abuela, manejaba con la fluidez de un curso de agua.

El Partido puso a nuestra disposición un camión para el traslado de los enseres familiares de la casa vieja a la estación de tren de Cheong Jin. Teníamos más bien poco equipaje; no había mucho más allá de unas cuantas colchas y ollas, cazuelas y cosas por el estilo. Más que los trastos en sí, lo que ocupaba casi todo el espacio era la numerosa prole. Puesto que la casa nueva ya estaba equipada con todo el mobiliario, repartimos entre los vecinos los armarios y alacenas de la vieja. En cuanto a los ventiladores, neveras, televisor en blanco y negro y demás electrodomésticos, nos los compró mi

tío. Decía que, al trabajar en la frontera, podríamos adquirir fácilmente todo tipo de aparatos último modelo.

Cuando metimos a *Chilsong* en el remolque del camión, se produjo un pequeño revuelo. Un joven del Partido, que estaba sentado junto a mi padre en los asientos de la cabina, dijo:

—¿Cómo es que cargan con el chucho, camarada? Lo podían vender por ahí...

—Ya —le explicó mi padre—. Es que lo han criado las niñas y le han cogido cariño.

Acuclillada justo detrás de sus cabezas, con *Chilsong* en mis brazos, yo oí toda la conversación, como también mis hermanas, que intercambiaron miradas de angustia. Mi madre me hizo una señal con el dedo y mi abuela sacó una falda de un hatillo, que me lanzó, probablemente para que escondiera a *Chilsong*.

—Por ahí, en los montes, se están muriendo de hambre muchas familias —le dijo a mi padre el joven del Partido—. Piénselo bien, camarada subcomisionado.

—Ya —replicó mi padre—. Bueno, una vez en Musan ya veremos si seguimos con él o se lo damos a alguien.

Yo no olvidaba la promesa que le había hecho a *Chilsong* la mañana de su nacimiento, cuando me comuniqué con él susurrándole desde mi interior. Le había dicho que cuidaría de él y tenía que cumplirlo.

El camión entró en la estación ferroviaria. Mientras sacaban el equipaje del remolque normal y lo cargaban en otro sin techo, mi familia, gracias al intermedio del jefe de estación, pudo subir al tren antes que otros viajeros. Más adelante todo se iría al traste, pero en aquellos días los medios de transporte todavía operaban bajo un estricto control y de una forma bastante regular y ordenada. Transcurrido un tiempo, desaparecerían las ventanillas de los vagones y los pasillos empezarían a ir llenos de gente hasta los topes, pero en los días que nos ocupan todavía iban relativamente holgados y quedaban sitios libres salpicados por el vagón. Cuando todos nos hubimos acomodado, yo escondí a *Chilsong* bajo mi asiento. «Si te ve alguien, nos metemos en un lío —le advertí repetidamente por medio de esa comunicación interior que manteníamos desde su primer día de vida—, así que tienes que ir ahí bien

tumbadito aunque te agobies.» El perrito entendió mi indicación y permaneció todo el viaje quieto, boca abajo y con las cuatro patas extendidas bajo el asiento, igual que cuando se metía bajo el entarimado del patio de casa. Ocasionalmente movía la cintura para asomarse a fisgar el exterior, pero aun entonces no hacía movimiento alguno más allá de unos meneos de la cola.

La ciudad de Musan estaba emplazada en el centro de un círculo bastante amplio de tierras llanas y de labor. Hacia el norte, y como una gran pared, resaltaban las escarpadas montañas de la otra orilla del río Duman, ya en China. La casa que le entregaron a mi padre los de las oficinas del Gobierno, y donde mi familia se instalaría, estaba en la región septentrional.

Lo que voy a referir a continuación ocurrió a principios de aquel verano en que murió el Gran Líder Kim Il Sung. Una tarde, después de las clases, mis hermanas y yo regresamos a casa y después, siguiendo a mi hermana Mi, nos dirigimos a la orilla del Duman a hacer la colada. Por allí pasaban los camiones que, procedentes de la aduana y por entre los prados, se dirigían al centro de la ciudad.

—¡Niñas! ¡Un camión chino! —gritó Mi—. ¡*Dejar* la colada ahora mismo!

Recogimos apresuradamente la ropa, que ondeaba en el río, la pusimos en las bandejas como quisieron caer y salimos todas corriendo en estampida.

—¡Ha llegado el señor Locha —exclamó mi hermana Chong, dando palmadas y saltitos.

También Suc, a pesar de no poder hablar, mostró su entusiasmo y corrió más que nadie al encuentro del señor Locha. Hion siempre se estaba desplomando por la fatiga y a mí me tocó, también aquella vez, ayudarla a levantarse y recorrer el camino parándome constantemente a esperarla.

—No aguantas ni una carrerita —le dije.

—Calla —protestó—, que estoy que parece que me va a reventar el pecho.

Sólo pudimos recobrar el ritmo normal de la respiración y reducir el paso al llegar a un punto desde donde se divisaba nuestra casa a lo lejos. El hombre a quien llamábamos Señor Locha, o Tío Locha, era jefe de departamento de una empresa radicada en la ciudad china de Yeon Kil[9]. De

complexión chaparra y corpulenta, tenía abultada la panza y los ojos saltones; su sola presencia suscitaba espontáneas sonrisas. Se llamaba Pak Soriong y lo conocimos a través de mi tío, con quien realizaba transacciones comerciales. Era representante de empresas chinas de distinto tamaño y dedicadas a la importación regular de maíz, harina de trigo y también, a veces, arroz, ropa y productos de todo tipo, que cambiaban por marisco y minerales de la región de Cheong Jin.

El sobrenombre de Locha tenía su origen en una broma de mi padre. Fue durante la primera visita del señor Soriong a nuestra casa, pocos días después de que nos instaláramos en Musan. Se presentó diciendo que quería conocer al camarada subcomisionado, mi padre, y, para obsequiarle, trajo una caja de *kaoliang*[10], dos fajos de costillas de cerdo y, quién sabe si porque oyó que éramos muchas hermanas, también dos cajas de galletas y golosinas surtidas. Aquella visita relámpago del señor Locha sirvió también para que mi madre y mi abuela apreciaran el valor de vivir tan cerca de la frontera y para que se sintieran contentas con mi padre. Asaron las costillas en una parrilla, que prepararon atando toneles de aceite y añadiendo mucho carbón. A probarlas vino gente tanto de la aduana portuaria como del Comité Popular. En cuanto hubieron circulado unos vasos de licor, el señor Locha, ni corto ni perezoso, y en un gesto que denotaba buena sintonía entre él y mi padre, fue reduciendo el grado de solemnidad en el trato, dirigiéndose a él en un registro cada vez más informal. Así, del trato inicial, «camarada subcomisionado», pasó a llamarlo de un modo más de confianza y, tras intercambiar tres o cuatro frases más, pasó directamente a tratarle de *hiong-nim*, como se acostumbra con los hermanos y amigos mayores. Lo decía la gente y aquel día lo pudimos constatar; el señor Soriong poseía un talento muy llamativo para establecer lazos con personas que veía por primera vez.

—*Usté* descuide, *hiong-nim* —le dijo a mi padre—. Aquí donde me ve, yo hice la mili de oficial allá en Kunming y trabajé en la frontera de Vietnam. No hay bajo el cielo de China un sitio donde yo no haya *estao*. Cualquier cosa que necesite del otro lado, no tiene más que decírmelo. Menos cuernos de mono y testículos de mujer, todo lo demás se lo puedo conseguir... Con que me haga usted así —chasquido— con los dedos, yo le puedo conseguir cosas nunca vistas ni oídas en Corea.

—Oye, Soriong —comentó mi padre, con el vaso de licor en la mano e inclinando la cabeza en señal de escepticismo—, me llama la atención tu nombre: *xiao long* significa «dragoncillo», ¿no? Pues me parece a mí que, con tu porte, mejor que Dragoncillo te cuadraría Sapillo...

—No sea usted malo, *hiong-nim* —opuso el señor Soriong—. Diga *usté* que ahora me hayan *pillao* tiempos malos y tenga que andar siempre en esto del comercio, venga a cruzar el río *pa* un lado y *pal* otro, pero, aquí donde me ve, en otros tiempos parecía yo el palo de una escoba de lo *delgao* que estaba, que la gente decía que me iban a coger de actor y todo.

—Sí, sí..., ya me lo imagino. Y digo yo que un dragón pequeño, al final, viene a ser lo mismo que un pez locha —comentó mi padre, causando el estallido de una carcajada en todos los presentes y la propagación del apodo por todo el lugar.

«Locha», «locha»..., se oyó por doquier. Aquel día nos olvidamos del nombre real del señor Soriong y todo el mundo, desde los soldados de la oficina aduanera hasta mis hermanas y los niños del vecindario, pasó a adoptar aquel apodo como algo cotidiano. Así, hasta en los momentos cuando tenía que preservar su dignidad, como al cargar y descargar el camión, y clavaba las miradas en la gente, bastaba toparse con su cara para que se escaparan las sonrisas.

Mientras descargábamos los trastos en la parte trasera de la vivienda, el señor Locha nos trajo un cargamento exclusivo de aquellos regalos que conseguía siempre para mi familia. Además de un saco de harina y arroz, a las niñas nos trajo golosinas variadas, entre ellas pasteles luna, caramelos y hasta unos bizcochitos de chocolate. Mi madre despedazó un abadejo y lo sirvió acompañado de *soju*, que compartieron el propio señor Locha y mi padre.

—No sabéis lo rico que está esto —nos dijo, repartiéndonos los bizcochos de chocolate—. Viene de Corea del Sur. *Darle* uno a vuestra abuela también *pa* que lo pruebe.

Mi abuela retiró el envoltorio de aquel pastelito, negro por fuera y relleno de crema blanca. Al darle el primer mordisco, casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Y, ¿de dónde decís que viene esto? —preguntó.

—Del Sur, señora —explicó el señor Locha—. ¿Verdad que está rico?

Mis hermanas y yo ni siquiera pudimos decir palabra. Sólo sentimos que de la lengua hacia el estómago nos bajaba algo escurridizo que parecía desprender una sensación extraordinaria. Antes de la llegada del señor Locha, mis hermanas y yo llevaríamos varios días, tal vez varias semanas, sin pillar otra cosa que arroz con maíz; en la escuela, la mayoría de los niños no podían llevar nada de casa como tentempié y también la producción minera de Musan comenzó a acusar interrupciones de hasta dos meses. Los camiones que llegaban de la otra orilla del río ya no paraban, sino que seguían del tirón hacia Cheong Jin. También decían que, en las zonas más recónditas de la montaña, muchos pueblos habían quedado abandonados. Estando así las cosas, era una suerte vivir en Musan, ya que, al ser punto de paso por donde tenían que doblar los camiones que transportaban productos alimenticios, se sobrevivía aunque fuese saltándose alguna comida. En una de sus visitas, el tío Locha, bajando el tono de su voz, y como dejándolo caer, le comentó a mi padre:

—Parece que la República va levantando cabeza, ¿no cree, *hiong-nim*?

—Pues no sé qué decirte... Ya van varios años que se pierden las cosechas y el tiempo no para de cambiar —rebatió mi padre—. Tú fíjate en las tierras altas, allá por Yang Kang Do, que antes no se daba legumbre ninguna y ahora parece que las lechugas salen solas...

—Y no sólo de lechugas vive el hombre. Tendrían que enraizar las patatas y el maíz, pero claro, con los diluvios que caen todos los años, se echa todo a perder.

—Aparte, decían que iban a traer tierra de otro lado —añadió mi padre— pero, a la hora de la verdad, nadie se encarga de ello. Y la tierra, una vez que se echa a perder, ya no vuelve a dar *na*.

—El problema es que, dentro del jucheísmo[11], la agricultura nunca va a salir adelante —opinó el Señor Locha—. Para volver productivas las tierras habría que estar varios años seguidos echando fertilizantes. Aunque, por otra parte, en China las empresas ven la situación mejor que antes...

—¿Mejor? —objetó mi padre—. Y, ¿de dónde se supone que viene esa mejora?

—Dicen que entre las dos Coreas... —planteó el tío Locha, juntando los

pulgares para reforzar visualmente su argumento— está habiendo acercamientos...

—Bah... Lo que es en este mundo —opuso mi padre—, eso es cosa de fantasía.

—No se crea —objetó el señor Locha—. En China lo han dicho por la televisión.

—Ya, y crees que los yanquis se iban a quedar de brazos cruzados...

—Pues a China le vendría bien que las dos Coreas colaboraran en vez de andar enfrentadas. La comunidad coreana de allí estaría más a gusto y tendríamos más medios *pa* ganarnos las habichuelas.

—Qué bonito lo que dices.

Llegados a este punto de la conversación, el señor Locha empezó a hablar a mi padre en chino y éste le contestó también en dicho idioma, con lo cual nosotras no entendimos nada más de su charla.

A los pocos días de marchar el señor Locha, Musan se vio envuelta en un gran ajetreo. En cada esquina montaban guardia soldados con fusiles al hombro, y en el Auditorio Cívico del Comité Popular se instaló una capilla ardiente. El Gran Líder, de forma repentina, había fallecido. Los niños de la escuela cogieron todas las flores blancas de los campos para hacer ramos y coronas. Hicimos cola en la puerta del Auditorio Cívico para rendir tributos silenciosos ante la foto del Gran Líder. Por la calle se veía llorar a mujeres de todas las edades.

«Oh, Gran Líder —decían entre sollozos—, qué vamos a hacer sin ti».

En lo alto de unas escaleras de cemento, una piña de mujeres con los rostros demacrados se entregaban a llantos que resonaban por doquier. También los niños, siguiendo a los mayores y aun sin saber exactamente qué significaba todo aquello, se congregaban, ya en las calles, ya en las plazas y patios, formando sus propios conglomerados de lágrimas y sudor.

Por otra parte, aquel verano no sólo sufrimos la peor ola de calor de las últimas décadas, sino que no cayó ni una gota de lluvia en toda la estación estival. El otoño, por el contrario, trajo una lluvia torrencial que duró varias decenas de días y tan tremenda en su intensidad como para poner boca abajo campos y montes. Todos los otoños, los adultos mostraban la preocupación de que no se dieran bien las cosechas, pero aquel año comenzó una hambruna

espantosa. Según entraba el invierno, se interrumpió el abastecimiento tanto en el campo como en las ciudades. Un día, mi tío, que hasta entonces había estado trabajando en Cheong Jin, se presentó en nuestra casa con un aspecto demacrado y ojeroso. Desde el otro lado del patio, mis hermanas y yo pudimos oír la conversación que mantuvieron mis padres con mi tío, quien, al poco rato, estallaba en sollozos.

—¡¿Cómo que balance nega...?! —protestaba mi padre, al oír el relato de mi tío y tan exasperado que sus gritos tapaban el llanto de éste—. ¡¿Qué barbaridad no habrá hecho este zoquete para dejar la oficina con balance negativo!

—¡Di la verdad, ¿no será que has vuelto a apostar?! —chillaba repetidamente mi madre, refiriéndose a una vieja afición de mi tío por los juegos de cartas.

—¡Qué va! —replicaba mi tío—. ¡Ha sido todo por el tipo ese, que me dijo que si le adelantaba los pulpos él me traía judías y harina de maíz, y por eso yo le conseguí los pulpos en el puerto, pero entonces el tipo desapareció y no sé si es que su negocio se iría a pique o qué, pero pasaron tres meses y no cogía el teléfono, y a mí me empezaron a atosigar y... ¡Ay, maldita sea mi...!

—Habrá que pedir ayuda a Soriong —comentó mi madre.

—No sé; por lo visto, últimamente tampoco le va muy bien a él —respondió mi tío, sorbiéndose la nariz copiosamente—. Bastante tiene con lo suyo. Además, no nos va ayudar si no es a cambio de que colabore yo en su trabajo...

—El caso es que... —comentó mi padre, con un profundo suspiro—, aquí últimamente tampoco nos llega para reunir las cantidades que teníamos comprometidas. Necesitaríamos gente para extraer el hierro; sólo así podríamos comprar maíz.

Cuando, además de los cortes de suministro, se dejaron de pagar los jornales, los mineros abandonaron el trabajo y empezaron a errar en busca de comida. Todas las fábricas de la región, las grandes y las pequeñas, echaron el cierre, y no eran pocos los lugares donde el trabajo se había quedado sin manos que lo hicieran. Aquella noche, mi tío, quien había expresado su intención de ir en busca de trabajo al lado chino, cruzó el río sin que mis padres pudieran impedirlo. Al parecer, si no conseguía reponer las pérdidas

causadas en su negociado, las estrictas leyes del Partido lo llevarían a un campo de reeducación. En la difícil situación que atravesaba el país, los castigos más severos recaían en las personas que causaban pérdidas a los recursos del Estado. Tras cruzar el río Duman, mi tío ya nunca regresó. Teniendo en cuenta que todo esto ocurrió hacia el invierno de 1994, yo rondaría los diez años de edad.

---

8 Aguardiente de arroz. *[N. del T.]*

9 Yanji. *[N. del T.]*

10 Licor de sorgo. *[N. del T.]*

11 Base ideológica de la República Democrática Popular de Corea, Corea del Norte. *[N. del E.]*

Capítulo III

Aunque no eran muchas las noticias que a mi casa llegaban de lo que ocurría por el mundo, los cambios que se producían en nuestro entorno permitían imaginar qué pasaba en otros lugares. A la escuela ya no iban ni la mitad de los niños, hacía tiempo que no aparecían por allí los tutores y, en unos meses, ya no quedaban más de cuatro o cinco maestros en toda la escuela.

Un día, mi hermana Mi y yo fuimos a la orilla del río y vimos un cuerpo que, lentamente, flotaba aguas abajo. El cadáver era de una mujer, tenía la cabeza sumergida en el agua y llevaba a la espalda un niño de corta edad. Dedujimos que la madre y el hijo habían muerto juntos. En circunstancias normales, aquello nos habría suscitado un grito de horror y habríamos corrido a avisar a alguien. Pero, cuando sucedió, ya no nos espantaba. No hicimos nada más allá de contemplar la escena fijamente y con la respiración interrumpida. Por detrás de los cuerpos, suelto en toda su longitud y mecido por la corriente, bajaba un lazo de esos con que se ciñen las mantitas de los niños al cuerpo de las madres. No fue, ni mucho menos, la última vez que vimos cuerpos arrastrados por el río. Cuando un cadáver llegaba a la orilla, los lugareños de las aldeas chinas, o los soldados y brigadistas que prestaban servicio en el lado coreano de la ribera, dependiendo del caso, los devolvían al centro del cauce empujándolos con varas. Un día, hacia el crepúsculo, pasó por la calle principal de mi vecindario un grupo de soldados arrastrando una carreta llena de sacos de grano, bajo los que asomaban pies de personas. Anteriormente a aquella época, cuando moría alguien por la noche siempre lo denunciaba algún vecino y venían a llevarse el cuerpo; a partir de aquel verano, esto se dejó de hacer, y de las casas vacías manaba un olor a descomposición, similar al de la soja al fermentarse.

Mi familia se contaba entre las que, de una u otra forma, se las arreglaban

para subsistir, no poca cosa dado el panorama. Durante el tiempo que pasó encargado del comercio transfronterizo, con ayuda del señor Locha y llevado, acaso, por la astucia y la capacidad de anticipación, mi padre había hecho acopio de pepinos de mar, calamares secos y otros alimentos procedentes del puerto de Cheong Jin, que después intercambiaría por víveres para los tiempos que se avecinaban. Una noche, me despertó el ruido de la puerta del cuarto al abrirse y cerrarse. En tono muy quedo, una voz susurraba: «Dicen que aquí hay alguien que se está llenando los bolsillos por su cuenta...». Mis padres andaban trajinando y, a juzgar por los ruidos, estaban empaquetando cosas. Intrigada, me levanté con sigilo, fui hasta la puerta de puntillas y la abrí ligeramente. En actitud disciplinada, mis padres acarreaban sacos de grano y los cargaban como para trasladarlos. Mis hermanas y yo nos percatamos de que, en un cobertizo que había en el patio, donde estaban acumulados los aperos de labranza y los trastos de la familia, mis padres habían dispuesto un escondrijo. Bajo los cachivaches había unos cartones y, por debajo de éstos, habían cavado un hoyo que después habían cubierto con plásticos. Allí guardaban las provisiones. Comprendí que por las mañanas, cuando mi madre aparecía con una cazuela en la mano antes de ponerse a cocinar, venía de aquella despensa secreta.

En cuanto mis hermanas y yo nos percatamos de la existencia del escondrijo, mi abuela y mi madre nos convocaron. Las dos se sentaron sucesivamente ante nosotras y nos explicaron las circunstancias:

—Hijas, hay una cosa muy importante que tenéis que saber —nos dijo mi abuela—. El país ya no se hace cargo de la gente. Nos toca recorrer un camino de penas y calamidades. Por nada del mundo os fiéis de nadie fuera de la familia.

—Recordad bien lo que os ha dicho la abuela —añadió mi madre—. Nadie tiene que saber que en esta casa tenemos provisiones. Según dicen, la mitad de las casas del barrio ya están abandonadas.

Para que nadie viese salir humo de mi casa a todas horas, mi madre y mi abuela encendían el fuego sólo de madrugada y a mediodía. Cocinaban con sumo celo, repartiendo el alimento en dos comidas diarias. Dentro de la estrechez, era una suerte que mi padre, como subcomisionado, contase entre sus funciones la supervisión de la aduana y el comercio transfronterizo, pues

esto permitía que aún poseyéramos briquetas de carbón; de no ser por eso, no habríamos podido encender fuego durante el monzón, en verano. A la miseria tampoco escapaba el propio comisionado, que vivía en la casa de enfrente, y la supervivencia de cuya familia acabó dependiendo de la astucia con que mi padre había hecho acopio de víveres.

—Yo creo que en Cheong Jin ya no habría qué comer —decía mi madre, al quitar los platos vacíos de la mesa.

Entonces le venían a la mente las dos hijas mayores, Chin, que se había casado, y Sôn, que se había alistado en el Ejército:

—Ay, qué será de mi niña mayor... Ojalá hayan salido adelante, sobre todo ahora que son una boca más que alimentar... Y mi Sôn... Ojalá en el cuartel por lo menos no le falte un plato de comida...

Un día, *Chilsong* desapareció sin dejar rastro y cayó la noche sin que hubiese vuelto. Fui por él hasta más allá del muro de piedra y lo busqué sin parar por los alrededores. Mi abuela, que me había seguido, me dijo:

—No te preocupes; no se va a morir. Seguro que vuelve pronto. Basta con que no se lo digas a tu padre. Tú preocúpate sólo de no dejarlo suelto la próxima vez.

Me acuclillé en una esquina del muro y allí me quedé, con los ojos cerrados de par en par y pensando en *Chilsong*. La oscuridad que reinaba empezó a remitir gracias a una luz tenue, que reveló el camino y los campos aledaños. Tuve la visión de un maizal, en él un surco labrado por el viento, y allí vi lo que me pareció una alimaña de pelaje blanco. Era mi *Chilsong*, que estaba allí echado con las cuatro patitas desparramadas. Con los ojos tan abiertos como me exigía la oscuridad, dije:

—Abuelita, ya sé dónde está *Chilsong*. Está ahí, metido en medio del maizal.

Enseguida, y sin pizca de miedo, eché a correr. Mi abuela me siguió como pudo, dando pasos cortos pero apresurados. Cubría los campos una tenue neblina.

—¡Niña, a qué tanta prisa! ¡Ve más despacio, que al *Chilsong* no le va a pasar *na*!

Yo llegué hasta la estación de tren, crucé las vías y trepé a lo alto de un montículo desde donde se divisaban los maizales. Se oía el murmullo que

hacían los tallos y las hojas del maíz al oscilar mecidos por el viento. Me acerqué las manos a la boca y, como dirigiéndome a la oscuridad, grité:

—*¡Chilsong! ¡Chilsong!*

Entre jadeos, mi abuela subió también al montículo. El crujido de las plantas ocultaba cualquier rumor, y tuve que aguzar bien el oído. Entonces me pareció percibir algo entre aullido y lamento que llegaba de mi derecha. Me adentré en el maizal y, abriéndome paso entre los tallos, avancé hasta ver el pelaje blanco y las patas extendidas de *Chilsong*, que no dejaba de gimotear y rehuyó mis manos cuando fui a abrazarlo.

—Se ve que tiene alguna herida —dijo mi abuela—. No lo toques.

—Entonces, ¿cómo nos lo llevamos a casa? —objeté.

—Tú quédate aquí —me indicó—, que yo voy a la casa a buscar a tus hermanas y venimos con una carretilla.

Dicho esto, mi abuela se perdió en la penumbra, quedando solos *Chilsong* y yo en medio del maizal.

«Bari... Bari...», escuché entonces.

Sobresaltada, me giré hacia *Chilsong*, que me siguió hablando:

«He estado a punto de morir. Unos hombres desconocidos me agarraron y me arrastraron hacia las montañas».

La respiración del perrito era débil y reposada. A partir de aquel día, ya no sólo fui capaz de transmitirle a *Chilsong* mis pensamientos, sino que empecé a oír los suyos del mismo modo que oía los de Suc, mi hermana muda.

«No te preocupes, *Chilsong*, —pensé, con los ojos cerrados—, yo te cuido. En unos días estarás mejor».

Mi abuela regresó en compañía de mi hermana Mi y con un carrito monociclo, en el que cargamos a *Chilsong*. Al explorar su cuerpo más en detalle, una vez en casa, vimos que tenía una oreja desgarrada y una herida de profundidad considerable en el lomo. Además, se ve que le habían tendido una trampa con hilo de teléfono, porque tenía un trozo de cable clavado en el cuello, bajo la mandíbula.

—Se ve que lo han cogido unos rufianes —dijo mi abuela, chasqueando la lengua en señal de desprecio— y el animal se ha *escapao* antes de que se lo pudieran comer.

—Ya se imagina usted —comentó mi padre—, *pa* nosotros el chucho será como de la familia, pero *pa* otras gentes no es más que carne.

Mi padre cortó la trampa con unas tenazas, le puso aceite en la oreja desgarrada, así como en la herida, y le ató un trozo de trapo. Luego redujo a astillas aquella caseta que viera nacer al propio *Chilsong* allá en Cheong Jin y le preparó un lecho amontonando paja en el suelo del cobertizo. *Chilsong* tardó unos quince días en recuperarse.

Todo el verano se lo pasó lloviendo de forma ininterrumpida y más copiosa que si se hubiese abierto un agujero en el cielo. Las lluvias torrenciales comenzaron a finales de julio y se prolongaron hasta la segunda quincena de agosto. Las torrenteras arrasaron tanto el maíz como las hortalizas que había en las faldas de las montañas. En las alturas, los desprendimientos de tierras se llevaron consigo los cultivos aterrazados que seguían las crestas, no quedando de ellos más que el rojizo subsuelo o derrubios y tierras deslavadas, según los casos. El caudal del Duman sufrió una fuerte crecida y desbordó su cauce. Hasta cierta altura, toda la ciudad de Musan quedó hecha un lodazal. Las vías férreas y las carreteras sufrieron numerosos cortes y derrumbes. En la radio dijeron que todo el país había quedado bajo un charco. Los campos y suburbios estaban inundados y en ellos flotaban los cadáveres.

Mi familia fue afortunada. Las viviendas de mi padre y sus compañeros de trabajo se ubicaban en la zona norte, en una meseta de cierta altitud que no resultó afectada más allá de las inundaciones puntuales que se produjeron a la mitad de la carretera de la aduana. Una vez el agua se hubo drenado, y sólo al cabo de unos diez días, hacia finales de agosto, llegaron los equipos de recuperación, hasta entonces ocupados en las ciudades, y los soldados de la frontera, junto con los brigadistas que habían sobrevivido al hambre y las riadas, pudieron apenas arreglar la vía férrea y la carretera. A pesar de que llegaba el otoño, no quedaba en los campos nada que recolectar. Si quedaba gente viva en la región, era probablemente gracias al progresivo acopio de víveres, lo mismo que había hecho mi familia. En mi casa preparábamos gachas cociendo el maíz con plantas silvestres, como hierba cana, pata de gallo o el llantén, que mis hermanas y mi abuela arrancaban en los campos. Con estos alimentos resolvíamos el desayuno y la comida. Así, sólo había

que cocinar para la cena. Una vez, cuando estábamos comiendo gachas, mi hermana Hion, de por sí débil de constitución, languideció y, entre sollozos, dejó la cuchara junto al plato.

—Madre, hagamos comida de verdad —dijo—. Esto está amargo y no puedo con ello.

—Ya lo sé, hija, pero si no comemos nada nos morimos —respondió mi madre—. Se ha muerto mucha gente que sólo comía hierbas de los campos. Tenemos que aguantar hasta el invierno.

Un día, para cuando el calor ya iba remitiendo y comenzaban a oírse los cantos de los grillos, se oyó un rugido de motor en la puerta de casa. Mis hermanas y yo nos miramos con los ojos abiertos como platos. Puesto que, desde hacía ya tiempo, y debido a la falta de combustible, ni las autoridades civiles ni las militares podían usar ya los Camiones de la Victoria[12] ni aquellos jeeps de fabricación soviética, pensamos que se trataría de comerciantes chinos, que ya nos eran familiares. Con mi hermana Mi a la cabeza, salimos todas al patio y vimos un coche de color blanco trepar la colina. Yo tenía la vista bastante fina y fui la primera en reconocer al señor Locha en el asiento delantero. Ay..., su llegada fue, en palabras de mi abuela, como si los Dioses Protectores hubiesen descendido a visitarnos.

—¡Vaya! ¡Pero si seguís vivos! —comentó el señor Locha, echándonos una mirada tras aparcar en la puerta de casa.

—¡Ay! —exclamó mi abuela, a grandes voces y tomando las manos del recién llegado entre las suyas—. ¡Aquí están los mismísimos Dioses Protectores del hogar, que han *bajao* a visitarnos!...

La algarabía convocó a mi madre, que llegó corriendo, y hasta mi padre, olvidando su habitual compostura, salió a la puerta descalzo y a trompicones.

—¡Pero si ha venido Soriong!

—*¡Hiong-nim!* Estaba muy *preocupao* por vosotros —dijo el señor Locha—. Menos mal que habéis *aguantao*... ¡Mirad, llevo el maletero lleno de víveres!

Una vez dentro de casa, el señor Locha desempaquetó, sucesivamente, una caja entera de pasteles luna para las niñas y un costal de arroz para toda la familia, a la que añadió tres bolsas de maíz, dos garrafas de aceite y hasta harina de trigo. Sin necesidad de que nadie nos animara a ello, mis hermanas

y yo abrimos la caja, rompimos el plástico y agarramos cada una dos pasteles luna, que pronto devorábamos a dos carrillos. Aquel relleno tan dulce causaba la sensación de que se le iba a disolver a una la lengua. Años después, aquí en Londres, tendría la oportunidad de hincarle el diente a ricas tartas recién salidas del horno, pero siempre recordaría los pasteles luna que nos trajo aquel día el señor Locha. Nunca, en ningún lugar del mundo, volvería a experimentar un sabor comparable a aquél. Con discreción, mirando hacia otro lado, mi madre y mi abuela se secaban las lágrimas. Sin dejar de dar largas bocanadas de humo, el señor Locha se giró hacia nosotras.

—Ay... Cuando un país va mal —dijo, como pensando en voz alta—, siempre salen perdiendo los pequeños...

Dicho esto, el señor Locha pasó a explicarle a mi padre las circunstancias que lo habían llevado hasta allí.

—El Gobierno chino ya se ha *percatao* de que la situación en Choson[13] es grave. Han enviado una circular a todos los comerciantes de la Federación para que organicemos la ayuda alimenticia. Después de eso, se hará la cooperación con préstamos. Lo más urgente es que la gente pueda retomar sus quehaceres.

—No sé si quedará siquiera la mitad de la gente —comentó mi padre—. También se han ido muchos mineros.

—Así es. Como sabe, todo ese material que hay *apilao* frente a la colina donde están las minas del Duman, como si fuera tierra amontonada, es pura mena de hierro. Hay una empresa que dice que quiere llevárselo y refinarlo. Si se lo llevan, algo les darán por él, ya sea dinero o alimentos.

—Pero ese material no está clasificado. Dicen que en proporción no es tanto lo que hay.

—Si total lo iban a tirar, será mejor venderlo, aunque sea más barato.

Mientras ellos hablaban, mis hermanas y yo devorábamos pasteles luna sin más tregua que la imprescindible para tomar agua que nos quitara la sed que producía el dulce. No nos enteramos muy bien de lo que decían mi padre y el señor Locha, pero captamos lo importante: había maneras de subsistir.

—Bueno, pongámonos en marcha —dijo mi padre—. Tenemos cosas que tratar con el camarada comisionado.

Al oír aquello, el señor Locha interpuso una tos, echó una mirada a los

alrededores y, en voz baja, dijo:

—*Hiong-nim*... ¿Ha oído *usté* lo que dicen de su *cuñao* el de Cheong Jin?

—¿De ése? No sé nada desde que el muy gañán la lió en la oficina donde trabajaba y luego anduvo por ahí zascandileando hasta que un día se esfumó. De eso ya hace mucho —dijo mi padre, girándose en dirección a mi madre.

Avanzando sobre sus rodillas, mi madre se aproximó a los dos hombres.

—¿Por qué lo dice, don Soriong? —interrogó al señor Locha—. ¿Acaso ha oído *usté* algo de mi hermano?

Los ojos del señor Locha, de por sí redondeados, se tornaron aún más saltones.

—Parece ser —dijo, con un hilo de voz casi imperceptible y poniendo más saltones aún sus ya de por sí redondeados ojos— que se fue a Chosôn del Sur. Dicen que estuvo un tiempo escondido en Shenyang y se coló en la embajada de otro país, y desde allí...

—¡Ay, qué habrá sido de él! —exclamó mi madre.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó mi padre—. Por aquí no hemos oído nada.

Bueno, ya saben ustedes —explicó el señor Locha, denotando embarazo ante la candidez de la pregunta—. Entre las inundaciones y la hambruna ha fallecido mucha gente por todo el país. En esta situación, todo el mundo anda *na* más que intentando sobrevivir; de quien no se tienen noticias o está muerto o se ha fugado para no morirse de hambre.

—Sabía yo que el haragán ese iba a traer la desgracia a esta familia —dijo en tono exánime mi padre, elevando la vista al techo y con una mezcla de preocupación y resentimiento en el rostro.

—Una cosa les digo —apuntó el señor Locha—. No cuenten nada de su cuñado por ahí. Si se llegan a enterar en el Partido... Ay, ni sé qué pasaría entonces. Hay que hacer la estrategia de los gallos de pelea: antes de dejarse las fuerzas en un ataque, observar los movimientos del contrincante y sólo entonces responder. Recuérdenlo muy bien.

—Lo tendré muy en cuenta —concluyó mi padre, sin dejar de lamentarse por la actitud de mi tío—. Ay, este majadero, la que nos va a...

Con la llegada del invierno, la ribera del Duman se llenó de gentes azotadas por el hambre. A los que tenían familia en China les movía el deseo

de cruzar el río para hacerse con algo de dinero o de víveres, mientras que los que habían perdido a algún familiar, así como los trabajadores de las fábricas, que ya no cobraban, pretendían cruzar veladamente al otro lado y ganar algo de dinero para salvar a sus familias. Uno no podía vadear el río así como así. La gente esperaba hasta la caída de la noche y, en grupos, cruzaba por el punto de menor calado. En cuanto a los militares que custodiaban la línea fronteriza, sus efectivos estaban mermados a la mitad y la hambruna les había afectado tanto como a los demás, por lo que la mayoría de las veces hacían la vista gorda a cambio de un pequeño soborno en metálico o de algo de comida. El refuerzo de la vigilancia fronteriza, junto con la imposición de castigos a los que robaban, no se produciría hasta años más tarde, cuando la hambruna, en parte, hubo remitido. En una primera fase, todas las aldeas de Yanbian[14], tanto las de etnia *han* como las de mayoría coreana, visitaban los pueblos y, llevados por la compasión, traían víveres. En las aldeas ribereñas, aun pasando hambre, les ofrecíamos a los visitantes fuentes de comida. En la zona donde vivía mi familia, no sabíamos aún cómo era la vida en los pueblos recónditos y aislados de las montañas. La única información con que contábamos eran los rumores que, con toda cautela, nos transmitían los hombres del Departamento Comercial del Gobierno que llegaban de cuando en cuando a mi casa en vehículos oficiales, y según los cuales toda la República, de un confín a otro, era una famélica estampida humana. Volvió a visitarnos el señor Locha, que había comenzado a trabajar en el acarreo de la mena de hierro, y nos trajo provisiones. Musan empezaba a recobrar su vitalidad original y ya llegaban más trabajadores de otras regiones. También se había recuperado en gran medida el suministro de alimentos, aunque la mayor parte del volumen se iba en tren rumbo a Cheong Jin.

Un mediodía, sentados todos en círculo en la estancia principal de la casa, nos disponíamos a amasar harina de trigo y cortar bien finas unas patatas para disfrutar de una deliciosa *suchebi*[15] por primera vez en mucho tiempo. En esto, oímos unos carraspeos que venían del patio y que resultaron corresponder a dos hombres desconocidos que, asomando la cabeza por la ventana, nos miraban. Del susto, mi abuela dejó caer la cuchara y los palillos.

—¿Quién anda ahí? —exclamó—. ¿Quiénes son ustedes?

Las cabezas desaparecieron del marco de la ventana. Mi padre,

circunspecto, se asomó y les preguntó:

—¿Qué se les ofrece, camaradas?

Del otro lado, llegó una voz:

—Venimos de Cheong Jin —se oyó decir del otro lado—. ¿Camarada subcomisionado?

—Sí, soy yo.

—Necesitamos que nos acompañe a un lugar. Tenga la *bondá* de salir.

Sin responder palabra a mi madre, que lo interrogaba con cara de susto, mi padre salió al patio. Mis hermanas y yo nos levantamos todas a una, nos apelotonamos en torno a la ventana y a la puerta, desde donde vimos alejarse, agachada, la estrecha espalda de mi padre. Lo escoltaban aquellos dos hombres, uno de los cuales vestía traje y una camisa cerrada de color gris, atuendo que, junto con la insignia rectangular que llevaba, en forma de bandera, suponía una indicación, extraoficial pero inequívoca, de que su portador ocupaba un alto grado dentro de la escala de funcionarios. Llevaba las manos cruzadas a la espalda y, en ellas, sostenía algo que parecía un cuaderno de contabilidad. Su acompañante llevaba una gabardina similar a la de nuestro Gran Líder y un casco de obrero.

Aquella tarde, en mi casa se omitió la cena. Mi madre, mi abuela y todas las hermanas permanecimos en el interior, sentadas en corro, y no salimos del luctuoso estado anímico que nos invadía hasta que apareció mi padre, exhausto y bien entrada ya la noche. Nos echamos todas al patio y corrimos a su encuentro. Ni mi madre ni siquiera mi abuela se atrevían a preguntarle por lo ocurrido.

—¿Han cenado éstas? —preguntó mi padre, con un exangüe hilo de voz y mirándonos a las niñas.

—¿Que si han...? ¡Tú, dinos enseguida qué ha ocurrido! —replicó mi madre, dirigiéndose a él en un tono más distante de lo acostumbrado y portador de harta inquietud.

—Habrá que cenar —opuso mi padre, eludiendo la pregunta y con una inflexión carente de todo vigor.

Fue entonces mi abuela quien, sobrepasada por la incertidumbre, lo interrogó:

—¡Oye! ¿Quiénes eran ésos?

—Eran del Departamento de Seguridad. Yo sabía que iban a venir.

Todas sabíamos lo que aquello significaba. En silencio, cogió cada uno su cuenco de maíz cocido, preparado cual si fuera arroz, y procedimos a cenar. Apenas hubimos quitado la mesa, mi abuela retomó la cuestión.

—Bueno, ahora que tenemos la panza llena —le dijo a mi padre—, vamos a hablar tranquilamente. Se te han *llevao* por lo de tu cuñado, ¿a que sí?

—Así es —explicó mi padre—. Cuando se fugó, a raíz de las pérdidas que causó en su oficina, alguien lo denunció. Yo les he dicho por activa y por pasiva que no sé nada de él, y es verdad que no sé nada.

—Como se enteren de que se ha ido al Sur —masculló mi madre—, no sé qué va a ser de nosotros.

—¿Al Sur? No digas sandeces —replicó mi padre—. Ese zoquete se ha ido por ahí a buscar comida y se ha caído muerto en algún camino. Está claro.

—Y, ¿sólo te han *preguntao* eso? —inquirió mi madre.

Mi padre ya no respondió.

Durante la noche, y junto con un constante bisbiseo procedente de la habitación de mis padres, llegó también a mis oídos alguna voz más alta que otra. Los estuve oyendo hasta muy tarde. Mis hermanas y yo no parábamos de dar vueltas en nuestras esteras y no conciliábamos el sueño por mucho que mi abuela, también desvelada, nos apremiaba a dormir, acomodando constantemente nuestras mantas.

Lo sucedido aquellos días no sería sino el principio de las calamidades que se cernían sobre nuestra familia. Por la mañana, mi padre, acompañado de los mismos dos hombres, partió rumbo a Cheong Jin. Mi madre empezó a ir todos los días a esperarlo a la estación de tren. Pasaron tres, cinco días, sin que supiésemos nada de él. Un día, de pronto, se presentaron en casa unos militares y un funcionario de mediana edad a quien todas habíamos visto alguna vez por el barrio.

—Lea esto, por favor —le dijo a mi madre, entregándole un papel—. Es una disposición oficial.

—¿De qué se trata? —replicó mi madre.

—Tienen ustedes que dejar la casa —expuso el funcionario—. Va a venir otra familia a instalarse en ella. Ha de personarse usted cuanto antes en la

oficina.

Con toda premura, mi madre acudió a la oficina del Comité de Distrito, que no quedaba lejos de allí. Los soldados se quedaron en mi casa y, sin quitarse las botas, subieron al entarimado del patio para comenzar un registro exhaustivo. Abrían puerta tras puerta, rebuscaban, cargaban cosas. Lo primero que sacaron fue el frigorífico y el televisor.

—Pero, ¿qué hacéis, so frescos? —les increpó mi abuela, cerrándoles el paso—. ¡¿Os vais a llevar nuestras cosas así sin más?!

—No se interponga —dijo uno de los soldados.

El funcionario trató de aquietar a mi abuela explicándole la situación:

—Señora, a nosotros no se moleste en contarnos nada —expuso el funcionario, tratando de tranquilizar a mi abuela—. Tenemos orden de aprehender todos los enseres de esta vivienda y reubicar a su familia.

Más adelante supe que, por efecto del decreto en cuestión, tanto mi madre como mis hermanas Chong y Suc, que por entonces estaban en secundaria, así como Mi, la mayor, que ya había completado dichos estudios, habrían de trasladarse a la ciudad de Buriong, donde se les asignarían trabajos de distinta índole. En cuanto a mi abuela, mi hermana Hion y yo, no llegaría decreto alguno con nuestro nombre ni diciéndonos qué teníamos que hacer. A partir de entonces no supe cómo discurrieron los días, las horas. Tras la marcha de aquellos hombres, que dejaron la casa completamente vacía de muebles y llena de mantas desperdigadas por doquier, nos abrazamos todas y pasamos la noche sentadas en el suelo. Por la mañana, echamos en falta a Mi.

—Ay, esta chiquilla... —comentó mi madre—, seguro que al final ha acabado cruzando el río y ahora está en China...Pero bueno, ya es *grandecita* para saber salir adelante allá donde vaya...

Con toda la firmeza de que fue capaz e intentando mantener la serenidad en mitad de tan adversas circunstancias, mi madre trató también de tranquilizar a mi abuela. Le dijo que había puesto el tema en conocimiento del camarada comisionado, le aseguró que mi padre estaría de vuelta en casa al cabo de, a lo sumo, un par de meses y le mostró su confianza en que aquel malentendido se aclararía, argumento que reforzó aludiendo a los numerosos méritos y honores para con la patria que concurrían en mi padre. Tampoco dejó de transmitir su convicción de que a mi abuela le asignarían un destino

dentro de la red de granjas estatales, institución con la cual la anciana ya tenía vinculación previa, y donde tendría asegurada la manutención a cambio de trabajo. Todo ello lo expuso mi madre con gran énfasis, dando la sensación de no querer admitir algo que ella sabía mejor que nadie: que todo cuanto estaba diciendo no pasaba de las meras palabras. Cuando, en compañía de mis hermanas, mi madre se marchó de casa, yo no vertí una sola lágrima; me limité a contemplar cómo se alejaban, cada una con su hatillo de viandas para el camino. Ninguna de ellas dio tres pasos seguidos sin echar la vista atrás. Aparte de vernos una vez más a nosotras, también querrían, acaso, grabarse lo más vivamente posible la imagen de aquella casa, con la que todos, en el tiempo que llevábamos allí, nos habíamos encariñado. En aquel momento, no sabíamos que la separación era para siempre. Yo nunca he dejado de ver a toda mi familia en sueños, pero tanto mi madre como mis hermanas Suc y Chong comparecerían siempre en silencio. Se me aparecerían siempre de la misma guisa, una al lado de la otra, frente a mí, con rostros sonrientes y contemplándome sin más. En imágenes que, probablemente, corresponderían a personas muertas.

A instancias de mi abuela, quien mantenía, acaso, la esperanza de que mi padre regresase al cabo de unos días, nos quedamos en la casa. Mi abuela ya ni siquiera encendía las luces por la noche; había que obrar con discreción. Una tarde, estábamos en torno a la mesa, cenando unas patatas hervidas, cuando a nuestros oídos, y procedentes del exterior, llegaron ruidos de pasos, carraspeos y la voz de alguien que parecía hablar para sí.

—Aquí ya no hay nadie.

Al reconocer la voz del señor Locha, mi hermana Hion se apresuró a gritarle:

—¡Tío! ¡Estamos aquí!

A toda prisa, y con la cadera inclinada, mi abuela se precipitó al patio y, echándose a tierra, se abrazó a una pierna del señor Locha.

—¡Ay, buen hombre! —gimió—. ¡Mire *usté* la desgracia que ha caído sobre esta familia!

—Sí, señora, estoy al tanto —comentó él—. No esté agachada, por favor.

Dicho esto, el señor Locha guardó silencio y, entre continuos suspiros, se encendió un cigarro. Mi abuela le puso al corriente de los últimos sucesos

acontecidos a mi familia.

—Vaya —comentó el señor Locha—. Parece que he llegado tarde.

Inquieto, y como si anduviera envuelto en diversas cavilaciones, el señor Locha pasó un rato caminando errante por el entarimado del patio.

—Señora —le dijo finalmente a mi abuela—, vaya haciendo el equipaje. Y abrigue bien a las niñas.

—¿Por qué, oiga? —replicó mi abuela—. ¿Adónde vamos a ir en plena noche?

—A la otra orilla del río. Una vez en China, encontraremos alguna forma de que salgan adelante.

—Pero, ¿qué hay del resto de la familia?

—No se inquiete demasiado por ellos —la tranquilizó el señor Locha—. Su hijo es un hombre de recursos; se las arreglará para cruzar él también. Lo mejor es que pasemos ahora usted y yo con las niñas. Allí podemos esperar a que su hijo venga a nuestro encuentro y, más adelante, que se traiga a su nuera y a sus nietas, las que se han ido con ella a Buriong.

Mi abuela no estaba en posición de declinar aquella propuesta; el señor Locha era su única esperanza. Y también para nosotras, pues, desde que apareció, vimos en él un apoyo más sólido como si fuera mi padre quien hubiese llegado. Así, nos pusimos en marcha; mi abuela fue al cobertizo del patio, retiró los cartones con que mis padres habían cubierto las provisiones y empaquetó éstas en tres fardos. Nos los repartimos entre Hion, mi abuela y yo, aunque el de Hion y el mío los llevaría el señor Locha, sujetos con una sola mano.

Había que evitar el camino principal; nos dirigimos al río por una senda de montaña. Tras nuestros pasos, en actitud de perro leal, venía *Chilsong*. Todos conocíamos tanto la ubicación de las garitas de vigilancia fronteriza como los tramos donde el río se estrechaba y su profundidad era menor, lo que nos facilitó la búsqueda de un punto idóneo para vadearlo. Elegimos un lugar aguas arriba, donde la corriente describía un amplio meandro y había un banco de gravas que facilitaba la tarea. Era el mismo paraje donde mis hermanas y yo acudíamos en invierno para deslizarnos sobre el hielo. El agua estaba fría, pero el tránsito no resultó demasiado arduo para mi hermana ni para mí, puesto que el tío Locha nos ayudó apoyándonos en su cadera. Mi

abuela, por el contrario, se dio dos resbalones.

Tras cruzar la corriente del Duman, ya en territorio chino, nuestro camino proseguía por las faldas de unos montes. Soplaba un viento tan frío que daba la sensación de colarse hasta los huesos. La travesía, de unos diez kilómetros, se prolongó hasta una pequeña aldea, no muy apartada de Chongshan y a donde llegamos bien entrada la noche. Apenas unas pocas luces destacaban en la oscuridad.

Al llegar, el señor Locha se aventuró a echar un vistazo por los alrededores, no sin antes exhortarnos a que lo esperásemos allí junto a mi abuela. A ésta le advirtió con insistencia de que debíamos permanecer ocultas en el bosque y no salir al camino, donde la gente nos pudiera ver. Al rato, reapareció y nos indicó que lo siguiéramos. Nos condujo a una casa que había al final de unos huertos. El hortelano vivía en compañía de su anciana madre, su esposa y una hija que rondaría la edad de mi hermana Hion. La familia nos recibió en un espacio de la casa equipado con calefacción bajo el suelo[16]. El hecho de plantar las nalgas en un suelo tibio nos hizo sentir a mi hermana y a mí que volvíamos a la vida. La estancia estaba dividida en dos espacios. En uno de ellos dormían el hortelano y su mujer, por lo que mi hermana y yo, probablemente, no podríamos esperar que nos hicieran hueco allí. A juzgar por el trato de confianza que mantenían el hortelano y el señor Locha, daban la sensación de ser viejos amigos. Más tarde me enteré de que se habían conocido en su juventud, cuando el hortelano trabajaba en un restaurante cercano a la oficina del señor Locha.

Se dispuso que mi abuela, mi hermana y yo nos alojásemos en un pequeño almacén que había dentro de la propiedad, y donde, apiladas por doquier, había cajas de fruta, utensilios de horticultura, carretillas y todo tipo de cosas relacionadas con el huerto. El señor Locha y el cabeza de familia echaron todos aquellos trastos hacia un lado para hacer espacio junto a la puerta, donde colocaron unos plásticos que cubrieron después con mantas, habilitando así una suerte de habitación.

—No se angustie —le dijo a mi abuela el señor Locha, persuasivo—. Estoy seguro de que su hijo volverá antes o después. Yo voy a poner al corriente de la situación a un camarada mío muy de confianza que vive en Musan. Y, si dice que su nieta la mayor también cruzó ya el río, la

encontraré; no sufra.

La hija de los hortelanos se encariñó mucho de *Chilsong*. Al verla constantemente abrazada a su cuello, yo llegué a sentirme celosa. Pero su presencia la celebraba también el resto de la familia, acaso por la conveniencia de contar con un perro que guardase los huertos de las frecuentes incursiones de jabalíes, liebres y otros animales que moraban en los montes que rodeaban la granja y que, en sus incursiones, hacían estragos en los frutales. Por las mañanas, todos llamaban a *Chilsong* a su lado y el entusiasmo que suscitaba era general.

Hasta la llegada del invierno, nos las arreglamos para sobrevivir dosificando los víveres que habíamos traído y los *renminbi*[17]cortesía del señor Locha. En otoño, mi abuela ayudó en las tareas de recolección a la familia de acogida, recibiendo en arroz la retribución por su trabajo. La noche de la primera nevada, recibimos la visita de un campesino de etnia coreana que vivía no lejos de allí. Llevaba anotada la dirección de los hortelanos y nos dijo que venía de parte de un coreano desconocido que, a su vez, había estado en su casa. Al oír aquellas palabras, mi abuela juntando las manos ante el cuerpo y en un estallido de lágrimas, le dijo:

—¡Ese hombre que *usté* dice es mi hijo...!

Como ya era tarde para desplazarse hasta la aldea de aquel hombre, resolvieron esperar al día siguiente. Por la mañana, el hortelano se puso en marcha. Al rato de haberse ido, por aquel sendero, que discurría entre ramas de árboles frutales, y que aquel día estaba envuelto en una copiosa nevada, apareció una silueta larguirucha y encorvada que nos resultaba muy familiar. No sabría expresar la emoción que sentí al ver a mi padre, al correr hacia él junto con mi abuela y mi hermana y juntarnos los cuatro en una piña. Lo encontramos sumamente debilitado; no transmitía mayor solidez que una puerta de papel de morera y daba la sensación de estar a punto de venirse abajo en cualquier momento. El sonido que emitió en el momento de reunirse con nosotros estaba a medio camino entre un gruñido y una extraña risa. El abrigo militar que traía puesto, y que le habrían donado por ahí, tenía un hombro desprendido y, por todas partes, rasgaduras que dejaban asomar el relleno. Sus zapatos parecían la lengua de un perro. Mi abuela se dirigió con presteza a la precaria cocina que habíamos instalado en la despensa donde

nos alojábamos, y que no tenía más infraestructura que un tejadillo hecho con cajas de madera. Al rato, salió con unas verduras encurtidas, unas patatas cortadas en rodajas y *doenjang*[18] hervido. No sé cuánto tiempo hacía que no nos reuníamos. Aunque faltaran mi madre y mis hermanas mayores, aquello volvía a ser una familia. En adelante, mi padre nos protegería y cuidaría de nosotras.

—Arroz, por fin —exclamó mi padre al hincar la cuchara en aquel cuenco de alpaca.

—Papi, aquí comemos arroz todos los días —comenté yo, orgullosa.

La escena que presenciamos a continuación causó en nosotras verdadero asombro.

Prescindiendo de palabras y de gestos, mi padre agarró directamente la sartén del *doenjang*, la volcó sobre su cuenco de arroz hasta que hubo caído la mitad y, hundiendo repetidamente la cuchara, comenzó a engullir con tal avidez que parecía enajenado. Comía tan inclinado sobre el cuenco que, al moverse, mostraba la coronilla, que tenía parcialmente despoblada. Había perdido mucho cabello, y el que le quedaba lo tenía ya más blanco que gris. Al verlo, Hion y yo quedamos boquiabiertas con las cucharas en las manos.

—¿Qué hacéis que no coméis? —nos acució mi abuela.

Yo noté a mi padre muy cambiado. Desde su vuelta, tenía un aire taciturno y no contaba nada de su vivencia. Según me contó más adelante mi abuela, discretamente y con los ojos humedecidos, el lugar que tanto había cambiado a su hijo era un sitio de esos que llamaban Campos de Trabajo de la Revolución. El caso es que, desde su llegada a la casa de los hortelanos, mi padre dormía tantas horas seguidas que parecía muerto. Se pasaba días y noches acostado en el último rincón del trastero, ladeado hacia la pared. Apenas permanecía despierto el tiempo imprescindible para comer. Sólo pareció recobrar la conciencia al cabo de dos semanas con la misma rutina. Entonces comenzó a dar paseos por la estancia o a salir a las huertas para recoger verduras, con las que ayudaba a mi abuela a preparar la comida. Un día, lo acompañé de paseo por el camino principal. Al final del bosque, llegamos a un punto desde donde se dominaba el río. Mi padre clavó la vista en la orilla coreana, dominada por aquel paisaje de montes pelados y aldeas de casitas grises, cual grupos de setas, pegadas a los campos.

—Cabrones... —sentenció, de un modo escueto y tajante, tras otear un rato el panorama.

Después, se dio la media vuelta y, en solitario, dirigió sus pasos hacia el huerto. Tras sus pasos, yo me fui fijando en el paisaje que asomaba entre las ramas de los árboles que flanqueaban el camino. Por el aspecto que ofrecía la orilla coreana del río, diríase desprovista del menor rastro de vida humana. Me pregunté, pues, a quién habría ido dirigida aquella increpación de mi padre.

Se acercaba el fin de año. En la lejanía, las cumbres estaban cubiertas de nieve y hielo. Por las noches, y no sé si debido a las trastadas de la hija de los hortelanos o a las ocasionales visitas de animales montaraces, los aullidos de *Chilsong* eran cada vez más prolongados y continuos. Lo cierto es que la esposa del hortelano, previa consulta a mi abuela, le hizo una caseta de cemento en una esquina del patio y allí se instaló el perrito, impotente al no poder soltarse de la cuerda que le impedía venir a nosotros. A mí la reubicación de *Chilsong* no me causó excesiva angustia; después de todo, lo podía ver siempre que quisiera, pues bastaba cruzar el huerto y adentrarme en el patio de la casa de los anfitriones para encontrarlo allí, con las orejas replegadas hacia atrás y agitando la cola, siempre jubiloso de verme.

Según nos dijeron tanto la hija del hortelano como su abuela, últimamente pululaban por allí numerosas gentes llegadas del otro lado del río y que, organizadas en pandillas, robaban cereales, así como el *kochudzang* y el *doendzang*[19] de las tinajas. Acaso obedecieran a aquellas visitas aquellos incesantes ladridos de *Chilsong* que tanto perturbaban el sueño de la mayor parte de la familia. Sólo mi hermana Hion y yo dormíamos a pierna suelta, tan profundamente que si un duende del bosque se nos hubiera llevado en brazos no nos habríamos percatado de ello. Mi abuela también parecía estar al tanto.

—Yo el otro día vi a una mujer que llevaba a hombros a una criatura —nos contó— y a un hombre que iba con ella. Anduvieron como dos días por allí abajo, entre los árboles. Y por las noches se oyen pasos como de varias personas.

La presencia de coreanos famélicos merodeando por toda la zona ribereña en busca de comida se había vuelto habitual, y un día dijeron que en la zona

de Nanping había muerto gente. Ya a nadie le pillaba por sorpresa que, en las zonas boscosas de la ribera, en lugares como despensas y cobertizos, aparecieran migrantes muertos de fatiga y congelación. Lo que nos chocó más fue cuando supimos que, en una aldea de las montañas, se había producido el homicidio de una familia entera. A partir de entonces, la policía china desplegada en la zona comenzó a peinar hasta el último rincón de los montes y puso en marcha un operativo especial. Cayeron muchos coreanos que se habían refugiado en casas de familiares del lado chino, y tampoco faltaron los migrantes que, espantados por aquel macabro panorama, decidieron volver a Corea por su propio pie. Al desatarse la hambruna en Corea, el río Duman, que en algunos tramos no pasaba de arroyo de montaña y que, hasta entonces, las gentes de una y otra orilla cruzaban constantemente para visitarse e intercambiar productos del campo, se convirtió en una hermética frontera. Al final, y, puesto que, cuando la policía encontraba migrantes coreanos ocultos en una casa local, también la familia de acogida resultaba sancionada, nuestros anfitriones tuvieron que pedirnos que dejáramos la casa. Pero no nos teníamos que ir del todo; nos propusieron que nos instalásemos en un cobertizo bien escondido en los montes y desde donde podríamos bajar regularmente al llano para ayudarles con las faenas hortícolas, trabajo que nos compensarían con un jornal.

Sin más, el hortelano y mi padre hicieron una incursión por los montes que rodeaban las huertas. A su regreso, dijeron que habían encontrado un lugar apropiado para nuestro refugio. A la mañana siguiente, mi abuela, mi hermana y yo empaquetamos nuestros bártulos y, junto a los dos hombres, nos adentramos en el bosque. Ascendimos por un abrupto valle y, tras cruzar un tramo de monte bajo, llegamos a un paraje despejado donde el curso de agua formaba una charca helada. Pala y azadón en mano, mi padre y el hortelano comenzaron a cavar la escarchada tierra y, como si estuvieran haciendo una bodega para las tinajas del *kimchi*, abrieron un hoyo donde mi hermana y yo cabíamos de pie. Con maderas que cortaron en los alrededores, fueron dando forma al armazón de lo que sería el cobertizo. Para hacer el techo, pusieron en primer lugar una capa de sacos de abono rotos, que cubrieron después con abundantes ramas de pino y abeto. Construir una choza habitable exigió varios días de esfuerzo conjunto de toda la familia.

Mientras mi padre, primero con piedras grandes y planas y después con tierra y gravilla, montaba el sistema de calefacción bajo el suelo, mi abuela y nosotras preparamos, junto a la entrada del cobertizo, un espacio que destinaríamos a cocinar. Sobre las vigas de madera, hicimos un tejado grueso para protegernos de las inclemencias. Cubrimos el suelo de tierra apilando plásticos que trajimos de casa de los hortelanos y, sobre éstos, colocamos cajas de cartón. Recogimos más piedras para apoyar el caldero y las ollas y, excavando un agujero pegado a la entrada del cobertizo, construimos un rudimentario *agungui*[20]. Mi padre diseñó la instalación de manera que el calor pasara por debajo del habitáculo y saliese por la chimenea, ubicada al final de la choza. No sé cómo se las ingenió mi padre para conseguir que no se colase ni una partícula de humo en el habitáculo.

Tantas eran las contrariedades sufridas por mi familia en tan poco tiempo que, para mí, cosas como poder dormir en aquel cobertizo, acurrucada contra el costado de mi abuela, u oír los leves ronquidos de mi padre, que dormía tendido a la puerta del habitáculo, fueron motivo de gran alegría; sentí que volvíamos a tener un hogar. Lo único que me causaba tristeza era la separación de *Chilsong*. Teniendo en cuenta lo mucho que la hija de los hortelanos se había encariñado con el perro, lo más probable es que su padre, aunque no nos dijo nada, se lo hubiera comprado al mío. Y lo cierto es que, mejor que estar con nosotros en los montes y pasar estrecheces, yo prefería que *Chilsong* viviera en casa de los hortelanos, donde no le faltarían cariño ni atenciones.

---

12 Vehículo usado en la República Popular Democrática de Corea. *[N. del T.]*
13 Nombre tradicional de Corea que se conserva en el Norte. *[N. del T.]*
14 Prefectura Autónoma china con gran presencia étnica coreana. *[N. del T.]*
15 Sopa caliente de harina y verduras. *[N. del T.]*
16 Este sistema tradicional de calefacción es conocido como *on-dol. [N. del T.]*
17 *Renminbi* o yuanes: moneda china. *[N. del T.]*
18 Pasta de soja fermentada. *[N. del T.]*
19 Kochudzang y doendzang: fermentos de pimiento y soja, respectivamente. *[N. de T.]*
20 Fogón tradicional en Corea. *[N. del T.]*

Capítulo IV

En las faldas del monte Paektu, donde mi familia había hallado cobijo, el invierno resultó tan hermoso como severo. Nevaba sin cesar, y tan copiosamente que, durante varios días, el universo parecía constar exclusivamente de copos de nieve. Pasamos la estación fría igual que osos en hibernación, sin movernos de aquel refugio. Numerosas ramas de abeto, de pino y alerce se doblaban y partían bajo el peso de la nieve acumulada, otras se cubrían de témpanos de hielo que tintineaban al reflejar los rayos del sol. Cuando, aprovechando alguna tregua del cielo, las contemplaba asomando la cabeza por entre las hojas de la precaria puerta del cobertizo, lo que me transmitían aquellas afiladas esculturas, más que belleza, era un temor como el de estar viendo un arma homicida. Hion, quien para mí siempre había sido como una hermana pequeña a pesar de tener un año más que yo, murió aquel invierno. La noche en que nos dejó, arreciaba una tormenta de nieve y un viento incisivo soplaba sin cesar.

—Abuela, el frío no me deja dormir —decía un hilo de voz bajo las mantas.

—Ya pronto va a ser de día, hija —trataba de consolarla mi abuela, echándole más ropa por encima—. Cuando amanezca, entraremos en calor.

Pero aquella noche, acompañada de un silbido infernal, y como si de una gigantesca ola se tratase, cayó sobre el refugio una tormenta más despiadada de lo habitual y tan furibunda que el tejado de ramas que cubría el refugio salió literalmente volando. El rato que el cobertizo estuvo desprovisto de techo, aquella tempestad cayó inmisericorde sobre nosotros. La nieve se amontonaba a tal ritmo que parecía capaz de llenar todo el hoyo en poco tiempo. En vano palpó mi padre, tratando de buscar a tientas las maderas y los sacos de fertilizante; todos los elementos de la descompuesta techumbre estarían ya lejos. A fin de evitar que el cobertizo se colmara, y sin otra

herramienta que sus manos desnudas, se puso a achicar nieve. Mas la capacidad de sus puños no era comparable con la magnitud de la nevada, y pronto se vio rebasado. Cuando las mantas estuvieron tan empapadas que su peso sobre nuestros cuerpos menudos dificultaba la respiración, mi abuela y yo, empleando cazuelas y fuentes, comenzamos también a achicar nieve. Después, me volví a meter bajo las mantas y, para no congelarme, me froté alternativamente las axilas. Tanto tiritaba, que se oía el sonido de mis dientes al chocar.

De madrugada, la cortina de nieve comenzó a perder densidad y sólo al despuntar el alba dejaron de caer copos. Aquel cobertizo, que tan acogedor nos pareciera, ofrecía un aspecto desolador. El viento ya no tenía tanta fuerza como durante la tormenta, pero sí la suficiente para moler la nieve acumulada en las ramas y esparcirla por doquier. Mi padre trajo leña cortada en los alrededores y mi abuela contribuyó con ramas caídas al pie de los troncos, que arrastró sobre la nieve. La reparación dejó operativo el tejado, pero sólo temporalmente, pues, al cabo de unos días, volvió a salir volando. El desánimo hizo presa de mi padre, quien, no obstante, fue a pedirles a los hortelanos unos plásticos con los que hacer una choza donde pasar la primavera. Construyó, eso sí, un tejado nuevo y tan resistente como para aguantar varios años. No quería suplicarles que nos volviesen a acoger en su casa. Argumentaba que, igual que el arroz con el tiempo se acaba poniendo agrio, lo mismo ocurría con la disposición y la voluntad de las personas, por lo que, si les atosigábamos con peticiones, corríamos el riesgo de que algún día, cuando su ayuda nos fuera indispensable, nos diesen la espalda. Ante esta explicación de mi padre, mi abuela, simplemente, asentía.

Lo cierto es que aquella noche, enfrascados como estuvimos en retirar nieve, sacudir las mantas y reconstruir el cobertizo, los tres nos habíamos olvidado de mi hermana Hion. Mi padre estaba entregado a la tarea de reforzar el tejado, primero trenzando los palos con plásticos, que usaba a modo de cordón, y después añadiendo ramas de denso follaje. Mi abuela, por su parte, hizo una hoguera con ramitas y astillas secas acumuladas a la entrada del cobertizo, que antes tuvo que limpiar de nieve. El olor de la leña al arder bastaba para que una se sintiese entrar en calor. En círculo, y exhalando vaho blanco como la nieve, nos sentamos los tres en el interior del

cobertizo. Fue mi abuela quien, en aquel momento, se acordó de mi hermana:

—¡¿Y Hion?! —exclamó.

Mi abuela revolvió las mantas, mi padre palpó los rincones del habitáculo y, al no hallarla allí, los tres nos aprestamos a buscarla en el exterior. Sólo después de dar varias vueltas por los alrededores se le ocurrió a mi padre registrar un tramo de bosque que comenzaba a la espalda del cobertizo y que quedaba oculto por gruesos troncos de árbol. Allí estaba Hion, ladeada en el suelo, el cuerpo contraído como una pescadilla seca.

—¡Hija! ¡Despierta! —gritaba mi abuela zarandeando la cabeza de mi hermana, a quien mi padre cargaba en brazos.

Pero Hion seguía encogida y tan inmóvil que parecía congelada. Mi padre la puso bajo las mantas y los tres le frotamos el cuerpo para ayudarla a entrar en calor. Transcurrido un buen lapso de tiempo, abrió los ojos, como recuperando progresivamente la conciencia, y se nos quedó mirando.

—¡Hija, cómo se te ocurre salir en medio de la tormenta! —clamó mi abuela.

—Es que me hacía pis... —respondió Hion.

—¡Ay, y por qué no vuelves corriendo! ¡Casi te mueres ahí congelada!

Hion cerró los ojos plácidamente y, como si durmiera, volvió a quedar inmóvil. Mi padre le frotó nuevamente las manos y las mejillas.

—Madre, no entra en calor —le dijo a mi abuela, angustiado—. Hay que ponerle agua caliente.

Mi abuela puso nieve en una cazuela y la hirvió en el fogón de la entrada. Vertió el agua caliente en un cuenco de alpaca y se lo acercó a Hion, quien no pasó de mover muy levemente los labios y apenas si se los llegó a mojar antes de desfallecer nuevamente. Mi abuela, mi padre y yo abrimos unos hatillos que guardábamos en la parte del cobertizo más alejada de la caldera y que contenían distintas prendas de ropa, siempre rígidas a causa del frío y la humedad. Nos las frotamos contra el pecho y, seguidamente, nos sentamos sobre ellas para transmitirles algo de calor corporal. Cubrimos con las prendas tibias a Hion y la arropamos con las mantas. El fuego encendido en la caldera había prendido correctamente, pues los cartones que cubrían las piedras planas del suelo comenzaron a calentarse. Entonces vi que algo, una especie de humo, de color negro y de textura muy suave, envolvía el cuerpo

de mi hermana. No sabía exactamente qué era, pero sentí que ni yo ni nadie se lo podría quitar.

«Hion —verbalicé en mi pensamiento—, sé que estás a punto de partir». Allí nos quedamos todos, sentados con medio cuerpo bajo las mantas, hasta que nos terminó de vencer el sueño. Hion murió aquella noche, agotado su cuerpo y doblegado por el frío. Pero ni mi abuela ni mi padre ni yo vertimos una sola lágrima. Mi padre envolvió el cuerpo de Hion en varias capas de ropas y sacos. Antes de salir del cobertizo con ella en brazos, y con una expresión severa en los ojos, me apercibió:

—Tú no te muevas de aquí.

El invierno pasó y, por entre los rodales de nieve, comenzaron a asomar retoños verdes. Mi abuela y yo descendíamos las laderas del monte para recoger vegetales de los que empezaban a brotar en las lindes de los campos de labor, aún sin arar. No poseíamos más vitualla que la sal y la soja fermentada que nos habían donado los hortelanos, pero, cociendo las verduras que recogíamos y sazonándolas en la soja, o haciéndolas en caldo, quedaban platos bastante aromáticos y sabrosos. Además, podíamos comer un cuenco de arroz cocido cada día. A cambio de su trabajo en el huerto, a mi padre, a veces, le daban paquetes de una harina que no era color ocre, como la que yo conocía, sino blanca como nieve. Con ésta, mi abuela preparaba unas pastas a las que el ajenjo molido daba un característico color verde.

Una mañana mi padre se puso su vieja y deslucida cazadora, por encima de ésta su abrigo acolchado, y se enfundó sus gruesas botas y se puso en marcha, tal como hacía siempre para ir al huerto. A mí el instinto me dijo que, aquel día, mi padre se disponía a emprender un largo camino. Me acarició la cabeza un instante, carraspeó y dijo:

—Bari, tengo que ir a un sitio. Voy a tardar unos días en volver. Quédate aquí con la abuela y *cuidaros*.

—¿Adónde vas, papá?

Sin responder a mi pregunta, se dirigió a mi abuela y le dijo:

—Madre, estaré fuera cuatro o cinco días. Hasta que vuelva, vaya tirando de las provisiones sin pena, pues hay para dos meses.

Mi abuela y yo quedamos de pie en el cobertizo, algo perplejas. «Esta niña ya es grande; ya lo entiende todo», dijo mi padre, antes de partir y

acompañando el comentario de una vehemente mirada que me hizo desistir de mi intención de acompañarlo, al menos, hasta el huerto, y permanecer allí, junto a mi abuela y en actitud obediente. Allí, en el cobertizo, viendo en silencio y no poco desconcertadas cómo mi padre desaparecía entre los árboles del bosque, quedamos las dos. Queriendo, acaso, distraer mi atención para sacarme del pesadumbroso estado anímico en que había quedado, mi abuela me dio unos golpecitos en el hombro y, en voz muy baja, dijo:

—Bari, mira lo que hay allí... al pie de aquel árbol. Faisanes...

Era una pareja muy vistosa. El macho, de plumaje dorado, capucha azul índigo, exploraba las inmediaciones con el cuello estirado y la cola erguida en aire majestuoso. A su lado, con una panza prominente y grisácea, iba la faisana. Los dos andaban en busca de alimento entre las hojas secas.

Siempre que alguien se va, su recuerdo acaba también por alejarse. A mí, en un momento dado, la marcha de mi padre aquel invierno me empezó a parecer cosa de un pasado remoto e impreciso. Tanto con mi padre como con mi madre y mis hermanas, que partieran aquel día rumbo a su nuevo centro de trabajo, ya sólo los vi cuando, de vez en cuando, se me aparecían en sueños; su paso por mi vida era tan efímero como el de las nubes por el cielo. En las noches, al oír el ulular de búhos y mochuelos, yo le pedía encarecidamente a mi abuela que me contara historias de tiempos pasados. Sus palabras me transportaban a aquellos años de niñez en Cheong Jin me sentía volver, de pronto, a aquella casa de patio que coronaba el cerro. Creía estar viendo a mis hermanas en aquella habitación del otro lado del patio, batiendo palmas o jugando al cordel haciendo cunitas de gato, y que en cualquier momento iba a salir mi madre de la cocina con una cestita llena de pastas de judía roja recién salidas del horno o con un rollizo pan de licor, convocándonos a dar cuenta de él.

Y también me parecía inminente la llegada de esa mezcla de risas sobresaltadas y atropellada estampida de mis hermanas hacia el patio de atrás. Mientras yo me daba a estos recuerdos, mi abuela seguía relatando y, al verme ensimismada, me devolvía al tiempo presente:

—Eh, ¿me estás escuchando?

—No, abuela... Me he quedado en la parte donde dice que la princesa Bari era la última de siete hermanas...

—Pues, como te iba diciendo —retomaba la historia—, las seis hermanas iban saliendo de una en una del cuarto de la reina y lloraban *desconsoladitas*: «¡Ay de nuestro padre —decían—, ay de nuestra madre... Qué mala ventura...!». Entonces, la reina se dirigió a ellas y les dijo: «¡Ay de esta pobre niña, si la llega a descubrir Su Majestad, vuestro padre. ¡Desfallecerá, fulminado por el coraje! Hay que llamar a un albañil y que haga cuanto antes un sarcófago de piedra para poner en él a la recién nacida —cuentan que les dijo—, y las damas de la corte se lo llevarán sobre sus hombros, paso a paso, hasta la Ciénaga, y allí la lanzarán». Así que las damas de la corte obedecieron y, con candidez, se pusieron en marcha, con el féretro de piedra sobre sus hombros, parsimoniosamente y marcando los pasos, *ogui iongcha*, *ogui iongcha*, y, cuando llegaron al Mar de Poniente, allí se oía música de flauta que provenía de la Armonía Celeste. La Tierra y el Cielo se unieron. «Haz con nosotras Tu voluntad, Oh, Cielo —dijeron las damas—, mas en nosotras no hay culpa; sólo seguimos los mandatos de nuestro amo». Entonces, Cielo y Tierra se separaron. Las damas lanzaron al agua el sarcófago, con la infanta en su interior, y suspiraron: «Oh, ya no podremos retornar a Palacio».

—Abuela, y entonces, a la princesa le hicieron como a mí, que me dejaron en el bosque...

—Hay quien dice que la echaron al río, otros que al mar, y hay quien dice que la abandonaron en el monte. Y que, después de que la abandonaran, apareció una grulla, o una urraca, o quizás fuese una tortuga dorada, y que rescató a la princesita.

—Sí, y entonces la adoptaron unos ancianos que vivían escondidos, ¿a que sí?

—También se cuenta que la salvó el Rey Dragón, que vivía en un palacio bajo el agua. Y que un día, siendo ya la princesa grande, la reina, su madre, se puso enferma y la enfermedad contagió a todas las gentes del mundo entero. Y resulta que, cuando consultaron a los adivinos, dijeron que para salvarse todos tenían que hacer venir a la séptima hija. Se adentraron en el monte y allí la encontraron, pero no sabían si era la princesa de verdad o si se trataba de un espectro o duende maligno haciéndose pasar por ella. La princesa le dijo a la reina: «Madre, hay una forma de probar que soy yo. Si

mis manos encajan en las marcas de sangre que hay en la puerta de papel, quedará probado que soy yo». Así y asá, puso los dedos sobre las marcas de sangre que había en aquella puerta corredera de papel, y vieron que, efectivamente, era la verdadera princesa Bari. «¡Hija mía!» —exclamó entonces la reina—, ¡cómo has crecido! ¡Cómo te han podido criar así de hermosa el sol, el agua, el rocío, para que estés más radiante que la luna llena, más lozana que el rey de los animales!».

—Ya sé lo que pasa después —interrumpí a mi abuela—. Le dicen a la princesa que tiene que ir a buscar un agua sanadora que se llama Agua de la Vida, que con ella se salvarán sus padres y todas las gentes del mundo. ¿A que sí?

—¡Esta nieta mía es un prodigio! —exclamó mi abuela—. ¡Hay que ver cómo se acuerda de todo lo que te cuento! Así fue. Le dijeron que, en el confín del mundo, en la tierra donde se pone el sol, estaba el agua sanadora. Se puso en marcha, dejó tras de sí su reino, asolado por la enfermedad, y, por su camino, cruzó ríos, subió montañas, y siempre velaban por ella los Dioses Protectores. Por el camino, trabajó para muchas gentes, les lavaba la ropa, trabajaba sus campos, le encargaban las labores más pesadas. Tuvo que ahuyentar espíritus malignos, hasta le tocó pasar por los infiernos, donde salvó las ánimas de los condenados. Al final de la travesía, llegó a los confines donde se pone el sol. Allí la esperaba un gigante grotesco y gruñón, un ser similar a un ogro. Le planteó una prueba y, puesto que la princesa no respondió lo que él esperaba, le dijo que, si quería obtener el Agua de la Vida, tendría que cuidarle la casa, darle hijos y trabajar para él durante largos años. En el Confín de Poniente, Bari pasó muchas y muy variadas malaventuras y percances. A su regreso, vio las naves que zarpan hacia el más allá y a los espíritus que iban al otro mundo, y que llevaban a bordo el karma acumulado en sus vidas.

—Pero, abuela, te has saltado cuando consigue el Agua de la Vida.

—Ay, es verdad, dónde tendré la cabeza... Bueno, cuando le pidió el agua al gigante, el granuja le dijo así: «el Agua de la Vida no es otra que esta con la que has cocinado, comido y lavado en mi casa».

—Entonces, ¿la princesa pasó todas esas desventuras en vano?

—Qué va. La experiencia le había servido para reconocer el Agua de la

Vida.

—Y eso ¿qué quiere decir, abuela?

—Lo comprenderás cuando seas grande, hija. El caso es que Bari le dio el Agua de la Vida a sus padres, que sanaron de su enfermedad, y el mundo entero se curó. Y desde entonces se dice que Bari es nuestra antepasada y que vive dentro de nosotros. Dentro de mí, dentro de ti, de todos.

Esta leyenda la escuché varias veces, tumbada junto a mi abuela en la penumbra. En aquellos días, tenía yo frecuentes sueños, pero ninguno de ellos, aparte del ya referido, en el que aparecían mi madre y mis dos hermanas en el momento de marcharse de casa, rumbo a Buriong, y tenían la mirada fija en mí, fue lo suficientemente claro hasta que, una noche, tuve uno que me quedaría siempre vivo en el recuerdo. Soñé con la princesa Bari, aquella legendaria ascendiente. Lo que no recuerdo es si aquel sueño lo tuve en la época del cobertizo, viviendo con mi abuela, o bien después de su muerte.

Durante aquellos recorridos oníricos, a veces tenía la conciencia de estar soñando. En aquel donde se me apareció la princesa, yo me encontraba deambulando por una vasta y deshabitada playa. Arenas blancas y absolutamente vacías de vegetación, cielos azules sin una nube y, destacando en mitad de la playa, una solitaria casa. Bajo las altas tejas, los marcos de las puertas correderas formaban una fila. En un momento dado, me veía en el interior de la casa, donde descubría una larga hilera de robustos pilares. Ante mí se abría un pasaje muy similar al de algunos santuarios y palacios que, más adelante, allende los mares, tendría la oportunidad de conocer. Los rayos del sol, incidiendo oblicuamente, llenaban el pasillo de tenues reflejos. Éstos contrastaban con los tenebrosos muros del interior, que no invitaban precisamente a traspasarlos. En esto, y como si alguien hubiese encendido un débil farol, se proyectó sobre los muros una luz vacilante, revelando primero las columnas y, poco después, el techo, inabarcablemente alto. Con pasos cortos y prudentes, me fui adentrando en el lugar hasta que, de aquel fulgor, tan blanco y deslumbrante como el sol del verano, surgió una figura humana. Estaba inmóvil y parecía flotar. Sus cabellos, no sé si por el reflejo de la luz o de modo natural, parecían blancos, y los llevaba recogidos en un moño atravesado con un alfiler, como los que se llevaban antiguamente. Llevaba un

vestido blanco de luto y el vuelo de su falda, acaso por efecto de la brisa, ondeaba en numerosos pliegues. Aunque sus rasgos no se atisbaban con la suficiente claridad para saber si era anciana o joven, sí se percibía en su rostro, también muy blanco, una apacible sonrisa. Aquella imagen inerte de la princesa se desvanecía cuando yo daba un paso hacia atrás y reaparecía en cuanto avanzaba. Cuando volví a adentrarme en la oscuridad del pasillo, la princesa ya se había esfumado. Ella nunca más se me volvió a aparecer, pero siempre conservaría un vívido recuerdo de aquel sueño. Más adelante, viviendo ya en tierras lejanas, sólo vería a mi abuela y a *Chilsong*, que se me aparecieron a menudo para guiar mis pasos y darme consejo.

Mi padre no sólo no regresó al cabo unos cuantos días, como había dicho, sino que transcurrían los meses y seguía sin aparecer. A los pocos días de su partida, mi abuela me dijo que mi padre había ido a Buriong, en busca de mi madre y hermanas. Pero yo ya intuía que algo pasaba. A cualquiera le habría parecido una locura aquella incursión de mi padre en Buriong, precisamente hallándose en una situación de peligro al haberse escapado del campo de trabajo donde lo habían llevado por lo de mi tío. Pero qué iba a hacer; en su lugar, yo también habría ido a buscar a mi familia. Con la llegada del verano, mi abuela y yo comenzamos a adentrarnos en los montes, donde recogíamos setas y hierbas medicinales que la familia del hortelano nos cambiaba por alimentos. Lo mejor retribuido eran los hongos del tipo *lingzhi*, a los que se atribuía la propiedad de prolongar la vida. Por otra parte, con las campanillas y helechos, que abundaban en la zona, llenábamos un saco cada una. También recogíamos hongos de árbol, tipo chaga, hidnos imbricados o raíces de ruibarbo y peonía. No había en el monte planta que mi abuela no conociese. Me enseñaba a distinguir las setas y hierbas venenosas de las comestibles. Cierto día, en una ladera llena de matorrales, alisos y robles, que crecían enmarañados, encontramos abundantes setas de la longevidad. Podríamos haberlas vendido por una fortuna, pero optamos por irles dando salida poco a poco. Incluíamos unas pocas en cada uno de los sacos de hierbas que le entregábamos a la familia del hortelano a cambio de arroz y abundantes verduras con que acompañarlo. Un día, después de recoger helechos y setas, yo me puse a recolectar en lo alto de una frondosa cuesta, mientras mi abuela, que sentía calambres en las piernas, prefirió quedarse

dándoles descanso al pie de la ladera, donde daba el sol. Junto a un tocón de árbol encontré una mata de astrágalo, hierba que, según me había dicho mi abuela más de una vez, tenía propiedades rejuvenecedoras.

—¡Abuela, una mata de astrágalo! —le grité.

Pero ella, acuclillada de espaldas a mí al pie de la cuesta, ni se inmutó con mi grito. Con paso lento para no caerme, bajé la cuesta.

—Abuela, pásame la azada —le dije, agarrándola del brazo.

Se empezó a vencer hacia un lado y, sin más, se desplomó. Sus brazos y hombros estaban rígidos. Me fijé en su rostro. Tenía los ojos cerrados y, de su nariz, brotaba un hilillo de sangre que iba a detenerse en la arrugada comisura de sus labios. Apoyé mi cabeza sobre su pecho para oír si le latía el corazón y puse un dedo debajo de su nariz para comprobar si respiraba. No había duda; estaba muerta. Allí me quedé un rato, sentada junto a ella y llorando a lágrima viva. Interrumpí mi llanto al cabo de un tiempo considerable, al sentir el eco de mi propio llanto, único ruido que rompía el silencio del bosque abierto, pero aún pasé varias horas abstraída y sin moverme del sitio antes de empezar a cavar la tierra con la azada. El hoyo que pude hacer con mis limitadas fuerzas parecía apenas suficiente para dar sepultura al cuerpo de mi abuela, que deposité allí y cubrí con abundante arena. Como no quería mirar en el momento de taparla, me puse en la cara un saco de abono de los que siempre llevábamos.

—Abuela —dije, dirigiéndome a la tumba—, cuando esté aquí mi padre, te pondremos en un lugar más soleado.

Con paso titubeante, fui bajando la montaña rumbo a aquel cobertizo, donde ya sólo vivía yo. No sé cuántos días llevaría allí echada cuando, una noche, algo me despertó. En lo más recóndito del bosque, un búho ululaba de forma similar al soplido del viento. Yo no sabía de qué se trataba, pero supe que era una llamada dirigida a mí. Algo invisible, como una madeja de hilo, parecía tirar suavemente de mi pelo. Sentí como si algo pesado y opresivo, como una tela de araña, se me estuviese pegando en la oscuridad. Mas, en lugar de intentar liberarme de ello, me quedé quieta sin más y dirigí una mirada rápida a través de la puerta del cobertizo; en aquellos momentos, el alba comenzaba a vestir el cielo de difusas tonalidades rojizas.

Los preparativos de mi marcha fueron cuidadosos y metódicos. Me puse

la ropa interior, el chándal que me había dado la hija del hortelano y, encima, una cazadora azul de fibra sintética con capucha, que también era de aquella niña. Me subí la cremallera hasta el cuello y, en una mochila de tela que había usado toda mi familia desde que vivíamos en Musan, metí los víveres que había preparado durante todo el día anterior. Con la harina de trigo que quedaba hice unas pastas, que envolví en plástico, freí arroz y lo molí minuciosamente. Tomé unos brotes de soja que había cultivado mi abuela y, junto con un cuenco de judías negras, los puse en una cazuela, que envolví en una bolsa de plástico. De las varias botellas de plástico duro que me había dado la familia del hortelano, reservé una para el agua, llenando el resto de salsa de soja y aceite. Bajé las laderas, rumbo a la casa de los hortelanos. Nada más llegar al huerto, escuché el ladrido familiar de *Chilsong*. A fin de verlo antes de emprender mi camino, volví sobre mis pasos y, a hurtadillas, para no despertar a la familia del hortelano, fui a su encuentro. En cuanto me vio acercarme, comenzó a agitar la cola con tanto vigor que parecía contonear medio cuerpo. Lo abracé, apreté su cabeza contra mi pecho y, desde mi interior, le dije:

«Me voy en busca de mi madre. Cuando esté toda la familia reunida, volveremos a vivir juntos».

A continuación, en mi pecho resonó, vigorosa, la respuesta de *Chilsong:*

«Bari, llévame contigo. Te ayudaré. Suéltame la correa».

«No, tú espérame aquí —le dije—. En unos días estaré de regreso».

Tras convencer a *Chilsong* de que se quedara, atravesé el huerto, crucé nuevamente el bosque y salí a un camino que discurría paralelo al cauce del Duman, y desde donde se dominaba parte de su trazado.

Tras desvestirme, me puse el petate en la cabeza y vadeé el río del mismo modo que lo hiciera cuando era niña, doblando la cadera, caminando por el fondo y apartando el agua con los brazos. Cuando no hacía pie, nadaba como los perros, y cuando tocaba fondo, me impulsaba también con los pies. Cuando llegué a la otra orilla, clareaba el alba sobre las suaves ondulaciones de la cima del Kunham. Entonces oí un ruido que parecía producido en el agua, justo a mis espaldas. Al girarme, encontré allí a *Chilsong*, que ya se sacudía el cuerpo para secarse. Me había seguido sin revelar su presencia. En lugar de reprenderlo, le solté la correa y la lancé bien lejos.

Fuimos caminando a media ladera. A fin de evitar las aldeas, avanzábamos por los campos, hacia el sureste. Los montes del lado coreano no tenían, en sus laderas y cimas, más cobertura que las hierbas silvestres. Estaban totalmente desprovistos de árboles, que la gente habría talado para la hoguera o para plantar algo que comer. La única referencia que tenía para llegar a Buriong era que quedaba rumbo a Cheong Jin, la ciudad de mi niñez. Creía en la posibilidad de que, en algún punto del camino, nos topásemos con la vía férrea de las minas y pudiéramos subirnos al tren. Sin rumbo fijo, y bajo un sol de justicia, *Chilsong* y yo caminamos sin más.

A partir de aquel punto, mis recuerdos parecen un largo sueño. Cada vez que veíamos venir a algún transeúnte, dejábamos el camino y corríamos a ocultarnos en el bosque o detrás de alguna roca, donde esperábamos hasta que había pasado. Una vez, sin embargo, apareció una madre con su hija y, en lugar de escondernos, quise pasar por su lado para ver cómo reaccionaba. La mujer y la niña no sólo no nos dirigieron la palabra sino que ni siquiera se giraron a mirarnos. Parecían derrotadas por el hambre y la fatiga. En lo alto de una loma, que dominaba una aldea, encontramos el cadáver de un hombre. Tendido boca arriba, tenía abiertos los ojos y la boca, por donde asomaba una especie de espuma. Sus labios y carrillos estaban secos y rígidos. No lejos de allí, sentado en las ramas de un pino, estaba su espíritu, cuyo aspecto recordaba el de una densa columna de humo que brotara de una chimenea, y que, de pronto, me habló:

«Oye, ¿adónde vas?».

«En busca de mis padres», le respondí.

«Es inútil; están muertos», replicó el aparecido.

Yo ya no dije nada. Flotando y dando vueltas en el aire, aquella especie de vaporosa figuración comenzó a decir cosas como «ay, qué hambre tengo», «dame de lo que llevas», «dame algo de comer». Desapareció, como si se lo llevara el viento, cuando *Chilsong*, mostrando los colmillos, se puso a gruñirle.

Dado que, cuando nos aproximábamos a aldeas y zonas industriales, debíamos dar amplios rodeos, tenía la sensación de que no progresábamos mucho durante las jornadas. Para otear los alrededores, subimos a un cerro cercano, desde cuya cima divisé la vía férrea, que serpenteaba y se extendía a

gran distancia. «De acuerdo —me dije—, si seguimos la vía saldremos antes o después al camino de Buriong». Resolví que dedicaríamos los días a dormir y avanzaríamos de noche. Tendí mi abrigo sobre la hierba y me tumbé. *Chilsong* se echó también, con el cuerpo pegado al mío. Con el hocico apoyado en las patas delanteras, cuidaba de mí. Desvelada por un frío que hacía temblar, desperté bajo un cielo cuajado de estrellas. Tuve la sensación de estar contemplando luces de ventanas, encendidas en casas de mundos remotos. Tan cerca se veía una de ellas, que casi tuve el reflejo de extender la mano para tocarla.

Descendimos el cerro y tomamos el rumbo que había pensado durante el día, buscando el ferrocarril. Avanzamos en la oscuridad hasta que nuestros pies se toparon con el talud de gravilla, que trepamos, y avanzamos sobre los rieles durante toda la noche. No recuerdo con claridad si dormimos un día por el camino o si llegamos del tirón a los alrededores de la estación de Komusan. Por allí no había más que casas vacías; parecía un pueblo fantasma. Más, al doblar una callejuela, flanqueada por casas prolongadas, creí sentir numerosas presencias.

«¿Quién anda ahí?», se oyó, en un susurro acarreado por el viento, antes de que, destacándose apenas de la negrura, comenzaran a tomar forma ante nosotros una serie de tenebrosas apariciones, de contornos vagos y que ondulaban en el aire como ropa tendida. Una de ellas pasó por mi lado y, con voz firme, me preguntó:

«¿Adónde vas?».

Yo no tenía miedo. Durante aquellas noches del cobertizo, con mi abuela, nunca me había asustado que pudiera aparecer de pronto un tigre o un lince. Además, después había vivido yo sola en aquel rincón del bosque.

«Y a vosotros qué os importa dónde voy —le respondí a aquellos fantasmas—. No me dais miedo».

«Dice que no tiene miedo... —comenzaron a cuchichear los espectros—, que no la espantamos...».

Sin detenernos un momento a mirar, *Chilsong* y yo continuamos nuestra marcha y fuimos a detenernos ante una casa parecida a aquella donde vivió mi familia en Musan, con su amplio patio interior y su entarimado de madera. Cuando yo fui a cruzar el portón, que estaba abierto de par en par, *Chilsong*,

apoyado en sus patas traseras, comenzó a emitir suaves ladridos.

«No te preocupes —le dije—. Descansaremos aquí un rato y, cuando amanezca, iremos a la estación».

Una vez dentro, sentí una ráfaga de viento que rodeó todo el patio. Me disponía a subir al entarimado cuando, por detrás de mí, oí una voz enronquecida de mujer. «Descarada, ¿qué haces colándote en casas ajenas como si tal cosa?»

Al girarme, vi que, en la puerta de la cocina, había una mujer con el pelo enmarañado. Supe que se trataba de la dueña de la casa. No era una persona viva. *Chilsong* volvió a gruñir.

«Usted perdone, señora —le dije al espectro—. Voy en busca de mi madre y quería descansar un rato antes de seguir, ¿sabe?»

«Ese perro que salga —dijo la señora—. A mis hijos les asusta».

«Pero si no hace nada... Para mí es como un hermano —le expliqué—. Y dígame, ¿cómo murió usted?».

«Dice que el perro es su hermano...», comentaron entonces, entre risitas, unas voces procedentes del interior de la vivienda. Allí, uno junto al otro, había una niña de unos seis años y un niño de unos tres. Los dos, y la señora, estaban hacia el interior de la casa, a cierta distancia del entarimado, donde yo estaba sentada.

«No nos podemos ir de aquí —me explicó la señora—, hasta que vuelva el padre de los críos. Él y yo nos fuimos a buscar comida en dirección a Hueriong y Cheong Jin y, como no había tren, volvimos a pie. En los tres días que estuvimos fuera de casa, los críos habían muerto de frío y de hambre. Yo también, del disgusto, caí muerta. No sé dónde se habrá ido mi marido, que no vuelve. Todos esos que andan por ahí fuera son vecinos. Ya se han ido todos menos nosotros».

En dirección al portón, vi numerosos espectros. De formas imprecisas y textura fláccida, deambulaban apelotonados por el patio. Recordé a mi abuela y, de mi hatillo, saqué aquellas pastas de judía roja que llevaba envueltas en plástico. Les lancé unas cuantas a aquellas apariciones que pululaban por el patio, así como a la señora y a sus hijos.

«Comed, hay para todos —les dije—. Comed y marchaos. Toma, para ti. Y para ti...».

Las visiones desaparecieron enseguida. Le di una pasta a *Chilsong* y abrí también una para mí. Mientras la masticaba, me venció el cansancio acumulado y quedé sumida en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, nos dirigimos a la estación. Ni estaban los trabajadores del tren, ni había por allí la menor señal de vida humana. Estaba yo acuclillada en las inmediaciones del vestíbulo cuando, de pronto, cierta anciana se acercó a mí con paso inestable.

«Chiquilla, ¿qué haces aquí? —me interpeló—. Tú no eres del barrio...».

«Vivo en Musan», le expliqué.

«¿En Musan? Si eso está del otro *lao* del río... ¿Qué haces tan lejos de tu casa? —exclamó, para, a continuación, contarme—: Mi hijo y mi nuera se fueron hace ya tiempo para buscarse la vida».

«Señora —le pregunté—, ¿se coge aquí el tren que va a Buriong?».

«¿El tren? —replicó—. Ése hace mucho que no funciona. Ya no queda ni gente; se ha ido *to* el mundo por ahí. Buriong está a un día de aquí si vas a buen paso».

En esto cayó a plomo al suelo la cesta que traía la anciana en sus manos y vi que, en ella, llevaba trozos de corteza de pino, flores silvestres y cosas así.

«Ya ves —me dijo—. Esto es todo lo que como últimamente. Y ni me muero ni nada. Anda, vuelve a tu casa cuanto antes. O ve a la estación de Cheong Jin y ponte a mendigar. Si no, de qué vas a vivir...».

Me eché un brazo a la espalda y saqué del hatillo la bolsa de plástico. Apenas asomaron las pastas, la anciana, en un movimiento ágil que contrastaba con la lentitud de su caminar y de sus palabras, las agarró con bolsa y todo. Se metió dos en la boca y comenzó a masticarlas. Le debían de faltar muelas, pues mascaba con los incisivos, y se las tragó tan rápido que me sorprendió que no se atragantara. Entonces saqué la botella de agua, que la anciana, sujetando tras de su espalda la bolsa de las pastas, cogió para echar un prolongado trago. Como si aquel bocado y el agua le hubieran hecho recobrar la conciencia, exhaló un largo suspiro y, tras permanecer unos momentos sentada con aire ausente, me devolvió la botella junto con la bolsa de las pastas.

«Come tú también», me dijo.

«No se preocupe, señora. Son todas para usted».

Más lentamente que antes, la anciana fue dando cuenta de una pasta tras otra, hasta que sólo quedó la bolsa vacía, que me devolvió. *Chilsong*, que esperaba sentado, se incorporó, de un respingo, al percatarse de que yo me disponía a reemprender el camino, y nos dirigimos nuevamente a la vía férrea.

«Cuanto antes os vayáis, mejor —dijo la anciana—. Aquí ya no queda nadie».

Por las noches, durante todo el camino hasta llegar a Buriong, nos fuimos topando con los numerosos fantasmas que vagaban por campos y aldeas. Se los reconocía por los sonidos lúgubres y de baja intensidad que hacían al pasar por aquellos senderos desiertos, como penosas rachas de viento que e volvieran gruesos árboles. Aquel desolado panorama lo recordaría siempre, de un modo especialmente amargo y con no poco resentimiento cuando, años después, tuve la oportunidad de conocer el modo de vida festivo y desapegado que llevaban las gentes de lejanas tierras en aquellas ciudades rebosantes de luz y vitalidad, en un mundo totalmente ajeno a las desgracias de mi pueblo.

«Se acerca el temible día en que las llamas del infierno envolverán la tierra...». Al llegar a las laderas que bajaban de los montes Kosông y Chaiu hacia la ciudad de Buriong, *Chilsong* y yo nos desorientamos, y andábamos errando en busca del camino cuando el aire comenzó a llegar cargado de humo. *Chilsong* empezó a ladrar con fiereza. Ibamos descendiendo por la ladera cuando llegó un furibundo y repentino golpe de viento y el humo ascendió hasta la cresta, extendiéndose por las dos vertientes. Al doblar una curva de la senda, me pareció que todo el monte que se extendía a mis pies estaba en llamas. El fuego y el humo cubrían todo el panorama. Ocupaba el cielo una enorme nube de humo, producida por la madera verde al arder, y se oía el crepitar del fuego consumiendo las ramas, el ruido de las chispas al saltar. El valle no había dejado de arder y el incendio se propagaba rápidamente ladera arriba.

A mitad de la senda por donde iba descendiendo, me di la media vuelta y, sobre mis pasos, comencé a remontar. A diferencia de la bajada, que iba haciendo sin gran esfuerzo, casi deslizándome, la ascensión me dejó casi sin aliento, y sentía que las piernas me fallaban.

Me giré un instante y vi que, azuzadas por el viento, como absorbidas, las llamas cambiaban su rumbo y estaban a punto de llegar a un montículo que quedaba enfrente de la ladera por donde yo iba subiendo. La humareda era tan densa que resultaba difícil orientarse. Casi sin fuerzas, seguí progresando monte arriba. Pero las llamas se propagaban rápidamente. También *Chilsong*, que iba por delante de mí, llevaba la lengua fuera y se giraba constantemente a verme. A duras penas, conseguimos llegar a un paraje relativamente llano que había en la cresta. Desde allí, vimos que el punto del sendero donde habíamos cambiado de rumbo ya era pasto de las llamas.

Desde la cresta, me fijé en el sendero por donde había pensado bajar, y que conducía a los campos del valle. Acaso el incendio se hubiera originado en la ruptura de pendiente, pues parecía haber comenzado su propagación rodeando las faldas de los montes para, después, remontar ambos flancos del valle hasta llegar a lo más alto. También estaban sumidas en humo blanco las laderas que quedaban entre el angosto valle y las tierras de cultivo que se prolongaban en la distancia. Entre los matorrales, y rebasando las crestas, se atisbaban corzos, venados y otros animales, que corrían despavoridos. Al reparar en nosotros, se detenían un momento para observarnos antes de retomar su huida dando largos brincos. Las llamas ya habían alcanzado la vertiente oeste del monte y comenzaban a subir. Por suerte, era una zona relativamente desprovista de árboles, por lo que el fuego, devorando hierbas y arbustos, avanzaba lentamente, pero daba la sensación de que, si aquellas llamas continuaban propagándose y llegaban a encontrarse con las que consumían la parte inferior, no tardarían en alcanzar la cima del monte.

Chilsong y yo rebasamos la divisoria y continuamos la bajada por la otra vertiente. La pendiente era muy pronunciada y tuve que echar las nalgas a tierra para, deslizándome sobre hierbas y hojas muertas, descender. Al llegar al final de la cuesta, mi cuerpo salió rebotado y, tras golpearme la cadera con una rama de árbol, eché a rodar de la forma más aparatosa. Tenía todo el cuerpo bañado en sudor y sentía un dolor tan intenso en la cadera que mi respiración se tornó fatigosa. En esto me fijé en que, al igual que ocurriera en el otro valle, también por este lado ascendía el humo. Entonces *Chilsong* echó las orejas hacia atrás, mostró los colmillos y comenzó a ladrar. Por la ladera que nos acababa de servir de tobogán, y dando los saltitos

característicos de su especie, descendía una familia de jabalíes. Se detuvieron un momento ante nosotros, cambiaron de rumbo y desaparecieron ladera abajo. Tras los padres, siguiéndoles con toda la presteza que les permitían sus patitas, iban los jabatos. *Chilsong* no sólo no dejó de gruñirles sino que, en un momento dado, fue tras ellos, desapareciendo también en la ladera.

—¡Bobo! —le dije—. ¿No ves que no hacen nada, que sólo van corriendo para ponerse a salvo?

Intenté echar a correr tras *Chilsong,* pero, al ponerme en pie, noté que me faltaba el aire. Debía de haberme magullado la cadera o hecho algo en una costilla. El dolor se me pasaría en pocos días, pero el malestar debido a aquel gope me duró hasta un mes después de cruzar por tercera vez el río Duman. Tuve que poner las manos en tierra y, exactamente igual que las alimañas del monte, avanzar a cuatro patas, abriéndome paso entre el matorral. Empezaron a aparecer piedras y pronto fuimos a dar a un valle surcado por un considerable caudal de agua que manaba de entre las rocas.

Un humo denso lo impregnaba todo y se agolpaba a lo largo del valle. A cierta distancia se veía que las llamas ya alcanzaban la parte alta de las laderas. El ruido de las ramas al quebrarse y romperse se oía a escasa distancia. Me acerqué a un charco pequeño, apenas del tamaño de dos baldes de agua, que quedaba a resguardo de una roca de gran tamaño, y allí me acuclillé. Las llamas se desplazaban monte arriba y abajo, siguiendo en su propagación los lineamientos del bosque y la topografía. Como una gran chimenea, el valle dejaba escapar las corrientes de aire, y las llamas, junto con el humo, consumían ya toda la zona. En el ambiente se notaba ya el calor, y mi respiración se tornó fatigosa. Instintivamente, hice algo que nadie me había enseñado; empapé mi ropa en el agua, me la puse por encima y me tendí boca abajo en la parte de atrás de la roca. Por encima de mi cabeza sentí cómo se retorcían las ramas, que pronto fueron presa del fuego. A pesar de haberme echado por encima la cazadora, tras sumergirla por completo en el agua, sentía la espalda tan caliente como cuando uno se acerca a una hoguera. Impregnado de olor a humo, y mezclado con los sonidos de la madera y la resina al arder, subía por el valle un incesante y potente ventarrón. A pesar de tener los ojos bien apretados, mi cara estaba cubierta de mocos y de lágrimas, y no paraba de toser. Al levantar la cabeza vi que, habiendo pasado de largo

las llamas más grandes, ahora saltaban chispas por doquier y de los árboles brotaban densas columnas de humo. Al estar en la ladera norte de la montaña, el sol pronto se puso. En la oscuridad destacaban las chispas, que saltaban por todas partes, y el arder de las hierbas, al rojo vivo, iluminaba las inmediaciones como el carbón de una caldera. Las columnas de humo se elevaban por todas partes y la combinación de oscuridad y focos incandescentes hacía que el lugar pareciese el mismo centro del infierno. Por allí había un gran alerce cuyas ramas, extendidas en todas direcciones, seguían ardiendo, dándole el aspecto de una enorme antorcha clavada en medio de la ladera. Cojeando, comencé a descender en paralelo al valle.

—*¡Chilsong! ¡Chilsong!* —lo llamaba, con fuertes gritos que el eco hacía resonar.

Focalicé toda mi atención en mi interior para facilitar que, tal como había ocurrido cuando *Chilsong* se perdió en los matorrales, su paradero se me revelara. Intuí que no se encontraba lejos de allí. Tras buscarlo concienzudamente por entre las rocas, fui a divisar su cuerpo, tendido en una brizna de hierba, no lejos del curso de agua. Cuando me acerqué a él, meneó la cola sin fuerzas.

—*¡Chilsong!* ¿Qué te has hecho? —le dije—. ¡Anda, levántate!

Pero daba la sensación de no tener las fuerzas mínimas necesarias para entablar conmigo la comunicación interior que habitualmente manteníamos. Tenía todo el pelaje salpicado de cenizas y, de una herida que tenía en la panza, le manaba un chorro de sangre que, tras teñirle de rojo el pelo de la zona circundante, goteaba sobre la hierba. El muy necio... Mira que acabar así por andar detrás de aquellos jabalíes, que no pretendían más que proteger a sus crías. Llevado, probablemente, por el afán de defenderme, se les habría enfrentado y ellos, como es de esperar al ver amenazada su prole, habrían tratado de defenderla. Y, por lo visto, lo hicieron enconadamente, pues la herida que *Chilsong* tenía en el vientre parecía corresponder a los colmillos de aquellos animales. Después, las llamas habrían hecho el resto. Lo abracé fuerte, ciñendo su cabeza con mis brazos, y me entregué a un silencioso llanto. *Chilsong* era la única familia que me quedaba sobre la faz de la Tierra; con su partida, quedaba sola y desamparada en un mundo inhóspito e inmenso.

Desde aquel momento, y hasta mi regreso a la región de Musan, no dejé de ver montañas envueltas en humo y llamas. Sólo transcurrido un tiempo, ya en la ciudad de Yanji, del lado chino, tendría la oportunidad de oír hablar en detalle de aquellos «incendios de Choson». Por lo que oí contar, aquel año hubo numerosos incendios forestales en todo el mundo, y en el caso de Choson, donde los montes estaban tan pelados, sólo una parte de ellos se había originado de forma espontánea, pues la mayoría habían sido provocados. Era algo inevitable en medio de aquella hambruna, cada vez más terrible y letal. Una vez agotadas las cosechas de las granjas cooperativas, se interrumpió el suministro de alimentos y la gente se echó a los montes para procurarse pequeños terrenos de los que vivir. Salían con una caja de cerillas en el bolsillo, buscaban por los valles y por las faldas de los montes parajes a resguardo de las miradas y, tras encender fuego furtivamente, se evadían del lugar. Y puesto que, aun declarado un incendio, las gentes de las aldeas no tenían recursos ni forma de apagarlos, el fuego avanzaba sin impedimento por todo el mundo. Al cabo de tres, cuatro, cinco días y a veces incluso más tiempo, una vez reducidos aquellos frondosos bosques a montones de ceniza, las gentes, en dura pugna, acudían al paraje provistas de estacas con las que marcar las lindes y, cavando zanjas a partir de los tocones de árbol que quedaban, se delimitaban espaciosos terrenos. Este método de quema y siembra de maíz, patatas o soja les permitía sobrevivir hasta el año siguiente.

El trayecto de vuelta me llevó, en primer lugar, a cruzar el río Duman, esta vez de Corea hacia China, y, finalmente, al punto donde había iniciado aquella incursión en busca de mis padres. Por el camino, cada vez que llegaba a un lugar elevado, echaba la vista atrás y encontraba todos los montes, desde los más cercanos hasta los del horizonte, envueltos en humo y llamas. Parecían islas en medio de la inmensidad del océano, desde las que náufragos enviasen señales pidiendo auxilio a algún barco o a las gentes de otras tierras.

Las columnas de humo, silenciosas, se elevaban hacia un cielo desolado, donde formaban cúmulos de aspecto siniestro y ominoso, mientras que, aquí abajo, las ánimas andaban errantes y sus lamentos parecían cubrir la Tierra entera.

Capítulo V

La búsqueda de mis padres, afán que me había llevado prácticamente hasta las puertas de Buriong, no sólo había sido en vano; también me había supuesto perder a *Chilsong*. En silencio, regresé a aquel cobertizo de la montaña y, allí instalado, encontré a un tejón de traza grotesca que se tambaleaba de un modo exagerado al andar. Sólo con la ayuda de una vara de buena longitud, y después de un largo pleito, conseguí echar de allí a aquel bicho, que opuso una dura resistencia. Cuando lo acometía con la vara, él bloqueaba mis golpes sirviéndose de las patas delanteras y, furibundo, se abalanzaba hacia mí. Lo cierto es que los agudos chirridos que emitía asustaban bastante, pero yo tenía que poder con él; no había escapado de la muerte tantas y en tan heroicas ocasiones para terminar dejándome doblegar por un tejón. Cuando lo hube echado de allí, limpié el habitáculo por encima, desenterré la comida que había metido en un hoyo antes de partir y, con aquellos víveres, fui subsistiendo día tras día. Así transcurrió aproximadamente un mes; no percibí señal alguna de vida humana hasta que, un día, alguien descorrió la cortinilla de bolsas de plástico que había a la entrada. Era el hortelano, nuestro antiguo anfitrión.

—Pero, ¡quién está aquí! —exclamó al verme, los ojos enrojecidos y apretando mi mano con mucho afecto—. ¡Estás viva!

Lo acompañé a su casa por aquel mismo camino que recorriera tiempo atrás. Tanto él como su familia estaban al corriente tanto del deceso de mi hermana Hion como de la marcha de mi padre, pero desconocían lo ocurrido a mi abuela, mi incursión a Choson y la pérdida de *Chilsong*. Al oír mi relato, tanto el hortelano como su esposa y su anciana madre, sentados en corro, lloraron.

—Por eso —dijo la anciana a propósito de mi narración— tú tienes que salir *pa* delante, aunque sea por tu familia. Si no queda *naide*, se pierden las

historias.

Con aquella familia pasé aproximadamente un mes, durante el cual volvió el volumen a mis carrillos y mis cabellos recuperaron el lustre. El hortelano me dijo que se pondría en contacto con el señor Locha, que vivía en la ciudad de Yanji para que éste me encontrara trabajo. Una vez en Yanji, donde llegamos el hortelano y yo pasando por Hualong, acudimos a un salón de té, donde nos habríamos de reunir con el señor Locha. Yo me quedé esperando en la puerta mientras el hortelano entraba al local para, poco después, salir acompañado del protector de mi familia. El señor Locha iba enfundado en una cazadora holgada y me pareció que su panza, desde la última vez, había aumentado. Según me contó, cuando se desató la hambruna en Choson, todos los contratos comerciales quedaron anulados, y él, junto con un socio, puso una pequeña agencia de viajes especializada en recorridos para turistas surcoreanos. El hortelano, el señor Locha y yo nos dirigimos a una casa de comidas donde pude saciarme mientras ellos, a mi lado, departían sobre los sucesos acaecidos a mi familia. Tras vaciar, sucesivamente, varios vasos de *soju*, el señor Locha me dijo:

—Ya lo ves, hija, las gentes, que somos todos así. Yo había hecho el propósito de ir a verte, pero luego..., pues las ocupaciones, que son muy esclavas. Ahora, tú aquí puedes estar tranquila, que yo soy igual que si fuera un tío tuyo, y si te surge cualquier menester, no dudes en recurrir a mí cuando sea...

Tras haber terminado de comer, y mientras esperaba que los dos hombres concluyeran sus tragos, compartí con ellos una inquietud que me rondaba:

—Mi hermana Mi cruzó el río antes que toda la familia, ¿saben? Si vive aquí en China, en algún lado, igual puedo ir a verla.

—Me acuerdo de ella —dijo el señor Locha—. Descuida, que yo me hago cargo del asunto. Tengo conocidos que seguro saben de ella.

A raíz de aquel encuentro con el señor Locha, yo entré a servir en casa de un matrimonio de etnia coreana, los dos maestros retirados, donde, además de atender las tareas domésticas, me encargaba de los niños. Durante mi estancia en aquella casa, aproveché para familiarizarme con el idioma mandarín. La señora de la casa me enseñó a leer y escribir caracteres chinos con un libro de texto para alumnos de primaria. A los seis meses, poco antes de dejar la casa

para ocupar la vacante que se abrió en un salón de masajes llamado El Edén, la señora me dio unos golpecitos en el hombro y me dijo:

—Bari, eres una chica muy inteligente. Saldrás adelante allá donde estés. Nunca había visto a nadie aprender tan rápido como tú.

Lo del Edén me salió también por recomendación del tío Locha. O, por hablar con propiedad, del tío Soriong. Una vez se me escapó delante de él lo de señor Locha y él, arreándome un leve coscorrón en la cabeza, me echó una reprimenda que no por suave y cariñosa dejó de amustiar mi buen ánimo.

—¡Muy bonito! ¡Así que andas por ahí llamándome por el mote! —me dijo—. ¡Pues que sepas que sólo a tu padre le di permiso para llamarme así!

El señor Soriong me animó a que entrase a trabajar en el aludido salón de masajes, que regentaba un allegado suyo, de menor edad que él, lo que, supuestamente, me supondría una fuente de ingresos razonable y duradera. Yo estaba al tanto de que muchos norcoreanos, radicados en China tras vivir historias similares a la mía, se desempeñaban sin recibir sueldo alguno. Al parecer, todavía se consideraban afortunados por tener techo y comida a cambio de su trabajo. Y, aunque por entonces la policía aún no andaba registrándolo todo sistemáticamente en busca de inmigrantes, como ocurriría después, siempre existía el riesgo de que aparecieran por allí si alguien les avisaba. Lo más común en aquella zona era que los trabajadores no censados vieran su sueldo real reducido a la tercera parte de lo que les correspondería de estar en situación legal. En cuanto a mí, tenía la fortuna de percibir medio salario a cambio de hacer recados y tareas de poca relevancia.

El Salón del Edén, ubicado en un barrio atestado de tabernas y karaokes, era el único negocio de la zona que se dedicaba a los masajes de pies. En las inmediaciones había salones que ofrecían tanto sauna como masaje integral, pero estaban en un rango de precios muy superior al de nuestro local y la gente rumoreaba que, además de los masajes, también ofrecían ciertos servicios algo sospechosos. Nuestro salón lo frecuentaban principalmente gentes que andaban de paso por la ciudad en viajes de trabajo o de turismo, y también, a veces, nos visitaban parejas que demandaban el masaje los dos juntos.

Fue allí, en el Edén, donde conocí a Shang, una compañera de mayor edad que yo y que pronto sería para mí como una hermana. Allí se empleaban

como masajistas veintiuna mujeres, todas mayores que yo, tanto de etnia coreana como *han*. Media docena de ellas eran casadas, pero sólo dos tenían a su marido viviendo con ellas en la ciudad. La mayoría se habían trasladado desde sus lugares de origen solas o con sus hijos. El perfil que predominaba era el de la joven soltera que había dejado su pueblo, en algún confín de China, y acudido a Yanji para hacerse con unos billetes. Shang, mi amiga, era una de las dos únicas que, además de estar casadas, vivían con su marido, circunstancia que tal vez se debiera a su juventud. La masajista de mayor edad, de nombre Chin, vivía con su descendencia y, de ser cierto lo que decía la señora Kim, mujer de etnia coreana que compartía conmigo las labores de cocina y limpieza, rondaría los treinta y cuatro años, edad algo superior a los veintinueve que ella afirmaba tener. El marido de la jefa se presentaba por el salón en torno a la hora de cerrar y se encargaba de hacer la caja del día, mientras que su mujer llevaba la supervisión general del negocio.

Desde la caída de la tarde, y durante las primeras horas de oscuridad, cuando venían menos clientes, las masajistas nos reuníamos en una sala de estar, donde matábamos el tiempo viendo la televisión o picando algo. La señora Kim y yo, a veces, preparábamos algún aperitivo y lo compartíamos con las masajistas. Sin dejar de estar atentas al humor de la jefa, también teníamos que tratar bien a las masajistas, pues éstas compartían con nosotras parte de las propinas que les daban los clientes.

Un día, tras completar esa fase de la limpieza de las duchas que requería frotar a conciencia con detergente los azulejos de la pared, estaba yo aplicando agua para el aclarado cuando captó mi atención algo brillante que había en la rejilla de uno de los sumideros. Me agaché para verlo más de cerca y resultó ser una sortija de oro, de peso nada desdeñable, contorno cuadrangular y que, en su parte externa, tenía grabada una flor de loto. Me lo puse en un dedo. Me quedaba tan holgado que podía girármelo puesto sin mayor problema. No sabía quién podría haberlo perdido, pero intuía que, en el mercado nocturno, una pieza como aquélla se cotizaría bien. Resolví metérmelo en un bolsillo del batín. A la mañana siguiente, a eso de las diez, y como todos los días, nos incorporamos al trabajo. A la hora del almuerzo, y tras recibir mi comida en la correspondiente bandeja, di unas vueltas por el comedor antes de pararme y, dirigiéndome a todas, dije:

—¿Alguien ha perdido algo?

Las masajistas de etnia coreana trasladaron mis palabras a sus compañeras de etnia *han*, dirigiéndose cada una a la que tenía más cerca. Durante unos instantes se cruzaron miradas, hasta que Shang, que estaba sentada en aire taciturno, alzó una mano y dijo:

—¿No será mi sortija de oro?

—¿Cómo es? —respondí yo, también en chino.

—¿Eh? —respondió ella—. Pues..., una sortija de oro. Con una flor de loto grabada.

Sonriendo, saqué la alhaja de mi bolsillo y se la entregué.

Un día, al salir de uno de los cuartos de masajes, al final de la jornada, se acercó a mí y, con todo disimulo, me puso en la mano un fajo de billetes, que había doblado en esmerados cuadraditos. Fui a la cocina y comprobé la cantidad. Veinte yuanes, suma considerable para mí si tenemos en cuenta que nunca había tenido en la mano más de cinco, siendo lo habitual un yuan o dos.

Por mi parte, yo le empecé a servir a Shang té caliente y dulce de jínjol para que se repusiera cuando terminaba su sesión de masajes y, fatigada, se echaba a descansar en la sala de espera. Así, fuimos estableciendo lazos de amistad.

Un domingo, día de libranza, Shang obtuvo permiso de los jefes para llevarme a su casa. Vivía cerca del Mercado de Levante, en un pequeño apartamento que constaba de un solo espacio, dividido en salón y cocina. Ya desde las escaleras que daban acceso a la vivienda sentí el aroma de la comida y, nada más acceder al recibidor, vi la espalda de un hombre que, vuelto hacia la encimera, ataviado con una camiseta deportiva sin mangas, estaba enfrascado en la tarea de saltear verduras y carne en un wok.

—¡Ya estoy aquí! —le avisó Shang.

—¿Has venido con Bari? —replicó su marido, sin girarse hacia nosotras ni dejar de voltear la comida con el wok.

Tomamos asiento en torno a la mesa, que, junto con cuatro sillas, era todo el mobiliario de que constaba aquella pieza. El marido de Shang comenzó a servir la comida, que ya estaba lista. Yo me incorporé a medias y le hice un tímido gesto como ofreciéndole ayuda, momento en que Shang, dando un

leve tirón de mi ropa, me dio a entender que tenían la costumbre de hacerse cargo de tareas completas, cada vez uno. La comida, como era de esperar en una pareja de etnia *han*, era típicamente china y constaba de un salteado de dos clases de verduras, carne de cerdo y pescado frito. Su conversación, demasiado rápida para que yo pudiese seguirla con mis limitados conocimientos del idioma, pareció cubrir varios temas distintos en poco tiempo. Después de que Shang le pusiera al día de mis recientes avatares y circunstancias, el hombre, a su vez, compartió conmigo la historia de cuando marcharon los dos juntos de su lugar de origen, en el medio rural de la provincia de Hei Long Jiang, donde él había trabajado de aprendiz en un sanatorio público dedicado a la medicina tradicional china. Aquella experiencia le sirvió para introducirse en la acupuntura, disciplina que, posteriormente, siguió practicando en una academia privada. Su intención era sacarse el certificado oficial de acupuntor, que le daría acceso a puestos de trabajo bastante lucrativos en ciudades más grandes. Y así era el marido de Shang, barba dispersa como en mechones, boca que crecía ilimitadamente al sonreír, cuando los ojos, en contraste, le quedaban reducidos a dos trazos hechos con un lápiz muy afilado.

—Yo también he aprendido a identificar los puntos meridianos de los pies —me contó entonces Shang.

—¿Y qué son los puntos meridianos? —repliqué yo.

—Pues son unos puntos que no se ven —me explicó—, como unas terminaciones que están en la planta del pie y que conectan con todos los órganos del cuerpo.

Dicho esto, Shang le dio dos leves golpecitos a su marido y le pidió que nos mostrara uno de sus pies. Con no poca reticencia, como de mala gana, él puso ante nosotras un pie bastante sucio. Indicando cada punto con un bolígrafo, Shang me fue explicando algo que por entonces resultaba muy difícil de comprender para mí, las distintas conexiones meridianas del pie: «aquí está el corazón, aquí el estómago, aquí el hígado», y así.

—Pues conociendo esto —me dijo Shang—, tú también puedes aprender a dar masajes. Ganarías mucho dinero.

—Me gustaría aprender —respondí.

Tras intercambiar quién sabe qué razones con su marido, Shang me

indicó:

—Dile a la jefa que te deje venir aquí a casa los domingos. Hay mucho que aprender sobre los masajes y yo te puedo enseñar en los huecos del trabajo.

A nadie, con la única excepción de mi familia, le había hablado yo del extraño don que poseía, sobre el periplo que emprendí en busca de mis padres hasta las puertas de Buriong y sobre las varias ánimas que había visto por el camino. De todo ello no le había contado nada ni siquiera al señor Locha, quien, allí en Yanji, desempeñaba para mí un papel que no difería nada del de protector. Mi deseo de no significarme, de pasar desapercibida como si fuera cualquier otra chica, era genuino. En cuanto a mi origen norcoreano, tampoco era algo que le contase a la gente motu proprio, y, en el Edén, la jefa se encargó de aleccionar con vehemencia a las masajistas que daban muestras de conocer mi procedencia para que no lo divulgaran por ahí.

—Si pillan a esta niña y se la llevan a su país —les dijo—, aquí no iba a quedar títere con cabeza; nosotros nos quedamos sin licencia, y vosotras, sin trabajo.

Comencé a ir todos los domingos a casa de Shang, donde su marido me enseñaba aquello de los puntos meridianos del pie. Las lecciones se desarrollaban tomando como objeto de estudio uno de los pies de Shang, que ella ponía a nuestra disposición sentándose con la pierna estirada mientras su marido, de nombre Zhou, me mostraba los distintos puntos meridianos. Para ello se servía de una vara de madera de un palmo de largo con la que apuntaba y presionaba las distintas zonas y puntos significativos que yo debía aprender.

La varilla, tallada al efecto, tenía en uno de sus extremos un triángulo de contornos romos, mientras que por la otra punta era prácticamente esférica. También había otro utensilio, más afilado. En lugar de emplear aquellas herramientas, yo seguí casi todo el proceso de aprendizaje aplicando directamente la mano sobre cada zona. Las distintas técnicas que aprendí iban desde la simple presión con los pulgares, ya fuese con su extremo, lateralmente o en toda su extensión, hasta la presión con los nudillos, el martilleo con el puño, el golpeteo en la planta del pie, la presión con la mano entera o la aplicación de tensiones y retorcimientos en tobillo y dedos. Según

Zhou, el trabajo directo con las manos suponía un esfuerzo mayor que cuando uno usaba las varillas y demás utensilios, pero, a cambio, era mucho más efectivo.

—Verás —me explicó—. El pie consta de tres zonas: está la planta, el empeine y, por otro lado, lo que es el tobillo más el talón. Cada una de estas zonas, a su vez, está dividida en otras más pequeñas, que están conectadas con las distintas partes del cuerpo. Lo mismo ocurre con las manos; de ahí que si, antes de aplicar el masaje en los pies, se destensan bien los dedos de las manos, el masaje haga más efecto. La mayor parte de los puntos correspondientes a los órganos del cuerpo están en torno a la planta y al talón, mientras que en los dedos hay un montón de terminaciones conectadas con las distintas partes de la cabeza. Y este hueco de aquí en medio corresponde al corazón, que está exactamente en la parte esta abultada que queda entre el meñique y el dedo corazón del pie izquierdo. Y en el mismo sitio, pero del pie derecho, están el hígado y los intestinos.

Tras explicarme la teoría en los pies de su mujer, Zhou masajeaba los míos para que viese la parte práctica. Después, yo repetía los masajes en los pies de Zhou, que él retiraba cuando yo erraba algún movimiento para volverme a explicar la parte en cuestión, que yo repetía, y así sucesivamente. Aquella rutina se prolongó un domingo tras otro. A fuerza de repetir, fui aprendiendo los puntos meridianos de todo el pie. Una vez culminado el aprendizaje de las diez técnicas de preparación de las manos por distensión, y, posteriormente, de las quince técnicas básicas del masaje podológico, volvimos sobre los puntos meridianos, estudiando su aplicación terapéutica. La formación recibida era de aplicación directa. Zhou me planteaba problemas prácticos como los siguientes:

—A ver, llega un cliente borracho. ¿Qué haces?

—Pues... Empezaría por quitarle el dolor de cabeza —respondía yo— aplicando presión sobre los cinco dedos, uno tras otro, ya que en el dedo gordo es donde está conectada la parte de la cabeza. Después le frotaría la planta, que es el punto donde están las respuestas de los intestinos, y luego trabajaría la fricción sobre el talón, que es el reflejo del hígado y los riñones.

Total, después de ocho meses trabajando en el Salón del Edén, ya tenía la preparación necesaria para trabajar de masajista, al menos en la parte técnica,

puesto que, para poder ejercer, me faltaba el permiso de residencia en China. De ahí que, a diferencia de mis compañeras, yo no percibiese como honorario un porcentaje de la recaudación total del salón, sino solamente las propinas que me dejaban los clientes, ingresos que, aun así, eran muy superiores a los que me pagaban anteriormente por hacer los recados y la comida.

Las muy extrañas facultades que me acompañaban desde la más tierna infancia quedaron de relieve también en mi desempeño como masajista; desde mis primeros días de trabajo en el Edén, me bastaba ver el rostro de un cliente para intuir, al instante, y antes incluso de observar sus pies, en qué parte del cuerpo estaba el origen de sus dolencias. Lo noté ya con mi primer cliente, un hombre de etnia *han*, de complexión robusta pero también algo entrado en carnes. Tras descubrir sus piernas, subiéndose el pantalón de chándal que llevaba bajo el traje, se tendió sobre la camilla con las piernas colgando. Empecé por lavarle bien los pies con aquella solución tibia de vinagre y sal y a continuación se los sumergí en un baño bastante caliente de agua con artemisa, donde le fui frotando lentamente los empeines, de arriba abajo, para destensar sus músculos. Con una toalla le sequé los pies y, empezando por el izquierdo, procedí al masaje. Conforme a lo aprendido de Zhou, fui buscando los puntos meridianos y me puse a aplicarle presión, sucesivamente, en todos los dedos del pie. Apenas había comenzado a hacer esto, reparé en el color rojizo de su talón, detalle que tomé inmediatamente como señal inequívoca de que lo aquejaba un problema de consideración en la zona del hígado.

La siguiente en visitarme fue una turista de mediana edad, y lo llamativo, más allá de las ronchas moradas y rojizas que presentaba en las plantas de los pies, fue algo que ocurrió al masajearle y aplicarle la presión. Mientras trabajaba con sus pies, cerré los ojos y asistí a una extraña visión. Ante mí se representó, como en dibujos, una escena en que un automóvil iba cruzando un puente cuando, desde atrás, llegaba un camión y lo aplastaba, quedando el coche reducido a la mitad, panza arriba y dando vueltas de campana en medio de la carretera. No pude evitar dirigirme a la compañera que estaba trabajando a mi lado, una masajista de etnia coreana.

—Se ve que esta señora ha tenido un accidente de tráfico —le dije, bisbiseando.

—¿Por qué? —me respondió ella—. ¿Tiene cicatrices o algo?

—No..., es sólo que...

Al poco tiempo de estar trabajando allí, algunos clientes, contentos con mi forma de localizar y tratar los puntos meridianos, se volvieron asiduos. Shang, por su parte, se percató pronto de que había algo especial en mi modo de trabajar, pero no vio en ello nada que no fuese talento o habilidad.

Tras trabajar en el Edén dos años enteros, y poco después de cumplir los catorce, me surgió la oportunidad de abandonar Yanji junto con Shang y Zhou, quien, tras obtener la licencia de acupuntor, planeaba asociarse con un amigo suyo en un negocio que éste iba a abrir en la ciudad de Dalian. Juzgando que lo apropiado, antes de partir, sería comunicárselo al señor Soriong, decidí llamarle por teléfono e invitarle a cenar.

—Cómo pasa el tiempo —dijo él, sonriendo, al verme—, la pequeña Bari ya es una persona hecha y derecha.

El señor Soriong era una persona muy atareada. Al frente de su agencia de viajes, le tocaba compaginar la gestión del negocio con las tareas específicas del guía turístico, entre ellas recorrer todos los días los hoteles del aeropuerto al volante de un minibús para recoger grupos de visitantes y llevarlos al monte Paektu[21].

De cara a nuestro encuentro, el señor Soriong reservó mesa en un restaurante especializado en cordero asado, negocio que, al parecer, regentaba un militar retirado, y cuyas brochetas no habían parado de dar vueltas en el fuego hasta otorgarle al establecimiento fama en todo el país.

—¿Y qué tal va el salón? —me interpeló, pasándose una y otra vez una toallita húmeda por la frente—. No os faltan clientes, espero.

—Al contrario —le dije—, hasta hemos tenido que ampliar la plantilla.

—Pues mira qué bien —comentó él—. Oye, yo me voy a tomar, aunque sea, una botellita de *soju*.

Yo estaba al cuidado de las brochetas que giraban en nuestra mesa. Retiraba piezas y las iba poniendo en el plato del señor Soriong, quien las engullía instantáneamente y dando cuenta, en cada envite, de un vasito de *soju*.

—Oye —me preguntó—, ¿qué años tienes tú ya?

—Catorce he hecho ahora.

—¡Catorce! ¡Caramba, cómo pasa el tiempo!

—Tío Soriong —así le llamaba también a veces—, tengo algo que contarle.

Tras hablarle de Shang, de su marido y del trato que mantenían conmigo, sin duda tan próximo y familiar como el que me unía a él, le conté sus planes de trasladarse a Dalian y regentar allí un salón de masajes, emprendimiento en el que yo había decidido acompañarlos.

—Yo me fío de ti, Bari —dijo él, asintiendo—. Si me dices tú que son gente de bien, sé que te dejo en buenas manos. ¿Y qué, tienes alguna deuda pendiente con el Edén?

—No, tío.

—¿Se lo has dicho ya a la jefa?

—Aún no, tío. Quería comentarlo primero con *usté*.

Ante mi respuesta, el señor Soriong movió las manos en señal de negación y, poniéndose un dedo en los labios, me aconsejó:

—Mejor no se lo digas. Márchate disimuladamente y ya está. En tu situación, es mejor que a partir de ahora no te fíes de nadie. La gente cada vez es menos de fiar; se nota incluso aquí, en este pueblo. Da miedo cómo se porta la gente. Y, ¿sabes por qué? Nada más que por el dichoso dinero. Recuérdalo; en este mundo, cuando llega la electricidad a un sitio y empieza a circular el dinero, la gente se vuelve como máquinas. Los *jovencillos* que trabajaban antes en el comercio de la frontera, por ejemplo..., ahora viven todos ellos del tráfico de... —Tras decir esto, e inclinado la cabeza hacia atrás, se echó al gaznate otro vaso de *soju* entero, antes de proseguir—. Pues eso, vendiendo a chicas como tú se ganan la vida ésos. Por cierto, ya he *localizao* a tu hermana.

—¿Que ha *localizao* a Mi? —exclamé, presa de la excitación—. ¡¿Dónde está?!

Me contó que había tenido noticias de Mi hacía ya algún tiempo y por boca de un joven amigo suyo que regentaba una taberna en la ciudad de Longjiang.

—Lo que hice fue ir por ahí dando el nombre de tu padre —me explicó— y decir que andábamos buscando a su hija, y en esto que al cabo de un tiempo fue cuando tuve noticias *della*...

—¡Vayamos a verla, señor Soriong! —exclamé yo, con medio cuerpo levantado de la silla y tras abandonar los palillos sobre la mesa.

—Espera a que te lo cuente todo. ¿O crees que yo la habría dejado así como así?

Según me refirió a continuación el señor Soriong, mi hermana Mi habría sido víctima del tráfico de personas nada más cruzar el río Duman. La habrían vendido a un hombre de etnia *han* que vivía en el campo, a unos quince kilómetros de Longjiang hacia el interior. El señor Soriong quiso ir a verla, mas su agenda lo obligó a ir retrasando el viaje, hasta que en una ocasión, aprovechando que el trabajo lo llevó a Kai Shan Tun, emprendió la búsqueda por aquella zona y sin más referencia que el nombre de un pueblo apuntado en un papel.

Sus pesquisas lo llevarían por pistas tortuosas, polvorientas y sin asfaltar, hasta un paraje remoto, prácticamente aislado en los montes, donde había unas casas, poco más de diez, habitadas por familias tanto de etnia coreana como *han*. Cuando preguntó por Mi, una mujer de mediana edad y de etnia coreana le señaló, no sin cautela, una de las casas. La vivienda, pequeña y medio derruida, constaba de dos estancias y un patio, a un lado del cual había un corral y, tras una verja, se adivinaba una pocilga. Con el maizal y una plantación de habas, ambos de amplitud considerable, que se extendían en la parte trasera, el conjunto invitaba a pensar que los moradores no eran precisamente gente menesterosa.

—Me dio la sensación —prosiguió el señor Soriong— de que esa gente se ganaba la vida, más que nada, con los cochinos. Lo mismo vendieron uno de ellos *pa* comprar a tu hermana. Allá vi a una anciana, que iba de un *lao pa* otro del patio, y en una de las piezas había un crío que lloraba *desconsolaíto.*

Con los aires de funcionario que le daban su bien peinado cabello y la cazadora verde, el señor Soriong carraspeó y, dirigiéndose a la anciana, le dijo que había tenido noticias de que en aquella casa vivía una coreana, y le preguntó si sabía dónde podría encontrarla. Al oír hablar de Mi, la anciana, en tono airado, se quejó de que su nuera, después del dinero que les había costado comprarla, se hubiera largado de allí. Al parecer, según le explicó después al señor Soriong, su hijo la estuvo buscando en vano por todas partes, hasta que un día supo, por boca de los traficantes, que mi hermana ya

no se encontraba en China.

—Esto había *pensao* no contártelo, Bari —continuó—. Resulta que tu hermana tuvo un bebé con el hombre de aquella casa y, cuando se marchó, dejó allí al niño, imagínate cómo tiene que verse una madre para llegar a eso. Por lo que estuve averiguando yo, *to* parece indicar que ya no está por Yanji. ¿Sabes? Igual hasta está ahora mismo en Corea del Sur. Y eso es lo mejor que le podía haber *pasao*.

Estas palabras del señor Soriong hicieron brotar de mis ojos las primeras lágrimas que vertía en compañía de alguien, todas esas que, hasta el momento de estar allí sentada, no había tenido ocasión de derramar debido al estado anímico contenido y aséptico que me había poseído hasta entonces. Reparé en que la tristeza con respecto a la separación y dispersión de mi familia ya se había apagado en mí. Si lloraba, era nada más que por mi propia suerte.

Siguiendo el consejo del señor Soriong, dejaría el Edén sin comunicar mi partida a los jefes. Mis bártulos los fue sacando de allí Shang durante varios días. Al final de cada jornada, se llevaba en su bolso unas cuantas cosas, que iba dejando en su casa. El domingo, aprovechando el permiso, me fui directamente a casa de Shang. Al día siguiente, y junto con la pareja, me subía al tren.

Dalian, ciudad depositaria de nuestras esperanzas, contaba con hermosas playas. Su centro era atractivo, pulcro y dotado de agradables y bien cuidados parques. De allí era Chen, el amigo con quien Zhou quería abrir el nuevo negocio, y quien acababa de regresar tras trabajar un tiempo como regente de una sauna en Yanji. El local que Chen había adquirido para el nuevo negocio estaba situado en una callejuela algo apartada de la An San Lu, arteria principal de la ciudad, y ya estaba medio acondicionado por dentro. El inmueble, de tres plantas, era viejo, pero la enredadera que trepaba por la fachada gris le confería un aspecto muy resultón. El salón de masajes estaría en el primer piso, encima de un restaurante y debajo de las dos habitaciones de la segunda planta que cogimos en régimen de alquiler mensual.

La mano de obra abundaba; bastó poner anuncios en periódicos y revistas locales para que acudiera una auténtica avalancha de aspirantes. El día de la selección, Chen colocó una mesa en el local y allí se sentó, junto con Shang y Zhou, para ir recibiendo y entrevistando a las chicas. Yo me puse una silla

junto a la puerta y desde allí, consultando los currículos recibidos, iba llamando a las candidatas, que esperaban desde el piso de abajo y por toda la escalera. Eligieron, en primer lugar, a las cinco que contaban con experiencia; de entre las demás aspirantes, seleccionaron a las que les parecieron tener más carácter y salud, unas veinte en total. En realidad, Chen dijo que, de todas ellas, al final sólo nos quedaríamos con diez. Acertó, pues durante la primera semana, dedicada a la formación, a cargo de Shang y Zhou, cinco chicas fueron, soslayadamente, dejando de aparecer por allí, y nada más inaugurarse el negocio la propia Shang descartó a otras cinco que no mostraban mucha destreza.

A fin de promocionar el nuevo negocio, Chen y Zhou hicieron panfletos, que distribuyeron por tabernas, restaurantes y salones de té. Al tratarse de un salón especializado en masajes de pies, pudieron fijar un precio significativamente menor que el de las saunas de los grandes hoteles, que ofrecían también masajes de cuerpo entero. Chen, que contaba con experiencia al frente de negocios, cerró contratos con varios adolescentes que andaban zascandileando por el barrio para que se encargaran de traer clientes, a quienes se ofrecía un descuento. El espacio anexo a la sala de masajes lo acondicionó Zhou para dedicarlo a los servicios de acupuntura y ventosaterapia. A nuestro salón no llegaban clientes de tan alto poder adquisitivo como los de los hoteles, pero nos hicimos con una buena clientela entre los pequeños comerciantes de los alrededores y gentes de paso por la ciudad en viaje de trabajo. Chen supo atraer, asimismo, a turistas de viajes organizados, que se alojaban en gran número en moteles y fondas de las proximidades. El negocio marchó bastante bien desde su apertura y Chen no tardó en darse a conocer en el barrio.

Hoy día, al pensar en las circunstancias que me llevaron a cruzar la inmensidad del mar y acabar en Londres, me pregunto si no sería a causa de mi nombre. Un largo periplo en barco que, sólo una vez iniciado, suscitó en mí el recuerdo de la historia que tantas veces me refiriese mi abuela durante aquellas noches que pasamos en aquel desamparado cobertizo de los montes, y en la cual la princesa Bari viajaba hasta el confín donde se pone el sol en pos del Agua de la Vida.

Una mañana, Shang y yo estábamos en la habitación donde dormíamos,

en el segundo piso del salón de masajes, apurando un tardío sueño, que resultó quebrado por una algarabía procedente del piso de abajo, una mezcla de cristales rotos y exaltadas voces masculinas entre las que se distinguían con nitidez los gritos de Zhou. Sobresaltadas, nos incorporamos de un respingo, cruzamos las miradas y, tras un momento de confusión, descendimos las escaleras descalzas y a toda prisa. La puerta de la sala de masajes estaba abierta de par en par y lo primero que vi de su interior fue a los peces ornamentales del acuario pegando agonizantes botes sobre en el suelo de cemento y rodeados de cristales rotos. La pecera habría rodado de la mesa al suelo y estaba hecha añicos. Había cuatro hombres de pie en torno a Zhou. Éste estaba tirado en el suelo y tenía las manos puestas en la cabeza, de donde le manaba un chorro de sangre. Shang corrió hacia él, lo estrechó entre sus brazos y, dirigiéndose a los tres desconocidos, les gritó:

—¿Qué queréis? ¿Por qué lo golpeáis?

Le respondió un tipo rollizo, de baja estatura y cuya edad rondaría los cincuenta.

—¿Sabes qué es esto? —dijo, blandiendo un papel en la mano—. ¡Un contrato de préstamo! Cuando uno usa un dinero ajeno, lo suyo es que luego lo devuelva, ¿no crees?

Zarandeando a su marido, Shang lo interrogó con la mirada. El rostro de Zhou reflejaba un debilitamiento casi exánime.

—Yo tampoco sé nada —respondió con languidez—. Dicen que fue un préstamo que pidió Chen.

—Y, ¿qué tienes que ver tú con lo que haya hecho Chen? —preguntó Shang.

A la aguda pregunta de Shang respondió, con una sonrisa sarcástica, el tipo bajo que había hablado antes.

—¡Pues que lo pidió a nombre de este negocio! —dijo—. ¿Acaso no sois vosotros sus socios?

Intervino entonces otro de los extraños, un tipo que llevaba la cabeza afeitada:

—¡Pues a ver cómo nos vais a pagar la deuda; aunque nos dierais todo el depósito de este negocio, no alcanzaría ni a devolvernos lo que le prestamos a vuestro socio, mucho menos los intereses! —dijo, señalándonos con una

botella de vidrio rota, que luego arrojó hacia un lado. Zhou, que ya la había probado en su cráneo, se arrastró entre lamentos hasta los brazos de Shang.

Aquellos tres hombres, que resultaron ser prestamistas radicados en una callejuela de por allí cerca, comenzaron a registrar sistemáticamente todo el local, desde la sala de masajes hasta los armarios. Después subieron al segundo piso, donde, a juzgar por los ruidos, se apoderaron de muebles, accesorios y, en general, de todo lo que hallaron. El tipo bajo y cincuentón se quitó la chaqueta del traje y, desatándose unos botones de la camisa, puso dos sillas frente a frente, se sentó en una de ellas e indicó a Zhou que tomara asiento en la otra.

—Vosotras dos, esfumaos de aquí —añadió, señalándonos a Shang y a mí.

Pero Shang, antes al contrario, se agarró fuerte a su marido, que ya estaba sentado en una de las sillas, y, acuclillándose a un costado de ésta, le dijo al prestamista:

—De este negocio dependen nuestras vidas. Lo que le digan a mi marido yo también lo quiero escuchar.

—Como quieras —dijo el prestamista—. Bien, os daré dos opciones: o nos devolvéis la cantidad prestada en un mes, o nos la pagáis a plazos con los intereses.

Zhou no era capaz de articular palabra.

—De acuerdo —respondió Shang—. ¿Cuánto es el total?

—Un millón quinientos mil.

Para mí aquella cifra era imposible siquiera de dimensionar. Mi referencia, en lo que a la moneda china se refiere, era el yuan que costaba un plato con las tres empanadillas que, en tiempos de estrechez, me suponían una comida completa. Shang, con la mirada en el vacío y una sonrisa de incredulidad, movió la cabeza en señal de negación y dijo:

—Y, ¿si no conseguimos reunir ese dinero?

—Entonces lo tendréis que pagar en carne.

Se adueñó de los tres un silencio impotente que sólo se rompió transcurridos unos instantes y por boca de Zhou, quien, casi en un susurro, les pidió:

—Dennos un poco más de tiempo.

—¿Tiempo? —respondió el prestamista—. ¿Qué estás tramando?

—Tenemos unas tierras en nuestro pueblo, Chang Shiong —explicó Zhou—. De ahí puedo sacar el dinero, pero tardaría un tiempo en hipotecarlas.

Tras deliberar unos instantes, el prestamista se abrochó los botones, se volvió a enfundar la chaqueta y, poniéndose en pie, respondió:

—Bien. Tenéis tres días.

—¿Tres días? Mi pueblo está en Heilong, ese tiempo se me iría sólo en los trayectos de tren y autobús.

—¿Ah, sí? Entonces, te doy dos días más. En cinco días volveremos y, como no esté solucionado esto, te sacamos los ojos, tipejo.

Cuando se hubieron ido los prestamistas, los tres quedamos inmóviles, cada uno clavado donde estaba y llorando en silencio. Los sollozos de la pareja obedecían, acaso, a la frustración de ver su sueño hecho añicos; yo lloraba, simplemente, de miedo. Al rato oímos que alguien subía por la escalera, y apareció el tipo de cabeza afeitada que antes nos había amenazado con la botella rota.

—¡Mira! —dijo, blandiendo en dirección a Zhou dos billetes de segunda clase que llevaba en la mano—. ¡Las molestias que tengo que pasar yo también por tu culpa!

Aquel hombre y Zhou se marcharon rumbo a la estación, Shang y yo estábamos demasiado conmocionadas como para poner siquiera un poco de orden en el local. No tuvimos fuerzas ni alma para hacer nada más allá que subir al cuarto y permanecer allí, sin movernos, hasta la tarde, cuando empezaron a llegar las masajistas, que no daban crédito a lo que veían. Shang se limitó a decirles que el negocio iba a cerrar durante unos días y ellas se marcharon sin más.

De madrugada, oímos llamar a la puerta de abajo. Zhou había vuelto y lo acompañaba el tipo de la cabeza rapada. Éste traía los carrillos encendidos, pero por lo demás parecía bastante entero. No así Zhou, que estaba borracho como una cuba. Apenas hablaban entre sí, por lo que Shang y yo no pudimos captar pista alguna de lo que habían negociado. Sin mediar explicación alguna ni razones entendibles, Zhou, como en un susurro, nos indicó que empaquetáramos nuestros bártulos. Sin tiempo para más, metimos en las maletas unas cuantas prendas de ropa y algunos accesorios. Salimos de allí a

hurtadillas, evitando las miradas de los vecinos, y, tras cruzar la avenida del Yang Tse, nos metimos los cuatro en un taxi que bordeó la bahía de Dalian por la zona norte y puso rumbo al parque de Gan Jing Zi. Una vez en la estación de autobuses, y siguiendo al prestamista pelón, recorrimos una callejuela oscura y embarrada al final de la cual había una fonda de mala muerte. Accedimos a un cuartucho sumamente reducido y tenebroso, donde hasta el papel de las paredes estaba ennegrecido. En aquellos lugares se alojaban, principalmente, trabajadores inmigrantes llegados de lejanas tierras. En cuanto al rapado, se esfumó sin decir palabra. Al instante, y llena de impaciencia, Shang interrogó a Zhou:

—¿Qué diantres es todo esto? ¿Qué habéis negociado?

—Aquí no podemos seguir —dijo Zhou—. Tenemos que marcharnos del país.

Por lo que nos contó Zhou entonces, cuando el prestamista pelón y él estaban en la estación, esperando el tren que los habría de llevar al pueblo, le suplicó que los dejase libres.

El prestamista le preguntó entonces a cuánto ascendía el depósito del salón de masajes, y si podía disponer de él. Esta nueva oferta no parecía motivada por la compasión; daba la sensación, más bien, de que el pelón, cansado de hacerle el trabajo sucio a sus compinches, planeaba seguir el negocio por su cuenta. Le preguntó a Zhou si había oído hablar del «tráfico de culebras». El asunto no le era desconocido a Zhou; una noche, echando unos tragos con Chen, éste le había hablado de los tipos que llamaban «culebreros», traficantes que operaban en el puerto de Dalian embarcando clandestinamente a migrantes ilegales que querían irse a trabajar a otros países. El pelón le dijo entonces que, en aquel momento, los culebreros estaban cobrando un mínimo de cinco mil dólares por polizonte embarcado. Cuando una «culebra» no podía reunir esa cantidad antes de embarcar, los traficantes exigían que su familia firmase un aval que los comprometía a pagar la deuda tan pronto como el emigrado les enviase remesas desde su lugar de destino. Los intereses rondaban el treinta por ciento, y se rumoreaba que, cuando no se pagaba a tiempo, los traficantes mandaban a la culebra señales de advertencia tan sórdidas como dedos cortados a sus familiares. Tras escuchar atentamente toda esta explicación de boca de su marido,

Shang, sobrecogida, le preguntó:

—Pero, ¿de dónde se supone que sacamos nosotros ese dinero?

—Si juntamos todo lo ahorrado hasta ahora, en metálico, prácticamente llegamos a la cifra que piden sin siquiera tener que tocar lo del traspaso.

Shang y yo nos quedamos recluidas en aquel cuchitril mientras Zhou, escoltado por el prestamista pelón y por otro tipo que se les incorporó, puso rumbo al centro de la ciudad, donde pasó el día entero.

Nuestro último día en Dalian, el prestamista pelón desapareció, no sin antes dejar a aquel tipo encargado de conducirnos al otro lado de las vías del tren y hasta el muelle norte. En el muelle, se oía un rítmico estallido del mar en el rompeolas, y un aroma salino impregnaba el aire. Destacaban en la oscuridad los focos de los barcos pesqueros, y el zumbido de los motores era incesante. Se atisbaban, también, siluetas humanas vagamente recortadas entre las sombras. En la proa del barco nos recibieron unas manos desconocidas, extendidas hacia nosotros y precursoras de un grito:

—¡Agarraos!

Cuando así sus manos, aquel hombre pegó tal tirón de mí que, de un salto y tambaleándome, fui a parar a la parte interior de la cubierta. Tras de mí abordó Shang, y, cuando Zhou se disponía a subir, uno de los tripulantes del barco lo echó hacia atrás de un fuerte empujón.

—¡Tú no! ¡Nos han pagado por llevar a dos culebras, no a tres!

Desde la cubierta, oí los alaridos de Zhou, quien, sujeto por el tipo que nos había llevado hasta allí, llamaba desesperadamente a Shang. El barco se disponía a zarpar. El rugido del motor aumentaba progresivamente su estruendo, ahogando los gritos de Shang, quien, aferrada a la proa, estuvo llamando con desconsuelo a su marido hasta que aquel tipo, con desmedida rudeza, la empujó hacia el interior, haciéndola caer a plomo sobre la encharcada cubierta. Cuando se intentaba poner en pie, otro tripulante la increpó:

—¡Como sigas armando jaleo, te echo al mar! ¡Siéntate y estate calladita!

Pequeños barcos de pesca surcaban las aguas y grandes buques atravesaban la bahía rumbo a la zona de anclaje. El bote donde nos habían metido se pegó al costado de un buque de mercancías que, cual una gran muralla, cerraba el paso. Le envió una serie de señales lumínicas

intermitentes y, de las sombras que envolvían la cubierta, allá arriba, surgió una figura más oscura aún que, tras cruzar unas palabras con la tripulación de nuestro barco, echó una cuerda. El tipo que estaba de pie en la cubierta de nuestro barco agarró un cabo y, sin mediar palabra, lo amarró a mi cintura, dio varios tirones, y comenzaron a subirme. Al verme flotando en el aire, quedé tan impactada que ni siquiera pude gritar. Tan pronto giraba en todas direcciones como, empujada por el viento, me golpeaba contra el casco. Cuando me hubieron alzado hasta la borda, dos tipos me agarraron de brazos y piernas para echarme a la cubierta. Tenía la sensación de que me iba a poner a vomitar de un momento a otro.

A continuación lanzaron la marra de nuevo y subieron a Shang, quien, carente ya de toda fuerza, colgó a plomo sin más. Sin decir palabra, nos arrastraron hacia el interior, nos metieron entre empujones y agarrándonos por el brazo. A Shang la arrastraban prácticamente como si fuera un objeto. Agarrándonos a una barandilla metálica, bajamos unas escaleras y recorrimos un pasillo de techo bajo, flanqueado por muchas puertas. Después supe que ese lugar a donde nos conducían era la bodega del barco. Yo sufrí un tropiezo tras otro. Las mercancías estaban dispuestas con todo orden y, cerca de una esquina, había espacio suficiente para sentarse y estirar las piernas. Reinaba la oscuridad, pero yo sentí que había mucha gente sentada con la espalda contra la pared. Shang se dejó caer sobre mis rodillas como un objeto ligero y exánime. Sus hombros temblaban y empezó a sollozar.

—Shang, ¿te has hecho daño? —le pregunté—. ¿Estás bien?

—¡Chitón! No habléis —dijo entonces, con un débil hilo de voz, alguien a quien no se veía.

Me apresuré a sellar mi boca. Se oían ruidos como de fierros chocando entre sí y rugidos de máquinas. Al cabo de un rato, el fondo del barco comenzó a oscilar. Estaríamos zarpando. Shang y yo, con las cabezas apoyadas una en otra y la espalda en la pared, nos pusimos a dormitar. De golpe, fuimos presa del tremendo cansancio acumulado durante los últimos días. De pronto, una voz procedente de la oscuridad dijo:

«Bari... Soy yo...».

A pesar de no ver nada más que dos luces de reflejos azul pálido, supe al instante que quien me hablaba era *Chilsong*. Llevaba varios años viendo a mi

perro en sueños sin que nunca, hasta aquella vez, se hubiese dirigido a mí de un modo tan vívido y directo. En la negrura tomó forma, entonces, una estela luminosa, un fulgor agrisado y serpenteante que se extendía hacia mí y parecía señalar una senda. Al final de ésta, y agitando rítmicamente la cola, me esperaba *Chilsong*.

«No corras tanto —le dije—. Para un momento».

«Hay alguien que te espera», me respondió *Chilsong*, que avanzaba a paso ligero, ora por delante de mí, ora por detrás.

Llegamos a la orilla de un río donde soplaba un viento silencioso y se levantó una tormenta de arena. El agua del río era todo negrura y, sobre su cauce, había tendido un puente. Al inicio de éste, se hallaba una figura humana vestida de blanco. Tenía el rostro envuelto en sombras y sólo al acercarme pude atisbar aquellos rasgos, tan conocidos para mí.

«¡Vaya, pero si ya está aquí mi Bari!», me dijo aquella figura humana, a quien también reconocí enseguida.

«Abuelita —le dije—, ¿de dónde viene *usté* ?».

Con la intención de abrazarla, di un paso hacia delante, pero mi abuela, representada ante mí en aquella forma onírica e ingrávida, retrocedió con la ligereza de una bolsa de plástico y en la misma medida en que yo me acercaba. Cada vez que yo trataba de aproximarme, ella, como rebotando, se volvía a alejar.

«Te he echado de menos... —le dije—. ¿No me quieres abrazar?».

«Claro que sí, hija —me respondió—, pero no podemos, porque pertenecemos a mundos diferentes. Te he llamado porque estaba muy preocupada por ti. Escucha bien lo que te voy a decir. Ante ti se abre ahora un camino largo, de miles de millas, e infernal, pues te las verás con sapos, con sierpes y espíritus malignos. Te acechará el peligro de ser herida y hasta desmembrada. Recuerda: nunca tomes caminos verdes ni amarillos, elige siempre los de color blanco. Cuando llegues al final del sendero, ya no serás la niña de antes, serás la gran chamana Bari. Yo te ayudaré a seguir el camino. Cuando tengas dificultades, sigue a *Chilsong*, él te conducirá hasta mí».

De pronto se esfumaron tanto mi abuela como *Chilsong*, desapareció el río y todo aquel mundo de penumbras mutó ante mis ojos en un repentino

destello. Alguien sostenía un farol sobre nuestras cabezas.

—¡Recuento! —gritó alguien, sosteniendo un farol sobre nuestras cabezas—. ¡Id levantando la mano y diciendo vuestro número! ¡Tú, empieza!

Un hombre que estaba sentado contra la pared alzó la mano y dijo: «Uno». «Dos», se oyó entonces, en una voz femenina y lánguida, casi un susurro. De detrás del hombre que sostenía el farol surgió otro tipo y, asestándole a la mujer un fuerte golpe en la zona occipital, le gritó:

—¡Repítelo!

A continuación se oyó «tres», «cuatro», y así sucesivamente. En total, éramos doce.

—¡Recordad bien vuestro número, puercos! —dijo aquel tripulante.

Yo era la «culebra» número once; Shang, la doce. Éramos cuatro mujeres y ocho hombres.

—Yo soy el responsable de llevaros sanos y salvos hasta vuestro destino —continuó el tripulante—. Vuestras vidas están en nuestras manos, grabáoslo en la memoria. Al que no siga las instrucciones, lo echamos al agua sin miramientos. En unos días, el barco atracará en Xiamen, Fujian. Hasta entonces, ni se os ocurra moveros de aquí. Os traeremos algo de comer por las mañanas, y un cuenco de agua a cada uno. Con eso tendréis que sobrevivir hasta que lleguemos a Londres, dentro de un mes. Una vez allí, estaréis a sólo diez días de comenzar una vida en un mundo nuevo, donde podréis ganar dinero a mansalva. Antes de llegar a Xiamen, os daremos instrucciones precisas de cómo tendréis que comportaros.

Dicho esto, repartió entre nosotros unas bolas de arroz, nos dio a cada uno un vaso de agua y nos indicó un lugar situado a la entrada de un pasillo que conducía a la bodega del barco. Aquel lugar, donde había un bidón cortado por la mitad y cubierto con cartones, era donde tendríamos que hacer nuestras necesidades. Al principio, dormíamos apoyados en la pared; después, nos organizamos entre nosotros para poder reposar todos en la misma posición, intercalando las piernas y tumbados en los huecos que quedaban entre los contenedores. Reinaba una oscuridad tan cerrada que sólo al cabo de unos días, cuando se coló un débil rayo de luz desde la parte superior, pudimos vernos las caras unos a otros.

Tras atracar en Xiamen, el barco permaneció dos días cargando

mercancías antes de que embarcara una veintena más de polizones. Para nosotros, la espera fue todo un suplicio. Los «culebreros» dividieron el grupo y a nosotras nos llevaron a un contenedor que iba cargado hasta los topes. Arrastrándonos como serpientes de verdad, fuimos insertando el cuerpo en los reducidos espacios que quedaban entre las mercancías. Para reposar las piernas, una había de apoyarse con los brazos en los contenedores. Nuestras necesidades las teníamos que hacer en esa misma postura, y no recibíamos ni una gota de agua, y mucho menos comida. Sólo cuando el barco estaba a punto de zarpar, y al distribuir el nuevo cargamento de «culebras», nos sacaron a nosotros de los contenedores y, gateando por el suelo, puesto que la atrofia de los miembros no nos permitía caminar, volvimos a los lugares que ocupábamos anteriormente y pudimos estirarnos. Para la culebra número dos, aquella mujer que, durante el primer recuento, había recibido el golpe en la cabeza, el tiempo pasado en el contenedor resultó fatal; ya no pudo salir de allí y al poco tiempo, para cuando el barco dejaba atrás el mar de la China Meridional, los culebreros sacaban su cadáver, arrastrándolo de las piernas y de la cabeza. También le habían quedado secuelas a la polizón número ocho, tan debilitada que ya no podía ni desplazarse hasta el aseo sin apoyarse en los hombros de otros polizones. Debido a nuestra juventud, Shang y yo éramos de las menos afectadas. En los contenedores donde habíamos estado nosotros pusieron después a las culebras que embarcaron en Xiamen, en su mayoría personas jóvenes y entre las cuales habría siete u ocho mujeres. Cuando el barco entró en zona ecuatorial, una sentía estar ardiendo entre las llamas del averno.

El hambre y la sed, poco a poco, fueron transformando a los polizones en fieras humanas.

---

21 Montaña situada en la frontera entre China y Corea del Norte, lugar de gran simbolismo para el pueblo coreano por ser escenario del mito fundacional de la nación. *[N. del T.]*

Capítulo VI

Durante aquellos días de constante oscuridad, mi cuerpo fue como una muda de serpiente de la que, a veces, me desprendía para, guiada por *Chilsong,* recorrer aquel sendero de luz de luna al encuentro de mi abuela. Transcurrido un tiempo, y en un rato de recuperación momentánea de la consciencia, supe que esa otra dimensión, «el más allá», no era un lugar distinto de este lado del mundo. Durante aquel periplo, de hecho, yo recorrería varias dimensiones, varios niveles distintos de realidad.

Mis particulares viajes se iniciaban al pegar la espalda en el suelo del barco, mecido constantemente por las olas, y siempre con el incesante estruendo de los motores como fondo. Allí tumbada, lanzaba mi espíritu al vacío en lo que para mí suponía una experiencia comparable a despojarme de la ropa o mudar la piel. Aunque carente de todo sonido, la vivencia venía acompañada de una sensación física similar a la de una tela que se rasga, y así, despojándome del cuerpo, echaba a flotar hasta la superficie de aquel mar de tinieblas que nos encerraba.

Siempre que esto acontecía, se figuraba ante mí el pelaje níveo de *Chilsong,* que, agitando la cola, se mostraba presto a guiarme. Lo seguía, ora avanzando por delante de él, ora por detrás. Juntos recorríamos sin esfuerzo alguno, como dejándonos llevar, el sendero que conducía a mi abuela, esa senda que, cual estela de lunar fulgor, se destacaba de la negrura infinita. Recorrido un tramo de aquella cinta cósmica, surgía ante nosotros la ribera, donde siempre soplaba la silenciosa brisa. Aparecían el río, con sus aguas siempre negras y opacas, y el puente, que, como reflejo de una antorcha, refulgía en la oscuridad y, en lo más alto de él, falda ondeando al viento, esperaba mi abuela:

«Bari, sígueme».

Precedida por *Chilsong,* seguí a mi abuela a través del puente, que quedó

envuelto en los reflejos de un arcoíris. De las aguas del río, color negro azabache, surgió un clamor en el que se mezclaban varias voces. Entre ellas se distinguían sollozos, gemidos de dolor, llantos desatados y nerviosos, los alaridos de un azotado, jadeos de desesperada asfixia, tiritar de mandíbulas por el frío, quejidos de calor, risas flojas y mecánicas como de personas enajenadas. Pasar el puente me resultaba imposible.

«No te gires a mirar —me dijo mi abuela— ni hagas caso de lo que oigas. Si te detienes, se perderán los méritos que has acumulado hasta ahora».

Finalmente, y siguiendo su consejo, pude llegar al final del puente, donde lucía un sol radiante y reinaba una extraña calma. El paraje era una fértil y vasta llanura que se extendía en todas direcciones. Soplaba una suave brisa, que mecía las hierbas y flores del prado.

«Acércate a aquel árbol —me indicó mi abuela, señalando una zelkova que se veía al final del prado—. Allí está el que te ha de guiar. Vuela a su encuentro».

«Y tú, ¿no vienes?», le pregunté.

«Yo no puedo, hija. A partir de aquí es otro mundo diferente del mío».

«¿Y *Chilsong?»,* añadí, mirando hacia abajo para ver al perrito, que agitaba la cola con suavidad.

Mi abuela, entonces, se acercó y puso algo en mi mano. Eran tres flores.

«Llévate esto. Te ayudará», me dijo, dejándolas caer en la palma de mi mano.

Me las puse en un bolsillo y, como mecida por alguna suave corriente, fui flotando en dirección al árbol, que resultó enorme, probablemente de la altura de un edificio de tres plantas. A pesar de que no era invierno, su ramaje, extendido en todas direcciones, estaba completamente desnudo. El conjunto resultaba más imponente cuanto más me acercaba. En una de las ramas más bajas, y agitando la cola con frívola indolencia, había posado un cuervo. Al verme, el bicho frotó repetidamente el pico contra el árbol y luego me increpó:

«¿Adónde vas, osada? ¡Tu atrevimiento será castigado!».

«Y ¿cuál es el crimen que he cometido, si se puede saber?», repliqué, con una voz que reflejaba el estallido de todo el enojo contenido hasta aquel momento, del coraje de hallarme en situación tan injusta después de haber

pasado por tantas pruebas.

«Tú que vas buscando el Agua de la Vida... —dijo el cuervo, abriendo de nuevo su pico— aún estás lejos de él, de él... ¡Ay, cómo sufrís los mortales, los mortales!».

«Condúceme al Confín de Poniente», le pedí, reprimiendo mi irritación como pude.

«¡Sígueme, sígueme!», graznó el cuervo, desplegando las alas.

Aquel pajarraco alzó el vuelo, describió unos círculos por encima de mi cabeza y, sin más, se lanzó hacia la base de un enorme tronco, en picado y con tal ímpetu que yo pensé que se había roto el cráneo en mil pedazos. Mas en el lugar del impacto apareció un agujero, algo como la entrada de una gruta. El cuervo acaso se hubiera metido por allí, pues no se veía de él ni una pluma. Apenas puse un pie en el agujero, noté que algo me succionaba y me sentí resbalar sin freno hacia las profundidades. Una vez en el fondo, me puse en pie y miré hacia arriba. El cielo era un techo lejano, remoto, y cinco caminos —norte, sur, este, oeste y medio— se abrían ante mí. Fue entonces cuando allí, plantado en medio de los cinco senderos, vi al león. Llevaba la indumentaria propia de un maestro de ceremonias, toga negra y un *gad*[22], también negro, y entre las zarpas asía con firmeza un abanico tipo paipái.

«¿Adónde vas?», me interrogó, adelantándose a la pregunta que yo, precisamente, le iba a hacer a él. Al no tener respuesta, le respondí lo primero que me vino a la imaginación:

«Me han invitado a comer».

«¿Quién? ¿Sus Majestades?», me preguntó el león, tras dilucidar unos momentos.

Apenas moví la cabeza afirmativamente, el león, con un movimiento de paipái, me señaló uno de los senderos, que discurría siguiendo un trazado curvo. Seguí en aquella dirección hasta que, recorrido un buen trecho, el camino se convirtió en una amplia explanada, iluminada por antorchas en sus cuatro confines. Allí reapareció el león, que me llevó hasta el centro de la explanada, en cuyo extremo tomó forma un descomunal muro, desde el que nos contemplaban los diez reyes. En sus cabezas, coronas de las formas y colores más variopintos: cilíndricas y puntiagudas, anchas y planas, holgadas y fláccidas, adornadas con cuernos, estrechas y prominentes como

chimeneas, otras con prolongaciones ornamentales en los costados... A juzgar por sus rostros, y por la algarada que se montó de pronto entre ellos, algo les causaba gran inquietud. Sólo se recompuso el orden cuando el rey que estaba sentado en el centro —ojos saltones, barba negra y corona de cuernos— gritó:

«¡Insolente! ¿Cómo osas invocarnos sin haber muerto ni nada?».

«¡Así que dijiste que te habíamos invitado nosotros...! —intervino un rey de barba blanca y corona con cuernos triangulares—. ¡Embustera!».

«¡Pues ahora que te has salido de tu cuerpo —terció otro rey, de corona ancha y chata—, ya no te podemos enviar de regreso».

¿Y esta canija pretende llegar al fin del mundo en pos del Agua de la Vida? —dijo otro—. ¡Habrase visto, tamaña impertinencia!».

A continuación, y por turnos, fueron enunciando mis cargos. El último en intervenir fue el rey de la corona cilíndrica, que dijo:

«¡Negación de auxilio a sus compatriotas famélicos! ¡Esta ofensa no la has de purgar ni con toda una vida de ofrendas de alimentos y lecturas de sutras!».

Llegado el momento de la sentencia, los diez reyes aunaron sus voces:

«¡Siete veces siete, cuarenta y nueve! ¡Para poder regresar, tendrás que pasar cuarenta y nueve jornadas de penitencia!».

Apenas pronunciado el veredicto, el león, agarrándome por la nuca, me llevó hasta el borde de un precipicio rocoso, desde donde me lanzó como si fuera una pluma. Del fondo de aquel abismo, tan profundo que parecía infinito, brotaban lenguas de fuego. Yo caía y caía hacia las llamas de aquel averno que, para el caso, eran como las fauces de una colosal bestia. Tanto como tardaba yo en llegar al fondo duraba mi grito de pánico. En el aire, mientras daba vueltas como una cometa, me acordé de las flores que me había dado mi abuela. Saqué del bolsillo una de ellas y la dejé caer al abismo. Las llamas se extinguieron al punto y sentí que me envolvía algo que me transmitía la sensación de estar arropada por una acogedora colcha o por una nube de algodón, y que, conmigo dentro, revoloteaba por el espacio vacío como una pluma.

Al tocar tierra, me hallé en una especie de gruta, teñida de tenues destellos azulados, y, por los cuatro puntos cardinales, comenzaron a llegar a

mí como en enjambre una especie de grises emanaciones vaporosas. Algunas de ellas se combinaron en una sola, que echó a volar hacia mí y, pasando por mi costado como en un destello, suspiró:

«Dame de comer... Aunque sea una cucharada... Por favor...».

Otro de aquellos cúmulos de humo pasó luego y, describiendo una espiral en torno a mí, dijo:

«Aunque sea una pasta, unas gachas, aunque sea un poco de caldo...».

Aquel humo comenzó a acumularse y no paró hasta llenar la gruta en todo su volumen. Cada una de aquellas evanescentes figuraciones representaba, vívido, el rostro que tuvieran en vida. Reconocí entre ellos a aquella mujer de la aldea del monte Komu, a sus hijos, a la anciana de la estación de tren y, junto a sus rostros, otros que nunca había visto. Había también entre ellos tres o cuatro jóvenes vagabundos compatriotas de los que vi profundamente dormidos bajo las escaleras de un rincón del mercado de Yanji, había bebés, fundidos con sus madres en un mismo cuerpo de humo. Todos tenían los ojos sombreados, con las cuencas medio hundidas, y la angostura de sus cuellos era chocante. Todas sus voces, al unísono, parecían pronunciar algún conjuro. «Tengo hambre —repetían—, dame de comer». Desconcertada, con el corazón en un puño y la sensación de que me iba a estallar el tímpano de un momento a otro, me tapé los oídos y me encogí, adoptando una posición fetal. En un gesto inconsciente, eché mano de otra de las flores de mi abuela y la arrojé por encima de mi cabeza. De pronto, comenzaron a aparecer ollas humeantes con aromáticos guisos, sartenes con judías y tortas recién fritas, rellenas de todo tipo de carnes y verduras, sopas y caldos de toda suerte. Aquellos alimentos conformaban, en conjunto, todo un festival de aromas y colores, y no cesaron, hasta llenar todo el aire, de aparecer platos, cuencos, fuentes y bandejas. Todo ello revoloteó, como un enjambre de abejas, al son de numerosos sonidos de gente masticando y tragando. De mi boca, espontáneamente, brotó el siguiente canto:

Oh, ánimas de los muertos,
yo abro hoy las puertas del más allá
para que se oiga vuestra invocación;
vosotros, que nacéis en la tierra
por merced de la Madre Natura

y habitáis cuerpos que hace apenas unos días
aún estaban vivos,
fantasmas de los muertos por hambre,
id al Paraíso y, luego, reencarnaos,
pues carecéis de pecado,
liberaos de vuestro tormento.

Apenas cesó mi canción, el humo comenzó a disiparse en todas direcciones. De pronto, el suelo de la cueva se dividió en dos y, en medio, surgió un estanque cubierto de bruma marina, que el viento luego disipó para descubrir la superficie, tranquila como un espejo. Bajo el agua, que tenía un color verdoso, como el del líquen, apareció algo de contornos difusos y dinámico, como un dibujo que se hiciese solo. Todo el estanque era una monocromía verde en la que fue tomando fondo, progresiva y nítidamente, una escena en movimiento.

Una tempestad arrecia en alta mar. En medio del temible oleaje, oscila y zozobra una embarcación, que se abre paso, apenas, encaramándose a las furibundas olas. Una garita de timonel se eleva, prominente, sobre la cubierta de aquel pesquero, cuya bodega, de tan escasa altura que una persona no podría ni erguirse en ella, va cargada con las últimas capturas. Sobre las cuadernas del suelo estalla toda la furia de los mares. Se ve a un grupo de personas que, contoneándose, se desplazan. Hay mujeres y hombres, niños: en total, decenas de personas. Cada embate del mar embravecido cubre el puente de proa, inunda la cubierta y se cuela en el compartimento donde va el pescado. Arrastrándose, gateando a duras penas, las mujeres y los niños tratan de escapar. A empujones y a patadas, los marineros se lo impiden, cierran la trampilla y echan el cerrojo.

Amaina el temporal. Mar en calma y refulgente bajo el sol. A lo lejos se divisan cimas montañosas de un país desconocido. Los marinos sacan del compartimento del pescado cuerpos inertes y los arrojan por la borda. Cuerpos que, apenas hundirse, salen a flote y quedan en la superficie, mecidos por las olas.

Entonces se ve una playa. Parece un lugar remoto y extraño. En la llanura mareal, las olas zarandean un barco medio hundido, en torno al cual flotan cajas de verduras. Se aproxima un gran buque y de él descienden gentes

uniformadas. Abren las cajas, que contienen tomates, lechugas y, también, cuerpos de gente asfixiada.

Se ve un angosto camarote. Gentes, a quienes los marineros han hecho personarse allí, niegan con la cabeza cuando les piden dinero. Comienzan a golpearles. Puñetazos en la cara, patadas en el estómago, golpes que les llueven en todas direcciones. Gestos cargados de ira. Veo a un hombre que, con el rostro ensangrentado, desfallece. No tenía dinero. Veo cómo desvisten a la mujer. Veo cómo varios hombres, uno tras otro, abusan de ella. La mujer sacude cabeza y cuerpo, pugna por zafarse.

Veo una estrecha callejuela. Varias mujeres descienden de un microbús y otras, profusamente maquilladas, las observan desde cada esquina, desde cada ventana. Un hombre, dueño de todas ellas, verifica su número y les entrega un dinero a quienes las han llevado hasta allí. Uno de ellos, mojándose un dedo con saliva, cuenta los billetes. Las mujeres son conducidas a una sala cuyas cortinas están echadas. Su dueño las desnuda a todas e inspecciona sus cuerpos.

Veo a mujeres que, acuclilladas y desnudas, cubriéndose como pueden con un rebujo de ropa ceñido en sus manos, reprimen el llanto tapándose la boca. Una de ellas sacude la cabeza y estalla en carcajadas. Ha perdido el juicio. La veo cruzar la calle haciendo eses, como si estuviese ebria. Un hombre joven sale tras ella e, insensible, la abofetea. Agarrándola por un mechón de pelo, se la lleva de regreso a aquel callejón oscuro.

Veo entonces un sótano envuelto en tinieblas, iluminado apenas por un tubo fluorescente que cuelga del bajo techo. Mujeres sentadas frente a máquinas de coser y trabajando afanosamente junto a montañas de ropa. Un hombre, brazos en jarras, paseándose detrás de ellas, las vigila.

En la despensa de un restaurante, pilas de lechugas, pescados y mariscos. Hombres que limpian el género sobre un suelo empantanado.

De nuevo el temporal, la mar embravecida. Esta vez, en una pequeña cala de la costa, desnudos bajo impermeables de plástico, unos hombres están mariscando. Uno de ellos, llevándose las manos a la boca, grita para prevenir a los demás. Sube la marea. La cala desaparece poco a poco; las olas pronto les tapan el vientre, les llegan al pecho. En vano corren y trastabillan; al poco, los engullen las oscuras aguas del mar. Por ese mar que, formando crestas,

rebosa.

Aquella superficie del estanque, donde aparecieron todas aquellas escenas, se desvanece y, en su lugar, queda sólo oscuridad. Noto que alguien me agarra por la nuca y me arrastra hacia atrás. De pronto me encuentro suspendida, flotando como humo, en medio de un espacio negro y vacío.

Por debajo de mí, atisbo vagamente la bodega, el fondo del barco. Me encuentro al lado de Shang, las dos como desplomadas en el suelo. Veo también a una mujer de mediana edad que ya no tiene fuerzas para incorporarse. Y veo hombres, unos detrás de otros, gentes incrustadas en distintas posturas entre los contenedores del pasillo. Algunos sacan algo de comer de sus hatillos y, en actitud salvaje, apartan a aquellos otros que se les acercan. A tientas, tres hombres se aproximan a una mujer, que mueve las manos como para protegerse mientras le duran las fuerzas. De un tirón, apartan su pantalón y su ropa interior y, por turnos, los tres la violan. Shang se arrastra en busca de agua. Eleva el cubo por encima de su cabeza y lo vuelca sobre su boca abierta, pero no hay ni una gota. En la oscuridad, una mano se extiende hasta alcanzarme. Shang pega un grito. Los hombres retroceden, pero, por el pasillo, llegan dos miembros de la tripulación. Con toda rudeza, la emprenden a patadas con Shang y, tras examinar el lugar con la mirada, agarran a dos hombres jóvenes y se los llevan a rastras. Uno de los marineros lleva un bastón de escasa longitud, con el que golpea en la cabeza y en el espinazo a los dos jóvenes, sin detenerse hasta que ambos han desfallecido por completo.

Tras fumarse sendos cigarrillos, los dos tripulantes cogen a Shang y, arrastrándola, la llevan al pasillo, donde comienzan a desnudarla. Shang forcejea y se resiste como puede hasta que los dos hombres, como si de lo más normal se tratase, le asestan tantos golpes en la cara que ella no tarda en quedar exánime y colgando como un harapo. Luego acuden más tripulantes. Entre risas y bromas, todos rodean a Shang, la mueven hacia un lado y hacia otro, obligándola a adoptar diferentes posturas, y disfurtan de ella de distintas formas antes de dejarla ahí tirada, inconsciente, y desaparecer.

Aquella mujer de mediana edad, la culebra número ocho, está tumbada sobre un costado, acaso ya sin vida. Dos tripulantes, entre improperios de fastidio, la cogen de las manos y de los pies, se la llevan hasta el final del

pasillo y la suben por unas interminables escaleras, la sueltan un momento en el descansillo, donde profieren nuevos improperios, y, después de unos instantes, se pierden en dirección a la oscura cubierta. Una vez en la popa, y con el cuerpo de la mujer sujeto, uno de los brazos y otro de las piernas, lo bambolean contando hasta tres antes de lanzarlo por la borda sin más. Sobre las constantes olas negras, ocasionales crestas blancas.

No sé cuándo, pero ha reaparecido el cuervo. En su pico porta un ente ingrávido, mi espíritu, ese que es como una sombra, que tan pronto se expande como se contrae. Se lo lleva volando para, después, en la oscuridad, dejarlo colgado de una barandilla metálica.

A mis pies, en el fondo de un abismo de profundidad insondable, veo entonces mi propia imagen, ataviada con una chaqueta de color blanco y mangas holgadas[23], falda negra, todo igual que en una obra de teatro de mi niñez, y estoy tendida a lo largo. Llegan unos demonios, vestidos de negro de arriba abajo, rostro oculto en densas sombras, y comienzan a desvestirme. Visto desde arriba, mi cuerpo parece no abultar ni un palmo. Los demonios sacan cuchillos y, con toda presteza, me cortan en dos. Sobresaltado, mi espíritu suelta un grito de horror. Mis miembros y mi cabeza, cada uno por su lado, se esparcen. Por doquier aparecen negros espectros, se unen todos formando un enjambre, toman mis desperdigados miembros, se los lanzan unos a otros y, entre grotescas y estruendosas risotadas, empiezan a devorarlos. Los que se han quedado con mi tronco lo abren por la mitad para dar cuenta de hígado, intestinos y demás vísceras.

Una vez que el dolor, como una tempestad, pasa de largo, los cuatro confines quedan en calma. Mi espíritu contempla los restos de mi cuerpo, donde sólo quedan los huesos, que los demonios cogen luego para esgrimirlos en su danza macabra. Percusión de huesos siguiendo el ritmo. ¡Todo es vacuidad!

Me hallo colgada de las ramas de aquel enorme árbol de zelkova, mecida intermitentemente por el viento. Me pregunto si me habrá traído y puesto aquí el cuervo, al que veo tomar cosas en su pico, de una en una, y dejarlas caer al suelo. Son mis tibias, mis peronés, radios, cúbitos y hasta los huesecillos de mis manos, que, con un ¡clic, clac!, se acumulan al pie del árbol. La pila de huesos culmina con algo que, al caer, se hinca a plomo en su

cúspide... ¡mi cráneo!

El cuervo echa a volar hasta el extremo de la rama donde está colgado mi espíritu, se frota el pico contra la madera y grazna:

«Estar vivo o estar muerto... ¿Qué más da...?».

En esto aparece mi abuela y ahuyenta al cuervo con un ¡chus, chus! Y, acompañándose de gestos de las manos, toma asiento junto al montón que forman mis huesos. Comienza a coger algunos, junto con *Chilsong*, que, con la boca, le trae los fragmentos que han ido a parar lejos. Mi abuela, colocando cada hueso en su lugar, de uno en uno, entona el siguiente canto:

Donyiorá, Donyi Degui / Bariorá, Bari Degui
Tú, que has pasado por los ochenta y cuatro mil infiernos,
por el de los Montes de Sable, por el de las llamas,
por el de las serpientes venenosas, por el de los hielos,
por el de agua, por el de tierra,
por el de las ochenta y cuatro mil ofensas,
y has llegado al confín de la tierra, por donde se oculta el sol,
dime,
¿qué otro infierno os espera ahora?
Oh, ánimas aguijoneadas, ánimas abrasadas,
seres que, aun tras expirar el cuerpo, carecéis de espíritu,
almas de los muertos
incontables, innumerables, vosotras
renaced, vivid, renovadas,
¡lejos, lejos! ¡volad, volad!

Entonces, mi espíritu se descolgó de la rama y, como si un torbellino lo succionase, se volvió golpe de viento. Cayendo con un movimiento envolvente sobre la acumulación de mis huesos, devino un solo ente con ellos, quedando al punto mi cuerpo reconstituido en un todo provisto de carnes nuevas y tan intacto como si nunca hubiera sufrido daño alguno.

Como enfermo que, repuesto de su mal, se levanta apenas del lecho, me palpo los brazos, las piernas, el cuerpo todo.

«Venga, marchad ya», dijo mi abuela, indicando a *Chilsong* la dirección donde está aquel río de aguas color ébano.

«Y tú, abuela, ¿dónde te vas?», le pregunté.

«Yo tengo que irme enseguida de este Mundo Medio —me explicó—. Vendré a visitarte en tus sueños de vez en cuando».

«¡Abuela! —le rogué—, ¡no te vayas ahora, no me dejes!».

Pero, como las burbujas cuando estallan, se esfumó sin dejar rastro, y *Chilsong* y yo quedamos ante el río. Aquel puente de la otra ocasión no se veía ahora en parte alguna. Sólo después de explorar durante un rato la orilla en su busca, caí en la cuenta: aún me quedaba una de las flores que me había dado mi abuela. La saqué de mi bolsillo y, tomándola en mi mano, la lancé con fuerza hacia el río. De sus aguas brotó, en primer lugar, un refulgente arcoíris y, enseguida, un puente, que *Chilsong*, agitando la cola, fue el primero en cruzar. Esta vez, la corriente era sumamente mansa y no se oían aquellos gritos de la otra vez. Una vez en la otra orilla, me di la vuelta y no hallé más que una opaca negrura, pero, a mis pies, surgieron al instante varias sendas. Recordando la indicación de mi abuela, cuando me dijo que tomara el sendero blanco, y no el verde ni el amarillo, puse el pie en aquel sendero, inmaculado cual luz de luna. *Chilsong*, de un brinco, tomó la delantera hasta que, al final del sendero, cuando nos topamos con un tenebroso muro, fue retrocediendo con paso vacilante, la mirada puesta en mí y con ligeros balanceos de la cola. Supe que era el momento de despedirnos. Por aquel canal interno de comunicación que manteníamos, me dijo:

«Iré a buscarte allá donde vivas».

Cuando extendí la mano para abrazar al bueno de *Chilsong*, éste ya se había esfumado.

---

22 Sombrero tradicional coreano. *[N. del T.]*

23 Indumentaria conocida tradicionalmente en Corea como *chima dzogori*. *[N. del T.]*

Capítulo VII

Fue con quince años, y en pleno otoño, cuando arribé a aquella tierra remota y extraña. Ignoro cómo pude llegar hasta allí; no conservo recuerdo alguno al respecto. Si conseguí aguantar todo el viaje fue, acaso, gracias a aquella extraña cualidad de despegar el alma del cuerpo. Y lo mismo que con la travesía en barco ocurrió con los diez días que pasamos metidas en un contenedor tras atracar en el puerto de Londres, experiencia que también Shang, según me contaría más adelante, recordaría apenas como un vago sueño.

Nuestros caminos se separarían poco después de desembarcar. Alrededor de un año más tarde, cuando volvimos a vernos y pudimos hablar de todo con serenidad y perspectiva, ella seguía en el mismo lugar donde entró a trabajar y vivir al llegar a Londres. Por entonces, yo encontré en mi amiga una persona mucho más taciturna y apagada que la que conocí.

—Poco nos faltó para morir, ¿no crees? —me dijo, escuetamente, cuando hablamos de la experiencia del barco.

—¿Sí? ¿Cómo?

—De asfixia.

Me contó entonces una parte del viaje en barco que yo no recordaba; resulta que, cuando estábamos en los contenedores, y debido a la falta de oxígeno, fuimos arrastrándonos como pudimos hasta una parte donde había agujeros de un diámetro no mayor que el de monedas, a través de los cuales respirábamos el aire que se colaba entre las dos capas de acero. Lo siguiente ya lo recordaba yo también: nos transportaron varias horas en un camión y, en plena noche, nos depositaron en quién sabe qué calle de Londres, donde nos sacaron de los contenedores, empezando por los hombres, y nos metieron en un estrecho almacén.

Desde él, a Shang y a mí nos trasladaron a una callejuela del Barrio

Chino, no lejos de allí. Por unas escaleras estrechas subimos hasta un pasillo, flanqueado de numerosas puertas, donde asomaban corpulentas mujeres de pelo rubio y castaño. Nos condujeron a una sala de estar, donde había un sofá. Además de Shang y yo, había allí otra de las polizones que había llegado en nuestro barco. Entró una mujer de mediana edad que no paraba de jadear, probablemente por su gordura. Le dijo algo al tipo que nos había llevado hasta allí y éste nos ordenó que nos quitásemos toda la ropa. Tras unos instantes de vacilación, las tres comenzamos a desvestirnos. Con maneras sumamente rudas, y soltando una lluvia de improperios, el tipo aquel nos acuciaba para que nos desnudásemos más rápido. Yo me encogí sobre mí misma y me cubrí el pecho con los brazos. La señora obesa me los apartó y, mirándome con descaro, se rió de mis escasamente pronunciadas curvas. Dejando allí a Shang y a la otra migrante, a mí me volvieron a trasladar, esta vez a una estrecha callejuela que salía de una avenida cuajada de restaurantes chinos.

Allí nos esperaba el señor Lu, jefe de cocina en el restaurante Shanghai y quien, de un rápido vistazo, examinó mi planta. Con un gesto de la mano, me hizo pasar al interior, donde pronunció el nombre de alguien, me indicó la ducha y, cuando hube salido, me dio ropa nueva para que me cambiase.

Durante los diez días que pasé en aquella casa, no intercambié palabra con ningún miembro de la familia. Hasta comía apartada de ellos, en la cocina. Pasada la una de la noche, se cerraban las puertas de las habitaciones y sólo entonces podía acometer la limpieza del recibidor y de la cocina, tarea que no terminaba antes de las dos de la madrugada. Para dormir, ponía un plástico sobre la mesa que había en la cocina, me tendía sobre él y me cubría con una manta.

Fue un periodo ciertamente duro. Ninguna noche dormí más de cuatro o cinco horas y todo el tiempo de vigilia lo pasaba en pie. El trabajo que desempeñaba en la cocina consistía en cortar y lavar verduras y fregar las interminables pilas de platos que se acumulaban. Tenía que retirar los restos de comida, aplicar detergente, colocarlos ordenadamente en una secadora y, en cuanto estaban listos, sin un momento de respiro, ponerme con la siguiente tanda. Así durante toda la hora de la comida y de la cena. Entre una y otra, me daba tiempo, apenas, a hacer una limpieza general de la cocina.

No fue sino hasta transcurridos varios meses cuando pude verle el pelo al gerente del restaurante y mantener escuetas conversaciones con los trabajadores que atendían a los clientes. En un momento dado de los tres días que el restaurante permanecía cerrado en Navidad, y aprovechando un compromiso que tenía con alguien, el señor Lu, algo parco en palabras, vino a verme.

Ofreciéndome un *panini* crujiente y recién horneado, me preguntó por mi lugar de origen. No pareció dudar de mí cuando le dije que era china de ascendencia coreana; la inmensa mayoría de compatriotas que él había visto en aquel barrio provenían del sur de China, y mi falta de fluidez con el mandarín acaso no le extrañase demasiado si yo provenía del noreste, lo que para él era un remoto confín del país. Me contó que él había llegado a Londres hacía más de veinte años, con lo puesto y también de forma ilegal. Se ve que ya por entonces existía el tráfico de «culebras».

—Si tuviera que hacerlo ahora, no sería capaz —dijo, dando un suspiro y negando con la cabeza—. Tardaron once años justos en darme el permiso de residencia.

Entonces me preguntó a cuánto ascendía mi deuda con los culebreros. Yo no sabía ni cuánto habían pagado por mi viaje antes de salir de China ni qué cantidad me faltaba por pagar.

—Y, ¿qué hacías allí en el noreste? —me preguntó.

—Daba masajes de pies. Sin licencia, lo único.

—Eso aquí no te sirve de mucho.

Por lo que me contó entonces el señor Lu, en aquel barrio había gente que se dedicaba a tratar con los emigrantes ilegales que no podían pagar una parte de su deuda. Añadió que él tenía una buena impresión de mí y que, por lo que había visto, la gente como yo tenía el entusiasmo y la vitalidad suficientes para cancelar su deuda en un año o dos si le poníamos tesón.

—Yo en tu lugar buscaría trabajo en algún salón de masajes —me dijo—. En esos sitios pagan mejor y, además, dan propinas.

—Pero yo no tengo la libertad de moverme por mi cuenta —le dije, en voz baja y con aire medroso.

—Es verdad, tú sola no puedes ir —respondió el señor Lu, con un gesto resuelto en el rostro—. Al menos mientras nuestro jefe le esté pagando tus

honorarios a los deudores.

Aquellos días ocupaba todas las conversaciones y la atención de la gente el famoso cambio de siglo. La última semana del año, no cesaron de oírse por todo Londres los cohetes y los fuegos artificiales. A ese respecto, mi barrio estaba en relativa calma —la comunidad china celebraba el Año Nuevo Lunar, que caería más adelante—, pero, como contrapartida, se multiplicó la afluencia de turistas y clientes de los restaurantes. Sólo pasados los primeros días de enero volvimos al ritmo habitual de trabajo. El señor Lu comenzó entonces a pasarse de vez en cuando por la cocina. Llegaba, se fumaba un cigarro y se iba. Un día me dijo:

—Sigue así; si le pones ganas, te saldrán trabajos mejores que éste.

—Al parecer, un conocido suyo, de origen vietnamita, dirigía un salón de masajes por allí cerca. Me sugirió que fuésemos a verlo el primer lunes, día libre en el restaurante. Él me haría de aval ante el jefe del salón de masajes.

—Eres joven y trabajadora —comentó—. Si te colocas en un sitio donde cobres bien, serás libre de tu deuda en un año como mucho.

Con una pronunciada inclinación, le expresé mi agradecimiento al señor Lu, en quien, por primera vez, acababa de ver plasmado al tío Locha, mi protector, como si se hubiera desplazado conmigo hasta este confín del mundo. La emoción contenida durante tanto tiempo me brotó entonces en un torrente de lágrimas. A mí, que creía haber perdido la capacidad de llorar. El señor Lu me acercó una servilleta que cogió de un dispensador de esos a vapor.

—Hace veinte años, al emprender el viaje que me trajo hasta aquí, dejé en mi casa a una hija. Andará por tu edad.

Llegado el lunes, y en compañía del señor Lu, hice mi primera incursión fuera del Barrio Chino, con trayecto en metro incluido. La aglomeración de gente me impresionó tanto que, al subir y bajar del vagón, con más miedo a perderme que vergüenza, me agarré fuerte a la chaqueta del señor Lu. Después me enteraría de que nos habíamos bajado en la estación de Elephant and Castle, nudo de comunicaciones y dotada de varias salidas. Tras cruzar una plaza y varias calles, llegamos al Salón de Manicura Tonkin, que, al igual que nuestro restaurante, también cerraba los lunes. Hasta aquel día, yo prácticamente no había salido nunca del Barrio Chino, donde el paisaje

humano era bastante homogéneo, puesto que la mayoría de los residentes eran orientales, todos parecidos entre sí, y, aunque también transitaban por allí numerosos turistas occidentales, éstos sólo estaban de paso. Las calles de Elephant and Castle, por el contrario, me deparaban todo un mosaico de gentes y razas. Rostros negros, ceniza, rostros amarillos e, intercalados, algunos blancos, que al principio podían pasar por ingleses, pero que, según supe, correspondían mayoritariamente a obreros de la construcción procedentes de Polonia y República Checa. Al final, en aquel barrio todos éramos gente exótica.

En el salón de masajes sólo había un hombre que, sentado en el sillón de peluquería, leía el periódico. Al oír los toquecitos que el señor Lu dio en la puerta de vidrio, aquel hombre levantó la cabeza, retiró la aldaba y, con una sonrisa en el rostro, nos abrió. Menudo y delgado, su porte se ajustaba al estereotipo de vietnamita. La conversación entre ellos, que se desarrolló en inglés, giró pronto hacia mí, como pude advertir por los gestos del señor Lu. Saludé al gerente del salón, de apellido Tan, con un gesto muy formal.

—Bueno, vamos a ver qué tal técnica tienes —me dijo el señor Lu—. Seguro que lo haces muy bien.

El señor Tan cogió una silla sin respaldo y la puso frente a aquel sillón de peluquería, se acomodó en éste y puso los pies en alto. El señor Lu me dijo que no era necesario lavarle los pies a Tan antes del masaje; sólo quería ver mi forma de trabajar.

Me acuclillé ante los huesudos pies del señor Tan y cerré los ojos unos instantes. Ante mí tomaron forma, como fotos de un álbum, distintos momentos de su vida. Vi un muro de cemento que se derrumbaba, dejando una grieta por la que pasaba una avalancha de gente. En medio de aquella multitud distinguí a Tan, que iba enfundado en una chamarra de cuero. Después apareció un paisaje, correspondiente a algún país desconocido para mí, donde Tan atravesaba montes, cruzaba campos y, a bordo de un barco, recorría un canal.

—¡¿Empiezas el masaje o qué?! —exclamó el señor Lu, haciéndome abrir los ojos de golpe.

—Este señor viene de algún lugar donde se cayó un muro —comenté—. Cruzó montañas y vino en barco.

El señor Lu, pasmado, tradujo mis palabras al inglés. También el señor Tan abrió los ojos como platos. El señor Tan vivía en Berlín Este cuando cayó el Muro, cruzó la frontera de Alemania con los Países Bajos y había vivido varios años en Ámsterdam.

Asintiendo con la cabeza, dije:

—Conozco el camino recorrido por las personas con sólo ver sus pies. Y también descifro las dolencias que tienen.

Dicho esto, comencé a masajear los pies del señor Tan. Pronto descubrí, en medio de las plantas, un enrojecimiento que reflejaba una presión arterial singularmente alta. Le apreté la zona, produciendo en él un discreto quejido. En total, completé las ocho repeticiones y la presión sobre los ciento veinte puntos meridianos, lo que se considera la parte básica del masaje del pie.

—El señor Tan no está bien del riñón —dije, secándome con una toalla los goterones de sudor que me corrían por la frente.

Al oír mis palabras traducidas, Tan movió la cabeza hacia los lados y dio un silbido. Se puso en pie y me entregó un billete de diez libras que se sacó de un bolsillo del pantalón.

—Cógelo —me tradujo el señor Lu—. Dice que has hecho un buen trabajo.

Con una profunda inclinación, le expresé mi gratitud a Tan, que pasó aún un rato hablando con Lu.

—Me ha dicho que el puesto es tuyo —dijo el señor Lu en el camino de vuelta. Y añadió—: Recuerda que tu talento lo he descubierto yo, ¿eh?

La semana siguiente ya estaba dando masajes en el Tonkin y, por mediación del señor Tan, compartiendo casa con Luna, una chica natural de Bangladesh que también trabajaba en el salón de masajes. Luna era tres años mayor que yo, por lo que rondaría los veinte, pero tenía ya tres hijos y estaba hecha una señora. Se casó a los quince y, tras tener a los tres niños, se separó de su marido y se vino a vivir a Londres. Más adelante, cuando hubimos intimado, me enseñó las heridas que tenía en el muslo y la espalda, fruto, según me contó, del maltrato a que la sometió su esposo. Fue una suerte compartir casa con Luna, quien vivía en un bloque de apartamentos del barrio de Lambeth, en una callejuela donde los edificios residenciales como el suyo abundaban y estaban dispuestos en largas hileras. Aunque también era una

zona pobre, mi vida fue probablemente mucho más tranquila y segura que si hubiera vivido en una de esas torres de viviendas de protección oficial que ofrecía la administración a personas de bajos ingresos, en su mayoría gentes de rostros negros, ocres o atiznados, bloques que al parecer eran como jaulas de grillos, en su mayoría casas de una o dos piezas pero donde vivían familias de hasta diez miembros, y cuyos pasillos eran continuamente transitados por niños correteando.

Nuestro piso estaba en una callejuela donde había varios bloques de viviendas formando una fila. Era igual de pobre que otros lugares, pero, comparativamente, resultaba mucho más tranquilo y seguro. Aparentaba cierta edad, pero habían pintado de blanco sobre los ladrillos y el aspecto externo era muy limpio. Tenía tres alturas y un semisótano, donde entré yo a compartir piso con Luna. Al pasillo que desembocaba en nuestras habitaciones se accedía únicamente por las escaleras que bajaban desde la entrada principal del inmueble, y la cocina daba directamente al patio, por lo que, al final, no había gran diferencia con un sótano.

Aquel que, desde entonces, sería mi mundo constaba de varios espacios e inquilinos. Al final del estrecho pasillo que cruzaba el semisótano había una pieza rectangular, bastante alargada y dividida en sala de estar, dormitorio y cocina. En la vivienda que quedaba frente a la nuestra, en elsemisótano, residía un matrimonio llegado de Nigeria, él empleado de una gasolinera, ella empleada doméstica a media jornada.

La planta baja y la primera también constaban, cada una, de dos viviendas. El bajo derecha lo compartían un cocinero chino y un celador filipino, del mismo modo que Luna y yo compartíamos el nuestro. El bajo izquierda estaba habitado por una familia de Sri Lanka que llevaba un restaurante hindú no lejos de allí. En el primero derecha vivía una familia polaca. Todos los años, en la misma época, él pasaba un tiempo en su tierra natal, donde, en compañía de otros trabajadores, realizaba reformas de albañilería. Su mujer y la hija del matrimonio trabajaban como dependientas en una tienda. En cuanto al inquilino del primero izquierda, era un anciano paquistaní cuyo nombre, Abdul, fue el único que retuve de entre todos los vecinos; Luna me lo presentó el mismo día de mi traslado al inmueble.

El señor Abdul, encargado de la administración de toda la finca, vestía un

traje tradicional de su país, abrochado hasta el cuello y que le caía por los pantalones, y el bronceado ceniza de su tez contrastaba con la barba blanca que le cubría el rostro. Cuando, acompañada de Luna, fui a conocerlo, nos preparó un té tipo *chai* con aroma de menta. Llevaba unas lentes gruesas, que le caían sobre la nariz, y siempre estaba leyendo un libro muy grueso. Sólo más adelante, cuando hube aprendido el inglés suficiente para charlar con él, supe que se trataba del Corán, libro sagrado del islam.

De cuando en cuando, el señor Abdul recibía la visita del dueño del inmueble, un hindú de cuarenta y tantos años. Aquel hombre, a quien el señor Abdul se refería siempre como míster Hajad —a pesar de que por edad podría ser su hijo—, iba siempre de una guisa impecable, con su traje de chaqueta y su corbata, y el hecho de que nunca nos dirigiese la palabra ni a Luna ni a mí me hizo sospechar, al principio, que se tratase de un funcionario. Tal fue mi temor debido a aquel recelo que una vez, al encontrármelo en el pasillo, llegué a darme la media vuelta.

Casi paso por alto a los vecinos del segundo. Al principio pensé que los únicos rostros amarillos que había en el edificio éramos el chino, el filipino y yo. Fue antes de conocer a la pareja de estudiantes tailandeses del segundo derecha. Enfrente de ellos, un matrimonio búlgaro, los dos de edad avanzada. Con ellos termina mi descripción aproximada de aquel espacio que fue mi casa y mi mundo.

Contaré ahora cómo era un día cualquiera de mi vida en el barrio de Elephant and Castle. Me levantaba a las siete, preparaba algo de desayuno junto con Luna, me desplazaba a una academia de inglés, donde daba tres horas de clase, hasta el mediodía, apañaba el almuerzo con algún sándwich de la propia tienda anexa a la academia o de las inmediaciones y me dirigía al salón de masajes Tonkin, donde trabajaba de una de la tarde a nueve de la noche. El curso de inglés que yo seguía era de esos que la gente hace para obtener el permiso de residencia, y aunque había alumnos que no faltaban ni un día, los profesores no eran estrictos, ni a la hora de impartir las clases ni tampoco con la asistencia. Había gente que, debido a sus horarios de trabajo, faltaban regularmente; las clases sólo se llenaban a principios de semana, cuando nos clasificaban por niveles.

En el Tonkin trabajaban, además de mí, cuatro mujeres que, junto al señor

Tan, se encargaban de la manicura y la pedicura. Mi trabajo consistía en dar masajes de pies a la clientela, ya fuese mientras les adornaban las uñas o después. Había clientes que, por motivos de tiempo, declinaban mis servicios, pero la mayoría repetía una vez que los había probado. Con el tiempo, incluso, cierta cantidad de clientes empezó a acudir al salón sólo por mis masajes de pies, disciplina que, a instancias de míster Tan, le fui enseñando también a Luna, mi compañera de trabajo y de apartamento. Algo que yo asumí de buen grado, puesto que ella me ayudaba a mí con el seguimiento que hacía en casa de las lecciones de inglés impartidas en la academia. Convivir con Luna, que llevaba en el país desde niña, me permitió avanzar en el aprendizaje del inglés significativamente más rápido que cuando estudiaba chino, allá en Yanji. Empresa, la del estudio del inglés, para la que también me sirvió de gran ayuda el trabajo en el Tonkin, que desempeñaba durante toda la tarde, en particular el trato con los clientes.

Una tarde salí yo antes del trabajo y, sólo al llegar a casa, caí en la cuenta de que había olvidado pedirle las llaves a Luna. Dejé el bolso junto a la puerta y, tras un rato plantada allí, sin hacer nada más allá de dar golpecitos en el suelo con el pie, decidí acercarme al portal y llamar al portero automático del señor Abdul. Cuando, a través del interfono, preguntó quién era, le dije que Bari, la del sótano, explicándole la circunstancia de la llave y mi descuido. Se abrió el portal y subí al primer piso, donde el señor Abdul, en la puerta de su casa, me observaba por encima de sus gafas.

—Pasa. Bienvenida.

Cuando crucé el umbral, se levantó a saludarme un joven que estaba sentado en la sala de estar y cuya estatura me sorprendió, pues rozaba casi en la lámpara que colgaba del techo. Pero también captó mi atención la anchura de sus hombros y la longitud de sus brazos. Por lo demás, tenía el pelo rizado y muy corto, y los enormes ojos que resaltaban en su tez color ceniza me imponían tanto que, durante un rato, no fui capaz de mantener su mirada. Más tarde sabría que, en su época de estudiante de preparatoria, había sido jugador de críquet.

—Quédate aquí descansando hasta que llegue Luna —me dijo el señor Abdul.

—Muchas gracias.

—Por cierto, aún no habrás cenado —me ofreció entonces—. ¿Te caliento un trozo de pastel?

—No se preocupe —dije, en actitud pusilánime, tanto era el asombro que me infundía el titán que acababa de ver.

—Ah, éste es Alí, mi nieto —dijo entonces el señor Abdul.

Inclinándose ligeramente, el joven me tendió una mano del tamaño de una zarpa de oso.

—Encantado —dijo, con una voz potente y algo ronca.

Yo extendí mi mano, sintiendo alivio al ver que Alí, al contrario de lo que yo esperaba, me la soltaba enseguida, tras asir apenas la punta de mis dedos. Me senté frente a él. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, yo encontraba aquella sonrisa que, descubriendo unos dientes grandes y perfectamente alineados, me transmitió la afabilidad necesaria para bajar la guardia y sonreír yo también sin pudor.

—¿A qué te dedicas? —me preguntó Alí en tono cortés.

—Trabajo en un salón de manicura. ¿Y tú?

—¿Éste? —respondió, en su lugar, el señor Abdul, poniendo sobre la mesa un plato en el que había servido el recién horneado pastel—. Conduce un minitaxi.

Después me explicaron que aquella modalidad de taxi, de la que yo nunca antes había oído hablar, se caracterizaba por el hecho de que tanto la licencia como el empleo en sí eran temporales. El que llevaba Alí formaba parte de un parque de vehículos, todos de la misma propiedad, y los conductores trabajaban por horas.

—¿No trabajas hoy? —le pregunté a Alí, al no saber bien de qué hablar.

—Es que mañana es el cumpleaños de mi abuelo —dijo, tras dirigir una rápida mirada al señor Abdul.

—Fíjate —terció con una risotada el anciano, que estaba apoyado en el fregadero—, yo ya ni me acuerdo de cuándo nací, me lo recuerda siempre éste.

—Yo tampoco me acordaba —confesó Alí, sonriendo también—. Es que llamó mi madre.

Tras dar cuenta de aquel delicioso trozo de pastel, disfruté del té que sirvió el señor Abdul.

—Los padres de éste viven en Leeds —me explicó el señor Abdul—. Mira que les he dicho que se vengan a vivir conmigo, pero son unos cabezotas.

Alí no dijo nada más, limitándose a sonreír.

—Mañana os venís Luna y tú a comer —dijo entonces el señor Abdul—. ¿Has probado alguna vez la comida paquistaní?

—No, nunca. Gracias, lo consultaré con Luna.

—Es que sois las únicas del edificio que no vivís con vuestra familia —añadió, como si de pronto creyese oportuno explicar el porqué de convidarnos sólo a Luna y a mí.

De aquella forma pude no sólo fraternizar con el señor Abdul, como había deseado desde el principio, sino también, y por fortuna, conocer a su nieto.

Al día siguiente era víspera de descanso y el señor Tan no se opuso a que Luna y yo saliésemos del trabajo una hora antes de lo habitual. Pasamos por una tienda de comida para llevar y pedimos unos platos chinos de estilo malayo. Puesto que, como me contó Luna, los hindúes y los musulmanes no comen carne de cerdo, elegimos platos con setas, bambú, verduras fritas, gambas y pollo. Al llegar a nuestro portal, y ya al pie de la escalera, nos envolvió el vaporoso aroma que, procedente de la cocina del señor Abdul, atravesaba el pasillo. Aquel edificio tan multicultural era el lugar propicio para que todos los días festivos hubiese gran variedad de aromas provenientes de las distintas cocinas, y nadie se había quejado nunca al respecto.

Apenas tocamos el timbre, apareció el señor Abdul, ataviado con una túnica larga y blanca por encima de su *sarwal*[24], y a quien saludamos con una efusiva felicitación de cumpleaños. Alí, que estaba ocupado en la cocina, nos dirigió una leve sonrisa. Sobre la mesa había ya colocado un plato de pollo al curry con pimiento verde y otro de kebab de cordero, ambos en cantidades copiosas y muy bien presentados. Al añadir Luna y yo la comida que habíamos comprado, y que servimos en platos vacíos, la pequeña mesa del señor Abdul quedó sin espacio para un alfiler. Alí estaba preparando el *chapati*, variedad de pan que, al igual que el *naan*, se encontraba fácilmente en cualquier mercado de alimentación de Londres; el que acababa de preparar Alí tenía de particular que se freía sin aceite, directamente sobre la sartén. Puso los panes recién hechos en una cesta, nos sentamos los cuatro a la mesa

y el señor Abdul nos sirvió té caliente. Puesto que los musulmanes no beben alcohol, allí se empezaba a comer sin necesidad de brindar. El señor Abdul inauguró la comida con la palabra *bismillah*, dirigida a Dios, y que Alí repitió. A esas horas no faltaba el apetito y comimos muy a gusto.

La hermana pequeña de Alí y sus padres vivían en la norteña ciudad de Leeds desde que su padre, de joven, se trasladase allí con su familia por motivos de trabajo, tras haber vivido en Londres con el señor Abdul. Éste nos contó que en su tierra natal los padres, los nietos y los hijos vivían en la misma casa, pues lo consideraban el modo de preservar los lazos y afectos familiares. Después de la cena, nos ofrecieron unos pasteles de almendras y un café. Acabé saciada. Alí me hizo un guiño de ojos, lo acompañó de un gesto de complicidad con las cejas y, dirigiéndose al señor Abdul, dijo:

—Abuelo, voy un rato a casa de Bari.

El señor Abdul no dio por respuesta más que una leve sonrisa. En cuanto a Luna, me miró con un gesto de sus manos que, según parecía, significaba que aquello no le causaba menos perplejidad que a mí. En un gesto rápido, Alí sacó de un cajón de la cocina un paquetito amarillo de papel, que se escondió entre la ropa. Tras despedirnos del señor Abdul, bajamos los tres a nuestra vivienda. Nada más entrar, Alí se puso una mano en el pecho e, inclinando levemente la cabeza, se excusó:

—Es que delante de mi abuelo no puedo beber ni fumar.

—Si a ti no te importa, por mí no hay problema —me dijo Luna.

—Por mí tampoco —respondí.

Alí sacó el *whisky escocés* que se había traído oculto, lo sirvió en tres vasos y se encendió un cigarrillo de liar de estilo paquistaní. El licor que, con fulminante gesto, se volcó en el gaznate dibujó en su rostro un gesto de felicidad, y también Luna —arrugando sus facciones— se tomó el suyo. A mí me dio un ataque de tos con el primer sorbo del mío.

—Qué fastidio con mi abuelo —dijo, como tomando confianza, Alí, que sin su abuelo al lado era otra persona—. No me deja oler una lata de cerveza.

—Por eso yo prefiero a los ingleses —comentó Luna, dando pequeños sorbos a su whisky y en tono burlón—. Los musulmanes lo tenéis todo prohibido.

—Pero si yo también soy inglés —dijo Alí.

—Ahí lo tienes —replicó Luna, con un tono nasal e irónico en la voz—. Como el desgraciado aquel que me pegaba a mí todos los días, que también era inglés de nacimiento, y mira. Yo no me fío ni de los hindúes, ni de los musulmanes ni de nadie.

Sin dar la menor señal de haberse sentido mal ante aquellas palabras, Alí llenó nuevamente los vasos. Esta vez, en lugar de vaciarse el suyo de un trago, se lo fue tomando a pequeños sorbos y nos dijo:

—Mi padre nunca se ha llevado muy bien con mi abuelo. Casi se preocupa más por él mi madre.

—¿Tú no sueles venir a verlo? —le pregunté.

—Pues estaré viniendo un par de veces al mes —respondió Alí, inclinando la cabeza hacia un lado—. Así estamos a gusto los dos; vivir siempre juntos no nos sería fácil.

Luna sacó entonces una baraja; comenzamos a jugar los tres y, no sé si a propósito o fruto de la mala suerte, Alí perdió alrededor de treinta libras. Luna y yo nos regocijamos con aquella ganancia, suficiente para organizar algo el fin de semana. Ya avanzada la noche, cuando acompañé a Alí a la puerta para echar el pestillo, él me susurró:

—Mañana libras, ¿verdad?

—Así es —le respondí.

—Podríamos ir a las afueras a tomar el aire.

Sin percatarme de cuál era la propuesta de Alí, me giré hacia el interior y voceé:

—¡Luna, que dice Alí que si nos vamos mañana de excursión!

Alí movió la cabeza hacia los lados y Luna, con una carcajada, respondió:

—Boba, ¿no ves que te está invitando sólo a ti? ¿Qué pinto yo en medio?

Comprendiendo, ahora sí, la situación, me apresuré a cerrar la puerta. Me asomé por la mirilla y vi a Alí desaparecer escaleras arriba, no sin antes esperar unos instantes ante la puerta.

—Vaya, parece que tienes una cita —me dijo Luna, en tono de guasa—. Estás en ese momento en que las chicas tenemos que andarnos con ojo.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté.

—¿No lo ves? Pues que el grandullón ese te quiere enredar...

Algo que probablemente hubiese notado el señor Lu, el del restaurante

Shanghai, pero que no sabían ni míster Tan ni nadie del Tonkin, era que yo, a raíz del sueño aquel en que veía mi cuerpo fragmentado, había perdido todo el miedo a los hombres. Aún no era más que una pobre chiquilla de constitución enclenque. Mi primera menstruación la tuve tarde, trabajando ya en el Shanghai, y no me resultó nada extraño. Ello se debía a las advertencias que Shang, mientras estuvimos juntas, me había dado, y ya hacía tiempo que me consideraba una mujer adulta.

Al final decliné la propuesta que Alí me había hecho de ir juntos de excursión por el bosque. Dicha propuesta, no obstante, sirvió para que, a partir de aquel día, viese de manera distinta a aquel hombre de tan notable estatura y grandes ojos. Con el señor Abdul me ocurría algo curioso, pues, al recrear su presencia en mi imaginación, y salvando la diferencia de género, sentía algo parecido a cuando se me aparecía mi abuela, fenómeno que achaco a la actitud atenta y candorosa que el anciano mostró hacia mí desde un principio. En el grandullón de Alí, por contraste, no veía más que a un muchacho, aún inmaduro. Tal vez fue por eso por lo que, desde el principio, me inspiró mucha confianza y comodidad en el trato.

---

24 Pantalón holgado de uso frecuente en Pakistán. *[N. del T.]*

Capítulo VIII

Llevaba yo unos meses trabajando en el Tonkin cuando, un buen día, se presentó allí una mujer de mediana edad y de nombre Sarah que, con el tiempo, se convertiría en cliente habitual del salón de masajes. Tras observar mi forma de trabajar con el cliente anterior, y como si envidiase a la persona que estaba allí, tendida en el sillón de masaje y con la cabeza echada hacia atrás, Sarah, acompañándose de un gesto de su mano y otro de su mentón, me pidió que le hiciera ese mismo servicio a ella también.

Tenía el cutis oscuro y el conjunto de su nariz, larga y fina, y sus grandes ojos la dotaban de bastante atractivo. Daba la sensación de haber sido toda una belleza en su juventud. Más adelante supe que procedía de Sri Lanka, pero que no era budista sino protestante y de sangre caucasiana por parte de padre.

Aplicando la rutina que seguía con todos los clientes, tomé en mis manos sus pies, de formas estilizadas, y cerré los ojos unos instantes. Sentí que, si bien no había sufrido golpes excesivamente duros en su vida, ésta no había estado exenta de altibajos. Vi a un hombre blanco que abandonaba su casa, dejando tras de sí a una mujer. Ésta, con un bebé en brazos y apoyada en la puerta por dentro, lloraba. Después tomó forma ante mí un segundo hombre, éste de raza negra, apareció de nuevo la mujer, ahora trabajando en un hospital, y la pequeña, en el jardín de infancia, creciendo a gatas entre otros niños.

—¿Qué haces? —me dijo ella, sacándome de mis visiones—. ¿No empiezas?

Ante su exhortación, me puse con el masaje. Todo su cuerpo transmitía fatiga. Me empleé a fondo en frotar y apretar sus pies, destensando articulaciones y aplicando presión en sus puntos meridianos. En un momento dado, y aprovechando la somnolencia que la había vencido, volví a cerrar los

ojos. Esta vez visualicé distintas escenas de la vida adulta de Sarah, varios encuentros con hombres y distintas separaciones. En el Tonkin, cuando un cliente se quedaba dormido, teníamos por costumbre no despertarlo sino hasta un rato después de terminado el masaje.

Era Sarah de buen vestir, portaba alhajas de valor y se mostraba generosa con las propinas. El señor Tan le dispensaba siempre un trato propio de reinas y, hasta donde llegaba el juicio de las apariencias, parece que su estatus estaba en un escalón muy superior al nuestro. Fue al examinar sus pies cuando encontré en ella a una persona más cercana a nosotros de lo que me había parecido en un principio.

Luna le había tomado bastante manía a Sarah, morena de piel como ella, pues la acusaba de mirarla por encima del hombro y tratarla como a una esclava, detalle que le resultaba odioso. Ajena a todo eso, yo le dispensaba a Sarah un trato cortés, le lavaba los pies, le hacía las uñas y limpiaba a fondo las callosidades que le salían en la zona del talón. Cuando despertaba del sueño que le solía vencer durante el masaje, le ofrecía una taza de té, le daba masajes con cremas y, para terminar, le aplicaba una toalla caliente. Ella me dejaba diez libras de propina, el doble de la cantidad máxima que había recibido nunca de otros clientes, quienes, por lo general, no me dejaban más que unas monedas del cambio.

El número de clientes asiduos del salón seguía aumentando y tanto Luna, a quien yo había enseñado las técnicas básicas, como Vinh, una chica nueva de origen vietnamita que aprendía al primer vistazo, empezaron también a dar masajes. Sarah era una de las clientes que siempre solicitaba expresamente mis servicios. Prácticamente nunca nos había dirigido la palabra hasta que un día, después de pagar, le formuló al señor Tan la siguiente petición:

—Me gustaría hablar un poco con esta chica. ¿Habría inconveniente? El tiempo que estemos se lo pago igual que los masajes.

—Faltaría más, madame. Lo que necesite —le respondió Tan, girándose luego hacia mí para indicarme, con una sonrisa y un gesto del mentón, que acompañase a Sarah.

Salimos del Tonkin y Sarah, tras otear los aledaños con el ceño fruncido, puso rumbo a un café que había en la acera de enfrente. Una vez acomodadas, y tras encenderse un cigarrillo, me dijo:

—Dime, ¿de dónde eres?

—De China, madame —le respondí, tras un instante de vacilación.

—Bien —comentó ella, asintiendo—. Mientras no seas tailandesa, da igual.

No me imaginaba el motivo de aquella puntualización, pero permanecí allí sentada sin decir una palabra hasta que Sarah prosiguió:

—Me gustaría presentarte a alguien. Pero a tu jefe le diré que es a mi casa adonde vienes a trabajar; él no tiene por qué saber más. Si me guardas el secreto, verás que puedes ganar bastante dinero.

—Así lo haré, madame.

Sarah dio una calada al cigarrillo y, tras unos instantes envuelta en reflexiones, reanudó la conversación:

—¿Podrías venir el miércoles? Si a la persona en cuestión le gustan los masajes, te pediría no menos de tres por semana. A mí, la verdad, me gustaría recibir un masaje diario.

—Si el jefe está de acuerdo —respondí—, por mí no hay inconveniente.

—Dime, ¿cuál es tu nombre?

—Bari —le dije, y fue entonces cuando supe que ella se llamaba Sarah. A continuación me lanzó varias preguntas sobre mi familia, barrio de residencia y edad. Tras escuchar mis respuestas, añadió una pregunta más:

—Y lo más importante... ¿No tendrás novio...?

Al oír aquello, y espontáneamente, vino a mi mente el nombre de Alí, detalle que, después, yo juzgaría chocante. En su momento, sin embargo, me limité a contestar:

—Ni siquiera tengo amigas, a excepción de Luna, con quien comparto piso.

—Esa Luna es un mal bicho —apuntó Sarah—, pero bueno, por lo demás, todo en orden.

Madame Sarah y el señor Tan se pusieron de acuerdo para que, a partir de entonces, yo pudiese salir del Tonkin todos los miércoles. La primera vez, Sarah me llevó directamente en su coche al nuevo lugar de trabajo. Para alguien como yo, que nunca se había aventurado más allá de Picadilly Circus —que quedaba en las inmediaciones del Barrio Chino— o de Lambeth, barrio aledaño a Elephant and Castle, el lugar a donde me llevó Sarah aquel

día resultaba completamente nuevo e inimaginado. La casa en cuestión era una mansión cercana al Holland Park, cerca de Kensington, un edificio de tres alturas, de un color blanco deslumbrante. En el jardín había una arboleda de ramaje tan denso que apenas dejaba ver unas pocas ventanas.

Sarah me guió por unas dependencias subterráneas, a las que se accedía por la puerta principal y que albergaban tanto la cocina como la lavandería más una sala de estar para el servicio doméstico. Tras pasar por el espacioso recibidor, subimos unas escaleras. Fue en la sala de estar del primer piso donde vi por primera vez a madame Emily, una mujer de cincuenta y tantos años que en aquel momento, acaso recién despierta, tenía una expresión imprecisa en los ojos. Yo no tenía ni remota idea de cómo serían las personas ricas y nobles de aquel país; lo único que noté, en aquel primer contacto, fue que todos los moradores de aquella mansión, a excepción de madame Emily, existían para servir a ésta. En cuanto al señor de la casa, yo nunca llegaría a verlo. Cuando Sarah y yo llegamos, madame Emily hablaba por teléfono sentada junto a la mesa de aquella sala de estar y llevaba un largo vestido blanco. Sarah y yo esperamos en el pasillo hasta que madame Emily hubo colgado el teléfono, circunstancia que tardó un rato en producirse. Tras soltar el auricular, madame Emily se nos quedó mirando y Sarah, en actitud humilde, anunció mi llegada a su jefa:

—Aquí está la masajista, madame.

—¿La chica china? —replicó Emily, con aire distraído y sosteniendo en la mano las facturas y cartas que tenía sobre la mesa.

—Sí, madame.

—Bueno, con lo bien que me has hablado de ella —comentó Emily—, vamos a ver qué maña se da con los masajes.

—Sí, madame, prepararemos la sala.

Al pie del diván de masaje, Sarah y yo dispusimos un balde, toallas y los demás utensilios necesarios, así como aceites de hierbas.

—La próxima vez ya lo preparas tú sola —me susurró Sarah.

Entró madame Emily y se tendió de costado en el diván. Tras sumergir sus pies en la palangana de agua caliente, comencé por destensar lentamente sus articulaciones. Hecho esto, le sequé bien los pies con la toalla y se los ungí con aceite para reblandecerle toda la piel. Continué dándole pellizcos

por todo el pie, desde los talones hasta los dedos, y le fui aplicando presión en las plantas. Entonces cerré los ojos para visualizar cosas de su vida.

Lo primero que vi fue una masa informe, semejante a una densa nube negra, que envolvía todo el cuerpo de madame Emily. A aquella representación le siguió una escena en la que madame Emily, en compañía de un hombre que parecía ser su marido, estaba abandonando una mansión, situada en mitad de un vastísimo bosque ubicado en algún país distinto de Inglaterra. En la siguiente imagen apareció junto al marido de madame Emily una mujer asiática de baja estatura. El matrimonio estaba enzarzado en una discusión y Emily, cuyo rostro era lo único nítido en una escena por lo demás borrosa, rompía a llorar. Me pregunté qué representarían aquellos nubarrones negros, aquella masa que, poco a poco, fue tomando forma. Entonces vi mujeres y niños, todos de raza negra, tendidos en gran número frente a unas chozas de adobe.

—Chica, ¿qué haces? —me interpeló madame Emily.

Abrí los ojos. La señora, tendida en el diván, tenía puesta en mí una mirada inquisitiva.

—Me estaba concentrando —balbuceé— para ver dónde tiene usted la dolencia, madame.

—Espera, ¿qué clase de brujería estás haciendo? —dijo—. Yo esas cosas las detecto enseguida.

Yo no me iba a poner a explicarle lo de mi don, no sabría ni por dónde empezar. Pero, a raíz de aquel primer encuentro, supe que madame Emily poseía alguna facultad similar a la mía.

—No, sólo cierro los ojos para visualizar las dolencias —dije, fingiendo no entender su pregunta.

—A mí no me la das —insistió, inclinando la cabeza hacia un lado—. Dime, ¿eres chamana?—. Yo resolví decirle la verdad sin más rodeos:

—No sé exactamente qué es, madame. Lo único que sé es que, desde hace mucho, cuando toco los pies de un cliente, se me representan las cosas de su vida.

—Y eres china, ¿no? ¿Qué religión practicas?

—Ninguna, madame.

—Bueno, y entonces, ¿has podido localizar mi dolencia?

Me quedé unos instantes mirando las plantas de sus pies, que en aquel momento le estaba masajeando, y advertí un enrojecimiento que tenía en la parte abultada que hay bajo los dedos gordo y segundo. También tenía rojizo el lateral del empeine.

—Me parece que tiene usted delicado el corazón y la articulación de la rodilla.

La mirada atenta que madame Emily puso entonces en mí parecía transmitir curiosidad.

—Y dime, ¿has visto también cosas de mi pasado?

Ante la pregunta, no pude dejar de referirle las imágenes que se me habían representado al cerrar los ojos:

—He visto un paisaje cubierto de árboles hasta el horizonte; había una casa de piedra, con muchas columnas, y usted se disponía a marcharse del lugar.

—Ah, sí, eso es Johannesburgo. Qué interesante.

—Y, a un lado de su marido, había una mujer menuda. Parece que usted y su marido discutían en torno a ella.

La impresión que sufrió madame Emily al oír aquello fue tal que, por un momento, pareció faltarle el aire. Se llevó las manos al pecho, dio varios suspiros hondos y prolongados y vi que sus ojos se congestionaban al instante. Tras recomponérsele la respiración, sus manos cayeron, plomizas, y comentó:

—Menos mal que tú no eres tailandesa.

Yo no le había hablado aún de las nubes negras ni de todos aquellos cuerpos de mujeres y de niños que había visto apilados. Ella, recostándose de nuevo en el diván, me hizo un gesto con la mano y me indicó que reanudara el masaje.

Empleando toda la mano, además de los pulgares, y recorriendo las plantas del pie, el empeine, el tobillo y la pantorrilla, fui siguiendo las ciento doce técnicas. Madame Emily tenía todo el cuerpo en distensión y pronto pareció ser presa del sueño. El masaje concluía al envolver los pies en una toalla caliente y embadurnarlos de crema. Como tenía por costumbre siempre que un cliente se me dormía, me retiré con sigilo de la sala de masajes.

—¿Ya has terminado? —me preguntó, levantándose, Sarah, que estaba

hojeando revistas en la sala de estar.

—Sí, la señora se ha dormido.

—Qué bien—. Y me pidió—: Oye, ya que estás aquí, me apunto yo también.

En la mansión de madame Emily, Sarah desempeñaba tareas generales del servicio, un puesto que, por sus funciones, equivalía aproximadamente al del mayordomo hindú que también trabajaba allí. Bajamos a las dependencias reservadas al servicio doméstico, concretamente a la sala de descanso. Sarah se acomodó en un sofá con las piernas extendidas y otra sirvienta trajo dos palanganas, una con toallas y otra llena de agua caliente. A mitad del masaje sonó el interfono; madame Emily requería nuestra presencia. Sarah se apresuró a secarse los pies, subió a atender la llamada y, a su vuelta, exultante, me comunicó:

—Madame Emily está más que satisfecha con tu masaje. Quiere pedirte que vengas también mañana.

Salimos juntas de la mansión y me instó a que retuviera las señas del lugar para cuando me tuviese que desplazar hasta allí yo sola.

—No tienes más que llamar al timbre de por donde andamos los del servicio —me indicó también.

Por el camino de vuelta a Elephant and Castle, en el coche, Sarah me hizo el siguiente comentario:

—Oye, me ha dicho la señora que tienes no sé qué poderes.

En aquella tesitura, no vi otro remedio que referirle, tal cual, la sucinta conversación mantenida con madame Emily en torno a mi don.

—Pero eso es asombroso —comentó, moviendo la cabeza hacia los lados—. Dice que hasta has visto su casa de Johannesburgo. Allí han vivido varias generaciones.

Mas, al oír la parte de la mujer asiática menuda que vi junto al marido de madame Emily, que le relaté a continuación, Sarah tuvo como un repentino golpe de coraje e indignación:

—Eso no tenías que habérselo dicho. Por culpa de la pécora esa el señor dejó a madame Emily y se fue a Brighton. Esa tía trajo la desgracia a la familia —me reprendió, antes de girar la cabeza como un resorte, acaso asaltada por súbitos pensamientos, y preguntarme—: ¡Entonces, en mis pies

también habrás visto algo!

Los instantes que yo permanecí sin responder bastaron para que Sarah desvelase su renuncia a seguir indagando.

—Se te habrán representado todos los novios que he tenido —dijo, con una sonrisa irónica.

Durante unos instantes, me planteé seguir en silencio. Pero decidí contarle un poco:

—Vi a un blanco, tu padre, y a otro hombre, negro, con quien salió tu madre cuando trabajaba en el hospital.

—¡Dios mío! ¡Es increíble! —exclamó, tan asombrada que, si todo quedó en un zarandeo del coche, fue sólo porque en el último momento sujetó el volante con fuerza. Y añadió—: ¡Eres un prodigio!

Tampoco a Sarah le hablé de aquellas masas de nubarrones negros que envolvían a madame Emily en mis visiones ni de todos aquellos niños y mujeres negros que aparecían abatidos.

En la puerta del salón de masajes, Sarah me entregó un sobre. Al abrirlo, tras bajarme del coche, hallé una suma superior al doble de lo que ganaba en el Tonkin más lo que correspondía a las horas que había estado fuera del salón. Al calcular que, con aquella nueva oportunidad, y si me empleaba a fondo, podría cancelar la deuda del Barrio Chino en menos de seis meses, me sentí por primera vez aliviada a ese respecto. Una vez en el Tonkin, le di su parte al señor Tan. Pareció quedar satisfecho; después de todo, le acababa de asegurar una clienta nueva y, con ella, una fuente segura de ingresos.

Al día siguiente me desplacé hasta la mansión de madame Emily en metro y con las señas apuntadas en un papel. Aquel primer viaje sola en suburbano me supuso una mezcla de sensaciones. Por un lado, el metro me imponía tanto que, por momentos, sentí que el corazón se me aceleraba; por otra parte, estaba el gozo de haber conquistado la libertad de moverme a mi antojo por doquier.

Tras aquel viaje en metro, que me supuso dos transbordos, seguí la senda que había conocido el día anterior, y que bordeaba el Holland Park. Llegué a la mansión de Kensington con unos diez minutos de retraso. Una vez allí, me dirigí a la puerta que daba acceso al sótano y presioné el timbre. Sarah me recibió con una sombra de inquietud en el rostro.

—Buenos días, Bari. Menos mal que has llegado bien. Estaba preocupada.

—Me retrasé un poco al perder un metro y también en el transbordo.

—Madame te espera. Ya me ha preguntado dos veces por ti.

Acompañada de Sarah, subí a la sala de estar de la primera planta. Madame Emily estaba apoltronada en el sofá y vestía un batín estilo chino de seda azul. Imitando a Sarah, hice la breve genuflexión que era costumbre.

—Oh, Bari, estás aquí —me saludó madame Emily—. Me alegro de verte.

Antes de ausentarse, Sarah me hizo un gesto afirmativo con la cara.

—Hoy no necesito masaje —dijo madame Emily una vez a solas conmigo —. ¿Te apetece una infusión? —añadió, acercándome una tetera.

—¿Es té negro, madame? —le pregunté.

—No, es una infusión de hierbas —me explicó—. Destensa el cuerpo y mejora el ánimo.

En sorbos breves y vacilantes, fui bebiendo de aquella infusión, que desprendía aromas a madera seca y a tierra pero carecía de sabor concreto alguno. Seguí a madame Emily a su dormitorio. Me indicó que me tumbara en un diván alargado y ella hizo lo propio en su cama.

—Vamos a hablar un rato —me dijo—. Hay cosas que tenemos que contarnos.

Noté tras de mí algo parecido a una oscilación; era como si a mis espaldas se estuviera originando un oleaje. La sensación era tan real que, por un momento, creí estar flotando en el agua de un río. De pronto, en la intermitencia plomiza de mis párpados, que pugnaban por cerrarse, se manifestó una presencia desconocida que acababa de tomar forma detrás de la cama de madame Emily. Parecía tratarse de una mujer de mediana edad y de raza negra. Iba enfundada en un largo y grueso lienzo de seda color pardo.

—Ahí detrás hay alguien, madame Emily —le dije—, una madame de color.

—Sí, probablemente sea Bekky, mi niñera —respondió madame Emily, en un susurro y sin dar la menor muestra de sobresalto—. Es la que me cuida.

Cuando traté de incorporarme para saludar a Bekky, me encontré con que los brazos y las piernas, por algún extraño motivo, no me respondían. Fue

entonces cuando oí, como a un palmo de mis orejas, la voz atenuada de madame Emily, que me decía:

—Duérmete, niña. Duérmete ya...

Me encuentro en medio de una vasta extensión de hierbas secas, que me llegan hasta la cintura. Un sol majestuoso y colorado como un caqui maduro se empieza a ocultar en el horizonte, tiñendo todo el cielo de rojo intenso. Oigo un ruido lento y acompasado de tambores, tan cercano como si se originase en el lóbulo de mi oreja, como si del propio latido de mi corazón se tratase.

Plantado en medio del llano, hay un macizo rocoso tan colosal que parece estar a punto de tocar el cielo y cuyos trazos, según me acerco a él, van perfilando la forma de unas manos extendidas. En su centro, un vasto espacio vacío que recuerda una plaza y que contiene, a su vez, una depresión, ancha y profunda como las fauces de un monstruo, fondo horadado aquí y allá en numerosos hoyos negros de inestimable hondura.

En un extremo de la explanada veo unas construcciones de cartones apilados, tejados de juncos trenzados y tiendas de campaña de color blanco, en cuyo interior, sentados en círculo, hay hombres, también blancos. Entre ellos distingo a uno de bigote, con sombrero, y que viste camisa también blanca. Otros llevan uniformes militares.

Inmersa en aquel dibujo, me abro paso a través del paisaje. Veo una escala que, en un momento determinado, se rompe, haciendo que varias decenas de personas caigan a una gran fosa. Oigo disparos, al principio más seguidos y después esporádicos, hasta que en los cuatro confines se impone un silencio sepulcral. Los militares se han acercado a los cuerpos abatidos y los examinan.

Me acerco a los prados, cubiertos de una especie de bruma negra como las que vi en Corea durante mi infancia. Oigo una sucesión interminable de leves y melancólicos murmullos. El cielo tiene el aspecto tenue del alba o del ocaso; domina la escena una total quietud. Diseminadas por el campo, se ven luces. Las casas del poblado han sufrido un incendio y de sus techos se elevan columnas de humo. Entre las chamuscadas hierbas y juncos, también envueltas en un humo neblinoso, saltan chispas de un fuego que se extingue. Águilas y cuervos se posan junto a los cadáveres, esparcidos por doquier.

Veo un bosque. Los baobabs, que parecen tener sus raíces elevadas hacia el cielo, los fresnos, los robles, las acacias, las marulas y otros árboles forman una colosal muralla, tras la cual atisbo reflejos como de una hoguera. Me dirijo hacia ellos con movimientos ingrávidos, como deslizándome por el aire. Los resplandores ponen de manifiesto telas blancas, ocres, color ceniza, verdes, gentes cubiertas y envueltas apenas por tejidos multicolores. Me fijo bien en ellos; la mayor parte son ancianas y mujeres de varias edades, chicas y chicos adolescentes, niños, bebés. La luz de aquella descomunal hoguera envuelve los troncos de los árboles describiendo un triángulo. Todo el mundo está en silencio.

Desde mi posición, siento dos cosas en relación con aquellas gentes: que me están observando y que no se trata de personas vivas. Cuando me acerco a la hoguera, todas aquellas apariciones se cubren el rostro con sus telas y se dividen, retrocediendo la mitad de ellos hacia un lado y la mitad hacia el otro. Entonces puedo ver a una mujer que hay junto a la hoguera y que, con toda certeza, me estaba esperando a mí. Al verla de cerca, reconozco en ella a la mujer cuyos rasgos he atisbado anteriormente. Se trata de Bekky. Ciñe su cabeza un pañuelo y, sobre éste, lleva una cinta profusamente adornada con gemas. Viste también una falda negra y, sobre los hombros, una tela marrón bastante corriente. En la parte trasera de la cabeza, bajo la cinta, lleva clavadas tantas plumas de cola de pájaro que da la sensación de portar un nubarrón pegado.

«Así que tú eres Bari, la enviada de mi pequeña Emily».

Tras decir esto, Bekky arranca una pluma de su tocado y la pasa sobre el suelo, causando una súbita sacudida de éste. Como si de un cataclismo se tratase, se abre en la tierra una gran hendidura, a través de la cual, y como la niebla al disiparse, se cuelan hacia el subsuelo todas aquellas apariciones humanas que veía. Los espectros, al apelmazarse todos juntos como en una gran humareda negra, llenan todo el espacio abierto en la grieta. Del humo surge entonces una mano, un brazo, dos; a continuación, el rostro de un hombre de raza blanca. Es el mismo hombre de bigote que, en la escena anterior, ocupaba aquella tienda de campaña. Tras él, y vacilante, va apareciendo la parte superior del cuerpo de otro hombre. El anciano, de cabello blanco y rojo uniforme, agita los brazos. Por su textura, aquella niebla

negra, más que gaseosa, parece una viscosa ciénaga. En su seno, otras figuras, negras y enmarañadas entre sí, parecen arrastrar hacia abajo a los dos hombres blancos, que protestan: «¡Soltadnos!».«¡Dejadnos ir!».

La fisura abierta en la tierra desaparece súbitamente y el suelo queda sellado como si nada hubiese ocurrido. En un abrir y cerrar de ojos, aquellas presencias negras e informes vuelven a plasmarse en contornos definidos y las veo, unas sentadas, otras en pie, dispersas por entre los árboles. La hoguera vuelve a arder en el mismo lugar. Por la senda que seguí para llegar hasta aquel claro del bosque aparece entonces madame Emily, con el mismo batín de seda azul que llevaba en su habitación. En tono de súplica y con lágrimas en los ojos, se dirige a Bekky:

«Deja ir a esos hombres, te lo ruego».

«Yo no puedo hacer nada, mi niña —le responde Bekky, cuyo rostro color ébano no refleja emoción alguna—. Son las ánimas de los muertos las que no los quieren soltar».

«¿Y cómo convercerlos de que los suelten?», replica Emily.

«Pregúntaselo a Bari —responde Bekky—, a Bari».

Antes de que Madame Emily pueda decirme palabra, yo ya he abierto los ojos, que ven, en primer lugar, los cristales esféricos de la araña que cuelga del vacío. Mi estado de conciencia aún es nebuloso. Distingo con claridad los contornos de los objetos, el mobiliario de la habitación y hasta las ramas de los árboles, más allá de la ventana, pero envuelve la escena un color amarillento desvaído como el de las fotos viejas. En silencio, espero hasta que vuelven los tonos originales.

—¡Eh, ya estás despierta! —me dijo madame Emily.

Me puse en pie y comencé a tambalearme. Madame Emily se acercó a mí, se sentó junto al diván y me preguntó:

—Dime, ¿qué has visto?

—He visto un montón de hombres negros, muchísimos, que cavaban la tierra —le expliqué, resumiendo, pues no podía explicárselo todo—. Y que mucha gente moría.

—Eso va a ser la mina de oro.

—También he visto a dos hombres —proseguí—, un militar anciano y otro hombre más joven —continué el relato con la parte en que se abría la

tierra y aquella bruma negra engullía a los dos hombres. Al oír aquello, madame Emily se llevó las manos al pecho y, bajando la cabeza, exclamó:

—Qué cosas... Has visto a mi padre y a mi abuelo.

Después, tomando mi mano en las suyas, comentó:

—Oh, Bari..., tus facultades como médium son asombrosas...

Yo también había notado que madame Emily tenía facultades.

—Y usted, ¿qué ha visto, madame? —le pregunté.

—Pues... un río muy largo —me explicó—, un incendio en las montañas... y también creo que he visto un barco rodeado de oscuridad.

—¿No ha visto a mi abuela? —le interrogué—. ¿Y a *Chilsong,* un perro blanco?

—Hasta ahí no he llegado.

Yo recordaba con toda claridad los rasgos, la expresión y los ropajes de Bekky. Se lo conté todo a madame Emily, incluyendo lo de la enorme hoguera, lo del pueblo incendiado.

—Bekky fue mi nodriza —me explicó entonces— desde que yo tenía cuatro años. El lugar que has visto es probablemente su aldea natal. Sólo yo supe que practicaba la brujería.

Dicho esto, madame Emily indagó con la mirada por toda la habitación, abrió un cajón de la mesita de noche y sacó de él una pequeña caja forrada de terciopelo rojo cuyo contenido me fue mostrando. Allí había distintas gemas, un diente de leopardo, unos huesos de los que usan los adivinos. Contenía también una estatuilla de longitud no superior a la de un dedo, tallada en madera de ébano, dura como el acero. Sosteniéndola con sumo cuidado entre sus dedos, Emily me mostró la figura. Representaba a un hombre negro, delgado, de ojos exageradamente rasgados, labios firmemente cerrados, el inferior caído. Tenía un órgano sexual largo y puntiagudo que le colgaba piernas abajo. Nada más ver aquella estatuilla, las manos me empezaron a temblar y sentí un golpe de calor que me recorría desde la nuca hasta las mejillas. Impulsivamente, le arrebaté la figura de las manos a madame Emily, la devolví a su caja y puse la tapa antes de que mi respiración, poco a poco, comenzase a recuperar su ritmo habitual.

—Es el marido de Bekky —me explicó—. Se unieron en el más allá siguiendo el rito de los hechiceros.

—Creo que debo irme ya, madame Emily —repliqué.

—Oye, la semana que viene, ¿puedes venir? —dijo ella, poniéndome una mano en el hombro de un modo aún más cercano y cordial que como lo hacía Sarah—. ¿Dos días?

—Claro, madame.

Tras aquel rato tan intenso que había pasado con madame Emily, aquel día no me quedaban fuerzas ni tiempo para dar a Sarah su masaje. Me despedí de ella y puse rumbo al Tonkin. Por el camino, no me podía quitar de la mente aquella estatuilla. Al cerrar los ojos, tenía la sensación de que se me iba a aparecer allí mismo, en un tamaño descomunal y transformada en un hombre, concretamente en Alí. Creí verlo a él, a Alí, en el vagón de metro donde yo había subido, de pie frente a mí y completamente desnudo. El estruendo del metro se detuvo unos instantes; sentí una marea humana que bajaba y subía en la estación. Con la cabeza agachada y los ojos cerrados, oí que una voz grave y potente sonaba por encima de mí.

—Bari, ¿adónde vas?

Sobresaltada, levanté la cabeza. Allí estaba Alí, aquel gigante, con los hombros ligeramente arqueados y sonriéndome. Involuntariamente, mi mirada se deslizó hasta sus piernas. Tenía la sensación de que allí suspendido estaría aquel prolongado y puntiagudo miembro masculino que había visto en la estatuilla.

—He ido a hacer un servicio fuera —le dije, con los carrillos arrebolados — y voy de vuelta al salón.

—Yo también voy al trabajo; me toca turno de tarde —comentó Alí, que me acompañó hasta la estación de Elephant and Castle, donde entramos en un restaurante turco para cenar unos kebabs.

Al llegar a casa, ya de noche, encontré a Luna profundamente dormida y me tumbé a su lado, pero no pude conciliar el sueño más allá de alguna cabezada intermitente. En mi oído, me parecía sentir, como un espontáneo hilo de voz, a mi abuela relatándome en tono muy quedo aquella historia de la princesa Bari, aquella historia que me contaba, que recitábamos juntas en aquel cobertizo de los montes, bajo aquellas tormentas de nieve tan inclementes. Recordé fragmentos de las conversaciones que manteníamos, contando la historia entre las dos. Como aquella vez, cuando le dije:

—Abuela, cuéntame el cuento de la princesa Bari. Recuerdo que tenía que lavar y que cocinar e ir por leña y muchos otros trabajos muy penosos y que al final hasta viajó a los infiernos, que estuvo allí un tiempo pero luego liberó a las ánimas y llegó al Confín de Poniente.

—Así es, así es —comentó mi abuela—. No se te ha *olvidao* nada. Al llegar al Confín de Poniente, Bari se encontró con un gigante que lo custodiaba. Le propuso una apuesta y, como la princesita la perdió, el gigante le dijo que tendría que vivir largos años con él, cuidar de su casa y darle hijos, que sólo así podría conseguir el Agua de la Vida. Y, ¿cómo crees que llegó Bari a encontrarse con aquel gigante? Pues iba ella recorriendo los senderos, recordando el consejo de que siguiera siempre los blancos y no los amarillos o los azules, y en esto que aparece delante de ella un tipo descomunal, de más de nueve pies de alto[25], negro como el carbón, un cascarrabias parecido a las figuras que se representan en los tótems. «¡Ay, ay!, ¿qué hacer? —se dice ella— ¡si me atrapa es el fin! ¡Tengo que engañarlo como sea!»

—Abuela, y entonces Bari le preguntó al gigante por dónde se llegaba al Confín de Poniente, ¿a que sí?

—¡Exacto! Y lo que le respondió el gigante aquel fue: «¿El Confín de Poniente? ¿Para qué? ¡Tú lo que tienes que hacer ahora es quedarte a mi lado! Mi abuelo no encontró mujer hasta la edad de noventa y un años —le dijo—; yo te he encontrado a ti y has de vivir conmigo». Ella intentó mostrarse cortés, pero el gigante quiso cargarla a su espalda...

La siguiente frase la dije yo, adoptando el papel de la princesa y adelantándome a la narración de mi abuela:

—¡No es menester que carguéis conmigo! ¡Podemos marchar uno tras otro!

—Así pues, emprendieron los dos la marcha, ella delante.

El gigante le adelantó que su casa era un cuchitril, que tanto la puerta como las tejas estaban en condiciones ruinosas. Le dijo que pasarían la noche en la primera choza que hallasen por el camino. Cuando, ya de día, llegaron a la casa del gigante, la princesa vio que, en efecto, era un ruinoso chamizo con la puerta de paja trenzada. El sol brillaba, y Bari se dijo que en modo alguno podría escaparse de aquel granuja. Sacó un cubo de agua limpia de un pozo

que había en el patio para hacer una ofrenda. Se soltó el pelo y, echándose a tierra, comenzó a patalear y a sollozar. «¿A qué se debe tu llanto?», preguntó el gigante.

—«Es el aniversario de la muerte de mi abuelo».

En esta parte de la narración, yo decía las frases de la princesa, y mi abuela, las del gigante.

—Así transcurrió el día —prosiguió mi abuela—, pasó la noche, clareó y oscureció dos veces más, hasta que, al tercer día, la princesa, soltándose de nuevo las trenzas, volvió a ir por agua y el gigante, al encontrarla nuevamente llorando, le preguntó: «¿Por qué lloras esta vez?».

—«Es el aniversario de la muerte de mi abuela».

—A los tres días, el gigante regresa y, al encontrarla nuevamente sollozando, le pregunta aún: «y hoy, ¿qué te pasa?».

—«Hoy es el aniversario de la muerte de mi padre».

—Y lo mismo cuando, tras marcharse y regresar nuevamente, la encontró vertiendo lágrimas una vez más: «¿A qué viene hoy tu llanto?».

—«Es el aniversario de la muerte de mi madre».

—«Oye —gruñó al final el gigante—, ¿qué maldición pesa sobre tu familia para que haya muerto todo el mundo tan seguidamente?». Después, marchó una vez más y regresó transcurridos tres o cuatro días.

—Abuela, ¿a que luego la princesa se casa con el gigante? ¡No supo cómo escapar de allí!

—Claro, pero le rogó y le imploró...

—Sí —proseguí yo, en tono resuelto—. Le dijo: «Señor espíritu, si vos y yo hemos de vivir juntos, tendremos que consultar a nuestros ancestros elevando una plegaria a su memoria... pero, ¿cómo erigir un altar de muertos en una casa tan polvorienta? Hagamos hoy los preparativos y celebremos una ceremonia de tres días antes de desposarnos. Tendremos que preparlo todo bien; yo quitaré hoy el polvo y limpiaré bien la casa y la piedra de la calefacción. Vos, id por leña».

—«¿Cómo? —prosiguió mi abuela, en la voz del gigante—. ¿Que vaya yo por leña?».

—«Y, ¿por qué no habéis de ir?»

—«¡Para eso ve tú!»

—Pero, ¡qué zoquete! ¡Vaya majadero! —continuó mi abuela, esta vez en el papel de la princesa—. ¡Vaya inútil, es peor que un monje expulsado del templo! Y, al ver que no se va, lo empuja hacia fuera del umbral, le ata un canasto de mimbre a la muñeca y el otro cabo se lo amarra ella a su propia mano. Coge la escoba y se pone a barrer toda la casa. El muy zopenco no regresa hasta la tarde y, para colmo, trae el canasto vacío. Se ha de haber tropezado y dado un revolcón por esos senderos de montaña.

—¿Cómo es que llegáis a estas horas? —le preguntó la princesa al gigante, de nuevo por mi boca—. ¿Acaso os habéis topado con un oso, con un tigre?

—«¡Qué va! ¡Es el maldito canasto, que no dejaba de moverse a un lado y a otro!».

—«¡Pues yo estoy muy atareada limpiando la casa! ¡Qué trajín, no paro un momento! ¡Mira que sois inútil! Haremos algo: ataré un hilo a vuestro canasto y en el otro cabo llevaréis este retrato mío. Cuando estéis cortando leña, fijaréis el retrato al tronco de un árbol, y así creeréis que estoy yo allí con vos. Si el retrato desaparece, será que me he marchado; pegadlo bien al tronco con este engrudo de arroz».

—Así, el gigante partió de nuevo, esta vez con el retrato de su prometida. Cuando la quería ver, miraba el retrato y sonreía. Pegó bien el retrato al tronco de un pino y, con la seguridad que le daba, pudo cortar la leña sin dar mayores dificultades.

—Y así —dije yo, citando de memoria el cuento— fue como la princesa y el gigante quedaron desposados por designio del Cielo. Abuela, ahora también tendrán que traer hijos al mundo, ¿no?

Una tras otra, me fueron viniendo a la memoria aquellas historias de antaño que mi abuela me contaba, hasta que, poco a poco, mi conciencia fue nublándose y cediendo al sueño.

---

25 Medida usada tradicionalmente en Corea. *[N. del T.]*

Capítulo IX

Llevaría yo aproximadamente un año trabajando en el Tonkin, pues fue para cuando terminé de cancelar la deuda con los traficantes, cuando un día el señor Tan me pidió que saliésemos un momento a charlar en el pasillo de la parte trasera del salón, que daba acceso a los aseos. No había en mí atisbo de duda sobre mi desempeño en el trabajo, pero la expresión grave de su rostro me transmitió tanta angustia que mi pecho se lanzó inmediatamente al galope.

—No sé si estás al corriente —me dijo—. Dicen que esta semana van a empezar con controles.

—¿Controles de qué, señor Tan?

—Por lo que yo sé, tú no tienes visado ni permiso de trabajo en el país.

Al oír aquellas palabras, agaché la cabeza. El jefe probablemente se había enterado de mi situación por boca del señor Lu, el del restaurante Shanghai.

—No te angusties —prosiguió—. No quiero despedirte. Pero hay que tener cuidado; si te pillan en los controles, a mí me pueden caer hasta dos mil libras de multa y puede que me quiten la licencia, pero tú irías a la cárcel y después te deportarían.

Al parecer, el día anterior varios furgones de la policía de migración habían aparecido repentinamente en un cercano edificio de viviendas de protección oficial del ayuntamiento, donde vivía Vinh, mi compañera vietnamita. Después de bloquear todos los accesos al inmueble, los agentes habían registrado vivienda por vivienda y se habían llevado a más de una decena de residentes ilegales. Tras ponerme al corriente de la situación, el señor Tan se llevó una mano al bolsillo y, sacando unos billetes, añadió:

—He llamado a unos conocidos míos y me han dicho que esta semana, probablemente, seguirán los registros en los negocios de esta zona. Lo mejor es que te quedes en casa diez días, hasta que las cosas se calmen un poco.

—No sabe cuánto se lo agradezco, *míster* Tan —le dije, acompañando

mis palabras de dos respetuosas inclinaciones—. No es necesario que me dé dinero. Ya me lo ganaré cuando me reincorpore.

—Cógelo, anda —insistió—. Ya me lo irás devolviendo poco a poco.

—No, de verdad —le dije—. Para mí es más que suficiente que me siga dando trabajo.

Sin coger el dinero que me ofrecía el jefe, y antes de la hora habitual de salida, emprendí el camino a casa.

—Bari, ¿te ocurre algo? —dijo Luna, saliéndome al paso extrañada.

—Nada, que me duele un poco la cabeza —le dije—. Me voy a casa.

—Pues que descanses —me dijo ella, tomándome las manos y meciéndolas ligeramente—. Pero, ¿de verdad que no te pasa nada más?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza y, a paso lento, me encaminé a Lambeth. Cuando llegué a casa, ya había caído la noche y las escaleras que bajaban desde el recibidor estaban envueltas en tinieblas. Iba bajando a tientas cuando, de pronto, se abrió la puerta de mis vecinos de enfrente y surgió una figura negra como el tizón.

—Hola —me dijo—. Nada, sólo es que me preguntaba quién vendría.

Era la señora nigeriana. Se había asomado a la puerta sin encender la luz, a pesar de la oscuridad que reinaba tanto en el pasillo como en su casa, que desde fuera se veía inmersa en una negrura opaca y sólo rota, levemente, por la ventana que daba al patio.

Sólo cuando le pregunté si se había cortado el suministro eléctrico, ella, como cayendo en la cuenta de golpe, accionó el interruptor de la luz. Saqué la llave de mi casa y estaba a punto de abrir la puerta cuando, al reparar en que la vecina seguía allí de pie, me giré hacia ella y, sin que atravesara mi mente ningún pensamiento en particular, le pregunté:

—¿No ha vuelto aún su marido?

—No —me respondió—. Lo estoy esperando.

Yo ya había abierto la puerta y me disponía a entrar en mi casa, pero me percaté de que la vecina seguía apoyada en el umbral de la suya. Tras mirarla unos instantes, le pregunté si le apetecía tomar un té. Apenas había terminado la frase cuando ella, sin decir palabra y como de un salto, se acercó a mí. Pasamos las dos a mi casa y apenas pude cerrar la puerta y girarme cuando ella, como desvaneciéndose, apoyó la cabeza sobre mi hombro y rompió a

llorar.

—¿Qué le ha pasado? —le pregunté, dándole palmaditas en la espalda sin salir de mi estupefacción.

Ella deshizo suavemente el abrazo y, acuclillándose como sin fuerzas, me respondió:

—Se lo han llevado.

Cogiéndola de la axila, la ayudé a incorporarse y la llevé a un canapé muy mullido que Luna y yo siempre pugnábamos por ocupar.

—No tiene permiso de trabajo —me explicó, con el rostro color ébano empapado en lágrimas—. Un compañero suyo de la gasolinera me ha llamado y me ha dicho que lo han detenido.

Sentí un estremecimiento en el pecho. Las advertencias del señor Tan no eran en vano.

—No sabes por lo que tuvimos que pasar para llegar aquí —prosiguió ella, en un hilo ininterrumpido de narración y mientras yo preparaba el té en la cocina—. A Nigeria no podemos volver. Al no tener permiso, trabajaba con uno prestado, por el que tenía que pagar nada menos que cien libras semanales. Así ha ido pasando las inspecciones hasta que, claro, cuando se han presentado directamente en la gasolinera y han visto que se lleva bastantes años con el titular del permiso, enseguida lo han pillado. Y, ¿sabes? Los jefes les recortan mucho el sueldo. A los que trabajan con un permiso de otra persona, como mi marido, les suelen pagar el setenta por ciento de lo que les correspondería. Los que trabajan sin ningún permiso, en el mejor de los casos, cobran medio sueldo, y muchos de ellos no llegan ni al treinta por ciento.

Para cuando serví el té, la vecina ya se había recompuesto un poco. Tras sonarse la nariz repetidamente, e inmersa en un momentáneo silencio, comenzó a tomarse el té.

—Si lo deportan —prosiguió, con la mirada perdida en el suelo—, yo me tendré que esconder. En Nigeria dejamos a tres hijos, y la deuda que contrajimos para venir aquí aún no la hemos devuelto.

Me abstuve de contarle mi propia circunstancia, similar a la suya. Tal como estaba la cosa, una no se podía fiar de nadie. Fue en aquel instante cuando, por primera vez, tomé conciencia de lo dedicado de mi propia

situación; hasta aquel día, mi vida había girado exclusivamente en torno al afán de devolver la deuda contraída con los traficantes.

—Quién sabe, puede que lo dejen libre sin más —dije, en un intento de consolar no sólo a la vecina sino también a mí misma. Pero ella, de nuevo con la mirada perdida y negando con la cabeza, me explicó:

—Ese milagro ya se produjo una vez. A mi marido lo pillaron en un control, pero hubo un cambio de personal y el nuevo encargado pasó de largo sin más que revisar la lista de permisos, y además mi marido dio con un anciano muy considerado que le ayudó a salir de la lista de ilegales. Pero claro, después de aquello se darían cuenta de la situación. Ahora dependemos sólo de la voluntad de Alá.

Yo mantuve la calma externamente, pero sabía muy bien que el peligro se cernía sobre nosotras. Al haber detenido al marido de la vecina, enseguida se habrían dado cuenta de que su permiso de trabajo era prestado. Los inspectores empezarían a investigar tanto su lugar de residencia como sus vínculos familiares. Así las cosas, bien podrían presentarse en el edificio a la mañana siguiente. Reflexioné un momento; dentro de lo malo, me dije, era una suerte que aquella pareja no tuviera consigo a sus hijos. Entretanto, la vecina seguía con la mirada perdida, en el gesto la expresión ausente de quien se ve sin salida. Y eso que, al parecer, no había tomado plena conciencia de la dimensión del problema hasta que yo le pregunté:

—¿Tiene algún sitio donde irse a pasar unos días?

—Oh, Dios mío —como cayendo en la cuenta de algo al oír mis palabras —. Es verdad, pueden presentarse aquí mañana mismo.

Se llevó las manos al pecho y, negando con la cabeza, se mostró alternativamente inquieta y dubitativa hasta que, de pronto, se levantó como un resorte y, abriendo la puerta, me dijo:

—Voy a llamar a la señora de la casa donde trabajo. Quién sabe, a lo mejor hasta les viene bien que duerma allí. Después de todo, estoy al cargo tanto de las tareas del hogar como de los niños.

En cuanto la vecina salió de mi casa, y presa de la inquietud, comencé a deambular por el salón. Quizá lo mejor sería que yo también me ocultase en algún lugar hasta que pasara el peligro. Estaba yo enfrascada en estos pensamientos cuando se oyó un toque de nudillos en la puerta. Me asomé a la

mirilla y abrí. Era otra vez la vecina.

—Menos mal —dijo, con la respiración entrecortada—, dicen que me puedo quedar allí unos días. El hombre de la casa está de viaje. Me ha dicho la señora que de momento me traslade, que una vez allí ya lo hablaremos todo despacio. Y he llamado al compañero de trabajo de mi marido, me ha dicho que mañana irá a visitarlo a la comisaría.

—Me alegro —comenté—. Su marido volverá a casa, ya lo verá.

—Muchas gracias —dijo ella y envolviéndome en un espontáneo abrazo —. Ay, por qué no podremos vivir todos juntos en armonía, como en este edificio...

Otra vez sola, comencé un nuevo e inquieto vagar por la casa. Al cabo de un rato, había tomado una decisión. Salí al pasillo, subí las escaleras que daban acceso al recibidor y, sin detenerme, recorrí también el siguiente tramo. Dediqué un momento a recomponer el ritmo de respiración habitual, cogí la aldaba metálica y llamé a la puerta del señor Abdul. En el interior sonó un carraspeo y, al instante, se abrió la puerta para que el anciano apareciera en el umbral.

—Pero, ¿quién está aquí? —dijo, mirándome por encima de sus gruesas lentes—. Bienvenida, Bari. Adelante.

Me senté frente a él y, con la cabeza agachada, guardé silencio unos instantes. Él no quiso apresurarme y esperó, paciente y con una afable sonrisa, hasta que yo pude explicarle la situación. Empecé por contarle el motivo de mi salida prematura del trabajo, para referirle, a continuación, lo que le había sucedido a la vecina nigeriana. Mis palabras borraron la sonrisa del rostro del anciano, que adquirió un aire grave.

—Este país es muy puntilloso con el tema del orden público —dijo, moviendo la cabeza arriba y abajo.

Yo no tenía la menor idea de qué quería decir aquello.

—Se ve que el mundo se rige en todas partes por la misma lógica —continuó—. El rico no puede disfrutar su riqueza porque tiene miedo a perderla. Parece que van a ver a cuánta gente cazan en este edificio. Bari, tú no tienes pasaporte, ¿verdad?

—Lo tengo, pero...

—Ya, es falso. Lo entiendo.

Durante todos los periplos y desventuras pasadas, había aprendido una cosa: para establecer lazos de confianza con gente buena y tener relaciones de apoyo mutuo, era necesario ir con la verdad por delante. Sentí que tenía que contarle al señor Abdul todo lo referente a mi ciudad y mi país natal, y le referí también, brevemente, las circunstancias que me habían llevado a emigrar primero a China y, desde allí, a Inglaterra. Él escuchó pacientemente mi relato, ora asintiendo con la cabeza, ora —cuando mi discurso cobraba un tono exaltado— esbozando una suave sonrisa para ayudarme a recobrar la serenidad. Cuando hube terminado de contarle la parte de mi llegada a Londres, él dio un hondo suspiro y comentó:

—Sí, hija. Con el tiempo, uno va descubriendo que el mundo está cortado en todas partes con el mismo patrón. ¿Sabes? Yo llegué aquí exactamente de la misma forma que tú. Y la pareja de nigerianos, tres cuartos de lo mismo. Bueno, el caso es que hay que pensar algo para estar prevenidos. De todo el edificio, quienes me preocupáis sois tú y el chico filipino de la planta baja. A propósito, con todo este jaleo me imagino que no habrás podido cenar...

—No, pero Luna tampoco. Cuando vuelva, tendrá hambre...

—Espera, espera. Tengo algo de *tandoori* y *chapati*. Estoy harto de cenar solo. Si te quedas, por mí encantado.

El señor Abdul metió en el horno el pollo *tandoori* y, en una sartén sin aceite, frió el pan *chapati*.

—Durante unos días —me previno en la cena— no aparezcas por el edificio más que para dormir. Te prepararé un cuarto aquí. Durante el día, quédate en el piso de Alí. Ahora mismo le llamo.

—Pero Alí está trabajando de noche —comenté—. Necesitará dormir todo el día.

—No te preocupes por él —me tranquilizó—. Puede tomarse unos días libres. De todas formas, parece que últimamente, con lo que está cobrando, ese trabajo no le merece mucho la pena.

Cuando bajé a mi casa, Luna ya había vuelto del trabajo y estaba en la cocina, donde había puesto arroz a hervir y estaba salteando carne con verduras para la cena. Al sentir mi llegada, se dio la vuelta y, blandiendo un cucharón de madera en dirección a mí, protestó enérgicamente:

—Pero, ¿dónde andabas? ¡Estaba muy preocupada por ti!

Le conté que había estado en casa del señor Abdul y, a continuación, le puse al tanto del motivo por el cual Tan me había dicho que no fuese a trabajar durante unos días, así como de lo acontecido a nuestros vecinos nigerianos. Luna, retirando del fuego la sartén, comentó:

—Ya están otra vez incordiando. Mi madre me contaba que, antes de que yo naciese, siempre andaba también con esa angustia. Y donde yo vivía antes también me tocó verlo. Se presentan de repente, van pidiendo los permisos y registran un edificio entero casa por casa. Bueno, esperemos que no vengan mañana.

—Luna —le dije—, será mejor que prepare mis bártulos y me vaya. Me llevaré sólo las cosas de aseo y un par de mudas. Eso lo dejo en casa del señor Abdul y el resto de la ropa aquí; si registran, les dices que es tuya...

Salí a la mañana siguiente, mientras Luna aún dormía y sin más que una pequeña mochila al hombro. Subí a casa del señor Abdul, quien ya había avisado a Alí para que viniera a recogerme. Mas no pareció quedar tranquilo con eso, pues, estando yo en su casa, volvió a telefonear a su nieto. A juzgar por la conversación que mantuvieron, Alí se despertó con la llamada:

—¡Conque seguías dormido! ¿Acaso no te avisé ayer? —le gritó el señor Abdul—. ¡Ya puedes venir volando!

Tras colgar el teléfono, el señor Abdul se plantó ante la ventana, donde estuvo un buen rato escrutando la calle. Con las manos cruzadas a la espalda, y visiblemente inquieto, recorría el salón de un lado a otro.

—¡Ay, este cabeza de chorlito...! —comentó—. Como no llegue aquí antes de que entren a trabajar los funcionarios...

No fue sino transcurrida una hora de aquello cuando los pasos de Alí retumbaron en la escalera.

—¡Ya era hora de que llegaras! —le reprendió el señor Abdul—. ¿Qué pasa, es que no te importa que detengan a Bari?

Alí no parecía comprender la situación, pues, en tono de contrariedad, reclamó:

—Abuelo, no he podido venir antes. He tardado un rato en ir a recoger el coche de mi amigo. Como me dijo usted que Bari se trasladaba, pensé que necesitaríamos un coche.

—¿Cuándo te he dicho yo que Bari se vaya a trasladar? ¡Te dije que si la

podías acoger unos días en tu casa!

Al oír aquellas palabras del señor Abdul, Alí cruzó su mirada con la mía y el blanco de sus dientes resplandeció en una espontánea sonrisa. Yo sólo tuve sosiego cuando hubimos salido del edificio y montado en el coche. A esa hora, la vecina nigeriana ya estaría probablemente a salvo en la casa de sus jefes y, en cuanto al celador filipino, al parecer el señor Abdul ya le había puesto sobre aviso de las inminentes redadas. Según me dijo, no sólo lo hacía por nosotros; tampoco a él le convenía en absoluto que ninguno de los inquilinos del edificio fuese detenido ni deportado, pues aquello supondría quedar en mala posición ante el dueño del inmueble, míster Hajad.

Puertas abolladas, parachoques desprendido, el coche que Alí le había pedido prestado a su amigo era una auténtica tartana.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—De momento, lo mejor es que vayamos a mi casa —respondió él, mientras, a poca velocidad, salíamos del vecindario.

Por lo que me dijo a continuación, daba la sensación de que el señor Abdul le había hablado sucintamente de lo de los controles policiales y del peligro que yo corría.

—No te angusties demasiado —me dijo al respecto—. Sin ir más lejos, en la oficina de los taxis hay un montón de gente sin papeles de residencia. Con decirte que algunos ni siquiera tienen el carné de conducir...

En el asiento del copiloto, y con un ánimo de lo más mustio, murmuré:

—Por qué demonios se inventaría la gente todo eso de las fronteras...

Alí vivía en Shepherd’s Bush, barrio de la zona oeste de Londres y no menos multiétnico que el mío. Llamaba poderosamente la atención el contraste entre aquel humilde vecindario y la zona de Holland Park, donde estaba la mansión de madame Emily, que no quedaba lejos de allí. Dos mundos tan diferentes y separados por unas pocas manzanas. La zona de Shepherd’s Bush se extendía en cinco direcciones y en torno a una arboleda central deslucida como un perro que lleva tiempo sin bañarse, con montones de basura apilada y el asfalto abriéndose aquí y allá para revelar el suelo de tierra. Por entre las casas de la zona comercial, de planta redonda, culebreaban numerosos callejones. Entrando por uno de ellos, se llegaba a un edificio de tres alturas y aire lúgubre ya desde el portal. Allí estaba la

habitación que Alí tenía alquilada.

Era un estudio alargado, estrecho y dividido en dos espacios independientes. El primero de ellos constaba de un fregadero con dos compartimentos, una mesa muy antigua cuyas patas se movían y, en torno a ella, cuatro sillas mal puestas. En la habitación, una cama pegada a la pared y, al pie de ésta, un armario metálico con todo el aspecto de haber sido recuperado tras pertenecer anteriormente a alguna oficina. Quise preguntarle a Alí por qué no vivía con su abuelo, pero me contuve; estaba claro que convivir con un anciano no sería lo más cómodo para él, y eso es algo en lo que probablemente todos los jóvenes del mundo, independientemente de su cultura de origen, estarían de acuerdo.

Aquel día, Alí y yo estrechamos un poco más nuestra amistad. Yo le conté los sucesos que me habían hecho acabar en Londres, lo ocurrido a mi familia en Corea, con la historia de la dispersión, le narré cómo tuvimos que cruzar el río Duman y cómo fue nuestra estancia en China. Por lo que me contó él, su abuelo y su padre le habían referido historias muy similares a la mía. Me comentó también que él nunca había visitado la tierra de sus ascendientes.

—¿Te suena un lugar llamado Srinagar? —me preguntó, remarcando bien las sílabas del topónimo.

—Es la primera vez que lo oigo —le respondí—. Y tú, ¿has oído hablar de Cheong Jin?

—¿*Chon* qué?

Pasamos el día entero en su estudio. Al caer la noche, de camino a su trabajo, me acompañó a casa. Subí a ver al señor Abdul, quien me informó de que, durante el día, había pasado por allí una pareja de la policía migratoria. Al parecer, no habían realizado un registro exhaustivo, pero le habían hecho preguntas sobre todos los inquilinos de la finca. El señor Abdul les había mostrado la lista de nombres y les había informado de nuestras ocupaciones. En relación con el joven filipino, les dijo que había dejado la habitación y que desconocía su lugar actual de residencia; a propósito de nuestra vivienda, les contó que sólo Luna vivía en ella. Esto fue posible gracias a que mi nombre no figuraba en la lista de inquilinos, pues, cuando entré a vivir allí, fue por acuerdo verbal con Luna y pagándole directamente a ella mi parte de la

mensualidad. Cuando los agentes, a continuación, manifestaron su intención de registrar la vivienda de la pareja nigeriana del sótano, el señor Abdul tuvo que echarle agallas:

—Les he dicho que yo, sin el consentimiento de los inquilinos, no puedo abrirle a nadie la puerta de una casa —me contó—, que si querían registrar el piso tendrían que volver con la debida orden judicial. Así que es posible que se presenten a buscar a la señora nigeriana cuando salga la sentencia, de aquí a unos días.

Para la cena, el señor Abdul me ofreció *chapati* y cordero. En un principio decliné la invitación, pero después decidí aceptarla a cambio de prepararle a él algo rico al día siguiente. Sentado frente a mí, el señor Abdul me lanzó la pregunta:

—¿Qué, te está cuidando bien mi nieto?

—Sí, señor Abdul. Lo único, no entiendo muy bien por qué vive allí solo y no aquí con usted.

—Buena pregunta —comentó el abuelo con una risotada—. Yo, desde niño, me acostumbré a vivir con toda mi familia. Fue al llegar a Inglaterra cuando me vi viviendo solo, y tardé varios años en acostumbrarme. Al principio vivía con mi hijo, pero luego él se casó con una chica musulmana, se trasladó a Leeds por trabajo y yo, como tenía el mío aquí en Londres, me tuve que quedar solo.

El señor Abdul me contó que había trabajado en un hotel hasta que le llegó la jubilación, cuando acordó con míster Hajad, el dueño hindú del edificio, asumir la administración de la finca a cambio de vivir allí. Dedicado a la banca, Hajad poseía nada menos que cinco inmuebles como aquél.

—Alí —prosiguió el señor Abdul— se ha criado en una familia muy numerosa—. Se ve que ahora le apetecía pasar un tiempo solo.

La situación que me refería el señor Abdul no me resultó difícil de imaginar, pues Alí ya me había hablado en una ocasión de su numerosa familia —entre chicos y chicas eran siete hermanos—, y lo había hecho transmitiendo cierto hastío.

El señor Abdul apostó por mantener las precauciones hasta el fin de semana; siguiendo su consejo, y gracias a que, según Luna, míster Tan estaba de acuerdo en que descansara unos días más, pasé las tres siguientes jornadas

en el estudio de su nieto, regresando al edificio de Lambeth sólo a pasar las noches. Luna me hizo saber, también, que Sarah había llamado varias veces al salón preguntando por mí. Madame Emily me reclamaba.

En los momentos de ahogo y soledad, pensaba en mi abuela, recreaba en mi memoria aquellas conversaciones interminables que manteníamos en mi niñez y, como si la tuviese al lado, reproducía mi parte de las líneas de diálogo. Oyendo el ligero roncar de Luna, yo daba vueltas en el lecho hasta que, en un momento dado, mi espíritu echaba a flotar. Era entonces cuando podía visualizar con claridad algo que antes no terminaba de percibir: la parte terrenal de mi ser.

Floto en el espacio de la habitación. Por debajo de mí está mi cuerpo, recostado lateralmente sobre la cama y con las rodillas dobladas hacia el pecho. También veo a Luna. Densas tinieblas envuelven toda la estancia y, como en anteriores ocasiones, de la negrura surge un camino blanco. Hasta aquí, todo es igual que de costumbre. Como siempre, doy apenas unos pasos cuando aparece ante mí el pelaje níveo de *Chilsong*, que me recibe agitando la cola como siempre hace.

«Oye, *Chilsong*, —le digo—, quiero ver a mi abuela».

«Te está esperando», me responde el perro.

En su avance por aquel sendero de deslumbrante luz blanca, *Chilsong* se gira constantemente para comprobar que lo sigo. Yo recorro el camino con la habitual ligereza, como si fuese resbalando. Surge ante nosotros un montículo envuelto en algo que tan pronto podría ser humo como bruma o una masa de nubes. En su cima, al final de una escalera de piedra, se recorta un alto pabellón octogonal. Columnas de una brazada de diámetro sustentan el tejado, que da la sensación de ser sumamente ligero, casi ingrávido. En el palacete, de pie y ataviada con sus ropajes blancos, está mi abuela, que me saluda agitando la mano. Echo a correr hacia ella y, sin más, la abrazo. Tanto con sus manos como con palabras reconfortantes, mi abuela acaricia mi espíritu:

«Bari, nietecita... —me dice—, ni sé cuántas penas estarás pasando».

«Ninguna, abuela —le respondo—. Me va bien».

«Has conseguido llegar hasta aquí, hija, pero ante ti tienes aún un largo camino. Mira allá abajo —me indica, acercándose a la barandilla del pabellón

y señalando una dirección con la mano.

Aquella bruma, o lo que sea, se disipa. Diminutos, a una enorme distancia bajo nuestros pies, aparecen montes, campos, ríos.

«¿Qué lugar es ése?», le pregunto.

«Es donde estás viviendo tú, donde, por lo que sé, has conocido gentes de los cuatro confines».

«Es verdad; he conocido a gentes de toda clase y condición».

«Recuerda siempre el cuento de la princesa —me aconseja mi abuela—. En tu camino, encontrarás a muchas gentes que te pedirán ayuda, que te preguntarán la razón de su padecer».

«Sí, y la princesa les dijo que les respondería a su regreso del más allá».

«Exacto, por eso tendrás que tener las respuestas preparadas».

«Pero sólo las conoceré cuando llegue al más allá».

«Todas las respuestas las encontrarás en vida».

«¿Aunque las personas hablemos diferentes idiomas, tengamos diferente aspecto y vivamos de diferente manera?».

Las arrugas de su rostro dibujan entonces una dulce y apacible sonrisa.

«Claro, hija. Las gentes son iguales en todo el mundo: todas carecen de algo, todas caen enfermas, todas actúan con necedad, y todas sucumben a la ambición».

«Pobres de todos nosotros», observo.

«Eso es, Bari; bien dicho —comenta mi abuela—. Veo que comprendes que los mortales son dignos de lástima. Las respuestas vendrán a ti».

Dicho esto, mi abuela agita nuevamente la mano y la niebla vuelve a engullir el pabellón.

«Veo que ya has unido tu destino al del gigante —prosigue—. Al cabo de un tiempo de vivir con él, tendrás que encontrar el Agua de la Vida».

«Abuela —le pregunto—, las gentes de otros países, ¿también tienen a las almas de sus antepasados allá abajo, en el mundo?».

«Claro, eso es igual en todas partes. Todas las ánimas tienen que purificarse y trasladarse de lo oscuro a la luz —me explica mi abuela, para añadir—: Bueno, es hora de que vuelvas a la Tierra. Yo he de retirarme también».

En ese momento siento que algo me arrastra, como si mi cuerpo fuese

humo, y me aleja de aquel pabellón octogonal. Aquella niebla, aquellas nubes, o lo que sean, me envuelven y me transportan hasta el camino por el que llegué, donde hallo nuevamente a *Chilsong* que, como siempre hace al verme, agita la cola. Después, vuelvo a encontrarme flotando en la habitación, donde veo mi cuerpo acostado en la cama. Al volver mi espíritu a entrar en la carne, abro los ojos, como si despertara de un sueño. Del otro lado de la ventana, el árbol de la calle proyecta una negra sombra.

Una tarde, a los tres días de estar en casa de Alí, sucedió algo. Estábamos los dos sentados a la mesa, él agazapado en la silla. Cuando menos me lo esperaba, se estiró hacia mí y puso sus labios en los míos. Al ver que me los secaba inmediatamente con el dorso de la mano, él me imitó, secándose también los suyos, y, durante unos instantes, se estuvo riendo del episodio.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —le dije.

—Nada, que has reaccionado como una niña— respondió, sin perder aquella traviesa.

—Mira quién lo fue a decir —le critiqué—, el que anda imitando a los demás como un bobo.

Entonces Alí me tomó en sus brazos como si yo no pesara nada y me puso en la cama. «Éste se creerá que me voy a hacer la estrecha», pensé, y permanecí inmóvil, sin oponer resistencia alguna. Causando un notable hundimiento del colchón, Alí se tumbó a mi lado. Cuando su mano comenzó a acariciar mi pecho, me asaltó un recuerdo que me ruborizó y me hizo apartarla tímidamente con la mía: el de aquella rechoncha madame del burdel que, tras inspeccionar mi cuerpo, se burló de mi esmirriado busto. Pero enseguida me dije que aquel incidente era cosa del pasado; ahora estaba con Alí, cuya intención, por otra parte, me quedó clara desde el principio. Cuando se desprendió de la camisa y comenzó a desabrochar mi cinturón, yo lo empujé levemente poniendo mi mano en su pecho, continué yo misma soltando los ojales de mi cinturón, me despojé de los pantalones y él hizo lo propio. Tampoco opuse resistencia cuando comenzó a retirar mi ropa interior. Ya en cueros, y al descubrir el tupido vello que cubría los brazos, el pecho y las piernas de Alí, surcó mi mente un pensamiento de lo más peregrino: «¿Le saldrá tanto pelo a uno cuando come mucha carne de cordero?», me dije. Su cuerpo, entonces, se adentró en el mío de un modo brusco y causándome tal

dolor que se me erizaron los cabellos. Sentí que el espíritu, por momentos, se me escapaba del cuerpo y, durante unos instantes, tuve una visión. Detrás de la cama había un grupo de personas, todas en fila. Vi niñas y mujeres ataviadas con *hiyab*, ese velo blanco que llevan las musulmanas, y, junto a ellas, a un hombre barbudo y con una larga túnica.

Aquel fin de semana, Alí y yo fuimos a ver al señor Abdul. Fue una propuesta mía que a Alí, desde el principio, pareció causarle cierto estupor; sólo después de escuchar mi argumentación, y de permanecer unos instantes con la vista puesta en el suelo, movió la cabeza en señal afirmativa. Ninguno de los dos éramos occidentales. «No conozco las costumbres de tu tierra de origen —le dije—, pero, en mi país, una mujer no puede compartir lecho con un hombre que no sea su prometido. He decidido ser tu esposa». Más adelante llegaría a mi conocimiento algo horrible sobre las costumbres de la región de origen de la familia de Alí. Al parecer, en aquellas tierras estaba tan mal visto que una mujer aceptase mantener una relación sexual con un hombre sin el permiso paterno que la ocasional muerte por apaleamiento de la joven, a manos de su propio padre o hermano mayor, era algo socialmente tolerado.

Alí y yo fuimos a visitar a su abuelo a fin de comunicarle la noticia. Al vernos entrar a los dos juntos, en silencio y con expresiones algo medrosas en los rostros, el señor Abdul, al contrario de lo que cabría esperar, no se apresuró a preguntarnos qué ocurría. Por el contrario, se nos quedó mirando expectante y adquiriendo también su rostro un aire adusto. Transcurridos unos instantes, yo comencé a sentirme incómoda por hacer esperar al anciano y, deslizando mi mano por detrás de Alí, le pegué un pellizco en la nalga. Mi prometido dio un respingo de dolor, me echó una mirada de reproche y, sólo entonces, procedió:

—Abuelo, me quie... me quiero casar con Bari.

«¡Zoquete, cómo se te ocurre soltárselo así, tan de sopetón!», fue la riña que tuve que sofocar antes de que saliera de mi boca, sustituyéndola por una mera mirada furibunda en cuanto nuestros ojos se cruzaron. El señor Abdul se dirigió a mí:

—¿Tú también quieres, Bari?

Incapaz de decir palabra, respondí con un gesto afirmativo de mi

agachada cabeza.

—Bari, ven y siéntate aquí un momento —dijo entonces el anciano, mirándonos por encima de sus gruesos anteojos—. Alí, tú espéranos fuera un rato.

—Y, ¿adónde voy? —le preguntó.

—¡Yo qué sé, zopenco! ¡Ve al pub de la esquina y tómate una pinta o haz lo que te dé la gana; con que aparezcas por aquí dentro de una hora o así, lo que hagas mientras tanto es problema tuyo!

Con aire perplejo, Alí salió de la casa. El señor Abdul se acomodó en el sofá y yo, en actitud recatada, puse media posadera en el extremo de un banco que quedaba frente a él.

—Dime, Bari, ¿qué edad tienes? —me preguntó el señor Abdul.

—Diecisiete acabo de cumplir.

—Eres bastante joven —comentó el señor Abdul, como reflexionando en voz alta—. Aunque, en realidad, mi esposa y yo nos casamos antes incluso de esa edad... Y luego está el tema de la religión; en principio, se supone que Alí tendría que tomar por esposa a una musulmana... Aunque, ya sabes, en eso hoy día las cosas no son como antes... A lo que vamos; Bari, ¿de verdad te gusta mi nieto?

—¿Alí? —respondí, con una espontánea risotada—. Ya lo ve usted, es más bobo... Es un crío en un cuerpo grande. Yo por eso... —iba diciendo cuando el señor Abdul concluyó:

—O sea, que sí te gusta. Pues, si es lo que vosotros queréis, yo no me voy a oponer. Para mí, si el crío este se centra un poco, le echa ganas al trabajo y es capaz de hacer una vida estable y de buen musulmán, qué más puedo pedir... Sobre todo viviendo en tierra extraña.

Dicho esto, el señor Abdul procedió a preguntarme cómo habíamos pensado solucionar la cuestión de la casa. En tono resuelto y sin pensármelo dos veces, le transmití mi parecer al respecto. Yo había pensado que dejásemos enseguida el estudio donde vivía Alí y nos trasladásemos a vivir con el señor Abdul. Si bien en aquel deseo influía el hecho de que la casa del señor Abdul tuviese dos habitaciones, además de la sala de estar, el motivo principal para mí era la seguridad que me inspiraba estar junto al anciano.

—No sé —dijo el señor Abdul—. Este chiquillo seguro que pone pegas.

El piso de la pareja de enfrente se va a quedar libre. ¿Qué tal si vivís ahí?

Al parecer, la señora nigeriana había telefoneado al señor Abdul para contarle que a su marido lo habían deportado y que ella también dejaba el piso.

—En cuanto a lo de la ceremonia —continuó el señor Abdul—, no creo que haga falta montar nada del otro mundo aquí en Londres. Bastará con que preparemos un *mayun* y un *mehndi*[26] y hagamos aquí una fiesta sencilla, con vuestros amigos. Luego la ceremonia en sí la podemos hacer en Leeds, donde los padres de Alí, con la gente del vecindario y los allegados.

A continuación el señor Abdul retomó la narración, anteriormente interrumpida, de los hechos de su familia de origen.

—Mi padre era pastor de ovejas y, aparte, tenía unos terrenos de labor. Hasta donde yo sé, mi familia es originaria de Kargil, en Jammu-Cachemira. Nos trasladamos a Srinagar cuando mataron a mi padre.

Al principio, y hasta varios años después de pasar a formar parte de la familia de Alí, no comprendí ni de lejos las doctrinas y preceptos de su religión, como tampoco las historias que me contaban de sus antepasados y de su tierra de origen. Allá en mi ciudad natal, yo me había criado oyendo decir que, en las dos Coreas, tanto el modo de vida de la gente como su forma de pensar eran sumamente distintas. Según me contaron, el Norte y el Sur andaban como el perro y el gato, circunstancia que los adultos achacaban a la intervención de «los narizotas esos»[27]. En la familia de Alí, por su parte, los mayores atribuían a «los ingleses esos» la causa primera del interminable y amargo conflicto que se daba entre la comunidad musulmana y la hinduista en Jammu-Cachemira, región que, en un momento dado, fue ocupada por India y donde aún seguían produciéndose detenciones y ejecuciones arbitrarias de inocentes. El señor Abdul me contó que, aún hoy, seguía muriendo gente en lo que llamaban «combates ficticios». Cuando él era joven, era frecuente que llegaran en pleno día y, tras echar abajo la puerta de una casa, mataran a todos sus ocupantes.

—¿Qué es un «combate ficticio»? —le pregunté.

—Es cuando los militares matan a civiles musulmanes para saquear sus casas, o por cualquier otro motivo, y luego, a fin de recibir recompensas y ascensos, lo reportan a sus superiores como ejecución de rebeldes en

combate. No hace mucho que salió un caso en el periódico.

Según me narró a continuación, un día, al regresar del campo, encontró a su mujer y a sus dos hijas muertas a balazos. Sólo sobrevivió al ataque su hijo, el padre de Alí, que se salvó escondiéndose en un tonel.

—De ahí que sólo quedemos dos de la familia —añadió.

Fue a mediados de los años sesenta, estando la guerra de Cachemira en una fase particularmente virulenta, cuando el señor Abdul emigró a Inglaterra con su pequeño, que por entonces contaba apenas cinco años. El señor Abdul andaba por los treinta.

—Para salir adelante tuve que trabajar en todo lo que iba surgiendo. Y me volví a casar; para ganar algo de dinero, un hombre tiene que estar casado. Un soltero, simplemente, se deja llevar. Mi segunda mujer también dejó este mundo hace unos años, y yo, a estas alturas, ya no tengo mayores afanes quitando la peregrinación a La Meca.

Al oír aquel relato, me vinieron a la memoria las figuras humanas que se me habían aparecido unos días antes en casa de Alí y decidí compartir la experiencia con el señor Abdul.

—En sueños —le conté— vi a unas señoras y a unas niñas que llevaban *hiyab* blancos, y junto a ellas había un señor de barba larga que vestía una túnica.

—Seguramente eran la abuela de Alí y nuestras hijas —comentó el señor Abdul, asintiendo serenamente con la cabeza—. Y el hombre de barba larga era mi padre, no hay duda.

Secándose con la manga las lágrimas que asomaban a sus ojos, el señor Abdul añadió:

—Gracias por contármelo, Bari. Que mi familia te haya visitado en sueños es una señal de que ya te consideran parte de la familia.

Alí dijo que antes del enlace tendríamos que ir a ver a sus padres, idea que avaló el señor Abdul. Por qué retrasarlo; fijamos el viaje a Leeds para el lunes de la semana siguiente, día libre para los dos. La ciudad, perteneciente al condado de Yorkshire, quedaba a dos horas y media en tren de Londres, un poco lejos para ir y venir en el día. Así, acordamos pasar una noche en casa de los padres de Alí y regresar al día siguiente. Alí había telefoneado a su madre para ponerle al tanto de nuestros planes de boda; al padre de Alí, por

su parte, se lo había contado el señor Abdul. De no haber contrastado la información a través del abuelo, los padres de Alí probablemente no habrían tomado en serio la noticia, que les habría sonado a un mero fantaseo de su hijo.

Los padres de Alí vivían en una zona periférica de Leeds que contaba con una importante comunidad musulmana. Predominaban las casas pintadas de blanco y los tejados aterrazados, que le daban al vecindario un aspecto muy homogéneo. Los residentes, en su mayoría paquistaníes, gustaban de pasar el rato en las terrazas, charlando, tomando té o asando carne. En la casa paterna quedaban tres hermanos de Alí, que era el segundo de la prole. Tanto el hermano mayor como la hermana que seguía a Alí se habían casado y vivían independientes, ella en la vecina ciudad de Bradford, y, por lo que nos dijo su madre, sólo tendrían tiempo de venir a vernos el día de la ceremonia principal.

Según me dijo Alí, sólo a última hora de la tarde podríamos ver reunida a toda la familia de Leeds, por lo que no partimos de Londres sino después de comer. La madre de Alí, que nos estaba esperando, me pareció una persona apacible y generosa. De porte rechoncho, vestía larga túnica y llevaba los cabellos cubiertos con un *hiyab*. En el recibidor, me envolvió con sus brazos. Yo, en voz baja, le saludé con la fórmula que me había enseñado Alí, *asalaam alaikhum*, y a la que ella me respondió mirándome a los ojos. Declinó mi ofrecimiento de ir con ella a la cocina y ayudarla a preparar la cena, insistiendo en que me quedara en la sala de estar, descansando junto a Alí y los otros. Toda la casa estaba impregnada de un penetrante aroma a cilantro.

Al rato llegaron de la escuela las hermanas más pequeñas de Alí, presa de una incontenible risilla que no pudieron reprimir ni al darnos las manos, cuando su hermano nos presentó. Sólo hacia el ocaso volvió del trabajo Uthman, el pequeño de los varones, quien, tras saludar a su hermano, apretó mi mano con tal ímpetu que me estuvo doliendo un rato. En último lugar llegó el padre de Alí, pelo corto y salpicado de canas, mostacho bien perfilado. Nada más verlo, creí estar ante una proyección futura de su hijo.

El padre de Alí se excusó un momento y reapareció con una indumentaria tradicional, más cómoda. En silencio, yo me senté junto a Alí. Toda la familia

tomó asiento en torno a nosotros y sentí que todas las miradas estaban puestas en mí. Las jóvenes rompían a reír cada vez que cruzaban sus miradas con la mía. El padre de Alí, de semblante suave y plácido, era parco en palabras. Cuando se hubo congregado todo el mundo en torno a la mesa, el cabeza de familia pronunció un breve rezo en su lengua. La madre de Alí apareció con la cena y yo, inmediatamente, me levanté para ayudarla a colocar los platos. Toda la familia transmitía calidez y cordialidad. Fue el padre de Alí quien rompió el hielo:

—Y tus padres, ¿viven en tu pueblo?

Vacilé unos instantes y Alí respondió en mi lugar:

—Los padres de Bari ya partieron al otro mundo.

—Ay, no. Lo siento mucho, hija —intervino la madre de Alí.

—Alá se lleva antes a las personas que más aprecia —comentó el padre.

Alí les contó entonces el encuentro que yo había tenido en sueños con su bisabuelo, con su abuela y con sus dos tías, que perdieron la vida siendo niñas en Srinagar. El padre de Alí siguió comiendo sin decir palabra; fue la madre quien censuró levemente a Alí:

—De esas cosas mejor hablamos luego.

Cuando llegaron los postres, las jóvenes hermanas de Alí se apoderaron de sendos dulces y corrieron a sentarse frente al televisor. Su madre retornó a la cocina. Quedamos en el salón Alí, su padre y yo.

—Tu abuelo y yo hemos estado hablando un poco de la fecha —dijo el padre de Alí, entre sorbos de *chai*—. Si se retrasa mucho, se nos puede echar encima el Ramadán. Casi mejor si nos damos prisa.

—Es verdad, papá —dijo Alí—, lo podríamos dejar resuelto el mes que viene.

—¡Por Dios! ¿El mes que viene? —exclamó, desde la cocina, la madre de Alí—. ¡Eso es demasiado pronto! Qué menos que unos meses de margen para que os conozcáis mejor.

—Lo demás ya lo he hablado todo con tu abuelo —apuntó su padre con una sonrisa—. Hemos quedado en comprarte un coche. Es lo que te hace falta para ganarte la vida en condiciones como taxista, ¿no?

—¿De verdad? —comentó Alí—. Qué bien, ya no tendré que andar pidiéndoles el coche a los amigos y trabajando por horas.

—Por mi parte es un regalo, pero a tu abuelo se lo tendrás que devolver teniendo hijos, yendo a la mezquita siempre que toque, rezando tus oraciones... en fin, llevando una nueva vida.

Transcurridos un par de días de aquel viaje a Leeds, Luna y yo regresábamos una tarde del trabajo cuando, a través del patio, vimos que la casa de enfrente tenía la luz encendida. Por lo que pudiera haber pasado, me acerqué y llamé a la puerta. Me abrió la vecina nigeriana, que llevaba un delantal y el pelo recogido con un pañuelo, como si estuviera empaquetando sus enseres para mudarse. Con un gesto de la mano, me indicó que pasara. Su casa estaba llena de cajas y bultos.

—Mañana me traslado —me explicó—. El apartamento ya estaba amueblado cuando entramos, pero la cama es nuestra. El señor Abdul me la va a comprar por la mitad de su precio original; es una suerte. Por cierto, tú eres quien va a entrar a vivir aquí, ¿verdad?

Le contesté afirmativamente y ella, tomando mi mano, comentó:

—¡Felicidades! Me ha dicho el señor Abdul que te casas con su nieto.

Me sentí incapaz de preguntarle por el devenir de su marido. No hizo falta, puesto que ella sacó el tema:

—A mi marido lo van a deportar; ya se ha tramitado la orden. Pero yo no puedo volver a Nigeria por las buenas. Tanto él como yo somos niños de la guerra civil.

Yo no entendí muy bien a qué se refería.

—Quiero decir —añadió— que mi marido y yo sobrevivimos a la niñez contra viento y marea. En aquella época murieron un sinfín de niños. Somos supervivientes; mi marido se las arreglará para volver a Inglaterra antes o después.

Más adelante Alí me contaría cómo emigraba la gente desde África hasta el Reino Unido, primero a través del estrecho de Gibraltar y, desde allí, cruzando el canal de la Mancha. Atendiendo a su relato, tanto el periplo que hacían los emigrantes hasta llegar a Marruecos como la forma en que cruzaban el estrecho en pateras y cayucos eran algo incomparablemente más arduo que mi experiencia cuando crucé el río Duman para pasar a China. Por otra parte, las gentes que llegaban al Reino Unido tenían que contar necesariamente con algún vínculo, por pequeño que fuese, para poder

instalarse.

En el trabajo del taxi, Alí tenía un compañero ghanés que había invertido tres años de su vida sólo en pasar el estrecho de Gibraltar. Tras conseguir llegar a Europa, lo habían pillado dos veces intentando cruzar de Calais a Dover antes de que, al fin, consiguiera poner el pie en el Reino Unido, camuflado en el techo de un Eurostar. Cuando este tren se acercaba a unos cuarenta o cincuenta kilómetros del túnel, reducía la velocidad, momento que aprovechaban para subirse a su techo los viajeros clandestinos, que esperaban agazapados en los taludes que tenía la vía en ese tramo para proteger los sembrados. Durante más de veinte minutos tenían que ir muy bien aferrados a fin de resistir la velocidad y el viento del túnel y, al final de éste, una vez en el lado inglés, estar muy atentos para saltar del tren antes de que acelerase nuevamente. De vez en cuando, los trabajadores del ferrocarril de uno y otro lado recogían del túnel cuerpos sin vida de clandestinos que se habían caído. Viviendo ya en Londres, y tras años de afanosas pesquisas, aquel conductor de minitaxi, compañero de Alí, sabría por conocidos que la persona en quien tenía puestas sus esperanzas, el tío de un viejo amigo suyo, ya había fallecido hacía tiempo. El nombre de aquella persona había sido durante años la única y simbólica luz de esperanza en el camino de aquel viajero clandestino. Las pocas veces que yo hablaba con alguien sobre la migración de nuestras respectivas familias y conocidos desde nuestros países de origen, siempre salían en la conversación historias de guerra, hambre, enfermedad y la opresión ejercida por violentos y temibles militares. La muerte y padecimiento que acarreaba el cruce de las fronteras eran un fenómeno que afectaba a un montón de gente en todo el mundo. Tras la marcha de la señora nigeriana, Alí y yo, sacando huecos por las tardes, nos pusimos a reformar el apartamento; pintamos las paredes, cambiamos el fregadero y limpiamos a fondo. En ningún momento me llegué a sentir extraña en la nueva casa, cuya distribución era la misma que la del piso de Luna.

En el rito paquistaní, el conjunto de las nupcias más las celebraciones previas se conoce como *shadi*. Nosotros no lo hicimos muy diferente del original; la víspera de la boda celebramos el *mayun* y el *mehndi*, los festejos prenupciales, junto a nuestros amigos, comimos con ellos, recibimos regalos. Al día siguiente, en Leeds y con la familia del novio, celebraríamos la

ceremonia propiamente dicha, que constaba de dos partes, el *baraat* y el *valima*.

La fiesta prenupcial, que hicimos en Londres con los amigos, fue para mí la oportunidad de confirmar que en aquella ciudad existían varias personas cuya ayuda me había sido fundamental durante aquel tiempo y a quienes me unían estrechos vínculos. Para alguien como yo, sin allegados y menos aún familiares por allí cerca, contar con aquellas amistades era algo fundamental. En Londres, tanto el señor Lu, del restaurante Shanghai, como míster Tan, del Tonkin, se habían desvivido siempre que se presentó la necesidad de pedirles ayuda. Tan hizo de padrino, y como madrina elegí a Luna, que había sido mi valedora durante todo aquel tiempo. A pesar de haber nacido en Gran Bretaña, sus raíces estaban en Bangladesh, y no le eran desconocidas ciertas costumbres orientales. Luna y yo pasamos por una carnicería musulmana del mercado, donde pedimos cordero y pollo que cumpliera el rito *halal*, o sea, desangrado y bendecido por Alá, además de pescado. Alí, por su parte, había encargado *chapati*, así como *champ*[28] y *haleem*[29] a un restaurante paquistaní, además de empanadillas fritas y *barfis*[30]. Aparte de eso, yo tenía la ilusión de obsequiar a los invitados con algún que otro plato hecho por mí. Junto con Luna, preparé unas brochetas de cordero con verduras y asamos unos *tikka* en kebabs, junto con un plato de pollo al curry que preparamos bien picante, añadiéndole una generosa cantidad de pimiento verde.

Alí sólo invitó a unos compañeros suyos del radiotaxi, la mitad de origen paquistaní, y a unos amigos musulmanes de la zona de Shepherd’s Bush. El señor Abdul, por su parte, convocó a unos cuantos amigos de su edad que frecuentaban la mezquita del barrio. Las hermanas de Alí se saltaron las clases para desplazarse y prestarme ayuda. Pusimos dos mesas en el jardín, donde servimos la comida y la bebida. A la hora de colocar los vasos y los platos, tuvimos en cuenta que cada comensal pudiera servirse a su antojo. Los invitados no llegaron hasta la caída de la tarde. Para recibirlos pusimos, en un radiocasete y en modo de reproducción continua, una cinta de canciones paquistaníes de ritmo rápido y voces trémulas que, por momentos, semejaban sollozos.

Luna me dijo que aún no era el momento de que yo saliera, con lo cual permanecí sentada un rato en mi habitación, que quedaba allí enfrente. Me

puse el vestido amarillo que me había conseguido el señor Abdul y me coloqué en torno a la cabeza un pañuelo del mismo color que me hacía también las veces de velo, puesto que, de acuerdo con las orientaciones de Luna, no podía presentarme ante la concurrencia con el rostro descubierto. Además, Luna había conseguido henna, con la que me hizo diseños propios del rito *mehndi* en los dedos y en el dorso de la mano. Según la tradición, se aplica también en las piernas, pero yo lo decliné. Los motivos, florales y de hojas de enredadera, eran muy intricados y Luna los recordaba bien; tenía destreza en arte de la henna, que consiguió en un salón de manicura, donde hacía tatuajes rápidos.

En un momento dado, las hermanas de Alí abrieron la puerta de mi apostento y, asomándose al interior, me hicieron una señal con la mano:

—Es hora de que salgas.

—¡Un momento —vociferó Luna, con rímel en la mano—, no he terminado de maquillarle los ojos!

A continuación subrayó mis párpados con una línea negra y, con el rímel terminó de hacerme las pestañas. Al mirar un momento el espejo, vi en él a una mujer paquistaní de mirada penetrante y velo amarillo. Las hermanas de Alí, una tras otra, se asomaron a verme y exclamaron que estaba muy guapa. Encabezando la comitiva, salí y me senté en una silla del jardín. La intensidad de la luz permitía que el velo no me quitase mucha visibilidad. Las jóvenes buscaron una canción determinada en la cinta de casete, subieron el volumen y se pusieron a tararearla. Cuando Alí, ataviado con una túnica blanca, hizo su aparición en el jardín, sus hermanas y Luna corrieron hacia él y le lanzaron pétalos de rosa roja. Cuando accedió a la parte central del jardín, cubrieron su cabeza con un turbante, gesticulando como si estuvieran tapando el cielo. Alí se subió a una tarima que había en el centro, donde se agachó. Los invitados sacaban billetes, les daban una vuelta alrededor de la cabeza del novio y luego se los entregaban a las hermanas. El señor Abdul y los ancianos de la mezquita se pusieron a bailar con los brazos levantados y al compás de la música. También, y formando un corro en el centro del jardín, bailaron los jóvenes amigos paquistaníes, junto a las hermanas de Alí y a Luna.

«¡El novio va más elegante que un pavo real! —decían—. ¡La novia va

más linda que una flor! ¡Alá acoja y bendiga a los novios!».

Los invitados cantaban y bailaban. Al pasar por mi lado, me acercaban dulces y confites, que me metían en la boca a la fuerza si yo giraba la cabeza como para rechazarlos. Toda la ceremonia resultó bastante informal y desenfadada; tras una ronda de cantos y bailes de enhorabuena a los novios, los invitados se sentaron en torno a la mesa dispuesta en el jardín y entraron en escena las viandas y bebidas preparadas para la ocasión. La gente nos apremiaba ya a que nos sentásemos juntos. Alí descubrió mi rostro, quitándome el velo, que yo me coloqué en torno a la cabeza con naturalidad, como si de un *hiyab* se tratase. También, y para evitar que los invitados no musulmanes se sintieran a disgusto, se sirvió cerveza. El señor Tan nos dedicó un escueto saludo; a continuación vino también míster Lu, quien, tras darnos su felicitación, se quedó repentinamente sin palabras. Con un nudo en la garganta, se dio la vuelta y lo vimos secarse las lágrimas. Yo no necesitaba preguntarle para saber que su emoción respondía al recuerdo de aquella hija que dejó en su pueblo natal.

Dos días después tuvo lugar la ceremonia nupcial propiamente dicha o *baraat*. Por la mañana, Alí y yo tomamos prestada una furgoneta de su trabajo y, tras recoger a sus hermanas, a Luna y al señor Abdul, pusimos rumbo a Leeds.

Cuando llegamos al barrio musulmán de Leeds, donde vivían los padres de Alí, ya nos estaba esperando mucha gente en la puerta de la casa. Allí estaban congregados los hermanos y hermanas de Alí, sus padres, parientes y amigos, a los que se sumaron vecinos, del barrio y fieles de la mezquita. El número total de invitados rondaba los cien. A fin de acomodar a todos los vecinos y con el permiso de la familia de al lado, los padres de Alí montaron en el jardín un toldo y una carpa. En la terraza dispusieron un espacio para los amigos y parientes.

Yo subí en primer lugar y me quedé sentada en la terraza, esperando al novio, que, en el jardín, saludaba a los invitados. Sus hermanas y amigos les pusieron guirnaldas de flores en el cuello a sus padres, al señor Abdul y a Alí, mientras éste subía por la escalera. En cuanto estuvimos juntos, nos pusimos a saludar a los invitados, que nos entregaron billetes, como es costumbre en las bodas para expresar deseos de felicidad a los novios. Ofició el imán del

barrio. Mis testigos fueron Luna y una amiga de una de las hermanas de Alí, llegada de Bradford; por parte del novio, hicieron esta función dos viejos amigos suyos de la escuela. Después de la ceremonia, nos hicimos varias decenas de fotos. Bajamos al jardín y saludamos nuevamente a los vecinos del barrio, esta vez como esposos, y recibimos el dinero con que nos obsequiaron.

Al día siguiente, tras descansar y pasar unas horas tranquilas en familia, el señor Abdul, Alí, Luna y yo regresamos a Londres. Durante las siguientes jornadas, yo me sentí tan ausente como si se me hubiera salido el alma del cuerpo.

Con el dinero que le dieron su padre y su abuelo, Alí pudo comprar una furgoneta Volkswagen de ocasión en bastante buen estado, lo que le permitió darse de alta en el radiotaxi como conductor en plantilla y con vehículo propio. En este puesto, le bastaba pagar una comisión de atención de avisos por teléfono para ser algo así como el gerente dueño de su propia empresa.

Tanto el señor Lu como Tan fueron muy generosos en lo económico. El señor Tan no sólo me dio trescientas libras como regalo de boda, sino que después me adelantó otras mil del trabajo. Por su parte, el señor Lu contribuyó con doscientas libras, pero, aparte, me hizo el mejor regalo que podía esperar, y es que, al cabo de unos días, se presentó en el salón de manicura para comunicarme que mi deuda con los traficantes estaba prácticamente saldada y que, al haberme desposado con un ciudadano británico, podría conseguir un pasaporte en condiciones y hasta obtener un permiso de residencia. El documento anterior, que yo había obtenido cuando fui polizón, era falso; lo habían fabricado los traficantes, y si caía en manos de la policía de inmigración, me pillarían ipso facto. El señor Lu me dijo que probablemente le sería posible conseguirme el pasaporte de una mujer china recientemente fallecida que tenía permiso de residencia. En una ocasión me había comentado, con un tono medio en broma, que la población de los barrios chinos de Europa nunca disminuía por mucha gente que muriese de enfermedad o vejez. Entre las ventajas que me brindaría el pasaporte, estaba la posibilidad de registrar legalmente mi matrimonio y además obtener el permiso de trabajo; de ahí que Alí y yo no quisiéramos escatimar en los gastos de obtención del documento. Éstos ascenderían a unas cinco mil libras,

cantidad que, por otra parte, no nos supondría mayor esfuerzo reunir ni devolver.

Me vino a la memoria la historia que mi abuela me contaba. Recordé la parte en que la princesa adquiere el compromiso de desposarse con el gigante, pasar a su lado largos años, ir por leña, sacar agua del pozo, cuidar su casa y darle descendencia. Llegué a la conclusión de que la vida, en última instancia, consistía en esperar, en tener paciencia y dejar que el tiempo discurriera, que las cosas pasasen.

---

26 *Mayun* y *mehndi:* celebraciones prenupciales típicas de Pakistán. *[N. del T.]*

27 Se refiere a los soldados de Estados Unidos. *[N. del E.]*

28 Aperitivos y entremeses. *[N. del T.]*

29 Estofado de lentejas. *[N. del T.]*

30 Dulces típicos de la repostería india y paquistaní. *[N. del T.]*

Capítulo X

Alí y yo nos instalamos a vivir en la casa que dejó libre la pareja nigeriana, pero decidimos tener la cocina en casa del señor Abdul para así hacer las comidas en familia. Antes de irnos al trabajo, le dejábamos al señor Abdul la lista de la compra y, a nuestro regreso, preparábamos la cena con lo que él había traído. Era muy frecuente que el señor Abdul y yo cenásemos solos, y también, como los fines de semana la demanda de taxis aumentaba, resultaba habitual que Alí hiciese turnos de noche un par de veces entre semana. Esas veces cenaba con nosotros antes de marcharse.

Al pasar más tiempo con el señor Abdul, pudimos conversar detalladamente de nuestras cosas. Las historias que me contaba versaban principalmente de su familia, de sus antepasados y de Alá, Dios único del universo, junto con los hechos del profeta Mahoma. A pesar de no haber leído el Corán, yo acabé reteniendo pasajes concretos, como la profesión de fe que dice *Lā ʻilāha ʻillā-llāhu Muhammadun rasūlu-llāh*, «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta», planteamiento que difícilmente resultaría chocante a quien, como yo, se había criado oyéndole a su abuela hablar de ese Cielo que «rige el mundo entero y a todas sus criaturas».

Si mi padre nos hubiera oído a mi abuela y a mí hablar de aquellas cosas, nos habría reprendido por andar con supersticiones. En lo que a mí respecta, aquella divinidad de que me hablaba mi abuela no resultaba muy distinta del Dios al que se refería el señor Abdul. Si tuviera que señalar alguna diferencia, diría algo así como que nosotros comíamos arroz hervido mientras que ellos comían pan *naan* y *chapati*.

De cuando en cuando, le hablaba de mi abuela al señor Abdul. Según éste, mi abuela, al haber sido muy bondadosa en vida, era ahora un ángel y estaba en el paraíso, donde las flores, entre cursos de agua, brotan en todo su esplendor. Yo también tenía la creencia de que esas personas estaban en

algún lugar del prado que se extendía en la otra orilla de aquel río, pasado el arcoíris que hacía de puente y que yo, a veces, veía en sueños. El señor Tan era budista y Lu, cuando terminaba de cocinar en el Shanghai, se daba a unos rezos interminables que sonaban como una especie de hechicería. Por otra parte, en el Barrio Chino mucha gente acudía a templos taoístas, donde encendían inciensos como ofrenda a sus deidades y elevaban plegarias. Por su parte, Luna y Sarah, originarias respectivamente de Bangladesh y Sri Lanka, aunque ambas nacidas en Inglaterra, iban a la iglesia y creían en Jesús. En aquella variedad de culto, percibí cierta flexibilidad a la hora de pasar de unas creencias y ritos a otros. Cuando compartí esta observación con el señor Abdul, éste, con una sonrisa de satisfacción, dijo:

—Hija, entre todos nosotros sólo hay pequeñas diferencias en los modos de vida, como los que puede haber en la vestimenta y la comida. La Providencia del universo es una sola.

A pesar de mi escaso conocimiento de la religión musulmana, nunca me incomodaron demasiado las costumbres de la familia de Alí. Ni siquiera el Ramadán me supuso una dificultad excesiva y, además, me sirvió para comprender y apreciar el valor de cosas cotidianas, como la comida y el trato con la familia, cuando terminaba el periodo de ayuno.

Le expliqué al señor Abdul por qué mi abuela me puso de nombre Bari y la historia de la princesa del cuento.

—Pues, si eres como la princesa —me dijo él, asintiendo y con una afable sonrisa—, en adelante tendrás que buscar esa Agua de la Vida.

—Yo, señor Abdul —le expliqué—, lo único que sé de todo eso es que, según me dijo mi abuela, lo iría comprendiendo a lo largo del camino.

Los días siguientes transcurrieron sin sucesos de relevancia. Alí trabajaba afanosamente con el taxi y yo en el salón de masajes. El señor Abdul rezaba cinco veces al día mirando a La Meca y, los viernes, Alí asistía a la mezquita. Yo aprendí las oraciones en casa y fijándome en cómo lo hacía Alí. Una tarde, estaba yo trabajando en el Tonkin cuando un cliente llegó contando que, según acababa de ver en televisión, en Estados Unidos se había declarado una guerra. Al parecer, el planeta entero estaba inmerso en el caos.

Todo el mundo se sobresaltó. Desde la desorientación, clientes y compañeros intercambiaban comentarios. El señor Tan cogió el televisor que

había en la sala de estar y lo enchufó en el recibidor. Todas las cadenas estaban cubriendo lo ocurrido en Nueva York, transmitían una y otra vez la imagen de aquellos dos aviones comerciales que habían explotado tras estrellarse contra los rascacielos. En un primer momento, todos seguimos la escena con la respiración contenida, como si de una película de acción se tratase. Cuando vimos las torres venirse abajo, se oyeron gritos. Gentes corriendo por calles cubiertas de polvo y cristales rotos, heridos escapando a duras penas y con la ropa hecha jirones, rostros llenos de horror, remolinos de basura y escombros en el aire.

Cuando llegué a casa aquella tarde, daba la sensación de que lo de Nueva York había puesto el mundo entero patas arriba. Fui a ver al señor Abdul, que había colocado su alfombra en el suelo y, arrodillado, rezaba. Me quedé junto a la puerta hasta que hubo terminado sus postraciones, momento en el que se incorporó, se giró hacia mí y me dijo:

—Bari, ¿has visto las noticias?

Con semblante adusto, yo asentí.

—He llamado a Alí para decirle que venga pronto a casa —comentó él.

El sentido de su preocupación no se me escapaba. Aquel día, Alí llegó antes de lo habitual, al caer la tarde y, hasta ese momento, el señor Abdul no dejó de mirar por la ventana. En cuanto lo vio aparecer, le riñó:

—¡Te dije que llegaras pronto!

—Ya —respondió Alí—. Es que me llegó un aviso de un cliente que iba al aeropuerto.

—De aquí en adelante —añadió el señor Abdul— no vas a trabajar de noche más que los fines de semana. Entre semana, te quiero ver aquí en cuanto oscurezca.

—Pero, ¿a qué viene toda esta preocupación? —replicó Alí, abriendo los brazos en señal de desconcierto tras girarse un momento para mirarme a mí.

—Mira, desde hoy el mundo ya no va a ser el mismo. Si ya antes nos miraban mal a los musulmanes, a partir de ahora va a ser peor.

—Pero, abuelo, eso ha pasado en Estados Unidos. ¡Nosotros somos británicos!

—Legalmente sí, pero ya verás; van a arremeter contra nosotros sin miramientos por nuestra religión y nuestro modo de vida.

—¡Pero ese atentado lo ha cometido gente violenta que nada tiene que ver con nosotros los musulmanes! —contestó Alí, alzando la voz y visiblemente agobiado.

—Ésos también son musulmanes —apuntó el señor Abdul, con un suspiro —. Ya verás; se va a liar una buena. Te digo que nos ha caído encima una maldición.

Sin interferir en su discusión, yo fui preparando la cena, de la que dimos cuenta en total silencio. La preocupación del señor Abdul no resultó infundada; cayeron piedras sobre los cristales de las mezquitas, las mujeres con *hiyab* fueron injuriadas y aparecieron marcas en la puerta de las casas musulmanas. Llevábamos una semana de Ramadán. Alí se desvelaba algunas madrugadas y se tomaba algo ligero, como unas gachas o una sopa. Ya no podía comer nada más hasta la puesta del sol, aunque sí bebía agua con frecuencia. Tampoco yo podía compartir el deleite de mis compañeros de trabajo con la comida, y despachaba el almuerzo con zumos o refrescos. La cena no planteaba mayor problema, puesto que, cuando llegaba a casa, el sol ya se había ocultado, aunque la hacíamos más frugal y menos aceitosa de lo habitual. Comíamos principalmente gachas, verduras y frutas. Por mis costumbres y modo de vida, para entonces yo ya era medio musulmana.

Una tarde, Alí recibió una llamada. Por su forma de hablar, deduje que era su padre quien le telefoneaba desde Leeds. Cuando colgó, el rostro de Alí había adquirido un aire afligido.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Mi hermano Uthman ha desaparecido.

—Pero ¿no estaba trabajando en una fábrica?

—Por lo visto, dijo que se había cogido vacaciones y se iba de viaje con unos amigos.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Dice mi padre que en su habitación había una factura de un billete de avión. No se le ha ocurrido otra cosa que irse... a Pakistán.

En aquel instante, se oyó llamar a la puerta y el señor Abdul entró a nuestra casa.

—¿Te ha llamado a ti también tu padre? ¡Tu hermano se ha largado a Pakistán!

Los dos quedaron en silencio hasta que, tras unos momentos de reflexión, el señor Abdul le dijo a su nieto:

—Convendría que te acercases tú a Leeds a ver qué averiguas. Los críos tenéis ese afán de ocultarnos cosas a los mayores como para solidarizaros entre vosotros. Seguro que a tus padres Uthman no les ha contado nada.

—Yo conozco a sus amigotes —dijo Alí, asintiendo.

—¿Y a qué viene tanta preocupación sólo porque Uthman se haya ido de viaje a vuestra tierra? —intervine—. Son sólo unas vacaciones; pronto estará aquí contándonos lo bien que se lo ha pasado.

—No es eso, hija —dijo el señor Abdul, moviendo la cabeza hacia los lados—. Tiene toda la pinta de que han acudido a la convocatoria esa de solidaridad que circuló entre la juventud musulmana desde que Estados Unidos y este país anunciaron la invasión de Afganistán.

Al día siguiente, Alí viajó a Leeds. El señor Abdul y yo lo estuvimos esperando sin cenar hasta que estuvo de vuelta, bien entrada la noche. A causa de la angustia y la fatiga, sus brazos, ya de por sí largos, parecían colgarle hasta las rodillas. Se dejó caer a plomo en el mullido sofá del señor Abdul. En tono acuciante, éste le preguntó:

—¿Qué has averiguado?

—Se fue a Pakistán con tres amigos de la Asamblea de la Juventud —explicó Alí—. Hace ya tres semanas que salieron.

—¿Y sabes adónde han ido exactamente?

—Todo parece indicar que a Peshawar. Por lo visto, de allí es uno de ellos, un tal Said.

—¿Tienes la dirección de ese chico?

—Sí, me la ha dado su madre. Y me ha pedido también que los localice cuanto antes y me los traiga.

Peshawar es la ciudad paquistaní más cercana a la frontera y a Kabul. Alí estaba casi seguro de que el destino final de Uthman y sus amigos era Afganistán. Por mucho que me angustiara que emprendiese aquel viaje en pos de su hermano, yo no podía hacer nada por impedirlo. Además, lo que le movía era el deseo de evitar la tragedia que planeaba sobre la familia. Yo ya estaba embarazada de tres meses, pero aún no se lo había contado a Alí. Apremiado por el anhelo, compartido por toda la familia, de traer a Uthman a

casa, Alí puso rumbo a Pakistán apenas tres días después de aquello. Nadie se imaginaba lo prolongada que sería su ausencia.

Pasaron los meses y Alí no sólo no regresaba, sino que no sabíamos nada de él, circunstancia que se prolongaría mucho tiempo. Entretanto, di a luz a una niña de piel morena que sacó los grandes ojos de su padre. Yo contaba dieciocho años. Con el año nuevo, anunciaron el final de la guerra de Afganistán, aunque en las noticias seguían hablando de operativos contrainsurgentes en las zonas montañosas. La pantalla no dejaba de mostrar desplazados internos, vías de comunicación destruidas y niños hambrientos.

Recibí el alta tras dos días en el hospital. En ausencia del padre, fue el señor Abdul quien, con todo celo, se encargó de comprar ropa, biberones, los pañales y todo lo necesario para el bebé. Fue también su bisabuelo quien le puso el nombre de Hurrya.

—¿Y qué significa? —le pregunté.

—Libertad —me explicó el señor Abdul.

—*Jayu* —murmuré, en mi lengua.

Yo siempre le he atribuido a las palabras la propiedad de volverse inolvidables una vez que se conoce su significado; como los nombres de todas aquellas flores que, en su apogeo, brotaban en las orillas del río Duman y las faldas del monte Paektu, arrulladas por aquella brisa, como las orquídeas amarillas, blancas y moradas, la *dongcha-kot*, la *wang-byôl-kot*, las violetas, la *ûnbangûl-kot*, los astrágalos, los plántagos, las clavelinas, los ranúnculos amarillos o las «flores de arroz» blancas[31] todos esos nombres que me venían a la mente uno tras otro y sin cesar. Me recordé correteando por los prados con mis hermanas y volví la mirada a mi hija, que, a mi lado, dormía plácidamente. Al nombre que le había puesto el señor Abdul, yo le agregué uno originario de mi idioma: «Hurrya Suni», pronuncié en voz baja. A su regreso del trabajo, Luna siempre me ayudaba a preparar la cena y a cuidar del bebé.

También vinieron a visitarnos, desde Leeds, los padres y las hermnas de Alí. Todos señalaban con júbilo que Hurrya Suni se parecía a su padre, y, a la vez, no podían ocultar sus lágrimas al hablar de Alí. Antes de marcharse, su padre, abrazándome, me susurró:

—Durante las vacaciones de verano, su hermano mayor irá a buscarlos a

Pakistán. Entonces tendremos buenas noticias.

En respuesta, sonreí; tenía la fuerte corazonada de que Alí no había muerto. No me reincorporé al salón de masajes hasta que la niña hubo sobrepasado los cien días de vida; sólo iba una vez por semana a ver a madame Emily, quien, aparte de demandar mis masajes con frecuencia, me siguió teniendo por confidente de sus sueños y encuentros con el espíritu de Bekky.

Un día, al llegar a la mansión de Holland Park, Sarah me recibió con una expresión sombría en el rostro.

—La señora no se encuentra en casa —me informó—. Se ha marchado a Brighton.

—¿Ha ocurrido algo malo? —le pregunté.

—El señor ha fallecido —me explicó Sarah en voz baja—. Le han disparado.

—¡Qué horror! —exclamé—. Cómo pueden ocurrir esas cosas...

—Tres tiros dicen que le ha pegado la mocosa esa.

Lo poco que me contó Sarah de aquella historia bastó para despertar en mí una amarga compasión por madame Emily y dejarme tan sobresaltada que se me fueron de la cabeza todas las preocupaciones. El empeño que ponía la señora en las sesiones de espiritismo respondía a la circunstancia de vivir lejos de su marido.

Una tarde estábamos Luna, mi hija y yo en casa cuando el señor Abdul bajó a vernos. Frotó su barba contra la suave mejilla del bebé y le acarició los pies y las manos.

—Tengo algo que decirte —me anunció.

—Os dejo que habléis tranquilos —dijo Luna, levantándose.

—No es ningún secreto para ti —opuso el señor Abdul, indicándole gestualmente que permaneciese allí sentada—. Mi nieto el mayor acaba de regresar de Pakistán.

Luna y yo nos miramos un momento y, en silencio, pusimos atención al señor Abdul, que prosiguió:

—Nos ha confirmado que Alí, siguiendo los pasos de su hermano, viajó de Peshawar a Kabul. Por lo visto, un tío de su amigo Said, que vive en Peshawar, le ha contado que Uthman y sus compañeros lo visitaron poco

antes de estallar la guerra, pasaron allí cinco días y partieron hacia Afganistán. Alí le llegó a llamar por teléfono desde Kabul, pero después de eso no supo nada más ni de él ni de su hermano. Dicen, también, que en Jalalabad, cerca de Kabul, y en la zona de Kunduz, al norte, ha muerto mucha gente en los bombardeos aliados, y que también han hecho muchos prisioneros. Dios quiera que estos chicos estén bien.

—Alí está vivo —murmuré yo—. Lo presiento.

Luna y el señor Abdul guardaron silencio y bajaron la cabeza para evitar mi mirada. Era una reacción que, por entonces, mostraban ya todos mis allegados cuando Alí salía en la conversación. Ya hacía más de seis meses que Uthman y Alí se habían marchado y nadie sabía dónde se hallaban; era lógico que los diesen por muertos. Pensaban que ya era tarde para darme consuelo diciéndome que mi marido regresaría vivo. Pero yo lo vi en sueños varias ocasiones, como también a Uthman. Tal vez debido a que era mi marido, los encuentros con Alí en sueños eran como cuando estábamos juntos de verdad; conversábamos, nos reíamos, nos enfadábamos. Uthman, en cambio, aparecía a cierta distancia y, cuando intentaba acercarme a él, retrocedía.

Un día Sarah me llamó por teléfono al Tonkin. A pesar de no tener cita previa, me pidió que fuese cuanto antes a la mansión. Sin más, cogí un taxi y me encaminé hacia allí. Nada más verme a la entrada, y acompañándose con gestos de las manos, me condujo al interior.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—La señora ya me ha preguntado por ti tres veces —dijo Sarah, moviendo la cabeza a los lados y dando un hondo suspiro—. Es un desastre. Tienes que hacer algo.

Subí al primer piso y me asomé al dormitorio de madame Emily, que hallé envuelto en penumbra, con todas las cortinas corridas y las luces apagadas.

—Señora, ya está aquí Bari —anunció Sarah, en un tono entre comedido y temeroso.

—Ah, vale —dijo, entre las sombras, madame Emily, en un tono exangüe.

Con un ligero empujón, Sarah me hizo pasar al cuarto y se esfumó. Me

encontré cerca de la cama y, como no se veía nada, encendí la lámpara de la mesita de noche. En una mesa que había al lado, había una gruesa botella de coñac y un vaso. Madame Emily estaba ebria. Me puse de cuclillas a su lado y le dije:

—¿Quiere que le dé un masaje?

—A esa calamidad de hombre le han pegado dos tiros en el pecho y uno en la cadera —dijo—. Cuando me hicieron identificar el cuerpo, ya no lo reconocía de lo viejo que estaba. Había perdido un montón de pelo. Y vaya panza más horrenda.

Escuché sus lamentos en silencio. En el exterior, un cielo azul donde flotaban hermosas nubes; en la alameda, el verde intenso de las hojas y los elegantes árboles, mientras Emily, cubierta por un albornoz desatado que dejaba entrever su desnudez, estaba tirada en la cama, inerte. Sus caídos pechos parecían botas de vino medio vacías.

—Sí, la engatusadora esa —prosiguió—, por lo visto, tenía otro amante. Con razón todos los años se cogía el avión tres o cuatro veces para ir a su país. Seguro que a este infeliz le ha sisado una fortuna. Se habrá cansado de salir con el viejo, se le habrán cruzado los cables y se lo ha cargado sin más. Y la poli me dice que si quiero verla. ¿Por qué iba yo a querer ver a la golfa matona esa?

Tras decir esto, Madame Emily hundió la cabeza entre las manos y se dio a un llanto nervioso. Después se ladeó en la cama y adoptó una posición fetal. Yo intenté tranquilizarla, hice que se tumbara recta, le eché por encima una toalla y, comenzando por destensar sus hombros, empecé a masajearla.

—Ya pasó, madame —le dije—, olvídese de eso tan horrible. El tiempo todo lo cura. No la odie.

Apenas comenzado el masaje, sus agarrotados músculos comenzaron a destensarse. Mis manos fueron descendiendo por sus muslos, recorrieron las pantorrillas y bajaron hasta sus pies, que comencé a acariciar. En aquel momento, y de forma inconsciente, cerré los ojos. Sentí un temblor en el hombro y un estremecimiento en todo mi cuerpo, que pareció enfriarse y aligerarse de una manera mucho más rápida de lo habitual.

Allí, de pie, entre las sombras, había una mujer. Su indumentaria era holgada y de gruesa tela marrón. Reconocí en ella al fantasma de Bekky, la

nodriza de madame Emily.

«Ayúdala, por favor», le dije, en voz muy baja, al espectro de Bekky.

«Pues tú no estás precisamente en un buen momento para preocuparte por los demás», me respondió el fantasma, con la voz muy ronca.

En la comunicación que mantuvimos Bekky y yo, las palabras no se oían; eran su espíritu y el mío los que conversaban. Las dos pensamos en un mismo lugar, los muebles de la habitación y la propia oscuridad desaparecieron, y nos encontramos, de pronto, en medio de un paraje árido e inhóspito, todo hierba seca y rocas.

En los campos, sopla el viento. Bekky otea fijamente el paisaje. En los bordes de sus ojos, la piel color ébano se pliega.

«Tú vas buscando a tu marido, ¿cierto?», me pregunta.

«Dónde estamos?», replico.

«Esto es el Mundo Medio, el que está entre el de los mortales y el de las ánimas. Tú puedes transitar por aquí porque eres chamana. El poder de transitar por aquí sólo lo tenemos los seres como tú y como yo».

«Entonces, ¿yo me he muerto también?».

«Depende. Estás a veces viva y otras veces muerta. Ven, te mostraré lo que vas buscando».

Súbitamente, el cielo se oscurece y se estremece en toda su extensión con un estrépito como el de los truenos. También se ven resplandores intermitentes, como de relámpagos. Las ametralladoras lanzan ininterrumpidas ráfagas y siento que los tímpanos me van a estallar del estruendo. Con la sensación de estar volando, comienzo a desplazarme sobre el accidentado terreno. Pronto llego a una pequeña aldea. Veo largas columnas de humo negro que manan de casas en llamas. Los moradores huyen por las callejuelas, sembradas de cuerpos sin vida, y hombres horriblemente mutilados, unos sin brazos, otros sin piernas, gritan incesantemente algo que no comprendo. Con gran estruendo, surcan el cielo numerosos aviones y helicópteros. Por tierra, y avanzando hacia un pueblo cercano, ruedan las orugas de los tanques. Como loca, corro hasta un terreno baldío donde se halla una mezquita, atravieso rápidamente un pasillo y encuentro a cientos de mujeres y de hombres en plena oración. En silencio se sientan, se postran, se levantan y repiten la rutina una y otra vez. Algunas de

las mujeres llevan burka; otras, *hiyab*.

«¿Han visto ustedes a Alí?», les pregunto.

«¿Alí? —dicen—. ¿Quién es ése?».

El murmullo de sus voces, al preguntarse unas a otras por un tal Alí, se propaga hasta llenar toda la sala. Entonces, de entre el gentío, allá delante, se distingue una voz que dice:

«¡Yo he visto a Uthman! ¡Se fue a Kunduz!».

«¡Uthman, Uthman! ¡Kunduz, Kunduz!», repiten entonces numerosas voces, en todas direcciones y como en un eco.

Me mezclo con el gentío para seguir aquellas voces. Pero es en vano; todo el mundo se da la media vuelta en cuanto me acerco. Me voy abriendo paso entre la gente, adentrándome cada vez más en la multitud. En esto, alguien me agarra por el cuello y, a través de las columnas de la mezquita, me conduce a un pasillo. Es Bekky.

«Todos esos son espectros de gente muerta —me explica— que se han quedado anclados en los recuerdos de su vida».

«¿Estamos en el Infierno?», le pregunto.

«No, esto es como una estación de tránsito. El Infierno y el Cielo no existen. Al igual que los mortales nacen y crecen, también las ánimas, a fuerza de acumular méritos, van avanzando hacia un mundo mejor. Las que han cometido muchas maldades en vida pasan más tiempo en el tránsito y en un lugar más bajo».

Lo primero que mi mente evoca al pensar en Kunduz son sus calles, sus minaretes y las casas bajas. Veo también la plaza donde estaba el mercado, puestos montados con tablones, los toldos. Pero las calles están vacías, y las ventanas de las casas, cerradas. Agudos silbidos preceden a las ensordecedoras explosiones y éstas levantan nubes de polvo tan densas que parecen cubrir el cielo. Los proyectiles abren amplios boquetes en las plazas y caen también sobre los tejados. Entre continuas deflagraciones, cae como un granizo de cemento y piedra.

Veo un grupo de hombres que, en los aledaños, por el flanco de un sendero cubierto de hierbas secas, avanzan con las manos en alto. Los militares que les apuntan están descalzos y visten sólo la parte superior del uniforme sobre sus largas túnicas. Hay también varios camiones. El oficial da

la orden y abren fuego. Uno tras otro, los ejecutados caen. Algunos consiguen correr unos metros antes de ser abatidos. Después, la oscuridad va devorando poco a poco la escena y distingo siluetas humanas que, con paso lento y tambaleándose, se mueven por el camino. Con paso rápido, me dirijo hacia ellos y les pregunto si no han visto a Uthman.

Entonces oigo a mis espaldas una voz familiar:

«¡Bari!, ¿qué haces aquí?».

Al volverme, encuentro a Uthman allí, de pie, tan alto y con las manos tan grandes como su hermano. La larga barba le hace parecer diez años mayor.

«Alí vino a buscarte —le digo—. ¿No lo has visto?»

«Nos separamos poco después de su llegada».

Entretanto, los soldados cargan los cuerpos en camiones ante la atenta mirada de los espíritus de los recién ejecutados. En un instante, vuelvo a sentirme transportada por el viento y me alejo de aquel lugar. Pronto me encuentro en el confín de la Tierra, veo una gran extensión de arena, el mar inmenso y, a lo lejos, montañas de cumbres nevadas. Bekky, en cuya presencia no he reparado hasta ahora, contempla el mar a mi lado.

«No hay duda —me dice—: tu marido se fue a través del mar».

«¿Hacia dónde?», le pregunto.

«No lo sé, supongo que hacia donde se pone el sol».

«Ayúdame, por favor —le ruego—. Llévame hasta allí».

El rostro de Bekky adquiere entonces la expresión fría e inexpresiva que mostraba en aquel sueño, cuando la vi en su tierra natal.

«Todo el mundo tiene dificultades —me dice—, y cada persona tiene que superar las suyas. Nadie os va a resolver los problemas ni a Emily ni a ti. —Y añade—: Por cierto; ¿tú sabes por qué yo nunca puedo estar con Osei?».

«¿Quién es ése?», replico.

«Es mi marido del más allá. No logro dar con él. Hace tiempo que se subió a un barco y desapareció. La noche de bodas la pasé con una estatuilla suya de madera. Todos los ancianos de la aldea recordaban su nombre. Era un valiente guerrero y cazaba leones».

Juntas contemplamos la infinitud del océano, de un azul oscuro, casi negro.

Los párpados me pesan como si me los hubieran pegado. Súbitamente, el

mundo comienza a transfigurarse y regreso a mi cuerpo.

Madame Emily había estado dormida todo el tiempo. Al descorrer las cortinas, vi que ya era noche cerrada. Al despertar, recordé con toda su claridad la guerra, la muerte de Uthman y demás escenas que había visto durante aquel desdoblamiento. Recordé la playa a donde me llevó Bekky y me paré a pensar en el hecho de no haber visto a Alí en ningún momento de la experiencia extracorporal que acababa de tener. Para mí aquello fue una inequívoca señal de que se encontraría vivo en algún lado. Durante mi infancia, en Corea, los adultos decían que, cuando realmente deseas tener una cosa o que algo ocurra, no debes decirlo, de lo contrario la suerte se aleja. Yo había visto con claridad que Uthman había muerto y que Alí seguía con vida, pero decidí no compartirlo con nadie, ni siquiera con el señor Abdul.

---

31 Variedades florales de Asia oriental. *Dongcha-kot:* variedad floral asiática del género *Lychnis*. *Wang-byôl-kot:* especie del género *Stellaria*. *Ûnbangûl-kot:* variedad del género *Convallaria*. «Flor de arroz»: variedad del género *Melampyrum*. *[N. del T.]*

Capítulo XI

Pasados unos días del Año Nuevo Chino, vino a visitarme al Tonkin mi amiga Shang, la que había hecho junto a mí aquel arduo viaje en barco tras conocernos en China. Yo estaba enfrascada en el trabajo cuando Vinh, la compañera vietnamita, que había terminado ya su turno y estaba descansando en la sala de estar, abrió la puerta y, como tratando de captar mi atención, esperó a que nuestras miradas se cruzasen. Le pregunté con un gesto qué se le ofrecía y ella, señalando repetidamente hacia el exterior con el dedo pulgar, me dio a entender que alguien me estaba buscando.

Tras envolver con una toalla tibia los pies del cliente a quien estaba masajeando, salí al recibidor. Al principio no reconocí a Shang. Llevaba minifalda, unas botas que le llegaban hasta las rodillas y un suéter amplio que revelaba sus hombros, sobre los que caía un cabello largo. Lo llevaba con una raya en medio, estilo habitual en las mujeres asiáticas de Londres. Al verme entrar, descruzó las piernas. Sus movimientos, al despegar las posaderas del asiento, denotaban cierta turbación.

—¡Bari! ¡Cómo estás! —exclamó, con aquella sonrisa suya que yo había olvidado por completo.

—Lo siento. ¿Quién eres? —pregunté, entre dientes y ladeando la cabeza.

—Soy yo —dijo, en voz baja—, Shang.

Estaba tan cambiada que, aun tras oír su nombre, tardé unos instantes en reconocerla. Parecían haberle pasado por encima muchos años. Su rostro, otrora tan blanco, se había oscurecido. La expresión de sus ojos había perdido su intensidad original e iba muy maquillada. Al reconocerla, se apoderó de mí todo el sentimiento de culpa acumulado durante aquel tiempo. Llena de embarazo, me tapé instintivamente la boca con una mano y le tendí la otra.

—Shang, lo siento mucho —le dije al fin—. Mira que hice el propósito de contactar contigo, pero al final se me fue pasando y, ya ves.

—No te quería entretener mucho —comentó ella—. Estarás atareada.

—No te preocupes. Tengo tiempo.

Salimos del Tonkin y nos desplazamos al salón de té que había en la acera de enfrente. Al tomar asiento me fijé en la manicura de sus uñas, que se le había caído a rodales, y en su viejo jersey, que tenía hilos sueltos en las costuras. Lanzaba miradas inquietas y constantes, ora hacia el mostrador, ora hacia la puerta del salón de té; algo había en ella que transmitía una sensación general de intranquilidad.

—Las señas de aquí me las dio el señor Lu —me dijo.

—Y tú, ¿sigues donde antes? —le pregunté.

—Me cambié a otro sitio..., pero es más de lo mismo —me explicó, dándome a entender que seguía desempeñando un trabajo relacionado con el acompañamiento a hombres. No tenía sentido entre nosotras andarnos con rodeos. Habíamos pasado muchas peripecias juntas.

—¿Y por qué no buscas otro trabajo?

—A estas alturas ya... Bueno, además estoy bien.

Dicho esto, y como si se dispusiera a liberar de golpe todo un caudal de palabras largo tiempo acumulado, puso ambos codos en la mesa y, echando la espalda hacia delante, disparó:

—¿Me puedes prestar un poco de dinero? Lo necesito urgentemente y, aparte de ti, no se me ocurría a quién recurrir...

Por entonces yo ya había pagado, casi íntegra, la deuda con los culebreros, y era prácticamente libre gracias al señor Lu y al dueño del restaurante Shanghai, que me habían avalado. Pero esto no se lo quise contar a Shang, quien, acaso, siguiera aún a merced de los traficantes.

—¿Cuánto necesitas? —le pregunté.

—Doscientas libras —me dijo—. Bueno, con cien me sería suficiente.

—Ahora mismo no las tengo, pero puedo pedirlas.

Crucé la calle y le pedí al señor Tan que me adelantase cien libras del sueldo. Shang, que me seguía esperando en el salón de té, se echó al gaznate dos vasos seguidos de agua. Cuando saqué los cinco billetes de veinte libras, cayó sobre ellos con avidez y, levantándose de la silla, dijo:

—Bueno, no te entretengo más; tendrás trabajo. Te lo devuelvo sin falta la semana que viene.

Desde la calle, se despidió de mí con un gesto de la mano y puso rumbo a la estación de metro. Vi cómo se alejaba sin mirar hacia atrás.

Regresé al Tonkin llena de intranquilidad y, antes de terminar la jornada, llamé por teléfono al señor Lu. Se acercaba la hora punta en el Shanghai y Lu estaba muy atareado con los preparativos de la cena, por lo que nuestra comunicación fue inevitablemente breve. Tras referirle las circunstancias de la visita de Shang, le pregunté si sabía qué le ocurría. Él comenzó por disculparse:

—Lo siento. Me insistió tanto en que quería verte que al final tuve que ceder y darle la dirección del Tonkin. Últimamente se la ve muy apagada. Yo creo que hasta está tomando algo raro. A China no puede volver, y la verdad es que la pobre está que no sabe por dónde tirar. Pero descuida, que lo que le has prestado yo te lo pago a ti.

Yo le dije que no se preocupase por el dinero, que lo importante era encontrar alguna forma de ayudar a Shang.

—Tendría que poner ella de su parte —respondió el señor Lu, con un suspiro—. Si ella no tiene la voluntad de salir, cómo le vamos a ayudar los demás.

En ningún momento creí que Shang fuese a regresar a la semana siguiente ni que me fuese a devolver lo prestado, pero era ella, y no el dinero, lo que me preocupaba. Me propuse ir a buscarla en mi primer día de descanso. Pensé que, si hablábamos abiertamente y con franqueza, encontraría alguna manera de ayudarla. Mas, al no disponer de mucho tiempo libre, mi voluntad no era fácil de cumplir.

Una noche, Luna y yo regresábamos de una fiesta de cumpleaños y, al perder el último metro, tuvimos que tomar un autobús nocturno de los que paraban en las inmediaciones de Picadilly Circus. Los asientos de atrás iban ocupados por gran número de mujeres jóvenes y, por lo general, ebrias. Todas iban en minifalda, y me resultaron notorias tanto la profusión de sus maquillajes como la cantidad de accesorios y adornos que llevaban. Unas parloteaban sin parar; a otras les había vencido el sueño e iban recostadas en los asientos. Captó mi atención una de ellas, una chica oriental que, sentada en el último rincón del autobús, parecía mirar las farolas de la calle con aire distraído. Acaso sintiéndose observada, se giró hacia mí. Cuando nuestras

miradas se encontraron, yo, durante unos instantes, no pude apartar la mía, tan impactante me resultó el aire melancólico de su expresión. La estuve observando aun después de que se apeara en aquella calle desierta. Cuando, desde la parada, aquella chica me miró de nuevo, tomó forma en ella el vivo rostro de Shang. Me dio por preguntarme si las conexiones interpersonales, los lazos que nos unen unos a otros en el mundo, no serán algo previamente determinado por el Cielo, si las relaciones humanas no serán una extensa y tupida telaraña tejida por alguna entidad superior.

Seguíamos sin noticia alguna de Alí. Hurrya Suni, por su parte, crecía rápidamente, gateaba ya por toda la casa, agarraba todo lo que estaba al alcance de su mano, se ponía en pie, se caía, estallaba en llantos y pataleos. Cuando me iba a trabajar, la dejaba en casa del señor Abdul, para quien cuidarla suponía una tarea bastante ardua. Más de una vez, al volver a casa, me los encontraba a los dos, bisabuelo y biznieta, echados uno junto al otro en la cama y durmiendo plácidamente. Al cabo de un tiempo, acabé por contratar como cuidadora a la hija de otro paquistaní que regentaba una pequeña tienda del barrio, donde vendían desde cigarrillos hasta billetes de autobús, y a quien el señor Abdul conocía por sus allegados de la mezquita. La familia tenía dos hijos, un varón, que iba a la universidad, y la chica, de nombre Isha, ayudante de sus padres al frente del negocio y que, según acordamos, se turnaría con su madre en el cuidado de mi hija, cubriendo así las tardes. El señor Abdul seguiría sufriendo la profesión de canguro por las mañanas, motivo de más para que yo declinase firmemente su propuesta de pagar él mismo los honorarios de las dos mujeres.

Cuando volví a desplazarme a casa de madame Emily para darle masajes de pies, encontré a Sarah con muy buen semblante. Había estado casi un mes sin pasar por la mansión, el tiempo que madame Emily estuvo de viaje. Sarah salía siempre a mi encuentro en el recibidor y yo había adquirido la costumbre de escrutar su rostro, intentando leer en éste el ambiente general que reinaba cada vez en la casa.

—¿Ha ocurrido algo bueno? —le pregunté, nada más verla.

—Y tanto que sí —me respondió—. En esta casa se ha aparecido un ángel.

Ante mi gesto de desconcierto, doña Sarah, tomando la delantera, me

indicó:

—Ven, sube. La señora tiene algo de lo que quiere presumir contigo.

Ya desde la escalera, pude oír una sonora carcajada infantil que procedía de la sala de estar. Madame Emily, dando palmas, jugaba con un niño. Sarah y yo permanecimos unos instantes viendo en silencio a madame Emily dar palmas y jugar al corre que te pillo con el bebé, que correteaba con paso inseguro por toda la estancia.

—¡Oh, Bari! ¡Bienvenida! —me dijo madame Emily—. ¡Éste es Tony, mi bebé!

El pequeño echó a correr hacia mí y lo abracé. Con el ceño fruncido, se giró hacia Sarah, que estaba a un costado, como pidiendo que lo cogiera en sus brazos. Era un niño muy guapo, pelo y ojos negros, rasgos bien marcados, nariz bien perfilada.

—Dale algo de comer, anda —le pidió madame Emily a Sarah, quien, con el niño en brazos, descendió a la planta baja.

Yo me quedé tomando un té con madame Emily, quien me contó que Tony era fruto de la relación de su marido con aquella mujer tailandesa. Al parecer, con el ingreso de ésta en prisión y a la espera de juicio, la custodia temporal del niño se la concedieron a una hermana del difunto padre. Madame Emily recibió una llamada de su cuñada y, tras vacilar un tiempo, decidió ir a visitarla para conocer al niño, de quien quedó tan prendada que enseguida se lo trajo consigo.

—Fue verlo y sentir que el corazón se me derretía como una vela —comentó madame Emily.

También me confesó, llena de orgullo, que la llegada de Tony le había rejuvenecido nada más poner sus pies en aquella casa, que había llenado de vida. También tenía una hija, pero ya estaba casada y vivía en Australia. Al recorrer la sala con la mirada, encontré todas las cortinas abiertas de par en par. Asintiendo, le dije a Emily:

—Sí, madame, está claro que el aura de esta casa ha cambiado. Es un buen augurio.

—Por otra parte —observó Emily—, hay algo sumamente extraño. He ido perdiendo el odio que sentía por la madre de Tony. Al principio, sentí tanto desprecio por ella que no podía ver a una mujer asiática sin ponerme a

maldecirla. Ahora es diferente: no puedo odiar a la mujer que ha traído al mundo a este niño.

Apenas comencé a masajear los pies de madame Emily, sentí en ellos la armonía, la tranquilidad que se había restablecido en su vida y llenaba todo su ser. Entonces también yo, acaso por transmisión de su energía a mi cuerpo, advertí que se aplacaba en mi interior la sensación de angustia y ansiedad que había hecho presa en mí hacía ya algún tiempo.

Una tarde de trabajo en el Tonkin tuvimos que encender las luces a toda potencia. Fue a causa de la lluvia, tan copiosa que dejaba en penumbra todo el salón y le daba a la callejuela un aire aún más desangelado y luctuoso que de costumbre. Como era de esperar, todo el mundo se mostró de acuerdo cuando míster Tang propuso echar el cierre antes de la hora estipulada. Por entonces, Hurrya Suni acabaría de cumplir el año.

Nada más salir del salón, Luna y yo nos topamos con una mujer que nos estaba esperando bajo un tejadillo, a resguardo de la lluvia, y que se plantó en mitad de nuestro camino. Esta vez la reconocí de inmediato:

—Shang...

Sobre la falda, vestía una especie de anorak militar que le quedaba enorme, y tenía el rostro medio cubierto por un mechón de pelo mojado.

—Te estaba esperando —me dijo. Tomando su mano inconscientemente, la exhorté a que viniera a mi casa:

—No puedes andar así con este tiempo —le dije—. Vas a enfermar.

Le hice hueco a Shang bajo mi paraguas y pusimos rumbo a casa junto con Luna, quien fue todo el camino echándonos miradas constantes y furtivas hasta que, aprovechando que Shang se metió un momento en una tienda, y como si hubiese estado esperando el instante oportuno para decirme algo en privado, me preguntó:

—¿Quién es ésta?

—Ah... Nada, una amiga de mi tierra.

—Y, ¿está bien? —preguntó entonces Luna—. Tiene pinta como de vagabunda.

Saliendo de la tienda, Shang abrió el paquete de cigarrillos que acababa de comprarse, se encendió uno y, como con ansiedad, comenzó a darle caladas cortas. Nada más llegar a casa, y sin decir palabra, Luna se metió en

su estancia y nos dejó solas. Yo llamé a la mía, dando unos golpecitos con la aldaba. Se abrió la puerta de par en par y apareció Isha.

—Se ve que la niña ya sabe a qué hora llegas —dijo la joven cuidadora—. No se duerme y está muy caprichosa.

Nada más verme, Hurrya se olvidó de los cubos de madera con que estaba jugando en el suelo y, gateando tan rápido como pudo, llegó hasta mí. Tenía el rostro descompuesto por el llanto. La tomé en brazos y, saliendo de la habitación, le dije a Isha que ya se podía marchar.

—Qué ojos más bonitos tiene —observó Shang a propósito de la niña.

—A todo esto —le comenté yo—. No has cenado, ¿verdad? Voy a preparar algo rápido.

—No te preocupes, yo me conformo con un *ramen*[32].

—Qué bien, porque estaba yo preocupada; con la lluvia y eso, no he podido hacer nada de compra.

Al ver que, mientras yo calentaba el biberón de Hurrya, Shang se encendía otro cigarrillo, le pedí:

—Si lo necesitas, fuma, pero salte al patio, *porfa*.

Mi petición pareció contrariar a Shang, pues se apresuró a soltar el cigarrillo y quedó allí muda, con la cabeza recostada sobre las rodillas, que subió a la silla donde estaba sentada. Yo le di a Hurrya su biberón y un potito, le cambié el pañal y la eché a dormir. La nana de mi niñez que le canté, acompañada de golpecitos en la espalda, hasta que se quedó dormida, hizo brotar de Shang un chorro de lágrimas.

—¿Estás bien? —le pregunté—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —respondió, tras secarse los ojos y sonarse la nariz con un pañuelo desechable—, que al oírte cantar esa nana me acordé de mi niñez. Por cierto, siento no poder devolverte el dinero.

—Tranquila; más adelante, cuando buenamente puedas.

Aproveché la comida para preguntarle unas cuantas cosas sobre su vida.

—¿Sigues con la deuda de los culebreros?

—No, ésos me dejaron libre como al año de llegar, cuando me pasaron a otro negocio.

—Si te es insoportable la vida de aquí, denuncia a tus jefes a la policía, aunque sea. Si te echan del país, al menos podrás volver a China.

—Ya no quiero volver. Me gusta esto.

—Entonces cambia de trabajo. Ponte a dar masajes, como yo. Le puedo preguntar a Tan, el jefe del salón donde yo estoy.

—Ya es tarde —respondió escuetamente y con una sonrisa para, en voz muy baja y evitando mi mirada, añadir—: La vida es igual en todas partes...

Apagamos las luces y, por primera vez en años, nos tendimos una junto a la otra para charlar. Hasta que nos venció el sueño, intercambiamos historias varias e inconexas cuyo único hilo conductor era la ciudad de Londres y sus efectos sobre nuestras vidas. Hablamos de las chicas asiáticas, de las rusas y de las de otros países de Europa del Este que llegaban a trabajar a los negocios de la zona, de sus familias, que, tras remover cielo y tierra hasta encontrarlas y llevárselas de vuelta a casa, veían cómo al cabo de seis meses o menos las jóvenes retomaban aquella vida vacía de amor, donde dormían con quien fuese sólo por dinero, de esas relaciones que entablaban con el primer mediador de los bajos fondos, a quienes ellas consideraban parejas de verdad. De esas cosas, en fin, que ocurren en todas las ciudades del mundo.

—Por más que pienso en Zhou —dijo Shang, antes de quedarse dormida —, últimamente no recuerdo su cara.

—¿Zhou? ¿Quién es?

—Mi marido. ¿No te acuerdas de cuando nos separamos en Dalian?

—Ah, es verdad —comenté yo, con una voz tan somnolienta como la de Shang—. Recuerdo que él se quedó en el puerto.

El letargo pesado y evanescente que nos envolvió entonces no nos permitió decir nada más.

Ante mí, la vastedad de un páramo inescrutable, sin un solo árbol, nada más que un mar de arena y ese sol abrasador, asfixiante. De pronto, una pequeña jaula, como un gallinero, delimitada por una valla metálica y, en su interior, una figura humana, arrodillada, con las manos amarradas a la espalda y la cabeza clavada en el suelo. No veo su rostro, pero reconozco inmediatamente esos hombros, tan familiares para mí.

«¡Alí! ¿Por qué estás ahí dentro?», intento gritar, pero de mi garganta no brota sonido alguno. Si gritar me resulta imposible, más aún acercarme a él. Parece estar pasándolo mal, porque se mueve constantemente, ora forcejeando hacia un lado y otro, ora recuperando la postura original. Yo lo

llamo una y otra vez, pero todos mis intentos son en vano.

De pronto me encuentro en un oscuro pasillo. A uno y otro lado, pequeños agujeros. En todas las celdas veo la misma figura humana, siempre arrodillada, siempre desnuda. Grito el nombre de mi marido ante cada celda. Todos los presos se giran hacia mí y se quedan mirándome. Pero sus rostros no se ven, pues están envueltos en tinieblas. En un momento dado, y como si mis oídos se abrieran de pronto, llega a ellos un griterío en el que se mezclan las siguientes increpaciones:

«¡Quieto!».

«¡A callar!».

«¡Al suelo!».

«¿Qué miras?».

«¡De rodillas!».

«¡Hijo de perra!».

«¡Escoria!».

A continuación, oigo una algarabía donde se mezclan sollozos y quejidos de muchas personas diferentes:

«¡Tengo sed!».

«¡Estoy enfermo!».

«¡Tengo hambre!».

«¡No me golpeéis!».

«¡Cabrones!».

«¡Madre!».

«¡Esposa!».

«¡Sacadme de aquí!».

Aparece Alí, encogido en el suelo y cubriéndose el cuerpo con los brazos. Me pongo ante el boquete de su celda y grito:

«¡Amor, soy yo! ¡Levántate!».

Esta vez, siento que mi voz ha llegado alta y clara a su oído. Tras un instante de sobresalto, levanta la cabeza. Yo reanudo mis gritos:

«¡Aquí! ¡Aquí estoy!».

Tambaleándose, Alí se incorpora y se apresura a asomarse al agujero para verme.

«¡Bari! ¡Bari!».

Ahora sí distingo nítidamente sus rasgos. A pesar de la cabeza rapada y la larga barba que le cubre el rostro, sus ojos, grandes y con cierta expresión de temor, no han cambiado un ápice. Por los carrillos le resbalan dos lágrimas. Entonces, y como si una violenta racha de viento empujara mi cuerpo, me siento desplazada al otro extremo del pasillo, donde la oscuridad me engulle mientras sigo gritando el nombre de Alí.

Cuando vuelvo a cobrar conciencia de mi cuerpo, me veo tendida en la cama. Por la ventana que da al patio entra una luz clara. Unas palomas se posan allí y empiezan a juguetear. Al girarme, descubro a Shang, quien, echada de costado, duerme. Enseguida me vienen a la memoria los rasgos de Alí, a quien tan nítidamente he visto en sueños. Incapaz de volverme a dormir, me quedo tumbada sin más.

Nada podía hacer hasta que amaneciera. Sólo me puse en marcha cuando Hurrya, despierta por el hambre, comenzó a gimotear. Como cada mañana, empecé por prepararle la leche en polvo y la comida. Sin poder quitarme de la mente el rostro de Alí, que con tan sorprendente claridad había visto en aquel sueño, por lo demás tan sombrío, me llevé al bebé a su cuarto, lo puse en el suelo para que jugase allí y preparé algo para nosotras.

—Shang, a desayunar —la desperté.

—Yo normalmente no desayuno —dijo ella, sin abrir los ojos y girando apenas la cabeza, antes de darse la vuelta en la cama para seguir durmiendo.

Desayuné sola, llamé a la puerta de la habitación de al lado y le pedí a Luna que me excusase del trabajo aquel día, sin darle explicación alguna más allá de que me encontraba indispuesta. Al ver que yo no subía a la hora habitual, el señor Abdul vino a buscarme.

—Señor Abdul, hoy no voy a trabajar —le comuniqué sin más, reprimiendo el impulso de contarle el sueño en que había visto a Alí.

—Vale —dijo el señor Abdul—. Parece que hay alguien contigo...

—Sí, ha venido una paisana mía.

—Entonces yo me voy un rato por ahí. Hace mucho que no salgo.

Lo más probable es que el señor Abdul aprovechase aquel día de libertad para pasar por la mezquita y después por un parque cercano, donde le gustaba charlar con amigos de su edad. Yo estuve jugando con Hurrya hasta cerca del mediodía, cuando me puse a preparar algo de comer para Shang, que se

acababa de levantar. Isha, que siempre llegaba a primera hora de la tarde, se marchó sin más al encontrarme allí. Aquel día, comprobé lo sucios que estaban la colcha y el felpudo, salpicado de restos de comida de la niña y otras manchas. Retiré la ropa de la cama, la junté con la ropa sucia de Hurrya y con la mía, formando, entre todo, un fardo tan grande que, con él a cuestas, parecía Papá Noel. Me quedé un momento observando a mi hija, que estaba abstraída por completo con sus juguetes, entre ellos un conejo que correteaba al apretarle un botón y una muñeca parlante.

—Voy a la lavandería de aquí enfrente —le dije a Shang, que estaba sentada tomándose un té—. ¿Te importa quedarte con la niña un rato?

—Descuida —me respondió, con una amplia sonrisa.

—Si protesta, le miras a ver si tiene húmedo el pañal y se lo cambias. El berrinche se le pasa en cuanto la cojas y la arrulles un poco.

—Mírala —replicó Shang, refiriéndose a Hurrya y dando unas palmaditas en el fajo de ropa que yo llevaba a la espalda—, podría pasarse el día entero a su aire.

Al ser día laborable, y a aquellas horas de la tarde, la lavandería no estaba muy concurrida. Allí sólo había una anciana, que, sentada ante las lavadoras con aire distraído, había ido a lavar felpudos, ropa de cama y cosas por el estilo, igual que yo. Metí la colada en una de las máquinas, inserté unas monedas para ponerla en marcha y aproveché el tiempo de lavado para acercarme al Sainsbury, que quedaba a unas pocas manzanas de allí, donde hice unas compras para la cena. A mi regreso, la lavadora ya había terminado su ciclo; una hora más tarde, ya salía de allí con toda la colada seca.

Al cruzar la avenida y verme en las callejuelas de mi vecindario, sentí en el pecho una inquietud que no parecía obedecer a motivo alguno más allá del aspecto despoblado y lúgubre que ofrecía el vecindario y las casas vacías. Con el fardo de la colada en una mano y la cesta de la compra en la otra, aceleré inconscientemente el paso. Una vez en la puerta de casa, dejé la colada en el suelo un instante y, con mano temblorosa, introduje la llave en la cerradura. Lo que vi al abrir la puerta hizo brotar de mi garganta un grito de espanto y taparme la boca con la mano. Hurrya Suni yacía al pie de la escalera como una muñeca de trapo rota.

—¡Suni! ¡Suni! —grité, con ella en brazos.

La cabeza, inerte, le colgaba hacia atrás. Nadie respondió a mis gritos. Parecía no haber nadie en todo el inmueble. Ni aun en el hospital, donde sólo pudieron verificar su muerte, me podía creer lo ocurrido. Transcurrido ya un rato, llegó el señor Adbul e intentó, en vano, sacarme de la conmoción en que estaba sumida, tan honda que ni siquiera lloraba. Me tomó del brazo, después me puso la mano en el hombro y, zarandeándome con suavidad, me dijo:

—Hija, sabes que el alma de Hurrya no está aquí. Te estará esperando en la casa.

Sólo entonces, y con la cabeza recostada en el pecho del señor Abdul, lloré unos instantes. Una vez en casa, encontré toda la habitación patas arriba. Nada más irme a la lavandería, Shang se habría puesto a revolverlo todo. Habría dado con el dinero que la familia guardaba para las emergencias, puesto que el cajón que lo contenía, al pie del armario, estaba abierto. Después, se habría dado a la fuga. Al rato, Hurrya, cansada de llorar allí sola, se habría aventurado gateando hasta las escaleras para intentar alcanzar la casa del señor Abdul, donde siempre la llevábamos.

La aparición de Alí en mi sueño, que hasta entonces había tomado por un mero reencuentro, cobró entonces otro significado. Supe que me había visitado para prevenirme de algo. Entendí la expresión de su rostro en el sueño, desencajado y lleno de confusión. Pasé sin moverme de casa dos semanas enteras, las siguientes al entierro de Hurrya Suni, que se llevó a cabo en un cementerio adscrito a la mezquita y toda vez que el señor Abdul, con sumo tacto y explicándome que el cuerpo de un musulmán no se puede hacer desaparecer del todo, se opusiera a mi idea inicial de incinerarlo sin más. Durante todo aquel tiempo no fui a trabajar y estuve encerrada en la habitación. Por encima del armario y apoyados en la pared se veían los juguetes y la diminuta ropa de mi hija. Cogí una de sus muñecas, de caucho, y escuché el sonido que emitía al presionarle el ombligo: *«I love you, mummy...I love you, mummy,* estuvo repitiendo un rato. Me dejé caer, como desplomada, y quedé llorando con la muñeca en brazos. Después, cogí toda la ropa de mi hija, la metí en el saco de la colada, que saqué al patio, y la quemé en una hoguera que hice con papeles de periódico. Al prender la llama, vi las ropas mudar de color y, en un crepitar informe, quedar reducidas a ceniza. Doblé la espalda para dejarme caer una vez más, ahora en el suelo del patio.

Aun con la boca cerrada, me oí maldecir a Shang, decir que la mataría. Más tarde, comprendería que todo el rencor que dirigí hacia Shang en aquel momento era, en realidad, la expresión de todo el resentimiento acumulado durante el largo viaje que me había llevado hasta aquel punto.

Durante unos días, Luna estuvo viniendo a verme a mi habitación e intentando sacarme de mi estado con cariño y bromas a las que yo no podía responder. No ingería nada más que agua y me pasaba los días echada en la cama o sentada junto a la ventana con la mirada perdida. Cada cierto tiempo, el señor Abdul me traía algo de comer y, a su vuelta, encontraba siempre el plato sin tocar. Una de aquellas veces, y acaso llevado por la impotencia de verme tan sumida en el autoabandono, me dijo:

—Bari, todo el mundo se muere. Ya nos llegue en un accidente, por enfermedad o de anciano, la muerte es un nuevo comienzo. Hurrya, ahora, ha emprendido un viaje. Tú también tienes que esperar hasta que llegue tu día.

—Pero —le respondí al fin— ¿por qué a mí me manda Dios todo este sufrimiento, si yo nunca he hecho mal a nadie? ¿De qué sirve tener fe y voluntad?

—La naturaleza de Dios consiste en observarnos en silencio. En este mundo, tanto los colores como las formas, tanto las sonrisas como las lágrimas, tanto el sueño como el olvido, dan la sensación de no tener principio ni fin, pero el principio y el fin de las cosas están en algún lugar. Todo el infortunio y el dolor que padecemos son reflejo de nuestros actos ya cometidos. Los avatares y altibajos de nuestras vidas son una prueba que nos pone Dios para que aprendamos a vivir en la virtud. Sólo superándolos podemos apreciar la vida en su plenitud y belleza, que es lo que Dios desea para nosotros. Anda, come algo, que tienes que reponer fuerzas

—¡Déjeme sola, por favor! —exclamé. El señor Abdul se levantó y desde la puerta, con el plato en la mano, añadió aún:

—Cuando dejé Cachemira, tras perder a mi esposa y a mis hijas en aquel tiroteo, yo sentía el mismo rencor hacia Dios que tú sientes ahora. Me resultaba incomprensible que infligiera tanto sufrimiento a gentes bondadosas. Después comprendí que nuestro paso por la Tierra ya es, de por sí, un infierno que todo ser de carne y hueso experimenta en el vivir, y que el odio no es sino otro infierno que creamos nosotros aparte, una prisión de la

que nos hemos de liberar para acudir a Él, que nos espera en silencio.

Tras salir el señor Abdul, la puerta se cerró sin apenas ruido y yo quedé tendida en la cama, abatida por el cansancio y sollozando sin parar.

---

32 *Ramen* son tallarines instantáneos. *[N. del T.]*

Capítulo XII

El cielo de la habitación se abre. En las tinieblas, mi cuerpo se eleva con toda ligereza. Como siempre, aparece ante mí el sendero blanco, que recorro con presteza, como si me deslizara, y enseguida aparece ante mí *Chilsong*, que agita la cola. Sin fuerzas, casi desplomándome, voy hasta él e intento abrazarlo, pero él, en un instante, como si se teletransportara, desaparece de mi lado, retrocede la misma distancia que yo avanzo hacia él y, en su nueva posición, vuelve a agitar la cola.

«La tristeza —le digo— no me deja vivir. Dame consuelo, te lo suplico».

«No te preocupes, Bari —me responde *Chilsong*, a través de nuestro canal de comunicación interior—, saldrás adelante».

Dicho esto, y tomando la delantera, comienza a correr. Tras él, y deslizándome, como siempre, yo también recorro el sendero blanco. Arribamos a una playa de cuya arena blanca, y dispersas, afloran grandes rocas. Allí está mi abuela, de espaldas al mar y con sus níveos ropajes, que ondean al viento. Corro hacia ella y, casi derrumbándome, la abrazo. Ella me ciñe suavemente con sus brazos.

«Abuela... —le digo, rompiendo a llorar—, perdí a mi familia, ahora también a mi marido y a mi hija... Los he perdido a todos...».

«Fíjate en ese mundo, en sus gentes —dice mi abuela, dando golpecitos en mi espalda para consolarme—. Una persona va por la calle, lo atropella un coche y, en ese instante, desaparece. Si te das cuenta, hay gente que has visto ayer, que has visto hace apenas un rato, y ya no están allí. Ya no las oyes, ya no las ves. —Y añade—: Suni está aquí».

Mi abuela, entonces, pone una mano en mi hombro y me indica que me gire. Allí está mi hija, de pie frente a mí, junto a *Chilsong* y vestida con los mismos ropajes blancos que mi abuela, desde la falda hasta la chaqueta de mangas holgadas, todos pequeños, cual si fuesen de una muñeca. Con los

brazos abiertos para abrazarla, corro hacia ella, mas, al igual que hace *Chilsong*, Suni se aleja. Cada centímetro que, con gran afán, trastabillando, me acerco a ella, lo retrocede.

«No te afanes, hija —dice mi abuela—. El cuerpo tuyo que está en el mundo mortal, en realidad, no eres tú. No es más que una morada de tu espíritu. Cuando tu espíritu se deshaga del cuerpo y se marche de ese mundo, tú serás como nosotros. Y tanto la aflicción como la alegría son cosas propias del mundo terrenal».

«Entonces —le digo—, quiero partir ya».

«Aún te queda algo que hacer allí. Hay muchas gentes por el camino que te han formulado preguntas...».

«Sí, eso lo dice la historia que me contabas. La princesa viajaba al más allá y volvía con las respuestas a las preguntas que le hicieron por el camino».

«Así es. Por eso tienes que ir en busca del Agua de la Vida».

Mi abuela se gira hacia el mar, donde aparece un barco de cinco o diez veces mi altura, casco de madera y con las formas típicas de los buques tradicionales de Corea, incluyendo dos grandes velas de tela de cáñamo teñidas de amarillo. Por la borda aparece un puente de nubes, que desciende para que subamos a bordo.

«Sube», me dice mi abuela, dándome un ligero empujón en la espalda.

Aborda, en primer lugar, *Chilsong*, corriendo y dando leves saltos. Yo le sigo y, al volverme, veo que la playa ha desaparecido. Tampoco hay agua bajo el barco, que se eleva hacia el cielo flotando en tinieblas. *Chilsong* y yo vamos en la torre del vigía.

«En esta travesía —dice *Chilsong*—, surcaremos, en primer lugar, el Mar de Fuego, después el de Sangre y, por último, el Mar de Arena, que todo, hasta las plumas de los gansos salvajes, lo engulle. Después de eso, llegaremos al Castillo de Acero».

«Y eso, ¿qué es?», le pregunto.

«Allí es donde está el Confín de Poniente».

El barco deja atrás las tinieblas y se adentra en el Mar de Fuego. Las llamas se elevan por el espacio vacío que vamos surcando, tanto a babor como a estribor. Una negra y densa humareda se extiende como una nube y

cubre la popa, la proa. Tras las llamaradas no se atisba forma alguna; sólo se oyen estruendosas deflagraciones, helicópteros, aviones de guerra, vehículos acorazados, se les oye volar, rodar, disparar. Se oye también un clamor de numerosas voces, como de una muchedumbre, en el que se mezclan aullidos, alaridos, gritos de mujeres y niños y las siguientes órdenes:

«¡Filas, avancen!».

«¡Las manos en alto! ¡No os mováis!».

«¡Hay que exterminar a las hordas del mal!».

«¡Por la gloria de Dios!».

«¡Disparadles! ¡Matadlos! ¡Aniquiladlos! ¡Barredlos! ¡No dejéis ni uno!».

Desaparecen las llamas y el humo. El barco, durante un rato, surca las tinieblas. Las estruendosas voces también se van disipando poco a poco. Siento que ha cesado el estrépito y me quito las manos de los oídos.

«¡Qué horror!», exclamo.

«Ése es el infierno que vosotros habéis creado en la tierra —me explica *Chilsong*, hablando con su voz interior—. Aquí está representado igual».

Progresivamente, el cielo se tiñe de tonos rojizos, asemejando un ocaso. Abajo, se ven olas de color granate y negro. El barco va surcando el Mar de Sangre. En el horizonte, y con trazos sombríos, se comienzan a esbozar unas torres que asemejan un paisaje urbano.

«¿Qué ciudad es ésa?», le pregunto a *Chilsong*.

«Son los barcos del más allá —me responde— que se erigen sobre el Mar de Sangre».

Al acortar la distancia, se comienzan a distinguir varias embarcaciones de diferentes contornos, todas grises, todas flotantes. Sobre la cubierta de una de ellas, a la tenue luz de una lámpara, hombres, mujeres y niños, desnudos o con las ropas hechas jirones. Entre ellas distingo a las gentes muertas de inanición que encontré en las aldeas y senderos cuando iba de Musan a Buriong en busca de mis padres. No parece sino que, de un momento a otro, voy a ver también a mi hermana Hion y a toda mi familia. Agudizo la vista y examino concienzudamente toda la cubierta.

Allí aparece mi madre, así como mis hermanas Suc y Chong. A las tres las vi vivas por última vez cuando se fueron a Buriong a instancias de aquella citación oficial. El hecho de que aparezcan aquí confirma que están todas

muertas. Junto a ellas, veo también a mi hermana Hion, que murió congelada aquel invierno que pasamos en el refugio de montaña. Al igual que cuando, en sueños, uno tiene conciencia de estar soñando, yo sé que todo esto no forma parte del mundo de los vivos; sé que estoy asistiendo a visiones del más allá.

«¡Madre! —grito—. ¡Suc, Chong! ¡Hion!».

Mas ellas no parecen verme a mí, pues permanecen inmóviles, mirando al frente, y no reaccionan a mis llamadas.

Del modo más drástico, la escena comienza a mutar y la cubierta de aquel barco se ilumina, quedando patente hasta el último detalle de las gentes que allí están. A bordo de aquel barco van blancos, negros, amarillos, gentes de todas las razas. En aquella multiplicidad de espectros de todos los rincones del mundo, unos corresponden a gente muerta de hambre, otros por enfermedades y padecimientos, los hay muertos en el trabajo, muertos a golpes, en explosiones, quemados, ahogados, los hay muertos de ansiedad. En el mascarón de proa, con medio cuerpo fuera del barco como una prolongación de éste, hay una mujer que me resulta conocida.

«Respóndeme a dos preguntas —me exhorta Bekky—: cuál es la causa de todo este dolor que hemos padecido, y qué hacemos aquí».

Le respondo con más preguntas:

«¿Qué son todas estas imágenes? ¿Por qué están todos ahí, a bordo de ese barco?»

«Son escenas que proceden de tu interior —me explica. Y añade—: No olvides mis preguntas».

Apremiada y confusa al ver que su barco comienza a desdibujarse, le grito a Bekky:

«¡Te responderé a mi regreso!».

A continuación, se aproxima otra nave, toda la cubierta, de proa a popa, iluminada por la luz vacilante de numerosas antorchas. A bordo van gentes con heridas de lanza, de flecha, de sable, de bala, todos en fila, con los cabellos sueltos y desaliñados, unos mancos, mutilados, sin cabeza otros. Hay gentes que visten uniformes militares teñidos de sangre, vendas, prótesis, parches en los ojos. Algunos se arrastran y se tambalean.

Entre ellos, distingo al padre y al abuelo de madame Emily, veo militares

estadounidenses y británicos y, al igual que en el viaje anterior, veo a Uthman, el hermano pequeño de Alí. Lleva barba y un sombrero blanco y cilíndrico.

«Bari —me implora—, explícame cómo es posible que el mal se imponga en el mundo. Y dime qué hacemos aquí, junto a nuestros enemigos».

Mirándolo de frente, y gritando, puesto que los barcos se comienzan a alejar uno del otro, le digo:

«¡Te lo diré a mi regreso!».

Deslizándose lentamente, nuestro barco va dejando atrás el Mar de Sangre. Otro buque, que flotaba lejos de nosotros, se aproxima. Todo en él, desde las velas hasta la proa, es negro como el tizón.

A bordo de aquella nave, van hombres y mujeres con tantos explosivos amarrados al cuerpo que no se ven sus pechos ni sus vientres. Sus bocas van cerradas de par en par. Veo también cuerpos desnudos de hombres, destrozados por esquirlas y quemaduras, veo miembros desperdigados por doquier que, en un momento dado, flotan en el aire y, cual bandadas de moscas, se reagrupan en nuevos cuerpos.

Veo jóvenes y ancianos con barba y caras de obstinación, mujeres con *hiyab* y expresiones de angustia, con los rostros distorsionados, el cuerpo lleno de moratones y heridas producidas por los latigazos. Mujeres con la cara oculta y todo el cuerpo, de la cabeza a los pies, cubierto por el *burka*.

«Dime cuál es el sentido de nuestra muerte», me pregunta, blandiendo el puño, un hombre desconocido que lleva explosivos amarrados al pecho.

«Y el de la mía», murmura, desde dentro de las telas que le cubren el rostro, la mujer del *burka* que había al lado. Yo ni siquiera comprendo el significado de sus preguntas.

«Os lo contaré a mi regreso», les respondo.

Se acerca un nuevo barco, éste carente de fuego, de luces y, acaso, también de tripulación, pues se aproxima envuelto en un silencio sepulcral y sin la más leve oscilación. Nada más que imprecisos contornos que se esbozan apenas en las tinieblas.

De pronto, macabras y sarcásticas risas rompen la quietud. He aquí los funcionarios que se llevaron a mi padre en Corea, los hombres que desahuciaron a mi familia, los que vendieron y atormentaron a mi hermana

Mi cuando cruzó el río Duman. Allí están también los prestamistas de Dalian, los traficantes que vimos en aquel barco de polizones, los culebreros, los hombres que violaban a las migrantes y aquella rechoncha madame de burdel que se burló de mi esmirriado pecho.

Y, entre todos ellos, con la mirada puesta en mí, está la que me resulta más temible que ninguno, aquella que me inspira un odio más tremebundo: Shang, quien, al pasar su barco junto al nuestro, me grita, asomada a la proa:

«¡Aquí están los seres que tú más odias! Dime, ¿cuándo nos liberarás?».

«¡Jamás!», le respondo, con el pecho contraído de la ira.

«Algún día tendremos que quedar libres, ¿cuándo?».

«¡Te lo diré a mi regreso!», vocifero, tras sufrir un escalofrío en medio de la confusión.

Nuestro barco deja atrás el Mar de Sangre y, una vez más, queda envuelto en tinieblas. El cielo clarea y pronto satura el espacio una tormenta de aire tan espesa y blanca que todo parece cubierto de niebla. Me asomo por la borda y miro hacia abajo, pero todo lo que alcanza la vista es una vasta planicie de arena, que se extiende en todas direcciones hasta ocupar el horizonte.

«Nos adentramos ahora en el Mar de Arena —me explica *Chilsong*—, donde todo, hasta las plumas de los gansos salvajes, se hunde».

«Y, ¿qué vamos a encontrar aquí?», le interrogo.

«Yo sólo sé que la arena lo engulle todo».

Al fijar la vista en aquella planicie de arena, tan blanca y reluciente como si la acabasen de lavar, percibo que, a cierta distancia, algo se mueve. Son varias figuras; visten ropajes de lo más variopinto y todos llevan en la mano libros sagrados. Allí están todos, manteniéndose apenas en pie, pujando por que no se hundan sus pies en las arenas. Todos lanzan arengas, cada uno en su lengua, todas incomprensibles para mí y mezcladas en un maremágnum de discursos e idiomas que suena como una suerte de disparatado y exótico hechizo. Conforman una maraña de sombreros y túnicas que, acaso por verlos a todos juntos, resultan similares entre sí, y, dado que hablan todos lo más alto que pueden, elevando sus voces a fin de ahogar las de los demás, el resultante es un griterío que no transmite mensaje alguno.

Carrillos rojos del furor, ojos excitados hasta salirse de sus órbitas, cada uno blande en una mano sus textos sagrados mientras, con la otra, apuntan a

cielo y tierra con vehementes aspavientos. Pero el Mar de Arena, que engulle hasta las plumas de los gansos salvajes, no va a renunciar a este bocado, y todos se hunden ya en su seno. Van desapareciendo tobillos, luego caderas, hombros y cabezas finalmente. Sólo se ven ya sus brazos, que se agitan sin parar hasta que, engullidos por completo, no queda más que aquella arena, silente y sin indicio alguno de vida.

En un instante, vuelven a surgir de las arenas cuerpos y, al igual que antes, entablan una nueva contienda verbal. Pero también éstos, poco a poco, van siendo engullidos, y nuestro barco, en silencio, continúa su travesía sobre el Mar de Arena, tan monótono y estruendoso, tan absurdo y grotesco, donde hasta las plumas de los gansos salvajes se hunden.

Llegamos después a un paraje que resulta similar a aquel de donde partimos. Afloran del suelo grandes piedras, y lejos, en el horizonte, se recorta un imponente macizo de rocas negras. En la cima, cubierto de rojiza herrumbre pero obstinado y desafiante, se yergue el Castillo de Acero, de contorno rectangular. Sólo interrumpen la oscuridad de la escena las luces que brillan en las también cuadrangulares ventanas.

«Allí dentro —me informa *Chilsong*— encontrarás las Flores que Revisen el Espíritu y también el Agua de la Vida».

«Me espanta —comento, vacilante y sin bajar del barco—. No podré ir sola».

«Dicen desde antiguo —apunta *Chilsong*— que este cometido sólo puede lograrlo Bari».

Apenas he pisado el puente de nubes, me hallo directamente en tierra. Desde la proa del barco, *Chilsong* me lanza un fardo que sostenía en la boca. En su interior encuentro dos objetos de cobre, una campanilla y un espejo, así como unas pastas de sorgo.

«De parte de tu abuela —comenta *Chilsong*—. Todo te será útil allí dentro. Cuando termines, no tienes más que llamarme y el barco volverá por ti».

Con el hatillo cruzado a la espalda, emprendo la ascensión del macizo rocoso. Por las laderas, y en todas direcciones, ruedan grandes bloques desprendidos de la montaña, y basta que intente sujetarme de algún saliente rocoso para que se suelte o se vuelva gravilla en mis manos. A gatas, y tras

haberme visto patas arriba en el fondo del valle, reemprendo la escalada. Sirviéndome de rodillas y codos, con las palmas de las manos en carne viva, consigo apenas llegar a un punto desde donde se divisa la entrada al castillo. Allí se interrumpe el sendero; ante mí, una grieta profunda y negra como la noche. Entonces se oyen unos graznidos que, mezclados con grotescas risas, llegan de lo alto de la roca más cercana:

«¡¿Adónde vas, mentecata?!».

—Al alzar la vista... Oh, sorpresa, aquí está el cuervo, el de siempre. Esta vez no siento enojo hacia él; antes al contrario, me alegra verlo en aquel lugar.

«He de sacar del castillo las Flores que Reviven el Espíritu y el Agua de la Vida —le digo—. Ayúdame».

El cuervo bate las alas con altivez y, tras un breve vuelo, viene a posarse a mi hombro.

«¿Acaso no llevas una campanilla? —grazna—. Será para hacer algo con ella, algo con ella...».

Me descuelgo el hatillo que llevaba a la espalda y saco de él la campanilla. Apuntando con ella hacia arriba, la agito. De entre las sombras surge un puente de piedra que, con estrépito y sin dejar rastro, se desmorona apenas lo hemos cruzado.

El portón que da acceso al castillo está cerrado a cal y canto. Custodian la entrada un par de demonios peludos; cada uno tiene un cuerno en la cabeza, visten armaduras decoradas con grabados de dragones y esgrimen sendos palos con fuego en la punta.

«¡Qué miedo! —grazna el cuervo—. ¡Tírales una pasta a cada uno, una a cada uno!».

«¡¿Qué hacéis aquí?!», nos gritan los custodios, con los ojos inyectados en sangre. Enseguida abren las fauces de par en par con la intención de morderme, momento que aprovecho para meterles en la boca las pastas de sorgo.

Apenas se han tragado las pastas, los demonios se inclinan ante mí en una solemne reverencia y abren pesadamente el portón, circunstancia que aprovecho para acceder al castillo de inmediato. Una vez dentro, se abre ante mí un sendero de piedra que me lleva hasta una nueva puerta, esta vez más

pequeña. Ante ésta, uno sobre cada hoja, hay plantados dos perros *tiangou*[33], de cuyas bocas brotan llamas de fuego y que, al acercarnos el cuervo y yo, comienzan a gruñir.

«¡Tírales una a cada uno..., a cada uno!», ha graznado apenas el cuervo cuando yo ya he lanzado a las bocas de los canes sendas pastas de sorgo. Tras engullirlas, nos abren paso y, mansamente, retornan a lo alto del umbral. Tras cruzar éste, el cuervo y yo nos hallamos en medio de una amplia explanada, donde pasa revista militar un número de demonios que parece superar la centena y de donde parten varios senderos distintos.

«¡Por el blanco, por el blanco!», cotorrea el cuervo.

Con una pasta de sorgo en cada mano como previsión, comienzo a recorrer el camino del medio, visiblemente marcado en blanco. Los demonios rompen la fila que formaban y echan a correr en todas direcciones. También a la carrera, yo les lanzo las dos pastas, que originan un gran tumulto entre ellos, pues, tratando de alcanzarlas, se empujan y hasta trepan los unos sobre los otros. Al dejar atrás la explanada, llegamos a un espacioso jardín, flanqueado por dos filas de árboles y de cuyo centro brotan, en deslumbrante estallido, flores rojas, azules, amarillas y blancas.

«¡Las Flores que Reviven el Espíritu, el Espíritu!», parlotea de nuevo el cuervo.

Sin saber qué flor arrancar de los cientos que allí hay, comienzo a deambular por el jardín.

«¡Mentecata! ¡Sólo las que Reviven, las que Reviven!», son todas las indicaciones que me da el cuervo.

Entonces me viene a la memoria lo del camino blanco y decido coger las flores de ese color. Sólo arranco tres.

«¡Bien hecho, mentecata!», grazna el cuervo entre risotadas.

Con las tres flores blancas en el busto, y llevada por la sensación de alivio que me han producido las risas del cuervo y su veredicto favorable, recorro lo que me falta de jardín dando rítmicos saltitos. Como si me transportara alguna fuerza, en un instante he alcanzado el final del arriate.

Ante nosotros surge entonces otra fortificación, concéntrica con la primera y cuyo acceso está bloqueado por un estanque en llamas. Esta vez, en lugar de preguntarle al cuervo, saco la campanilla y, apuntando con ella hacia

arriba, la agito hasta que aparece un puente de piedras. Lo cruzo a saltos, puesto que las piedras se hunden aparatosamente nada más pisarlas.

En la segunda ciudadela nos espera una negrura que lo cubre todo. Se oyen por doquier lamentos amargos y desoladores.

«¡Hemos llegado al Confín de Poniente! ¡Aquí están los ochenta y cuatro mil infiernos... los ochenta y cuatro mil!», grazna sobre mi hombro el cuervo, probablemente atemorizado, pues su graznido se ha tornado un balbuceo similar al croar de un batracio.

El interior del castillo, cuyo techo es tan alto y remoto que parece llegar al cielo, está repleto de algo que igual parece humo que neblina. Las paredes, desde la parte inferior hasta aquella inabarcable cúspide, están tapizadas de celdas, como si de un gigantesco panal de abejas se tratase, y llega de ellas un estruendoso vocerío. Se distinguen, por momentos, gritos de comando y hostigamiento, respuestas a esos mismos chillidos, golpes, alaridos, sollozos, una algazara tal que siento estar en lo más recóndito e inhóspito de la jungla, donde toda suerte de bestias se hubieran sincronizado en un único y ensordecedor estruendo. Siento que me voy a desmayar y que, de la angustia, el pecho me va a estallar de un momento a otro. Instintivamente, y sin consejo, esta vez, del cuervo, me echo las manos al busto, saco una de las Flores que Reviven el Espíritu y, haciendo acopio de todas mis fuerzas, la lanzo hacia arriba. Tras ascender en vertical, la flor, impulsada por el viento, se da a un grácil revoloteo. Después, y en un sutil estallido, se divide en miriadas de pétalos que, cual copos de nieve, revolotean en todas direcciones, llenando el cielo de destellos blancos. De un modo espontáneo, inconsciente, va brotando de mi boca el siguiente canto:

Oh, ánimas que, amarradas unas a otras,
ofensoras, ofendidas,
pasasteis el Primer Tránsito en Pena y el Segundo,
que pasasteis el Tercero
ánimas que recorristeis los Ochenta y Cuatro Mil Avernos
y sois llegadas a este Confín,
donde termina el Cielo sobre la Tierra,
renaced, volad sobre los Nueve Lechos Celestes,
volad ya, sed, cual las blancas aves

libres,
liberaos ya, volad lejos,
volad lejos,

El resplandor se expande en todas direcciones y hasta llenar por completo el espacio. Acto seguido, el Castillo de Acero comienza a derrumbarse. Tan pronto en que la luz roza los bloques de piedra y acero que constituían sus muros, éstos se deshacen, al punto y del mismo modo como se derrite el hielo, de suerte que, donde se erguía la temible fortaleza pronto no queda más que una vasta llanura. Las ánimas, liberadas, comienzan a corretear por doquier y conforman una gran muchedumbre de pecadores, unos sin ojos, sin brazos, sin piernas otros, sin cabeza, algunos desprovistos de todo el cuerpo salvo el tronco. Los diablos custodios se despojan de sus armas para unirse a la multitud y, con las manos vacías, comienzan a correr por todas partes y a bailotear, quedando la planicie hecha un revoloteo de ánimas danzantes.

Al girarme, descubro la tercera y última ciudadela. Me encamino a la oscura puerta de acceso que, contra todo pronóstico y con pesadez, comienza a abrirse. Del otro lado del umbral nos llega una racha de viento frío. El cuervo, que estaba posado en mi hombro, bate las alas y alza el vuelo.

«¡Ay, qué miedo! —grazna—. ¡Yo me quedo aquí. Ve tú sola, tú sola!».

Al traspasar el umbral, se abre ante mí una gran plaza en cuyo centro se extiende un vasto estanque. Las aguas son negras como el ébano y desprenden un olor nauseabundo. Lo cruza un puente en forma de media luna, que me dispongo a atravesar. Frente a mí aparece un descomunal dragón que, al moverse, emite ruidos metálicos, pues todo su cuerpo es de hierro. Vomitando llamaradas de fuego, tan potentes e ininterrumpidas que todo el estanque parece arder y crepitar, me acomete en desaforada carrera. Del hatillo saco el espejo de cobre, último de los tres objetos. Lo despliego ante mí y de su superficie pulida mana una luz que congela al instante las lenguas de fuego que sobre mí se cernían, transformándolas en copos de nieve como los que cubren las ramas de los árboles en invierno. El cuerpo del dragón comienza a agrietarse y, pronto, no queda de él más que una nube de partículas metálicas, que se dispersa por los alrededores.

Una vez en el otro extremo de la plaza, descubro ante mí una escalera. La subo y me hallo en una estancia. Entonces veo refulgir la dorada armadura

del Príncipe de las Tinieblas, quien me recibe blandiendo una espada curvada de fuego y con el rostro oculto bajo el yelmo.

«¡Oye! ¡Yo no tenía forma! —me increpa—. ¡He cobrado ésta sólo por ti!».

«¡Vengo a salvaros también a vos! —contesto—. ¡Más vale que no seáis rudo conmigo!».

En respuesta, el Rey de las Tinieblas blande su espada de fuego y la lanza contra mí. Como si de un látigo se tratase, el arma se enrolla en torno a mi cuerpo y me lanza hacia atrás con tanta virulencia que, tras impactar contra un muro, me veo en el suelo. A duras penas me he incorporado y dado un paso en dirección al satán cuando me vuelven a derribar las llamas de su látigo. Mas esta vez, al levantarme, llego a ponerle delante el espejo de cobre, de cuya superficie pulida brotan reflejos luminosos. Al contacto con la armadura de oro del Rey de las Tinieblas, los destellos la derriten como si de mantequilla se tratase, revelando el cuerpo encorvado y decrépito del anciano que iba dentro de ella, quien, desplomándose en el suelo y exánime, masculla:

«¡Ay, qué agotado estoy...!».

«Creo que vos tenéis la respuesta que yo he venido a buscar», le exhorto.

«Es ahora cuando se resuelven todos los enigmas», explica el anciano.

«Decidme, ¿dónde está el Agua de la Vida?».

Dando muestras de no tener ya fuerza ni para gesticular, el anciano echa la cabeza ligeramente hacia atrás y me responde:

«¿Crees que eso existe? Todo lo que hay es un pequeño pozo, que está ahí detrás, pero el agua que de él brota es normal y corriente, de la que se usa para cocer el arroz...».

Salgo por la puerta trasera de la estancia y me dirijo al lugar que me ha señalado el anciano. Bajo unas escaleras y llego a un jardín, donde veo un pequeño pozo. Corro hacia él y, en cuclillas, apoyándome en las manos, bebo dos tragos de aquella agua, cuyo sabor, fresco y dulce, me recuerda el de aquel manantial que brotaba en los montes de mi niñez. Pero eso es todo. Decepcionada, me levanto. Recuerdo entonces que aún llevo dos flores en mi pecho; tomo una y la lanzo hacia arriba. La flor estalla en el aire, dividiéndose en multitud de pétalos que se diseminan y se tornan destellos

luminosos. Levantando una terrible polvareda, la última fortaleza comienza a derrumbarse.

De pronto, todo ha desaparecido. No queda nada más que aquella atmósfera tan silenciosa del principio y una serena explanada, de donde afloran unas cuantas rocas. No he visto cuándo ni de dónde ha surgido, pero allí está el cuervo. Posado sobre una de las rocas, agita la cola con indolencia y se hurga con el pico las plumas de las alas.

«El Agua de la Vida ha resultado no existir», le cuento, con amargura.

«Entonces —replica—, ¿qué crees que acabas de beber tú, tontaina?».

Me doy la vuelta instantáneamente y fijo la mirada en los campos vacíos.

«¡El Agua de la Vida no se la puede llevar nadie!», cotorrea el cuervo, antes de alzar nuevamente el vuelo y desaparecer, quién sabe hacia dónde.

Arrastrando prácticamente los pies, me dirijo a un lugar donde las olas, gráciles, baten. Una vez allí, y desde mi interior, llamo a *Chilsong*.

Aparece el barco y, desde la borda, se tiende hacia mí aquel puente de nubes. Apenas he puesto el pie en él, me hallo directamente en el puente de proa, donde *Chilsong* me espera agitando la cola. Nos subimos los dos a la torre del vigía y el barco, con toda presteza, se echa a flotar por los aires.

«No he podido traer el Agua de la Vida», le digo a *Chilsong* en un tono desfallecido. Por toda respuesta, *Chilsong* agita la cola.

Navegando como si se deslizara, el barco recorre el Mar de Arena. Allí siguen aquellos hombres de tan variadas vestimentas que vociferaban y agitaban los brazos; tras extinguirse, engullidos por las arenas, reaparecen una y otra vez.

«Tendréis que ceder los unos a los otros y repartiros el turno de palabra —murmuro, mirándolos desde la cubierta del barco— o bien, juntando vuestras voces, haceros eco unos del mensaje de los otros. De lo contrario, es mejor que guardéis silencio».

El Mar de Arena desaparece repentinamente y sin dejar rastro. Ocupan su lugar el cielo y un mar azul, junto con las nubes, que flotan con su original elegancia, y los demás elementos habituales del paisaje.

Surcamos nuevamente el Mar de Sangre, que sigue con aquel cielo escarlata salpicado de barcos negros. Se acerca aquella embarcación gris ceniza, con toda su diversidad de razas y formas humanas a bordo todos los

desplazados, con sus ropajes harapientos, junto a ellos mi madre y mis hermanas, los muertos de hambre, de enfermedad, de dolor, en el trabajo, azotados, en explosiones, en incendios, los ahogados en inundaciones, los muertos de ansiedad y, en fin, todas las ánimas del mundo. En el mascarón de proa, y como anteriormente, se encuentra Bekky.

«Dime —me interroga—, ¿cuál es la razón del tormento que se nos ha infligido? Dime qué es lo que hacemos aquí».

Al responderle, y como si otra persona hablase por mí, mi voz se torna la de una niña.

«Es debido a la ambición de la gente —le explico—. En su afán por vivir mejor que el prójimo, las personas generan infelicidad. Por eso Dios, que también va con vosotros a bordo de ese barco, sufre también. Si os perdonáis entre vosotros, recibiréis Su ayuda».

Apenas he terminado la frase, se esfuma aquella escena que se estaba representando en mi interior. Ni rastro del barco gris.

Se acerca entonces aquella nave de color rojo e iluminada con antorchas. A bordo, gentes blandiendo armas y con los cabellos revueltos, mancos, cojos, decapitados, hombres ataviados con uniformes militares bañados en sangre, vendados, gentes con prótesis, con parches en los ojos, gentes que se arrastran y se tambalean. Al igual que antes, van a bordo el padre y el abuelo de madame Emily, así como el hermano pequeño de Alí, Uthman, quien, nuevamente, me pregunta:

«Dime, Bari, ¿cómo es posible que el mal se erija vencedor en este mundo? ¿Qué hacemos aquí nosotros, junto a nuestros enemigos? ¿Lo has podido averiguar?».

«En las guerras, nunca hay vencedores —le respondo, con la misma voz aguda de niña—. En el mundo de los mortales, la justicia no se aplica nunca de verdad».

Una vez más, la escena completa se borra del modo más súbito. El barco rojo, con todas las ánimas que iban en él, desaparece sin dejar rastro y se acerca otra nave, negra como el carbón desde las velas hasta la última cuaderna del casco. A bordo, y revoloteando por el aire como efímeras bandadas, hay hombres con todo el cuerpo cubierto de explosivos, otros cuya figura humana se conforma, vaga, a base de fragmentos de huesos y de carnes

que reventaron en explosiones y, junto a ellos, todos los padres, hermanos, maridos y demás familiares que han impuesto castigos a sus hijas y hermanas, a sus nueras.

«Dinos, ¿cuál es el sentido de nuestra muerte?», me pregunta, blandiendo el puño, aquel hombre que llevaba todo el cuerpo cubierto de explosivos.

«La tristeza de Dios —le respondo, en un estallido de esa voz de niña que, inconscientemente, vuelve a brotar de mi garganta— ante vuestra desesperación, que Él no puede compartir».

«¿Y mi muerte? ¿Cuál es su sentido?», dice, en voz muy débil, aquella mujer del *burka*.

Es al ver a los espectros de aquel barco cuando yo, por primera vez, y con la sensación de que el pecho se me hace jirones, rompo a llorar:

«¡Son los hombres quienes os han obligado a estar metidas en esos trapos! ¡Por ahí fuera, la gente dice que os los tenéis que quitar, pero los hombres de vuestros países os siguen teniendo así y dicen que es para mantener el control en los hogares... Dios siente más compasión por vosotras que por nadie más del mundo!».

También aquella escena se desvanece. El barco negro desaparece de un modo no menos rotundo que cuando explota una burbuja de jabón. Se acerca ahora a nosotros aquella nave carente de luces, de fuegos y, por lo que parece, también de tripulación, se aproxima en una quietud pasmosa, sin la más mínima oscilación, en un silencio sepulcral sólo roto, en un momento dado, por unas risas macabras que llegan como en un susurro. A bordo de esa nave van los funcionarios que causaron la dispersión de mi familia como fragmentos de un jarrón roto, los tipos que vendieron a mi hermana Mi, los prestamistas de Dalian, los culebreros del puerto, aquella patrona de burdel. A proa, con medio cuerpo fuera del barco, veo de nuevo a Shang, ahora con el rostro más desfigurado aún, tan escuálida que, en sus pómulos, aflora el hueso.

«¡En este barco vamos los seres que tú más odias! —me dice—. ¿Cuándo nos vas a liberar?».

Una vez más, brota de mi garganta aquella voz de niña:

«Mi mamá también está prisionera del odio. Cuando ella se haya liberado, seréis libres vosotros también».

Su barco pasa por un costado del nuestro y comienza a alejarse.

«¡Mi pobre mamá... Mi pobre mamá...!», sollozo, transformada en aquella niña.

Es ahora cuando siento en mi interior la presencia de Hurrya Suni, quien me ha acompañado desde el comienzo de la travesía. Los trazos de aquel barco sin contornos comienzan a desdibujarse y acaban por desaparecer en la oscuridad. En el mío, se izan las velas amarillas de tela y surcamos de nuevo el Mar de Sangre. Llena de angustia, y con el alma desgarrada, me saco de la ropa la última de las flores que llevaba y la lanzo al espacio vacío. En un estallido como el del un cohete, la flor se divide en miriadas de pétalos que, en su revolotear, llenan de fulgurantes destellos el aire, la inmensidad del cielo y la mar toda. Infinidad de almas se elevan entonces de las aguas, tornándose luz y fundiéndose en una sola entidad que se alza hacia el cielo. Una invasión de azul cubre lo que fuera el Mar de Sangre y se extiende, en un abrir y cerrar de ojos, hasta teñir también el Mar de Fuego, siguiente etapa de la travesía.

En total, pasé unas dos semanas encerrada en mi habitación. Era como si el tiempo se hubiese detenido. A aquel primer sueño, tan largo, eterno, le siguieron otros más breves que fueron trenzando una secuencia lógica de escenas, de cuya continuidad argumental no fui consciente sino más adelante, una vez ordenadas las distintas piezas.

Encerrada en mi habitación, no tomaba más que agua y alguna sopa que me traía Luna. El ayuno que hice fue más estricto, pues, que el Ramadán. Al principio, el señor Abdul se pasaba regularmente a verme; a partir de un momento dado, se abstuvo de seguir visitándome. Intuí que había comprendido mi necesidad de sosiego y descanso. Ya sólo lo oí bajar de vez en cuando la escalera, detenerse un momento ante mi puerta y, con toda prudencia, reemprender la marcha.

Así hasta que una mañana, después de tomar un baño de agua caliente, preparé algo de desayuno y le invité a compartirlo. Todo el rato que pasó conmigo, el señor Abdul mantuvo una sonrisa en el rostro y, al mismo tiempo, se mostró muy vigilante de mis movimientos. Sólo llegado el momento de tomar el té, se animó a decirme:

—Bueno, te ha llevado un tiempo, pero al fin has podido encomendar a tu

hija a Alá. Eso me alivia mucho. Gracias por haber sido fuerte y haberte sobrepuesto.

—No, señor Abdul —le respondí—. Aún la tengo aquí conmigo.

Al oír esto, el señor Abdul guardó un momentáneo silencio y, moviendo la cabeza en señal de afirmación, dijo:

—Bien, si ése es tu deseo. Pero, antes o después, tendrás que dejarla partir. Tras la muerte, las ánimas emprenden un nuevo camino de crecimiento.

—Si existiera en este mundo el Agua de la Vida —dije, como en un súbito arranque—. Si pudiera conseguirla...

En silencio, y con su dulce mirada puesta en mí, el señor Abdul permaneció a la escucha.

—He tenido un sueño larguísimo —continué—, de varios días, en el que yo iba de aquí para allá en pos del Agua de la Vida.

Fue entonces cuando él, tomando suavemente mi mano para acariciarla, me dijo:

—Yo no sé qué es eso del Agua de la Vida que tú anhelas, pero las personas tenemos que verter lágrimas tanto por los demás como por nosotros mismos. Por muy horribles que sean las experiencias que hemos tenido, nunca debemos perder la esperanza en los demás.

Cuando me reincorporé al salón de masajes, todo el mundo me recibió con muestras de alegría. También recibí una llamada del señor Lu, quien, apenado, me dio aquella noticia:

—Resulta que Shang... No sé si habría tomado alguna droga o qué... Se ha tirado por la ventana.

Después de aquella llamada, pasé un buen rato en la sala de descanso del Tonkin, en solitario. Allí revivió en mi mente una de las escenas que había visto en sueños, aquella en que Shang me preguntaba cuándo los dejaría libres. Inconscientemente, resbaló por mi mejilla una lágrima y, hasta que ésta no me hubo bajado hasta el mentón, permanecí sentada, inmóvil y con la cara levantada. Creo que no lloraba de tristeza sino, más bien, de pesar, pues hizo presa en mí un irresistible sentimiento de culpa; enfrascada en mis asuntos, nunca había hecho nada por localizar a Shang, no había pensado por un momento en ayudarla, y, por si eso fuera poco, estaba el odio que sentí por

ella al culparla de la muerte de Hurrya Suni.

Al año siguiente estalló una nueva guerra, esta vez en Irak, y en las noticias no paraban de decir que la península de Corea tampoco tardaría en ser escenario de un conflicto bélico. Por televisión pasaban imágenes como las que había presenciado yo años atrás, durante aquella hambruna que asoló mi país. Como es lógico, no salía nada de todas aquellas ánimas y espectros que yo, en número incalculable, había presenciado; las imágenes mostraban sólo la parte visible de aquellos horrores de la guerra, y la gente las contemplaba ora comiendo, ora bebiendo y cotorreando como siempre, con la misma actitud que si estuvieran viendo fuegos artificiales.

Mi reencuentro con madame Emily, a quien llevaba bastante tiempo sin dar masajes, se produjo a raíz de una llamada que el señor Abdul recibió de Leeds, concretamente de su hijo, el padre de Alí. Al parecer, se habían presentado en su domicilio unos funcionarios del Gobierno que le habían hecho una serie de preguntas sobre Uthman y Alí: cuándo había partido Uthman hacia Pakistán, cuál era el objetivo de su viaje, si habían tenido noticias de Uthman después de su partida, o si el viaje de Alí obedecía claramente al objetivo de encontrar a su hermano y traerlo de regreso. Antes de marcharse, los funcionarios le informaron al padre de Alí de que éste seguía con vida, aunque no en libertad. Yo, desde un principio, había sentido que Alí lo había pasado mal y que, en algún lugar, estaba vivo.

—¡Yo lo sabía, señor Abdul! —exclamé al oír la historia—. ¡Sabía que estaba vivo!

Con la irrupción de Tony, el niño de su difunto marido, la vida de madame Emily había dado un vuelco. Reinaba en su casa un ambiente totalmente distinto al de antes y el cambio se palpaba en cada detalle, desde las persianas, ahora abiertas de par en par, hasta las exuberantes hojas y flores de los tiestos que adornaban cada ventana o el sol que acariciaba las otrora tenebrosas escaleras, ahora animadas por los ruidos que hacía Tony en sus correteos y travesuras. Enfundada en un vestido de tonos luminosos, y hasta maquillada, madame Emily salió a mi encuentro en el recibidor de la planta baja.

—¡Bari! ¿Cómo estás, querida? —me dijo—. Por poco ya no nos vemos. Nos trasladamos al campo, ¿sabes? Quiero dejar esta casa un tiempo.

Me contó también que había ido a ver a la madre de Tony y hasta le había prestado ayuda, buscándole un buen abogado para su juicio. En tono desapegado, le puse yo también al corriente de lo acaecido en mi vida, lo que produjo un súbito enrojecimiento de sus ojos. Tomando mis manos, mostró su compunción por lo de mi hija y me dio consuelo. Le referí, entonces, las noticias que había tenido de Alí.

—Yo puedo averiguar dónde está —dijo ella, adelantándose a mi petición —. No es muy difícil.

—En realidad, he venido por eso, madame —le dije, levantándome y haciéndole una reverencia—. Ya que sé que está vivo, me gustaría saber dónde.

La primera noticia que tuve de Madame Emily después de aquel encuentro fue a través de Sarah, quien vino a verme un buen día al trabajo.

—Antes de su traslado —me dijo, en aquel salón de té donde nos reuníamos antes, enfrente del Tonkin— Madame Emily me encargó que te dijera algo.

En este punto, y como temerosa de continuar, vaciló varias veces. Yo quedé a la espera.

—Tu marido está preso en otro país —me dijo—. Por lo visto, con la guerra que ha empezado ahora y todo eso, no hay modo de saber cuándo lo soltarán. —Y añadió—: ¿Saldrás adelante, Bari?

Respondí con una sonrisa y un gesto afirmativo de la cabeza. Al fin y al cabo, qué más podía esperar, después de haber confirmado que Alí seguía con vida.

Tanto por lo que significó para mí como por el modo inesperado en que se produjo, el retorno de Alí constituyó un auténtico chaparrón después de la sequía. Fue un día de marzo; yo acababa de cumplir los veinte y él llegó a Londres tras pasar por casa de sus padres, en Leeds, sin más equipaje que una pequeña mochila al hombro, como si lo suyo hubiese sido un viaje de unos días. No corrí al divisar sus rasgos destacarse sobre la avalancha humana que surcaba el andén. En vez de eso, me quedé esperándolo con el corazón desbocado. Venía caminando al lado de su padre. Sólo cuando pasó de largo, sin advertir mi presencia, me acerqué a él y, arreándole un golpecito, le dije:

—Conque ya estás aquí...

Tras un instante de vacilación, Alí me ciñó en un impetuoso abrazo y así, inmóviles en medio de la marabunta humana que surcaba la estación, permanecimos un tiempo. Aquel mismo día, Alí nos contó lo que yo ya había visto, la muerte de su hermano Uthman.

—Pobre crío ingenuo... —suspiró su padre, con la mirada perdida en el techo.

—Todos somos críos ingenuos —comentó el señor Abdul, quien, tras inclinar la cabeza y llevar a cabo un breve rezo, prosiguió—: Esta guerra no es sino un infierno creado en la tierra por la arrogancia de los poderosos y la desesperación de los débiles. Los pobres como nosotros, aun no teniendo gran cosa que ofrecer, debemos confiar en los demás, en el apoyo mutuo. Sólo así podremos hacer del mundo un lugar un poco mejor. Alá dijo: «Guardaos de las llamas de la ira, donde sólo los más desdichados arden».

Alí estaba más callado y taciturno que antes de su marcha, pero también encontré en él a un hombre notoriamente más cálido y apacible que antaño. En la conversación sobre los sinsabores de nuestras respectivas vidas, fuimos tan prudentes como si hubiésemos suscrito algún pacto de silencio. Poco fue lo que me contó sobre la oscura y asfixiante celda donde estuvo preso, apenas unas palabras en referencia a las ataduras que habían dejado profundas huellas en sus muñecas. Por mi parte, reduje a unas pocas frases toda la historia de Hurrya Suni, desde su gestación hasta su paso por este mundo y su partida. Siempre que se cruzaban nuestras miradas, él me obsequiaba con una sonrisa y, a veces, ciñendo mi rostro con aquellas manos del tamaño de sartenes, se daba a su serena contemplación.

A raíz del regreso de Alí, volví a quedar en estado. Él dejó aquel empleo de taxista, de ingresos irregulares y numerosas horas nocturnas, y montamos un negocio en las inmediaciones de Camden Market, un pequeño y coqueto puesto de comida especializado en sándwiches y kebabs. Hasta el mediodía, yo ayudaba a Alí ocupándome de la caja; por las tardes, trabajaba en el Tonkin al igual que antes. A la caída de la tarde, estábamos libres para cenar con el señor Abdul. Tan sosegadas fueron nuestras vidas durante un tiempo que casi llegamos a creer que el mundo, de alguna manera, había cambiado.

Como cada mañana, Alí y yo íbamos en el autobús rumbo a Camden Market. A la altura del puente de Waterloo, antes de llegar a Southampton

Street, se oyó una súbita y temible deflagración. El tráfico se detuvo, la gente corría. Nos bajamos y cruzamos la calle. De Russell Square salían humo y llamas. Seguimos a la multitud que se agolpaba para ver lo ocurrido. Había estallado un autobús en medio de la calzada y, por lo que decía la gente, había habido otra explosión en la cercana estación de King's Cross. El piso superior del autobús había salido volando y el inferior estaba arrugado como un acordeón. Los escaparates de las tiendas aledañas habían reventado, dejando la calle sembrada de hierros, asientos arrancados y cristales rotos. Corrían chorros de sangre y la calzada estaba salpicada de cuerpos sin vida. Por doquier se veían heridos, que se incorporaban a duras penas, y gente sangrando, conmocionada. Aturdida, habría desfallecido de no haberme apoyado en Alí. Éste me arropó con sus brazos, dimos media vuelta y nos alejamos del lugar. Las calles por donde avanzábamos retumbaban con las sirenas de la policía y las ambulancias. Jadeando, me puse la mano sobre el vientre y, dirigiéndome al bebé que llevaba en mi interior, musité:

—Lo siento, cariño.

Para salir de allí, tuvimos que serpentear entre un sinnúmero de coches que, inmóviles, bloqueaban el camino. Sin dejar de andar, me sequé las lágrimas del rostro. En un momento dado, me giré y vi que también Alí lloraba.

---

33 Animal de leyenda conocido en la mitología china por causar eclipses al devorar el Sol o la Luna. *[N. del T.]*

Título original: *Bari Degui*
Esta obra se publica con la ayuda de:

Edición en formato digital: 2015
© Hwang Sok-yong, 2007
© de la traducción: Luis Alfredo Frailes Álvaro, 2015
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es
ISBN ebook: 978-84-9104-067-5
Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA
www.alianzaeditorial.es